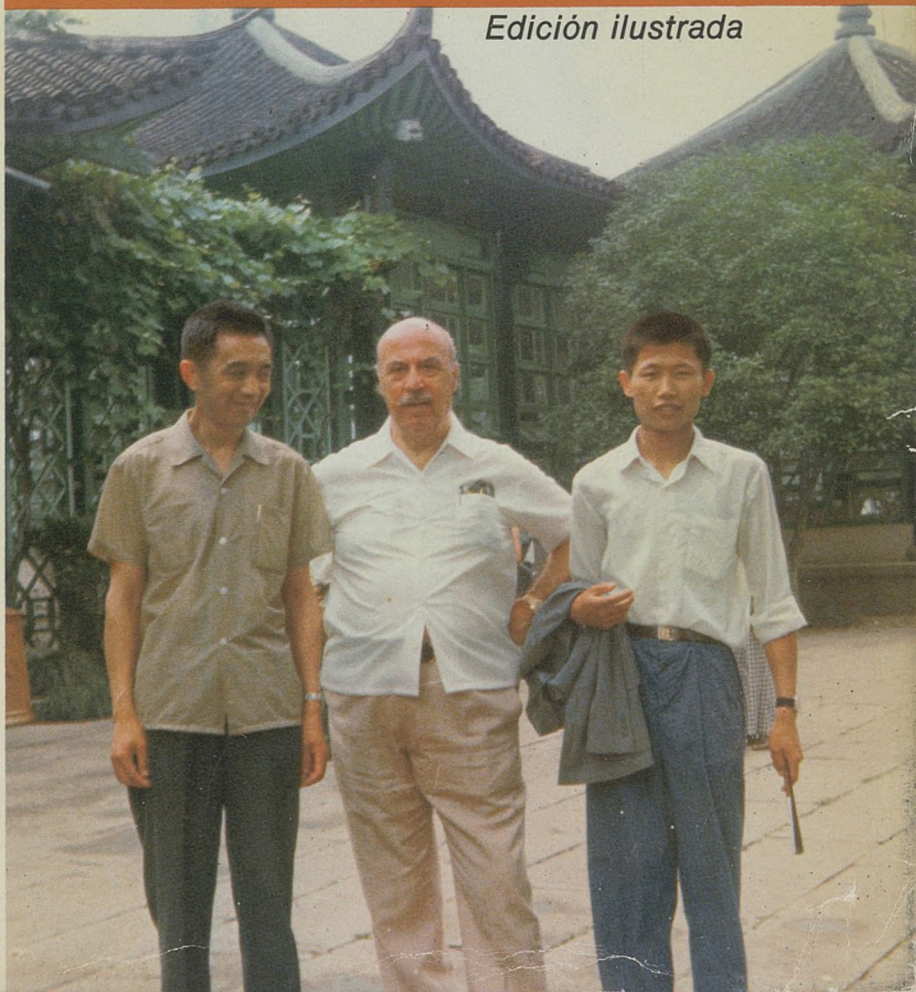
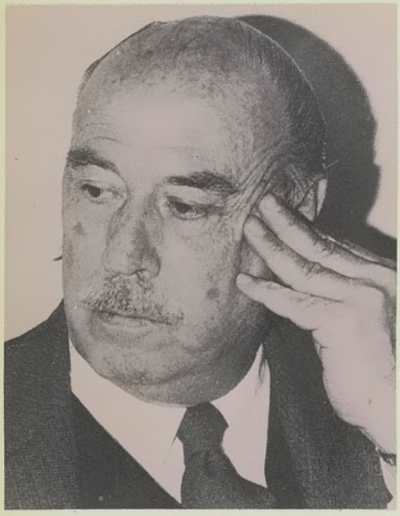
LA VUELTA AL MUNDO EN OCHENTA LIBROS

GUILLERMO DIAZ-PLAJA
de la Real Academia Española

# CHINA en su LABERINTO

*Edición ilustrada*





Esta nueva producción del infatigable académico Guillermo Díaz-Plaja es, a la vez, un libro de viajes y más que un libro de viajes. Es, por una parte, un libro de itinerario que tiene la brillantez descriptiva, la agudeza del rasgo que caracteriza al autor de «Las ínsulas extrañas», «Con variado rumbo», «África por la cintura», «El viajero y su luz» y tantos otros títulos que han discernido a su autor la primacía en este género literario cada vez más pujante en el favor del público.

Pero además de esto (que por tratarse de China ofrece unas posibilidades excepcionales por la grandiosidad y la novedad del escenario descrito), este libro de Guillermo Díaz-Plaja es una meditación a fondo ante lo que él califica como el laboratorio sociopolítico más impresionante de la Historia universal. En

(Continúa en la 2.ª solapa)

REGIÓN AUTÓNOMA
UIGUR DE SINCHIANG
REGIÓN AUTÓNOMA DEL TIBET
CHINGJAI
SECHUAN
YUNNAN
KUICHOU
REGIÓN AUTÓNOMA DE LA NACIONALIDAD JUI DE NINGSIA
REGIÓN AUTÓNOMA DE LA MONGOLIA INTERIOR
REGIÓN AUTÓNOMA DE LA NACIONALIDAD CHUANG DE KUANGSI
JEILUNGCHIANG
CHILIN
LIAONING
SHANSI
JOPEI
SHANTUNG
SHENSI
JONAN
ANJUI
CHIANGSU
JUPEI
CHEKIANG
CHIANGSI
FUCHIEN
JUNAN
KUANGTUNG
TAIWAN
Río Amarillo
Río Yangtsé
Sunjia
Shashiva
Tangshán
Changchun
Chilin
Shenyang
Fushun
Anshán
Talien
PEKÍN
Tientsín
Shichiachuang
Yangchüan
Tachai
Chinán
Anyang
Linsien
Yenán
Chingtao
Sían
Luoyang
Chengchou
NANKÍN
SHANGHAI
Wusi
Suchou
HANGCHOW
Wuján
Changshá
Shaoschan
Nanchang
Kuilin
CANTÓN
MACAO
HONG KONG
MAR AMARILLO
MAR DEL ESTE DE CHINA
MAR DEL SUR DE CHINA

LA
VUELTA
AL
MUNDO
EN
OCHENTA
LIBROS

LA
VUELTA
AL
MUNDO
EN
OCHENTA
LIBROS

Guillermo
Díaz-Plaja
de la Real Academia Española

# CHINA EN SU LABERINTO

PLAZA & JANES, S.A.
Editores

Portada e Ilustraciones:
Fotos del autor

Primera edición: Setiembre, 1979

© 1979, Guillermo Díaz-Plaja
Editado por PLAZA & JANES, S. A., Editores
Virgen de Guadalupe, 21-33. Esplugas de Llobregat (Barcelona)

Printed in Spain — Impreso en España

ISBN: 84-01-81235-6 — Depósito Legal: B. 29.255 - 1979

*Las formas de las cosas varían de mil modos,*
*no hay medida común para ellas.*
*Mezcladas y arrastradas en un flujo incesante,*
*las formas vivientes*
*desafían todas sus limitaciones.*
*Las palabras, cada una con sus límites,*
*tan solo hacen un servicio parcial.*
*Y es la fuerza armonizante del Significado*
*la que integra y materializa rasgos supremos.*

LU-CHI
(261-303 d. J. C.)

## *NOTA PARA TODO EL LIBRO*

*La transcripción de los nombres propios, tanto geográficos como de persona, plantea problemas innúmeros, cuya solución no es fácil, teniendo en cuenta los distintos criterios en uso, bien de carácter político —imposición de la fonética del dialecto pekinés— bien de tipo ortográfico. En cuanto a los nombres de persona, que tienen tres elementos, señalemos que la escritura correcta debería reservar las mayúsculas para los elementos iniciales, dejando el tercero con minúscula (por ejemplo* Chu-En-lai, Mao-Tse-tung*). Sin embargo, mantenemos el uso habitual de las tres mayúsculas.*

# ACTO DE HUMILDAD

*No esconderé el sobresalto con que intento un asedio que parece condenado al fracaso, determinado por tres razones: la dimensión del tema, la dificultad de su entendimiento, la brevedad del contacto. Pero me apresuro a absolverme en primer término por el apasionante atractivo que estas dificultades añaden, como el más poderoso incentivo para emprender el acoso.*

*La dimensionalidad en primer término. Aunque diré, para mi provisional sosiego, que los dos mil cuatrocientos kilómetros recorridos de sur a norte desde la frontera de Hong Kong —en el Trópico de Cáncer— hasta la Gran Muralla, en el paralelo 43, me han permitido percibir —en coche, en autocar, en tren, en avión— lo que llamaríamos la China esencial, dentro de un conglomerado político, la República Popular China, la tercera potencia del mundo en extensión, y la primera en población.*

*«China es un país enorme, aproximadamente de la extensión de Europa. Posee desiertos, selvas y enormes cordilleras. Pero la mayor parte de los ochocientos millones de chinos viven en un paisaje que se han fabricado con sus propias manos. Los campos están hechos con las manos, también los canales de riego han sido practicados con las manos. Todas las flores han sido plantadas una a una y la mayoría de los lagos son artificiales» (1). Lo que en el mapa son distancias sobrecogedoras, en la realidad es una presencia asequible, unas proporciones a nivel humano; un modo*

(1) Olof Lagerkrantz: *Reportaje sobre China,* Ediciones de bolsillo, vol. 205, pág. 11.

*de ser que sentimos cerca. Nada queda fuera de medida.*

*En segundo lugar, la dificultad del entendimiento. Cuando se dice que nuestros pasos han ido acompañados forzosamente por un funcionario del «China Travel Service», se sobreentiende que es un espía o un agente del Gobierno; pero no se dice también que, en cualquier caso, este acompañante es un personaje necesario. Desconocedores de la lengua, ciegos atónitos ante la escritura, ¿cómo habrían de orientarse nuestros pasos? Hemos ido, pues, acompañados. De la calidad y asiduidad de esta compañía, de su enorme diligencia y sentido organizador hablaremos en un próximo capítulo.*

*Queda, en tercer término, aludir a la brevedad del contacto. En el mes escaso que he permanecido en China no he podido obtener más que una gama limitada de sensaciones. Un punto de partida para reflexionar.*

*Voy, también, a tranquilizarme en este aspecto. De haber permanecido doble cantidad de tiempo ¿habría duplicado mi experiencia? Cuando visito una ciudad occidental suelo decir que, para conocerla, hacen falta o dos días o dos años. No hay término medio. En el primer caso, acumulo sensaciones; en el segundo, experiencias vitales. Por un lado «visito»; por otro lado, «convivo». Si trasladamos esta doble posibilidad a mi actual experiencia —la del viaje a la China— llegaremos a la conclusión de que las visiones acumuladas, unidas a una seria documentación bibliográfica, dan base suficiente para estas «notas de asedio» en torno a uno de los itinerarios más interesantes —acaso el más apasionante— que pueden recorrerse hoy. Y esto en las dos dimensiones cardinales del viaje —captación de la belleza: arte, naturaleza, jardines— y aproximación a la experiencia sociopolítica más importante de la historia universal.*

*Una añadidura podría hacerse. A las tres dificultades lealmente expuestas habría que añadir que los interlocutores del viajero no son excepcionales. No negaré que intenté encontrarlos, y que el consejero cultural de la Embajada China en Madrid, el señor Li-Hsiao, me prometió un tratamiento especial. Excepto una visita que se me organizó excepcionalmente para que conociera el Instituto de Lenguas Extranjeras de la Universidad de Shanghai, fui tratado como a cualquier otro viajero: con exquisita cortesía, pero sin ningún*

*«trato especial». Se comprenderá mejor esto, si se añade que, en cualquier caso, el resultado sería el mismo. Para un viajero que llega de Europa, por ejemplo, no existe el interlocutor individual válido. Todo cuanto he inquirido tenía ya su contestación prefabricada. Una respuesta colectiva dentro de una mentalidad unitaria. Los temas planteados, pues, encontraban una réplica única, machacona, inalterable: la respuesta del Partido. Prolongar la investigación y multiplicar los interlocutores para nada hubiera servido.*

*Y hechas estas leales aclaraciones, sigo adelante.*

Cadaqués-Palma de Mallorca,
julio-agosto de 1978

# EL DESCUBRIMIENTO DE CHINA POR EUROPA

> Voyez ce morceau de potérie, là, sous ce livre, oui. Il nous est envoyé de Tien-Tsin. Les dessins sont grecs, archaïques, sans aucun doute: VI^e siècle avant le Christ. Et le dragon chinois figure sur le bouclier! Que de choses à reprendre, dans les idées que nous avions des rapports entre l'Europa et l'Asie avant l'ère chrétienne...! Que voulez vous? Lorsque la science nous montre que nous nous sommes trompés, il faut recommencer...
>
> André Malraux
> *La voie royale*

La extravagancia de que Europa pudiese dejar de comprender durante muchos siglos el valor de la cultura china encastillándose en una visión egocéntrica de la Historia nos parece hoy inconcebible.

Veamos, en primer término cuáles son las etapas de recepción de la imagen de China en Europa. Para lo cual debemos partir de la visión romana, que consideraba todo lo que no se cerraba dentro del *limes* romano, como bárbaro o escita; como pueblo marginado y remoto.

También China tuvo una conciencia pareja y casi contemporánea. Si Roma alzaba en la frontera de Escocia el «muro

de Adriano», realizaba una acción paralela y contemporánea a la del emperador Tsin cuando alzó la Gran Muralla, para contener la amenaza de los mogoles y los tártaros.

La primera información *directa* no llega a Europa hasta el veneciano Marco Polo que recorrió China a partir del año 1271, convirtiéndose así ese audaz y extraordinario viajero, en el primer «importador» de su imagen. Así lo recuerda Luis Calvo: «El veneciano llegó a Catay —ese dulce nombre de Catay que él se inventó para la China y que define al sándalo, a la seda, a los crisantemos, a las porcelanas y a los jardines con música labrados en el monte de nieve—; llegó a Catay desde Bagdad y volvió a su tierra por el camino de Persia. Reinaba sobre Pekín un tártaro, el "bárbaro" Gengis Khan, que había saltado con sus ejércitos la Gran Muralla, levantada precisamente, contra los "diablos de Mongolia", por el primer Tsin —el hombre que dio nombre a China— doscientos años antes de Jesucristo.»

Marco Polo, en efecto, inventa la visión exótica y gigantesca, perfumada y poética de la China, para el ensueño del hombre occidental.

En los primeros años del siglo XV, más de un siglo después del deslumbrador viaje de Marco Polo —cuyos datos descriptivos de China son todavía útiles al viajero—, un español, Ruy González de Clavijo, realizó entre 1403 y 1406 otro viaje, si menos conocido, no menos interesante: la *Vida y hazañas del Gran Tamerlán, con la descripción de las tierras de su imperio* y *señorío,* en el que, recorriendo el Asia Central, siguiendo la ruta de Alejandro Magno, alcanza las ciudades de Trebizonda, junto al Mar Negro; la de Samarcanda, capital de los «tajik» o persas (actual Tachikistán) (1), recorre las riberas del Golfo Pérsico (Ormuz) donde descubre naves que vienen precisamente de Catay, en sólo diez jornadas de navegación, trayendo «aljófar y piedras preciosas», «rubíes, que no los hay finos salvo en Catay, y mucha especería de allí, que va a todas las partes del mundo».

(1) Cuando yo visité hace unos años este curioso territorio, hoy república socialista soviética, me preguntaron si yo era de la tierra de Clavijo, el hombre que primero dio a conocer en Europa este país, y del que, por lo visto, conservaban el recuerdo.

Las primeras informaciones «modernas» proceden de los relatos de los jesuitas (2). No es extraño que uno de los primeros informadores fuese, como veremos enseguida, el padre Baltasar Gracián, de la Compañía de Jesús.

Recuérdese que San Francisco Javier había desembarcado en la bahía de Cantón (1552) poco antes de su muerte. La figura capital de esta penetración es la de Mateo Ricci (1552-1610), que llegó a Macao en 1582, a Nanking en 1595 y a Pekín en 1598, donde permaneció hasta su muerte. Conocedor de la lengua china, se empapó de la doctrina de Confucio y fue el primero en proclamar que la evangelización sólo tendría éxito aproximando la moral cristiana a las orientaciones confucianas. La misión de Ricci creció fabulosamente: en 1636 tenía cerca de cuarenta mil creyentes. Este crecimiento demográfico tiene, como puede suponerse, una vertiente cultural.

Recuérdese, en este aspecto, la ingente tarea de nuestras misiones y sus obras lingüísticas, como fray Martín de Rada (1572), fray Álvaro de Benavente (fines del siglo XVII), y la importante contribución del libro de fray Juan González de Mendoza *Historia de las cosas más notables, ritos y costumbres del gran reino de China* (Roma, 1585).

Esta información inicial sobre China en Europa continúa en los tratados españoles sobre la lengua de Fr. Martín de Rada (1577), Juan B. de Rada (1610) y fray Juan de Jesús (1610); en cuanto a la historia general, recordemos el libro de González de Mendoza: *Historia de las cosas más notables del Reino de la China* (1585); Rivadeneyra: *Historia de China, Tartaria, Malaca, Siam y Japón* (1601); Morejón: *Historia de las misiones de la Compañía de Jesús* (1601); Navarrete: *Tratado histórico de China* (1676); Aduarte: *Historia de Filipinas, Japón y China* (1693).

Muy curiosas referencias a China y a sus habitantes (a los que llaman los *chinas*), aparecen en la literatura española en el siglo XVII. En Góngora va unida al concepto de perfección minuciosa: «labró costoso el persa, estraño el *china* / rica labor, fatiga peregrina» (3), que va a continuar como caracté-

(2) Vid. *La imagen de China en Occidente*, en el libro de Franke y Trauzettel, *El imperio chino*, Madrid, ediciones Siglo Veintiuno, páginas 185 y ss.

(3) Góngora, *Obras*, I, 123.

rística de los conceptos que ya recoge el Diccionario Académico referido a un tejido bien labrado y de mucho precio.

Pero junto a esta noción, es curiosa una connotación espiritual. En *El Criticón* de Baltasar Gracián se contrapone el carácter «cobarde» del chino, frente al «valeroso» de los japoneses (4), a los que llama «los españoles de Asia». Y así, en la *Armería del Valor* éste distribuye «las espaldas a los chinas y el corazón a los japoneses», atribuyendo a los primeros la «lisura en el trato».

Creo que tendrá algún interés un pespunte de las presencias sucesivas de la remota China, a partir de este momento, y especialmente a partir de España, que anticipa, como acabamos de ver, muchas informaciones a Europa, y especialmente a través de los *jesuitas*. Téngase en cuenta que si Portugal tenía la pequeña colonia de Macao, España tenía en Filipinas una avanzadilla lingüística, religiosa y cultural mucho más importante, aparte su interés político y estratégico en colisión con los intereses de los «moros», y de los holandeses e ingleses que cometían depredaciones en las islas. La «nave de Acapulco», que venía a Manila de Méjico, en viajes regulares, tiene una enorme importancia en lo económico y en el intercambio de valores exóticos. Desde 1570, hay contactos con la China —no siempre pacíficos—, pero de gran interés ulterior para el intercambio comercial que se traduce en una importante colonia de residentes procedentes del Celeste Imperio.

Y también bebió en estas fuentes aquel hombre admirable, de curiosidad universal que se llamó fray Benito Jerónimo Feijoo, quien en su *Teatro Crítico Universal* (Ed. 1777)

(4) «Los jesuitas se introdujeron en la corte de los emperadores manchúes (1644-1912) como hombres de ciencia y misioneros. A los jesuitas de la provincia de Castilla y León se les encomendó el vicariato apostólico de Neguanwei, de 125.000 km² de extensión, con una población en el primer cuarto del siglo XX de 25 millones de habitantes. Por esa época establecieron unas doscientas escuelas. Los dominicos españoles recibieron el vicariato apostólico de Fukién meridional o Anoy (60 escuelas)... de Fukién septentrional (162 escuelas). El Colegio de Santo Domingo de Fuchow dirigido por los dominicos, ha sido durante mucho tiempo el centro docente español más importante de China. Los agustinos españoles recibieron el vicariato apostólico de Hunán septentrional, con 104 iglesias y capillas y unas 60 escuelas.

»A los franciscanos de la provincia española de Cantabria se les encomendó el vicariato de Shensi septentrional, con un seminario y 39 iglesias y capillas.» (Enciclopedia de la *Cultura Española*, Vol. II.)

se ocupó con indignación de la ignorancia en que se halla el mundo occidental. Así en el ensayo titulado *Mapa intelectual y cotejo de naciones* (vol. II, pág. 299 y siguientes), elogia sus avances en política, medicina, etc. Feijoo asevera que «podemos decir a favor de la Asia que ésta fue la primera patria de las Artes y las Letras» (id., pág. 310). Feijoo aporta nuevos datos en ensayos sucesivos. Y así en el tomo VI (Discurso I, pág. 21 y siguientes) presenta «al Emperador hoy reynante en la China» como «uno de los más excelentes exemplares que tiene o tuvo jamás el mundo» alabando su liberalidad, su protección a los débiles, su magnificencia. En lo que se refiere a su nivel cultural, explica (vol. 8, Discurso X) su lentitud en el progreso por «el excesivo respeto que profesan a la doctrina de sus mayores» (loc. cit. n.º 211), y señalando, por otra parte, sus prodigiosos avances en el campo de la irrigación, y de los canales que regulan el agua que la agricultura necesita.

Quisiera hacer una referencia de apariencia anecdótica a una forma sutil de la presencia de China en el occidente europeo: me refiero a la penetración del té. Cualquiera que no se detenga en la trivialidad superficial, comprenderá la importancia de este influjo, que va más allá de la consumición de un brebaje, puesto que es toda una actitud ante la vida. Bastará repasar las páginas de una obra clásica, *El libro del té,* de Okakura Kakuzo (5) para comprenderlo.

Al lado de los datos históricos de su antigüedad en China —que remonta al siglo VII— anota los primeros rastros europeos en el libro de Marco Polo, pasando por el tráfico de los holandeses que introducen la preciosa mercancía creando la enorme difusión que sólo en Inglaterra hace posible, ya en el siglo XVIII, unas tres mil casas de té. Los historiadores de la literatura suelen recordar que el té es mencionado por primera vez en el *Diario de Samuel Pepys* (1684) y que Addison en su «Spectator» lo consideraba en 1711 como una necesidad nacional.

Pero, insistimos, no se trata de una bebida, sino de una

(5) Del libro hay muchas traducciones a las literaturas europeas. En España tenemos ediciones al catalán (por «Marçal Pineda», es decir, Carles Soldevila, 1930) y una muy reciente (Ed. Kairos, 1978) al castellano, por Ángel Samblancat.

ceremonia. Cuando don Leandro Fernández de Moratín, a fines del siglo XVIII, nos cuenta asombrado la cantidad de cachivaches y adminículos que ha observado en Londres a la hora de servir el té, se sorprende de que se entregue a este ritual un pueblo de tanto sentido práctico como el inglés. Este sentido ceremonial, según Okakura Kakuzo se inspira en el poder sublimador del té, recordando que, cuando la invasión mongólica del siglo XIII, se refugió en el Japón que se convirtió así en el relicario de la espiritualidad oriental, hasta el punto de afirmar que «el teísmo es el taoísmo camuflado», y de describir la ceremonia del té en los más prestigiosos salones japoneses, que reciben el nombre de «Casa del Vacío» y de «Casa de la Asimetría» de acuerdo con normativas vinculadas a la filosofía Zen.

Hacer una referencia a la resonancia del té en la cultura —la literatura y el arte— de la Europa occidental nos llevaría a una divagación excesiva y acaso innecesaria.

Creo que, en cambio, valdría la pena una referencia a la literatura española. En uno de mis libros —*España en sus espejos* (Plaza y Janés, ed.)—, he tenido la curiosidad de señalar la cronología de la entrada del té en nuestra literatura, partiendo de una alusión anterior a la de Samuel Pepys, en la literatura española. Así en los *Ocios poéticos*, del conde Bernardino de Rebolledo, que fue embajador de España en la corte de Dinamarca, en cuyo libro *Selvas Dánicas* (Copenhague, 1660), leemos

*es la té, cierta planta que la China*
*célebre como el Arbol de la Vida*
*y autores de Verdad y de doctrina*
*el agua della dan por excelente.*

El matiz exótico de la hierba lo encontramos todavía en una de las famosas *Fábulas Literarias*, de Iriarte (1783), titulada *El té y la salvia*, en la que se refiere que

*el té volviendo del imperio chino*
*se encontró con la salvia en el camino.*
*Ella le dijo: —¿A dónde vas compadre?*
*—A Europa voy, comadre*



2 — 3722

*donde sé que me compran a buen precio.*
*—Yo (respondió la salvia) voy a China*
*que allá con sumo aprecio*
*me reciben con gusto y medicina.*
*En Europa me tratan de salvaje,*
*y jamás he podido hacer fortuna.*
*—Anda con Dios. No perderás el viaje,*
*pues no hay nación alguna*
*que a todo lo extranjero*
*no dé con gusto aplausos y dinero...*

Iriarte aplica esta moraleja, como es sabido, al campo de la literatura —al «comercio literario», dice— recordando a tantos escritores que pudiendo recitar «quinientos versos de Boileau y del Tasso», «puede ser que no sepa todavía, en qué lengua los hizo Garcilaso». Valdría la pena recordar el interés de Iriarte —hombre de múltiples curiosidades— por la China, aludiendo, por ejemplo. a su traducción en verso de la tragedia de Voltaire *L'Orphelin de la Chine,* que aparece bajo el título *El huérfano de la China* en el tomo IV de sus *Obras completas.*

Por su parte, Juan Pablo Forner tituló *Los gramáticos chinos* uno de sus folletos satíricos.

Sólo a mediados del siglo XVIII empieza Europa a apercibirse de que al otro lado del mundo, existe «otro foco de civilización» que no puede ser juzgado con el menosprecio olímpico que el pensamiento de la «Ilustración» dedica a los que no pertenecen al conglomerado de culturas que proceden del tronco greco-latino. Pero no nos extrañemos de que así acontezca, puesto que la curiosidad intelectual de estos hombres los llevó muchas veces a traspasar las vallas del racionalismo, para asomarse al mundo de lo turbio, de lo inconsciente, de lo misterioso. Desde los experimentos de Mesmer y de Cagliostro, se va a los ensueños de William Blake y los aquelarres de Goya. Por esta razón, acaso, el mundo extremo-oriental aparece como un horizonte apasionante que, de algún modo, complementa la visión del mundo de Occidente. Análogamente, la visión universalista de los «ilustrados»,

se negaba a la visión romano céntrica, que giraba en torno al Catolicismo, especialmente en la religión entendida como una organización socio-administrativa, la Curia romana. Recuérdese, por ejemplo, la visión de Voltaire en *L'Ingénu*, cuando presenta irónicamente, la sorpresa de un indio canadiense que, transportado a Europa, descubre que la moral eclesiástica que se le impone poco tiene que ver con el cristianismo natural del Evangelio. De ahí el pensamiento volteriano de un cierto relativismo capaz de aceptar unas verdades religiosas en cualquiera de las geografías posibles. Pues bien: en Voltaire surge una visión de China que, en la Europa del siglo XVIII, representa una novedad revolucionaria. Uno de sus opúsculos satíricos, en efecto fechado en 1761, se titula «Rescripto del Emperador de la China» (6) que supone escrito por el Hijo del Cielo y dirigido al ciudadano de Ginebra Juan Jacobo, «discípulo del bonzo Saint Pierre», burlándose de que dirija su programa de paz universal, al rey de una aldea llamada París, junto a un arroyuelo llamado el Sena, programa que dirige a todos los pueblos de Europa, olvidándose de todo el resto del mundo, lo que mueve al Emperador de la China, en una zumbona sátira a proponer una asamblea universal en un tubo de cristal situado en el centro de la tierra (7). Voltaire, en su aguda clarividencia, se adelantó a denunciar el protagonismo de los pueblos occidentales, lo que da lugar a una noción que va apareciendo en Europa: la de que China es como un gigante dormido; una tremenda fuerza en potencia. Y en relación con esta noción podemos instalar la frase atribuida a Napoléon, denunciando el riesgo del día en que China despierte,

(6) Vid. Voltaire: *Opúsculos satíricos*. Ed. Carlos Pujol, Barcelona, 1978.

(7) Incluso un hombre tan próximo a Voltaire, como Condorcet, publica su famoso *Esquisse d'un tableau historique des progrès de l'esprit humain* en el que sus prejuicios de iluminista no conceden a las culturas no europeas otros valores que los del fanatismo y la ignorancia, aun aceptando que la Grecia clásica recibió de Oriente valores tan importantes como la escritura y su sistema religioso (4.ª época). La evolución del Catolicismo romano marca, para Condorcet, la instauración de una cultura arabe-musulmana (6.ª época). Y reconoce la importancia de la técnica china en la invención de la brújula y en la cultura de la seda. Y protesta de que la influencia de Europa en Asia vaya aparejada a formas de despotismo (10.ª época).

y que ha servido de título al famoso libro de Alain Peyrefitte.

Por uno de esos azares que suelen acompañar la buena fortuna de los investigadores, cae en mis manos otro curioso dato de la «noticia» de China en Europa a principios del siglo XVIII: en la segunda novela, *Robinson Crusoe,* que Defoe publicó para aprovechar el éxito de la narración del mismo título, aparecido en 1719, el protagonista realiza un larguísimo viaje en el que llega hasta la China. Si la primera parte tiene, como se sabe, su origen en la experiencia de un náufrago, ¿de donde sacó Defoe la información sobre el Imperio chino? ¿Qué noticias circulaban en la Inglaterra de su tiempo?

No se trata, por supuesto, de una visión deslumbrada, como la que ofrece Marco Polo. El narrador precisa: «Nuestra ciudad de Londres tiene más tráfico comercial que todo su inmenso imperio. Un barco de guerra inglés, francés u holandés de ochenta cañones, se enfrentaría con todos los barcos de la China, y los destruiría» (8). El viajero inicia su reportaje en el «corazón de la China» entre Nanking y Pekín, y nos cuenta que viaja en el séquito de un poderoso mandarín, lo que le asegura protección suficiente. Defoe descubre magníficas manufacturas de porcelana, pero también casas extremadamente pobres, y, cuando pasada la Gran Muralla llega a la tierra de los Tártaros describe escenas de terrible ignorancia y barbarie. La visión de Defoe es, pues, la de una China ya desmitificada.

A lo largo del siglo XIX, las noticias de China se vinculan a los intentos de colonización que, desde Europa, tienen una doble intención, la religiosa —por el camino de la evangelización— y la comercial, que se inicia con la inicua «guerra del opio» (1842) que pretendía, a cañonazos, abrir mercados a la industria europea. Roma fundó en China arzobispados y obispados; creó colegios y seminarios ofreciendo con ello una imagen de un «pueblo a redimir».

¿Cuál es la «función» que el pensamiento europeo asigna a China en la historia universal? En el *Bouvard y Pecuchet* de Gustavo Flaubert, uno de los inefables interlocuto-

(8) Daniel Defoë, *Obras, Editorial* Planeta, trad. Carlos Pujol, pág. 564.

res, Bouvard, sostiene su optimismo hacia el futuro («el hombre moderno progresa») en una noción histórica. «Europa —dice— será regenerada por Asia. La ley histórica es que la civilización vaya de Oriente a Occidente (papel de la China); las dos humanidades acabarán fundiéndose.»

El cambio radical de actitud de Europa frente al mundo extremo-oriental se inicia en el siglo XX con libros como *Esquemas de la Historia,* de H. G. Wells (1920), y sobre todo en una obra de tanta resonancia como *La decadencia de Occidente,* de Oswald Spengler (1880-1936), publicada en 1918. La aparición de este libro da al traste con la aceptación de un centro de cultura universal del que dependen o derivan otras culturas, sino la presencia independiente, y en muchos momentos simultánea, de diversas culturas, cuya evolución se produce de acuerdo con unas etapas de florecimiento, técnica pura y decadencia, situación en que se encontraba la cultura europea. Spengler abre, pues, la etapa del *pluralismo cultural.*

La actitud de Spengler fue enorme, fecunda y por supuesto valedera para el porvenir, puesto que el análisis cronológico y paralelístico de las diversas culturas lo encontraremos en la obra genial de Arnold J. Toynbee, cuyas consideraciones sobre China se anotan en otro capítulo.

Así el editor de Spengler en España, José Ortega y Gasset, toma seguramente de él algunas ideas que nos interesa recoger. Ortega toma en consideración otras culturas, y, así por ejemplo dedica una larga atención, a la escultura del África Negra (9).

Ortega y Gasset llama «las Atlántidas» a las culturas sumergidas o evaporadas. La Humanidad, dice, había creído poser el elenco de todas las que habían surcado la Historia. Pero el hallazgo de las ruinas de Troya por el alemán Schliemann, provocó la aparición inesperada de uno de esos aspectos del pasado. La cultura tartésica, que se desarrolló en Andalucía pertenecía también a esta fracción espectral de la Historia.

Pero a la captura de estas huellas, Ortega llega a otra conclusión: la de pueblos que, siendo marginados, se han

(9) Vid. Ortega y Gasset: *Las Atlántidas,* Ed. Revista de Occidente, en O. C., vol. III.

considerado, a su vez, centros de un cosmos histórico. Así aconteció con China y Egipto. «El chino y el egipcio, en la época de su génesis, se creen la Humanidad. En torno suyo se hallan sólo algunas tribus bárbaras sin poder ni prestigio, que contribuyen únicamente a subrayar la superioridad de su gran nación. Por esto, toda la civilización egipcia y china parten en sus principios básicos de suponer que es cada uno de ellos el pueblo central. Sólo así se explica, por ejemplo, la idea eje del Celeste Imperio: que el emperador es padre de los hombres y que de su conducta depende no sólo la felicidad de su nación, sino el recto curso de los astros. El horizonte chino es cósmico, incluye todo el universo para ellos, y tiene en la figura del emperador su centro dinámico. (Recuérdese, de paso, que los chinos distinguen cinco puntos cardinales, para añadir un quinto, que es el Centro [10].)»

«En su "Teoría de Andalucía", el maestro Ortega coteja el venustísimo pueblo apostado en el extremo del macizo euroasiático con el viejo —también venustísimo— pueblo andaluz. "¿Qué papel ha sido el de Andalucía en este orden de la Historia?" Y se contesta: "El mismo de China. La guerra, el desdén por la guerra. Cada trescientos o cuatrocientos años invaden China las hordas guerreras de las crudas estepas asiáticas. Caen feroces sobre el pueblo de los Cien Nombres, que apenas o nada resiste. Los chinos se han dejado conquistar por todo el que ha querido. Su táctica es la táctica del colchón: ceder. El feroz invasor no encuentra fuerza donde apoyar su ímpetu y cae por sí mismo en el colchón —en la deliciosa blandura de la vida china—. El resultado es que a las dos o tres generaciones, el violento manchú o mongol queda absorbido por la vieja y refinada y suavísima manera del chino, tira la espada y empuña el abanico" (11).»

La consideración de Ortega es muy sagaz, porque hay un evidente paralelismo entre el refinamiento de ambas culturas, aunque haya una enorme diferencia entre sus ámbitos geográficos, diferencia que se reduce si se integra la cultura andaluza en el enorme arco de círculo que va desde las «tierras de occidente» *(grb)*, es decir el «Algarbe»

(10) Ed. cit., págs. 293-294.
(11) *ABC*, 21 de julio de 1978.

y el «Magreb» hasta Filipinas y el Pakistán. ¿Corresponde a esta característica refinada un cierto desmayo de la voluntad que convierte a estos pueblos en perpetuamente invadidos? Quienes hayan leído *El Gatopardo* recordarán aquella página magistral de Lampedusa en el que el piamontés Chevalley intenta comprender el alma de Sicilia a través de las palabras del Príncipe de Salina, quien le explica el sino de pueblo invadido, a través de los siglos, por romanos, cartagineses, normandos, árabes, italianos, lo que crea una desgana que se agrava en la soñarrera de un clima tórrido. Así, los pueblos refinados se dejan conquistar por las distintas clases de «bárbaros», de pueblos-horda, que arriban a sus costas, ante cuya violencia se pliegan con sumisa indiferencia, porque, en el fondo, se saben superiores a sus invasores. Es la misma actitud de los chinos frente a los mongoles, los manchúes o los japoneses. De ahí el orgulloso geocentrismo de estos pueblos, que se consideran a sí mismos como la única realidad histórica posible. ¿Hay alguien más satisfecho de ser lo que es que el pueblo andaluz? Aquel torero cordobés que se aburría en París porque allí «todos eran extranjeros» o el autor de aquella frase genial que dice «*pa nozotros, de Dezpeñaperroz p'arriba, to es Alemania*», pueden ilustrar el orgulloso desdén aristocrático —análogo al de los gitanos con los «payos»—, que podríamos estudiar como consecuencia del agudo paralelismo de Ortega al comparar las culturas china y andaluza.

Como China, Andalucía parte de una cultura milenaria y fabulosa, la cultura tartésica, con dinastías que parten del misterio (12).

(12) La aproximación del mundo chino al mundo español tiene mucho que reflexionar. Análoga marginación de lo europeo; parecido sentido del honor y de la belleza; valor profundo de lo religioso; tendencias a un barroquismo en la estética y en la ceremonia. Se me vienen a las mientes aquellos «Apuntes de un loco», que figuran entre los «Arabescos» de Nicolas Gogol, en las que este personaje afirma que es el rey de España Fernando VIII. «Descubrí —dice—, que China y España son enteramente un mismo país y que sólo por ignorancia los consideran estados diferentes. Aconsejo a todos que escriban el nombre de España y verán cómo resulta China.» (*Obras Completas*, Ed. Planeta, pág. 542.) Por otro lado, podríamos recordar las referencias del Conde de Keyserling, en su *Europa, análisis espectral de un continente*, cuando, por ejemplo, encuentra parecido entre la Meseta de Castilla y el altiplano del Tibet.

Frente a esta aguda y fértil curiosidad orteguiana, tenemos la limitación que a sí mismo se impone el pensamiento de Eugenio d'Ors. Quien, por su condición mediterránea, se siente impulsado, desde su primer *Glosari* (1906) a levantar la bandera del clasicismo greco-romano, justo en los años en que las excavaciones de Ampurias hacían sentir a las gentes de Cataluña el precioso mensaje cultural, que les llegaba de la Antigüedad y, después, del Renacimiento. En 1924, en un discurso pronunciado en Granada, titulado *La resurrección de Juliano el Apóstata* (publicado en este mismo año, en octubre, por la «Revista de Occidente»), Eugenio d'Ors presentía el peligro de seducción de las culturas exóticas, propagadas por Frobenius, en el caso de las culturas «negras»; o valoradas por Spengler, en el caso de las culturas orientales. Junto a estos peligros, D'Ors señala el que suponen los nacionalismos, que como en el caso francés de Charles Maurras, crean «separatismos» dentro de la tradición general europea, al modo como Juliano el Apóstata quiso desgajarse su trono común romano-bizantino. «Puesto que esta Granada nuestra —dice—, es un límite, una frontera, en el extremo de Europa, como lo son, en el otro extremo de Europa, Rusia y, tal vez la misma Alemania, conviene decirle a Granada, como conviene decir a Alemania o Rusia: ¡Alerta! Centinelas avanzados de la Cultura, ¡velad! Vosotros sois los provincias fronterizas de éstas; sois, si queréis permanecer incorporadas a ellas, las nobles marcas de la Cultura, la primera muralla del Imperio de Roma. La gloria que esta incorporación os concede, significa también para vosotros, una enorme, una tremenda responsabilidad...»

El ejemplo más significativo de esta consideración europeo-céntrica de la Historia nos la ofrece, sin duda, Eugenio d'Ors, capaz de escribir en la plenitud de su obra un importante libro sobre «La ciencia de la Cultura», intento de explicación filosófica de la evolución intelectual del hombre, apoyada en la repetición de actitudes —lo que él llama «eones»— a lo largo de los siglos, sin que sienta la necesidad de dedicar a la China más que un par de alusiones a lo largo de quinientas páginas de apretado texto. Para D'Ors, en efecto, la Cultura es un fruto de la «Ecumene», que procede de Roma —como eje de lo clásico y de lo católico—, quedando todo

lo demás en el concepto del Exotero —que los antiguos llamarían «bárbaros», «hiperbóreos», «escitas»—, todo cuanto quedaba marginado de aquel centro civilizador (13). Ese mundo así marginado quedaría clasificado benévolamente como «curiosidades». Una de estas «curiosidades» sería China (14).

Éste es uno de los ejemplos más palmarios de las limitaciones que se derivan de unos esquemas históricos culturales presididos por el punto de mira occidental, lo que convierte toda la cultura oriental en un triste aledaño de Europa. Lo cual es históricamente falso.

Y es más grave, en este caso, puesto que D'Ors aplica su doctrina, toda ella adherida a un europeísmo a machamartillo, también a la misma cultura española.

Analicemos ahora otros aspectos de la presencia china, empezando por su influencia en las artes decorativas que tiene su propia historia.

La remota China aparece como un lujo refinado y costoso. Baste, como ejemplo, la primorosa Sala de Porcelana del palacio de Aranjuez, modelo de lo que en toda Europa se llama ya «chinoiserie», y punto de partida para lo que será la Real Fábrica de Porcelanas del Buen Retiro de Madrid, en cuya primera etapa (1759-1769) se siguen las modas italianas de Capo di Monte (Nápoles) introducidas por Carlos III, bajo la dirección del italiano José Gricci que creó el mencionado salón chino de Aranjuez, y en su segundo período, bajo la orientación de Cayetano Shipper (1770-1783) el Salón de la China del Palacio Real de Madrid.

Proseguir la línea de la presencia de lo chino en la literatura y el arte de Europa nos conducirá a un análisis de las formas del rococó, y sus elementos exóticos, y nos llevaría, más adelante, a analizar los elementos estéticos del refinamiento del «fin-du-siècle», francés, en torno a lo que recibe el nombre de «chinoiserie» y puede definirse en fun-

(13) Eugenio d'Ors: *La Ciencia de la Cultura*, Madrid, Ed. Rialp, ver especialmente páginas 231 y ss.

(14) Frente al «eón de Roma», que se ordena en torno a la unidad de la cultura, concibe D'Ors, como es sabido, el «eón de Babel», símbolo de lo confuso y lo vario. De modo que, simplificándolo excesivamente, lo que no pertenece al primer signo se asigna al segundo.

ción de lo minoritario y lo exquisito. Un nombre rutilante, el de los hermanos Goncourt, bastaría para marcar un hito muy considerable en la historia de la estética que tendría su vía inicial de acceso a través del tráfico mercantil de holandeses y suecos desde finales del siglo XVII. Parece claro que es en las porcelanas de Delft donde las tonalidades azul y blanco se inspiran en motivos decorativos de la dinastía Ming. Y se desarrolla en toda Europa a lo largo del siglo XVIII, dando al final de la centuria muy disputada su difusión por la ola neoclasicista, de la Europa de Winckelmann y de las primeras excavaciones de Pompeya. El romanticismo, a pesar de su pasión por lo exótico, no produjo una restauración acentuada de la «chinoiserie», aunque la mayor intensidad del tráfico mercantil y viajero la hacía más asequible. La restauración de su presencia había de justificarla en el «fin-de-siècle», en el decadentismo que busca el «frisson nouveau». La poesía china, por ejemplo, inicia su influencia a través de la literatura inglesa. Algunas figuras como la del escritor inglés Lafcadio Hearn (1850-1904) que se naturalizó japonés bajo el nombre de Yakumo Koizumi, abrazando la fe budista proyectó hacia occidente su emoción ante el embrujo de ese mundo exótico, en libros traducidos a todos los idiomas, como *China: recuerdos de la última isla* (1889) y *Japón, intento de interpretación* (1904).

A finales del siglo XIX, Europa posee una enorme información sobre la China, como lo acredita la obra de Cordier: *Bibliotheca Sínica, Dictionnaire Bibliográphique des ouvrages relatives a l'Empire chinois* (París, 1878-1885).

En el plano estético, surge la influencia, en especial en las artes decorativas (biombos, abanicos, cerámicas) ya a partir del siglo XVIII. De ahí se pasa al plano de la literatura.

En la literatura francesa tiene un lugar preferente Judit Gautier, hija del gran escritor romántico Théophile Gautier. Nacida en 1845, desde muy joven aprendió chino, y comenzó con *Livre de Jade* (1867) una serie de obras literarias de tema oriental, de las que destacaremos *Le dragon impérial* (1869), *Les peuples étranges* (1879), *Fleurs d'Orient* (1893).

Una alusión a Pierre Loti (1850-1923) parece conveniente, aunque su orientalismo se acerca más al mundo japonés. *Madame Crisantemo* (1887), *Japonerias de otoño* (1889).

Por lo que se refiere a España, veamos algunas referencias curiosas.

La avanzada de España era la Capitanía General de Manila y ya en 1852, el Marqués de Miraflores intentó unas relaciones comerciales ventajosas para el archipiélago filipino, gestiones que hay que poner en relación con las de un estupendo personaje, don Sinibaldo de Mas (1809-1868) catalán extraordinario, conocedor de raros tecnicismos, inventor de un tratado de métrica cuantitativa, que llevó a buen término sus negociaciones concertando con China un tratado de amistad, comercio y navegación, firmado en Tien-Tsin el 10 de octubre de 1864. Probablemente de este instrumento diplomático completado con el que se firmó en Pekín en 1872, surge el trasiego de emigrantes chinos a Filipinas (donde existe una nutridísima colonia) y a Hispanoamérica, especialmente al Perú, donde regentan los más lujosos restaurantes (chifa). Añadiré que otro diplomático español, don José de Aguilar, cónsul en Hong Kong, dedicó trece años a componer *El intérprete chino. Colección de frases sencillas para aprender el idioma oficial de China,* impreso en Madrid en 1861. Otra *Gramática China, dialecto cantonés,* firmada por B. Castañeda, se imprimió en Hong Kong en 1869 (15).

Una resonancia literaria del tema que nos ocupa podríamos hallar en la novela de Nicomedes Pastor Díaz *De Vistahermosa a la China,* (1858) ya que su protagonista, Javier, frívolo y donjuanesco, abandona un día sus veleidades mundanas —simbolizadas en un baile de máscaras de los duques de Vistahermosa, en Madrid—, para seguir la vida del misionero en China, prefigurado en su nombre, es decir el de san Francisco Javier. No hay, pues, vivencia del tema sino, como hemos dicho, resonancia española del tema oriental cuyo rastro estamos siguiendo.

De la curiosidad infatigable de don Juan Valera surge el tema oriental de alguno de sus cuentos, como *El pescadorcito Urashima,* de ambiente japonés, probablemente popular (16), pero cuyo origen chino puede suponerse dada la

(15) Franke y Trazettel: *El imperio chino,* Ediciones Siglo veintiuno, pág. 262. Ver también, págs. 285 y siguientes; págs. 383 y ss.

(16) Poseo una edición japonesa impresa toda ella en tela, sobre el mismo tema, que debió ser traducido al francés o al inglés, y acaso sirvió a Valera para su delicioso relato.

importancia de la cultura «central» sobre la de «las islas». De tema chino es, también, uno de los diálogos que bajo el título de *Asclepigenia*, «cómica alegoría de la decadencia de la civilización gentil», publicó bajo el título de *Gopa*. Explica cómo Gopa, esposa de Buda, reacciona noblemente ante el comportamiento del sabio, en contraste con el egoísmo incomprensivo de la madre del filósofo (17). Esa temática no puede sorprendernos si recordamos otros trabajos de Valera como *El budismo esotérico* (1887) o *Leyendas del antiguo Oriente* (1870).

La curiosidad de Valera por el mundo oriental, se advierte también en su divertido libro *Morsamor*, cuyo pintoresco protagonista, después de recorrer la India se traslada a Cantón y después a Macao (cap. XXXIV). Sus fuentes de información como ya se supone, son las tradiciones, noticias aportadas por los jesuitas, «y de otros sinólogos españoles y portugueses sin excluir a don Sinibaldo de Mas, nuestro amigo», al que nos hemos referido en párrafos anteriores.

Este Sinibaldo de Mas, en efecto, había fundado con Valera, en 1856, *A Ibérica*, una sorprendente revista literaria que propugnaba el acuerdo entre España y Portugal. Personaje fantástico, nacido en 1809, poeta, erudito, autor de un tratado sobre *El sistema musical de la lengua castellana* (1832), consiguió que el Gobierno español lo enviase en misión informativa a Extremo Oriente, abriendo el mercado de China a los productos catalanes y residiendo en Filipinas, que estudió en un completo *informe* (1843), lo que provocó que fuera designado como embajador extraordinario. Resultado de sus conocimientos fue su libro publicado en francés *La Chine et les puissances chretiennes* (París, Hachette, 1861), que firma como *ancien envoyé extraordinaire et Ministre plenipotentiarie de la Reine d'Espagne en Chine*. Su libro, en dos volúmenes, de 358 y 482 páginas respectivamente, produce asombro por la cantidad de noticias históricas, de datos estadísticos y de notas políticas que contiene.

(17) El relato está incluido en el volumen *Cuentos, diálogos y fantasías* que publicó Valera en 1887. Otro diplomático español, Eduardo Toda (nacido en 1853) nos ha dejado, fruto de su juvenil experiencia profesional en Macao, Hong Kong, Shanghai y Cantón algunos libros curiosos: *Historia de la China, La agricultura en China, La vida en el celeste Imperio*, etc.

El interés por el Extremo Oriente es insólito en nuestra literatura crítica. Anotemos como excepción la figura de un curioso analista Fernando Araujo, que nos ha dejado en la revista «La España Moderna» curiosos trabajos sobre literatura china (*El teatro chino,* nov. 1900) y japonesa (*La literatura pesimista en el Japón,* junio 1903, *Un don Juan japonés,* julio 1906; *Los siete defectos de las novelas japonesas contemporáneas,* agosto 1910).

Acaso de estas líneas podría acompañarse con el nombre del guatemalteco Enrique Gómez Carrillo (1873-1927), que deslumbró a sus contemporáneos con su lujoso arte de «chroniqueur» del que destacamos libros como *De Marsella a Tokio* (1905), *El Japón heroico y galante* (1922), *Literaturas exóticas* (1923), etc.

No es extraño que en una estética en la que predomina la noción de lo «raro», lo distante y lo exquisito; la estética decadente del «fin-de-siècle», aparezca la «chinoiserie».

En España, durante el siglo XIX hay de la China una imagen «lujosa». Ya hemos señalado la importancia de las Filipinas como bastión avanzado de España en el Extremo Oriente. Recordemos que la «nao de Acapulco», que enlazaba Manila con México, traía esplendores de lacas, seda y marfil, sin olvidar los adornos femeninos, como el pay-pay, «que en Manila se estila», tal como lo definía una canción que se hizo muy popular. Las gentes de mi generación han visto, en su niñez, en las casas de nuestra burguesía, recuerdos de los parientes que habían ido a Filipinas. Y se encuentran, pasada la moda y el momento, en nuestras tiendas de anticuarios. El mundo chino es, así, como una vitrina de objetos de gran valor. En *La verbena de la paloma,* el objeto más preciado que se ofrece a una mujer es el *mantón de la China,* que el coro de hombres ofrece a las muchachas: *un mantón de la China-te voy a regalar,* obsequio que, de tan desmesurado, provoca la incredulidad de las hembras: *venga el regalo-¡si no es de broma!.* Leyendo a Galdós, inventario general de la vida española, descubrimos el valor que la sociedad de su tiempo otorgaba a los «pañuelos de Manila» o a la «pañolería chinesca» (por ejemplo en *Fortunata y Jacinta,* t. I, cap. II).

La China es, también, en España, objeto folklórico, pren-

da delicada, biombo exótico decorativo.

No es extraño, por lo tanto, que nuestros bien escasos escritores viajeros sintiesen el atractivo de China. En los capítulos en los que hablamos de Shanghai y de Pekín debemos recordar la figura de Vicente Blasco Ibáñez cuyo libro *La vuelta al mundo de un novelista,* cuya actual reedición (después del veto que el franquismo puso a sus obras) se lee con el mismo placer que produjo su aparición hacia 1920.

En el modernismo hispánico, estos temas habían de aparecer, ya desde sus inicios. Así, por ejemplo, el poeta cubano Julián del Casal, en su poema *Neurosis,* nos da este rincón decorativo

*Un biombo rojo de seda china*
*abre sus hojas en una esquina*
*con grullas de oro volando en cruz,*
*y en curva mesa de fina laca*
*ardiente lámpara se destaca*
*de la que surge rosada luz* (18).

También Rubén Darío había iniciado el tema. Ya en *Azul,* uno de sus cuentos se titula *La muerte de la Emperatriz de la China,* y en él se relata la venganza de una mujer enamorada que destruye un busto de porcelana, destinado a su marido, porque tiene celos de aquella mujer que describe «toda la gama: oro, fuego, ocre de Oriente, hoja de otoño, hasta el pálido que agoniza fundido en la blancura» en un contorno de seda «bordada de dragones» (19).

No es extraño, pues, que ante la princesa de la «Sonatina», el poeta se pregunte «piensa acaso en el príncipe de Golconda o de China» y que la decoren a la vez «los jazmines de Oriente, los nelumbos del norte» (20) y que en su «Divagación» haga desfilar, entre tantas, las visiones del Celeste Imperio:

*¿Los amores exóticos acaso?*
*Como rosa de Oriente me fascinas;*

(18) *Bustos y rimas,* 1893.
(19) *Azul,* 1888.
(20) *Prosas profanas,* 1896.

*me deleitan la seda, el oro, el raso.*
*Gautier adoraba las princesas chinas.*

*¡Oh, bello amor de mil genuflexiones:*
*torres de caolín, pies imposibles,*
*tazas de té, tortugas y dragones*
*y verdes arrozales apacibles!*

*Amáme en chino, en el sonoro chino*
*de Li-Tai-Pe. Yo igualaré a los sabios*
*poetas que interpretan el destino:*
*madrigalizaré junto a tus labios.*

*Diré que eres más bella que la luna;*
*que el tesoro del cielo es menos rico*
*que el tesoro que vela la importuna*
*caricia de marfil de tu abanico* (21).

El tema chino es frecuente en los poetas hispanoamericanos. El gran poeta colombiano Guillermo Valencia tradujo e interpretó poemas del Celeste Imperio en un libro al que puso por título *Catay*. Y Leopoldo Lugones gustaba de evocar «una sutil decoración morada» en la que

*poblóse de murciélagos el combo*
*cielo, a manera de chinesco biombo* (22).

Y bien pudiéramos añadir el ejemplo del poeta cubano Regino Pedroso (nacido en 1903), en cuyo libro *El ciruelo de Yan Pei Fu* (1955), late un recuerdo de temas chinos que le llegan en el fluir de su sangre mestiza, en los poemas que un imaginario antepasado le ha dejado en testamento ilusorio: *¡Oh discípulo, todo y nada!*

Los modernistas de acá del Atlántico gustaban también de decorar con temas orientales incluso los decires castizos.

(21) *Prosas profanas, ídem.* Según Marasso Roca, Rubén Darío leyó a Li-Tai-Pe, en el *Livre de jade*, de J. Gautier. (*Rubén Darío y su creación poética* [1934], pág. 13.)
(22) *Los crepúsculos del jardín* (1905).

Don Luis Fernández Ardavín en su obra escénica *Rosa de Madrid,* hace que su protagonista exclame, mezclando confusamente elementales nociones geográficas:

*Mantoncito de Manila,*
*rico pañuelo chinés*
*que se ciñe y se perfila*
*de los hombros a los pies*
*como si de carne fuera.*
*Mantoncito japonés*
*que del Rastro a la Pradera*
*brillas como una bandera*
*del barrio de San Andrés* (23).

Federico García Sanchiz que gustaba de añadir el concepto de cosmopolita a su verboso «españolear» realizó un viaje a Extremo Oriente y residió algún tiempo en la China, cuyas vivencias se encuentran en su extenso libro *Shanghai* (1934), vivencias que rememoró más tarde en su libro *Playa dormida* (1958) (24). Este rastro toma mayor entidad en una deliciosa novela corta que titula *La comedianta china,* que publicó en 1926, en el fascículo 11 de «La novela mundial» y en la que evoca la ciudad, en la época en que los europeos empezaban el asedio comercial de la ciudad y se instalaban aparte en la calle de *Las trece factorías.* En este ambiente, el novelista describe los juegos escénicos en los cuales los papeles femeninos los asumían los hombres, especialmente educados para este menester (25).

Dentro del preciosismo que transparentan estas páginas de García Sanchiz, apasionado por lo *exótico,* podríamos colocar la figura de Agustín de Foxá, por su obra *Cui-Pi-Sing,*

(23) Don Jacinto Benavente rindió tributo a la moda orientalista estrenando en 1916 una traducción de una obra inglesa, de ambiente chino, obra de Georges D. Hazelto y Harry Benrriva, titulada *La túnica amarilla,* que él incluyó en sus «Obras Completas». Recuérdese el enorme éxito que el gran actor español Ernesto Vilches obtuvo con la interpretación de la obra *Wu-Li-Chang,* en la que incorporaba prodigiosamente un personaje chino.

(24) Especialmente en los capítulos titulados «Canta un pájaro en el cementerio viejo» y «Adiós a China».

(25) La novela está dedicada a Margarita Xirgu, «coleccionista de chinerías», recordando puesta en escena impecable de la fantasía teatral de ambiente chino *Tien Hoa.*

deliciosa estampa dramática que obtuvo el Premio Nacional de Teatro y fue representada con éxito. Un emperador de la China, encarga a su sabio consejero Hoang que le busque una mujer que disipe su tristeza. Dice el Emperador:

*Eres sabio Hoang-Ti mi favorito*
*conoces*
*todas las propiedades*
*del triángulo rectángulo*
*y del ochenta y uno*
*cuadrado del cuadrado*
*de tres, número místico.*
*Te sabes de memoria*
*todo el herbario chino,*
*anuncias los eclipses,*
*de la aguja magnética*
*no ignoras los secretos*
*y has escrito un trabajo sobre el pulso,*
*pero ignoras*
*seda y fruta la piel de las mujeres,*
*no sabes del amor*
*y desconoces*
*el misterio escondido en unos ojos.*
HOANG: *La sangre corruptible*
*y los ojos son sangre encristalada.*
*Las mujeres*
*llenan la noble casa del letrado*
*de menudos problemas,*
*y si el sabio pretende*
*estudiar los planetas*
*ella le habla de espejos y de trajes.*

A lo largo de este bello poema escénico es fácil seguir el esfuerzo de Agustín de Foxá por imitar los juegos del poema breve y la metáfora sutil de la poesía china.

Curiosa la escasez del tema chino en la generación de 1927. Apenas si en el segundo García Lorca, en el posmodernista de *Primeras Canciones* (1922) y de *Canciones* (1921-1924), sorprendemos un tipo de instantánea lírica, de pura



3 — 3722

expresión de una «presencia», al modo de la poesía oriental. Así, por ejemplo,

*La luna va por el agua.*
*¡Cómo está el cielo tranquilo!*
*Va segando lentamente*
*el temblor viejo del río*
*mientras que una rama joven*
*lo toma por espejito.*

El gusto por la estrofa breve —«hai kai», «tannka»—, de la lírica japonesa está en una gran parte de los poemas que aparecen, por cierto, dedicados «*A Miguel Pizarro (en la irregularidad simétrica del Japón)*», como en este *Nocturno esquemático*

*Hinojo, serpiente y junco.*
*Aroma, rastro y penumbra.*
*Aire, tierra y soledad.*
*(La escala llega a la luna.)*

El mundo oriental remoto, con una escenografía de biombo, aparece en estos breves relámpagos líricos, en uno de los cuales, la evocación irónica de Marco Polo ayuda a precisar una geografía ilusoria:

*Sobre caballitos*
*disfrazados de pantera,*
*los niños se comen la luna*
*como si fuera una cereza*
*¡Rabia, rabia, Marco Polo!*
*Sobre una fantástica rueda,*
*los niños ven lontananzas*
*desconocidas de la tierra.*

Los paisajes —estanques, puentecillos, jardines— explican que uno de los poemas del Federico de estas *Canciones* se titule, precisamente, *Canción china en Europa,* donde aparece la nota exótica

*La señorita*
*del abanico*
*y los volantes*
*busca marido.*

*Los caballeros*
*están casados*
*con altas rubias*
*de idioma blanco.*

El mismo sabor de «chinoiserie» tienen muchos juegos epigramáticos de este período lorquiano, como

*cuando sale la luna*
*de cien rostros iguales,*
*la moneda de plata*
*solloza en el bolsillo.*

Cuando no, alusiones más concretas, como en *Dos marinos en la orilla,* uno de los cuales

*Se trajo en el corazón*
*un pez del Mar de la China.*

Aparte de Federico García Lorca, es obligado —dentro de la generación de 1927— recordar la presencia del tema chino en la obra de Rafael Alberti. Claro está que, esta vez, por razones de afinidad política. El gran poeta comunista, en efecto, dedica a China un manojo de poemas —como un ramo de flores— en su libro *La primavera de los pueblos* (1955-1957), bajo el título *Sonríe China* cuya imagen preveía ya su confrontación real. Así la verdad de los campos

*Hoy todo es sangre, hervir, crujiente vida,*
*ímprobo, inagotable manadero.*
*¡Venid, venid a ver la acometida*
*de este inmenso hormiguero!*

de los talleres textiles

*trenzad la flor, la golondrina,*
*el cisne, el lago, la arboleda.*
*tejed la antigua y nueva China*
*en un inmenso sol de seda.*

de los estudiantes

*Hoy, por el lado, banderas.*
*Violines y banderas.*
*Los estudiantes están*
*de fiesta.*

Sin que falte —recuerdo obligado— una *Canción china en China,* que dedica a Federico García Lorca.

Y escogemos, para terminar, los fragmentos más representativos del espléndido poema de Pablo Neruda titulado «Soledades de la tierra china», aparecido en su libro *Navegaciones y regresos* (O. C. II, 267).

SOLEDADES DE LA TIERRA CHINA

*Desde arriba eres, tierra china,*
*multitud verde de terrazas,*
*jardinería de esmeraldas*
*o dulce agricultura de abejas.*
*Eres un pleno panal verde.*
*Y el hombre sube las semillas,*
*entre las rocas, a las nubes,*
*a las islas, entre las olas.*

*El hombre chino trabaja la tierra*
*y la tierra china lo trabaja,*
*aguza sus manos pacientes,*
*dibuja surcos en su cara.*
*Luego la tierra espera al hombre*
*y él se confude con el polvo,*
*como una pálida semilla.*

*Oh tierra magnética, rostro*
*del mundo, antigua y nueva luna,*
*como el tiempo, germinadora,*
*como el océano, infinita:*
*nación eterna de raíces,*
*plantación copiosa de seres:*
*las nubes te envuelven y naces*
*millones de veces al día.*
*Pasan los pueblos y tú eres.*

No pretende esta breve sucesión de poemas, agotar la temática del rastro chino en nuestras literaturas. Vamos a dar, como complemento únicamente, algunas notas sobre el tema en Cataluña.

La curiosidad hacia la literatura china madruga en la literatura catalana a partir de los intentos del escritor Apelles Mestres que, en 1925, publicó una antología de *Poesía Xinesa,* (ed. Salvador Bonavía), desde los orígenes (siglo x a. J. C.) hasta los últimos poetas clásicos del siglo XVIII. El poeta más traducido es, por supuesto, Li-Tai-Pé, del que da una treintena de poemas. Sin duda, este precedente influyó en la abundancia de versiones del mismo poeta debidas a Josep Carner, que constituyen su libro *Lluna i Llanterna.* La traducción de Apelles Mestres lleva un orientador prólogo en el que subraya la anticipación de la rima en la poesía china desde los tiempos más primitivos. Otro gran poeta catalán, Marià Manent, ha publicado un libro de «interpretacions de poesia xinesa» de delicada vibración lírica: *L'aire daurat* (1928).

La presencia de lo oriental en la literatura catalana, y de lo chino en particular, debe ser estudiado, también en relación con la literatura japonesa. Así, por ejemplo, tenemos el curioso ejemplo del escritor cosmopolita Josep M.ª Junoy que, en 1920, y en su libro publicado en francés bajo el título de *Amour et paysage,* introdujo el «hai-kai». Posteriormente, Carles Riba ensayó el otro género clásico japonés (la «tannka», estrofa de veintiuna sílabas) en su libro *Del joc y del foc.* Dentro de esta atmósfera de influencia recordemos el éxito de la traducción catalana de *El llibre del té,* de Okakura Kakuzo, publicada hacia 1930.

## PRÓLOGO EN HONG KONG

«Han tenido suerte —nos dicen al llegar al "Hotel Mandarín"—. Hoy, 17 de junio, es el festival del Dragón, Señor de las aguas, y se celebran, al mismo tiempo, las fiestas en homenaje a cuantos murieron por la libertad de Hong Kong, especialmente aquel famoso Chu Yuen que, como protesta contra un gobernante corrupto, se suicidó arrojándose al lago.»

Arde, pues, la ciudad en máscaras y desfiles marineros, y le quitan por unas horas ese aire de factoría que, como a Singapore, me ha hecho calificarla entre las ciudades sin alma.

Hong Kong es, claro está, una ciudad deslumbradora; una superposición fulgurante de dos mundos: el de su raíz oriental y el de las incesantes invasiones del mundo occidental, que ocupó primero la isla que lleva su nombre, y se extendió después a la zona continental —Kowlon— al pie del Observatorio, para abarcar después un ancho «hinterland» que, con el nombre de «Nuevos Territorios», alcanza hasta el mismo borde de la frontera china. Un pequeño cosmos que, como una moneda, nos ofrece su anverso y su reverso, el de la ocupación occidental inglesa que se inicia con la «guerra del opio» —1841— y el de su fidelidad a las raíces autóctonas.

Pero lo definitorio es el contraste de ambas imágenes: ¿cómo enfrentar el lujo rutilante de la ciudad de los rascacielos, con la increíble pobreza de esos «hombres del agua»,

que, en la bahía de Aberdeen, nacen, viven, se reproducen y mueren en sus juncos y sampanes, sobre un fondo miserable y pútrido? Nunca una más bella escenografía —ni siquiera en Río de Janeiro— ha escondido una mayor tristeza.

A las puertas de China, al iniciar un viaje de análisis a su gran experimento socioeconómico, una meditación en Hong Kong parece aleccionadora. Hong Kong es, con Macao, la última huella de la presión occidental sobre la fachada marítima de Asia. Y, desgraciadamente, el ejemplo de un mundo sin entrañas, cuya brillantez no oculta sus turbios laberintos morales.

La ciudad, en efecto, se nos presenta como un paraíso. Basta con recorrer las calles céntricas para advertir, por ejemplo, la abundancia de rótulos en los que ofrecen sus servicios las más variadas escuelas femeninas de «masajistas». Toda la ciudad, es, así, un gigantesco mercado que ofrece, desde sus paisajes —bellísimos de sus contornos marineros, de sus playas festoneadas de esmeraldas vegetales— hasta sus espléndidos rascacielos, escalonados en las laderas de la ciudad isleña y continental. Cuando el avión toma tierra, en la noche, sobre la delgada lengua de tierra, en la misma bahía, se entra en un vértigo de luz, en uno de los más bellos espectáculos turísticos del mundo. Si, a bordo de un junco, recorréis las hendiduras de ese conjunto marinero, podréis observar, sin embargo, el envés de esta hermosura. En cualquier caso, es bello contemplar la ciudad en la noche. Desde el mirador del último piso del «Hotel Mandarín», se ven rielar las luces sobre la bahía; las «luces de la ciudad», las «candilejas» de este espectáculo increíble. Porque a pocos quilómetros, un mundo contradictorio nos espera: la gigantesca China, la experiencia revolucionaria más radical de la Historia.

Más allá de estas fronteras ninguna de las luminarias del lujo que decoran la bahía de Hong Kong va a ser posible. ¿Cómo explicarnos esta coexistencia? Aquí es un secreto a voces que el tremendo gigante tiene en su mano la vida y la muerte de la ciudad que flamea todavía el pabellón británico. Como es archiconocido que la República Popular China es la propietaria de las mejores tiendas de objetos típicos en

Hong Kong. ¿Cuáles son las razones de esta tolerancia?

En cualquier caso, en la víspera de un mundo nuevo, contemplamos, una vez más, el esplendor de los grandes restaurantes; las flámulas de colores que anuncian los lujosos establecimientos mercantiles; la mayor gama de seducciones que el mundo capitalista puede ofrecer. Dos horizontes, pues, en contraste. ¿A cuál de las dos bandas prestará acatamiento el porvenir? ¿Se acentuará la tendencia socializante que ya puede percibirse en el mundo capitalista de hoy? ¿Se suavizará la intransigencia política que emana del pensamiento de Mao-Tse-Tung?

Entre estas dos interrogantes está el porvenir de nuestro mundo.

## EL ARTE DE RECIBIR A LOS AMIGOS

Lo-Wu es el puesto fronterizo que enlaza Hong Kong con la China continental. A Lo-Wu se llega por el ferrocarril que se toma en la estación monumental que simboliza toda la formidable expresión arquitectónica del enclave británico. Hong Kong, en fin de cuentas, es eso: una soberbia exhibición de la monumentalidad del mundo capitalista.

Durante una hora larga, recorremos territorio de Hong Kong; lo que da la medida de la dimensión de su enclave geográfico. Atravesamos, pues, el istmo que se llama los Nuevos Territorios, al pie mismo de la ciudad, para proseguir hacia el Norte bordeando bahías y apretados valles, de laderas enhiestas. Festonean el paisaje marino pequeños archipiélagos roqueros, que albergan centenares de juncos para vivir en el agua, y millares de lanchas para la faena pesquera. El tren inglés, dotado de ventilación de hélices, se detiene en pequeñas estaciones, donde suben niños de corta edad, que se llevan periódicos que encuentran abandonados en los asientos.

Finalmente, llegamos al puesto fronterizo de Lo-Wu, junto al puente de un pequeño río que sirve de frontera. Antes, las autoridades de Hong Kong han finalizado sus trámites, y somos conducidos al edificio inmediato donde se inician las operaciones de ingreso en la China Comunista.

Momento emocionante para el viajero, que queda solo y como inerme ante un pupitre donde un soldado espera nuestra documentación; donde se reseña el dinero que llevamos

en cualquier moneda, así como las joyas, cámaras fotográficas u otros objetos que puedan ser motivo de transacciones. El paso a los demás servicios fronterizos —sanidad, aduana, banca— va llevando al viajero de la provisionalidad itinerante del andén a un edificio cuya amplia escalinata anuncia un cambio espectacular que bien puede simbolizarse en el inmenso fresco que decora uno de los muros, en el que —dentro del modo del realismo socialista— muchachos de diversos países se acercan portando un ramo de flores. «Nosotros tenemos amigos en todos los países del mundo» reza, oportuno, un inmenso rótulo. Y otro: «Larga vida para todos los pueblos del mundo».

La decoración, como digo, cambia súbitamente, cuando, superados los trámites fronterizos —con presteza y amabilidad superior a la que imaginábamos— entramos en una serie de inmensas salas de espera.

Por favor, borren de su imaginación cualquier precedente de su memoria. Por favor, imaginen el reverso de esta imagen. Un salón de grandes proporciones nos acoge; un salón con grandes ventanales que dan sobre un jardín. En estos ventanales, unos visillos de tela bordados, dan un tono hogareño al escenario. En el salón, grandes grupos de mullidos sofás esperan al viajero. Los muebles están tapizados de blanco, y los respaldos de los mismos se adornan de tapetes de encaje. La tapicería es blanca, como son blancos los tapetes. Hay flores sobre las mesas, y, en grandes macetas, árboles enanos al gusto japonés, que decoran el conjunto. Sobre las mesas, platos y tazas de porcelana esperan que una muchachita de blanco uniforme sirva el té con jazmín, después de ofrecernos unas toallas empapadas de agua caliente perfumada.

La sala está pensada para dar al viajero una muda sensación de afecto, de intimidad hogareña. Estos tapetes de encaje blanco, sobre mullidos asientos, en nada se parecen —repito— a nuestras tradicionales «salas de espera», frías y tristes. Suena un fondo de música y, en las paredes, telas pintadas con la tinta negra y con las veladuras de gris sobre las anchas superficies que, a veces, ostentan, con la belleza proverbial de la caligrafía china, frases o pensamientos de Mao.

Cuando el horario lo hace posible, el viajero puede instalarse en unos inmensos comedores fronteros, donde puede almorzar los platos típicos del país. No es difícil que el viajero descubra, bajo el hule, los manteles prodigiosamente bordados. Al entrar en el vagón de nuestro tren, que ha de llevarnos a Cantón, observo el mismo decorado en las ventanillas.

Yo veo en estos tapetes, en estos encajes blancos, un símbolo de la hospitalidad que este país pretende ofrecer a sus turistas. Para la China de la República Popular cada una de las personas que la visitan es un amigo. Estos encajes blancos son, pues, como una bandera; como un signo de dulce y agradecida hospitalidad.

A partir de este momento, el viajero, el grupo itinerante que llega de España es observado con una afectuosa cortesía. Ellos saben que el solo gesto inicial de decidir nuestro viaje presupone, por lo menos, una curiosidad fraterna, un deseo de entender este gigantesco laboratorio geopolítico de nueve millones de quilómetros cuadrados y más de ochocientos millones de habitantes —luego hablaremos de este aspecto— que llevan a cabo la más vasta operación socioeconómica de todos los tiempos.

La política de recepción de extranjeros funciona primorosamente. Al servicio de los mismos están disposiciones tan singulares como la que permite que los autocares destinados por el «China Travel Service» a los grupos ya programados, puedan entrar hasta los mismos andenes de las estaciones ferroviarias, de manera que el recién llegado sólo debe caminar unos pasos para entrar en el nuevo vehículo. No debe preocuparse de los equipajes pesados que rápidamente son colocados en otras camionetas, y transportados a los hoteles prevenidos al efecto. Produce asombro que eso pueda hacerse todavía, por lo que supone de programación minuciosa y atención a los detalles. Los trenes, como ya dije, son confortables, poseen calefacción y, en el estío, refrigeración por medio de ventiladores eléctricos, y funcionan los servicios de té durante la ruta, a cargo de unas muchachas solícitas. Se advierte, en seguida, que este montaje ferroviario parte de un sistema anterior, sin duda necesario en un país de tan vastas dimensiones. Los servicios internacionales, como la

«Compañía de Wagons-Lits» tenía aquí, antes de la Revolución, excelente material, incluidos coches-cama, coches-litera y vagón-restaurante, si bien —como cuentan muchos viajeros— algunos de estos trenes debían llevar una cobertura de soldados que, armados de fusiles, protegían a los pasajeros del bandidaje o de los grupos contrarios de las guerras civiles. Hoy todo esto no es necesario. La paz es octaviana.

Volvamos a los trenes, que conservan, como he dicho, la noble calidad de la buena época clásica de los transportes ferroviarios, las máquinas de vapor, los tipos de los vagones de viajeros, al modo internacional. Y aquí se advierte, como en otros aspectos (el de la industria hotelera, por ejemplo), que los chinos, haciendo la necesidad virtud, sacan todo el rendimiento posible al material heredado, manteniendo el aspecto exterior de los trenes bruñido hasta la exageración y el interior de los vagones impecable en su limpieza y servicios. Las máquinas, especialmente, resplandecen, como para hacerse respetar su antigüedad. En estos días he visto subrayar, por la prensa, la transformación de las máquinas de vapor en diesel, y he contemplado las fotos periodísticas que muestran una de las primeras unidades, que lleva, por cierto el nombre y la efigie de Chu-En-Lai.

Por lo demás, como he dicho, la organización oficial cuida no sólo de las reservas de los billetes, sino de la programación en cada una de las escalas del tránsito. ¿Coacción policíaca? Y ¿cómo haría un viajero occidental en el país en el que la lengua hablada de las gentes y la lengua escrita de los rótulos es un puro arcano? Cierto que en estos programas viajeros se elude toda visión que no se crea oportuna. Pero ¿no sucede, y con otra intención seguramente, en las excursiones que se nos programan en el mundo occidental?

La ceremonia que he descrito refleja la primera impresión: la obtenida al cruzar la frontera, desde Hong Kong a Cantón. Pues bien, a lo largo de varias semanas, y de más de dos mil quilómetros de recorrido, la escena se ha repetido con puntualidad admirable. Diré, antes de proseguir, que la organización de estos viajes no corresponde, como anuncian algunas agencias de turismo de nuestro país a su particular iniciativa. Estas agencias se limitan a servir de puente entre el viajero y la organización nacional china, la lla-

mada Agencia Central de Turismo Internacional, con sede en Pekín, que permite un itinerario meramente indicativo, pero que se reserva la decisión final en cuanto a detalles de desplazamiento, nombre y situación de los hoteles y servicio de guías intérpretes.

Pondré por ejemplo el viaje que estamos realizando, constituido por un grupo de veintidós personas a las que acompaña una guía designada por una de las agencias españolas. Al llegar al principio del itinerario, la Agencia Oficial China, nos ofrece dos guías, que, en este caso, son los camaradas Ku y Liu, que han aprendido en los Institutos de Lenguas Extranjeras de Pekín y de Shanghai, un castellano fluido y rico de matices. De ellos hablaré largamente en otro capítulo. Junto a estos excelentes colaboradores, la Agencia Oficial China va designando, en cada etapa del viaje, otros dos guías intérpretes que hablan un excelente castellano, que tienen a su cargo la orientación de las visitas en cada una de las localidades del itinerario, tanto en su aspecto histórico cuanto en sus consejos de orden práctico.

En totalidad, pues, son cuatro personas las que están al servicio de un grupo de veintidós pasajeros españoles. La atención, la cortesía —y también la dignidad sin servilismo— son constantes en estos ejemplares amigos del viajero.

Voy a referir una anécdota, porque tiene valor de significación. En una de las más intrincadas etapas del viaje, en la ciudad de Nanking, dos de nuestras compañeras de grupo cayeron enfermas con síntomas alarmantes de vómitos y fiebre, cuando nos preparábamos para salir hacia Jang Chow, a 130 quilómetros al norte de la antigua ciudad imperial. El grupo se inquietó visiblemente. ¿Qué había que hacer? ¿Cómo hallar atención médica? ¿Qué resolver en cuanto a la excursión proyectada?

En media hora, las dos guías residentes en Nanking, habían obtenido la presencia de una joven doctora que, ante el riesgo de deshidratación, ordenó el traslado de una de las dos enfermas al hospital para someterla al tratamiento del gota a gota. Pero al ver el trastorno que esta noticia causaba a su acompañante, ordenó transportar el instrumental médico a nuestro hotel, sugiriendo a nuestro grupo que podía realizar la excursión proyectada. Entretanto, la joven doc-

tora decidió permanecer toda la noche en el cuarto de la enferma, y al día siguiente fue sustituida por otro equipo de dos médicos que continuaron su vigilancia. Porque a la vez se decidió que la doctora acompañase a la excursión con un pequeño botiquín de urgencia, en previsión de que se presentasen otros casos.

Así, pues, un equipo de tres médicos serenó en esta emergencia a nuestro breve grupo de viajeros. Cuando se solicitó la cuantía de los honorarios contestaron sonriendo que ellos se habían limitado a cumplir con su deber.

Dentro de esta política de «recibir a los amigos», la cortesía admirable de estas gentes encuentra sus fórmulas felices: Ya sea al llegar a una ciudad, al entrar en una comuna agrícola, al iniciar la visita de una fábrica, al empezar a recorrer unos talleres de artesanía, al penetrar en un centro de enseñanza, el gran salón decorado con tapetes de encaje blanco da la fisonomía de la pulcritud, de la limpieza, como la comodidad de los grandes sillones nos da una noción de confortabilidad. Como las tazas de té verde, que se reparte a los invitados. Una vez acomodados, el anfitrión —jefe de taller, director del centro, responsable del trabajo— da la bienvenida «a los amigos españoles» en nombre (por este orden) de los trabajadores y técnicos y explica el alcance de la tarea emprendida. A nuestro aplauso, corresponde, a la manera china, aplaudiendo también.

Dentro de este capítulo de «cómo se recibe a los amigos» cabe una referencia a la organización hotelera. Aquí el esfuerzo es, a la vez, gigantesco y desigual. Por un lado, parte de unas estructuras que fueron pujantes antes de la Revolución y que hoy se aprovechan todavía con admirable esmero. Es el ejemplo, que señalaremos en seguida, del gran hotel de la «Paz», de Shanghai, admirable muestra del estilo europeo de «los años veinte», es decir, de la época en que esa ciudad era una concesión internacional al servicio de la presión imperialista. En cuanto a las realizaciones del régimen comunista, los hoteles que he visitado nos dan un repertorio de realizaciones planificadas en las que predomina el tipo de hotel residencial constituido por varios pabellones, casi siempre rodeados de un gran parque, uno de los cuales

contiene los comedores de uso turístico y los otros sirven para diversificar a la clientela de acuerdo con su procedencia. Algunos, como el que se levanta en Cantón, frente al gran edificio de la Feria Internacional, padece de su dimensión multitudinaria, que implica la afluencia masiva de los mercaderes que trabajan en los negocios de importación y exportación. En general, la decoración es simple; existe calefacción y ventilador eléctrico; en las habitaciones que no suelen tener teléfono, los cuartos de baño, con ladrillo de azulejo blanco, tienen agua caliente y fría a presión, pero dan la impresión de destartalados. No hay ni radio, ni hilo musical ni —por supuesto— televisión. Pero no faltan en las mesas de escritorio dos plumas de acero y dos tinteros para la caligrafía en rojo y negro tradicional en este pueblo.

En el extremo máximo de esta línea de realizaciones podíamos colocar —porque ellos lo ofrecen como ejemplo enorgullecedor—, el fabuloso «Hotel Pekín» de la capital, que ya tiene (excepto la televisión) las características de lujo, confort, riqueza de alfombras y de dimensiones de los más brillantes establecimientos hoteleros del mundo.

Junto a los servicios de hostelería, se ofrecen los de restaurante, pues el viajero los utiliza de modo casi obligado. En la mayoría de los hoteles, el viajero puede escoger entre cocina china y cocina occidental. La calidad y la abundancia varían en cada ciudad y en cada caso.

La gastronomía china es un capítulo importante de la historia de la cultura universal; un producto refinado de su milenaria civilización. Suelo decir que, en el mundo, no hay más que dos cocinas: la china y la francesa; todo lo demás son trabajos de aficionado. Y esto, en el campo oriental, se advierte bien al comparar la cocina china con la japonesa —que yo diría que es una cocina para comer sin bajar del caballo.

La proliferación de restaurantes chinos en el mundo entero ha quitado novedad al tema, al tiempo que ha confirmado una universalidad de su aceptación. Todos los viajeros están contestes, sin embargo, en que el paladeo de sus platos adquiere en China una dimensión de autenticidad y de calidad indiscutibles.

Tengo de ello recuerdos ilustres. Alguno tan excepcional

como el que supone haber asistido, en Hong Kong, en un viaje anterior, a un banquete que el «Skol Club» de la ciudad ofrecía al congreso de «Skols Clubs» de Europa allí reunido. Ya puede imaginarse que los mantenedores de la cocina china no iban a dejar pasar la ocasión de victoria que el momento les ofrecía, y no olvidaré nunca la fastuosa procesión de diecinueve platos servidos en espléndidas vajillas en el «Hotel Mandarín», y en el que recuerdo como detalle fabuloso que las langostas se presentaron con bombillitas encendidas en cada una de sus antenas.

Durante muchos años, pues, he rendido tributo a la espléndida coquinaria del Celeste Imperio y debo a esta devoción ocasiones inolvidables de deleite en Asia, en Europa y en los Estados Unidos, así como en España, donde estos establecimientos han empezado a proliferar.

Pero en la historia de mis fastos gastronómicos deseo hacer constar una fecha: la del 23 de junio de 1978, en la que —coincidiendo con este viaje— fui invitado a degustar el «pato laqueado» en el restaurante «Puerta de la Tierra» de la ilustre ciudad de Pekín. Para mí, a partir de este momento, habrá un antes y un después. Y este plato increíble, fruto de la coquinería pequinesa, marca un nuevo período en mi calendario degustador.

Espero poder reflejar con el rigor suficiente y respetuoso que la ocasión merece, lo que este plato representa para un gastrónomo. Quien, después de degustar una breve copa de aguardiente, y de saborear hasta doce pequeñas maravillas culinarias, se apresta a conocer una de las piezas sublimes de la gastronomía universal.

Procedamos, pues, por orden. El pato ya asado se presenta reverentemente por el cocinero, y se retira para ser troceado y servido. Naturalmente con su piel, y acompañado de la grasa que su condición opulenta exige. Acompaña el sublime momento una constelación de tres factores: una oblea de pasta de harina, un breve manojito de tallos de cebollas tiernas y un platito de confitura. Tómese, pues, un trozo del pato y extiéndase sobre la oblea el unto de dulce y el amargo vegetal de la cebolla, para depositar allí el fragmento del ánade, que debe envolverse con la oblea. El resultado agridulce de esta combinatoria es indefinible con

Los dos rostros de Shanghai: arriba, la espléndida fachada «occidental» sobre el río Huang-pi; abajo, las casitas humildes de la vieja ciudad.

Un pequeño monumento de alcance histórico: la primera sede del Partido Comunista chino fundado en Shanghai en 1921.

El viajero y su esposa, con el profesor y los alumnos de literatura española de la Universidad de Shanghai.

los adjetivos normales del propio cronista, quien echa de menos alguna calificación de nivel cercano a la teología. El 23 de junio de 1978 y en la ciudad de Pekín empieza, pues, una nueva etapa de mi existencia de gustador.

Para recorrer la inmensa franja costera oriental de China, desde Cantón a la frontera de Mongolia, el viajero utiliza el tráfico aéreo —excelentemente servido por los modernos aparatos a reacción de la «Compañía China de Aviación» para los grandes tramos. Pero prefiero el servicio ferroviario y su complementaria red de autobuses para tomar testimonio de la realidad geográfica que atravieso.

El servicio de trenes es excelente; los vagones son acogedores, bien alfombrados, con asientos mullidos forrados de blanco, y con los proverbiales tapetes de encaje en las cortinas y en los asientos, esos tapetes que yo vengo considerando como la bandera de la cortesía amistosa de estas gentes. Las unidades ferroviarias son modernas, muy compactas, con ventiladores y algunas con refrigeración. El buen estado de las vías permite el viaje sin apenas trepidación. Cada vagón lleva a su servicio unas muchachas de chaqueta blanca y falda oscura que sirven a cada paso el té verde o el té amarillo de jazmín. En ocasiones pasan carritos con galletas, bombones y refrescos. Están en sonrisa permanente al servicio del viajero (1).

Los trenes llevan un servicio de altavoces que emiten briosas músicas o descripciones del trayecto. Los servicios higiénicos son impecables. La puntualidad de los convoyes, matemática.

Los autobuses son otro cantar. Los que yo he utilizado —y han sido bastantes— carecen de refrigeración y de aireación convenientes, y son tan rígidos de suspensión que cualquier accidente del terreno es acusado por el viajero. Pero este medio de transporte tiene para el viajero curioso la infinita ventaja de atravesar campiñas, aldeas, poblados y capitales de distrito; de penetrar sus calles; de contemplar el movimiento de las gentes; de verles vivir en sus pequeñas tareas cotidianas.

El despliegue de guías chinos que, como hemos dicho, se

(1) Estoy refiriéndome a los trenes que se destinan a los turistas, o «clase blanda». No tengo experiencia de otros servicios ferroviarios.

expresan fluidamente en castellano es una de las sorpresas del viajero, y forma parte de la cortesía con que se recibe a esos que ellos llaman los «amigos españoles».

A Liu, mi intérprete, le gustan mucho los refranes. Y su mayor gozo está en comprobar la correlación entre los suyos y los nuestros. Le encanta, por ejemplo, que nuestro decir proverbial de «el gato escaldado huye del agua fría» tenga su paralelo en la expresión china «el que fue mordido por la cobra huye de un cordel».

—Es toda una sabiduría popular —le digo.

—Sí, pero es una sabiduría de contradicciones —me responde—. Nosotros, como ustedes, decimos «al que madruga Dios le ayuda», pero de este modo: «el que madrugó encontró una moneda de oro». Pero también: «Dios no ayudó al que se levantó antes, y, por el camino, perdió la moneda.»

Liu es infatigable utilizando modismos castellanos que aplica con graciosa oportunidad. Al salir de desayunar hoy, me lo he encontrado a la puerta del comedor:

—Hoy ha matado tarde el gusanillo —me dice—. Ha llegado a desayunar a paso de tortuga.

Lleva un cuadernillo de notas donde va anotando los refranes españoles que conoce —que son muchísimos— y a su lado, en chino, los que de algún modo constituyen su paralelo.

Le gusta sorprenderme con giros castizos. «Vamos a mover el bigote» me dice cuando entramos en el comedor.

Existía, nos dicen, en los tiempos de la opresión, un puente en Shanghai, con un rótulo en que se leía «Prohibido el paso a los chinos y a los perros».

El juego de discriminación persiste. Los chinos actuales nos explican, coléricos, que en tiempo de los odiados imperialistas un letrero prohibía el acceso a un parque de Shanghai a los chinos y a los perros. En una guía de China (cierto que impresa en Hong Kong) se define a dos hoteles de Nanking (el «Nanking» y el «Victoria») como exclusivos «para extranjeros» y «chinos de ultramar», nombre con que se designan los emigrantes chinos. Y yo he visto en el llamado «Parque Antiguo» de Shanghai un salón de té destinado ex-

clusivamente a estas dos clases de personas. En uno de los museos que hemos visitado, nuestro grupo de españoles rodeaba a la guía que explicaba sus particularidades. Un tosco campesino, atónito, nos contemplaba, escuchando nuestra lengua —acaso por primera vez en su vida. La otra guía, con extrema delicadeza, ha pinzado la blusa del buen hombre y lo ha separado del grupo y el así señalado ha obedecido sin pestañear, con un gesto de inmemorial resignación. Los cuatro guías que nos han acompañado a lo largo de todo el viaje no han compartido nunca nuestros manteles, ni han dormido en general en nuestros mismos bloques de hospedaje. Corteses, amables, nunca serviles, nos han acompañado hasta la puerta de los restaurantes y han desaparecido como por ensalmo. No han aceptado ni una sola invitación, ni han querido recibir un modesto obsequio (yo acabé ofreciéndoles un libro). Y, por supuesto, nadie, en China, acepta una propina. Su escrúpulo es tal, en este aspecto, que yo he visto a una muchacha empleada en el hotel, llamar a una habitación a las siete de la mañana para devolver dos moneditas de dos centavos (dos pesetas) de un cambio que no pudo encontrar la noche anterior.

Ni un papel en el suelo. He recorrido, además de la capital, Pekín, grandes ciudades; ciudades menores; aldeas; comunas agrícolas; fábricas. Ni en las calles, ni en los recintos he visto un papel en el suelo. Y conste que no hay papeleras.

¿Qué resortes disciplinarios se han puesto en juego? ¿Qué estado de conciencia ha permitido que todos y cada uno de los habitantes de este inmenso país entienda la cosa pública como la cosa propia?

Ni un papel en el suelo. Curioso: la gente tampoco lleva periódicos en la mano. ¿Por qué? Si es cierto que las tiradas del *Ranmin Rebao* o *Diario del Pueblo* son fabulosas, ¿es que todos se reciben a domicilio? ¿O es por esta razón por la que tantas gentes se agolpan ante los *tad-chi-pao* o periódicos murales a los que aludiremos más adelante?

Ni una colilla. También es cierto que casi nadie fuma. La higiene aquí se hermana con la economía. Y, por supuesto, no existe la propaganda contumaz que en nuestros medios de información y en los instrumentos publicitarios, incitan

a gustar de los placeres del alcohol y del tabaco. Y nada se diga del opio, lacra tradicional del pueblo chino —criminalmente estimulada por los occidentales—, y hoy radicalmente eliminada de las costumbres del país.

Hay, eso sí, escupideras en las calles, en los lugares de reunión (2). Así, el singular artilugio, nos recuerda tiempos pasados y nos hace pensar en que hoy todavía son necesarios; en contraste con la pulcritud ambiente, el sonoro carraspeo previo y el escupitajo artillero son, en efecto, habituales.

En contraste, digo, con la pulcritud que nos rodea. Ahora, en el estío, llevan ellos y ellas, la camisa blanca sobre el pantalón gris oscuro. Es el uniforme de verano del Partido. Pues bien, esas camisas son pulquérrimas, de inmaculada blancura. Las gentes no usan perfumes, pero cuidan extremadamente su aliño y deben usar desodorantes. Los peinados son sencillos —los hombres con el pelo muy corto— y las muchachas con una o dos trenzas. Por supuesto, las mujeres no usan maquillaje, ni joyas de ninguna clase. Cualquier factor «diferenciador» está eliminado por razones de ética política: nadie debe parecer más que nadie (3).

Señalo esto para relacionar la uniformidad de los atuendos (4), la apariencia física de la limpieza de las calles con unas normas de conducta. Ni papeles, ni colillas en el suelo. La preocupación por la pulcritud va acompañada, en China, de las campañas contra los parásitos, las ratas y las moscas. Todo ello, a son de trompeta y tambor, en un solo día y en una sola hora, de acuerdo con unas órdenes cumplidas a rajatabla, y protagonizadas por los soldados y los hombres civiles, por los mayores y por los niños, por los hombres y

(2) Tales como las que abundaban todavía en nuestra niñez, contemporáneas de aquellos letreros admonitorios que rezaban: «Se prohíbe el fumar y el escupir.»

(3) En China, el único vehículo igualitario es la bicicleta; el automóvil es utilizado para los servicios oficiales, previa petición en cada caso, y —especialmente para los turistas— los taxis. Los unos se distinguen por ser de color negro y los otros de color gris, muy sólidos al parecer y de bastante prestancia; y, por supuesto, de fabricación china. Los primeros llevan, en esmalte, tres banderas rojas, signo del «alto rango» de los personajes que los usan.

(4) Al tiempo de recorrer China se puede percibir ciertamente algunas diferencias en el tejido de las prendas de vestir, ya sea de lana (los de mayor precio), ya sea de algodón (los más sencillos).

las mujeres. El grito de guerra es «*¡A limpiar!*» «*¡A limpiar!*». Del mismo modo, se ordenó en un momento dado, la guerra a los gorriones que depredaban los sembrados. Todos los campesinos del país fueron convocados para destruir a esos simpáticos pájaros cuya blusita de obrero les daría un cierto respeto de ave proletaria. El procedimiento, muy original —y muy chino— consistió en golpear con instrumentos de percusión o con calderos de metal, evitando que los pájaros amedrentados se posaran en las ramas de los árboles, hasta caer muertos de fatiga (5).

Un aspecto curioso de esta política lo constituye la eliminación de los perros. En toda China no hay más perros permitidos que los que residen en casas aisladas en plena campiña. Según los datos que creo fidedignos, la eliminación de los perros, considerados como un gasto inútil, fabricantes de suciedad y portadores de parásitos, fue una decisión del propio Mao-Tse-Tung, fechada en 1951, y se cumplió a rajatabla (6). De ello, la limpieza de la ciudad sale beneficiada, como bien sabemos los que conocemos el repugnante abuso de nuestras ciudades en las que los perros dejan la huella constante de sus excrecencias (7).

En cualquier caso, mi experiencia china me permite elogiar esa pulcritud de las ciudades y de los pueblos de la China que yo he visitado, y afortunadamente antípoda de la que los viajeros nos describían.

(5) Parece ser que, más tarde, las autoridades chinas se percataron de que los gorriones eran útiles porque devoravan muchos insectos malignos, y se suspendió su exterminio. Pero todavía hoy, el cielo de China llama la atención por sus escasos pájaros.

(6) Algún lector me recordará el hecho bien conocido de que algunos restaurantes chinos especialmente del sur, y más concretamente en Cantón, ofrecen menús gastronómicos a base de carne de perro, como recordarán los espectadores de la película *Mondo Cane*. Yo no tengo experiencia consciente de ello, pero después de comer durante cuatro semanas los variadísimos productos de la cocina china, tampoco sabría decir si me han dado alguna vez «perro por liebre».

(7) En otro país comunista, en Checoslovaquia, he visto a una mujer sacar a su perro a realizar sus necesidades extendiendo previamente un periódico, para poder retirar el rastro del animal.

# LAS CIUDADES

Al atravesar China, lo primero que advierte el viajero es que se ha convertido en espectáculo. Alguacil alguacilado, se torna al verse contemplado, rodeado de gentes, aplaudido. Sobre todo en los pueblos del interior, al descender del autocar turístico, las gentes blancas atraviesan un doble muro de rostros sonrientes. Cualquier invitación para que formen grupo con nosotros, para una toma fotográfica o para una escena filmada, es bien acogida, incluso con complacencia.

La teoría oficial —como ya dije— es que el pueblo chino considera al turista como un amigo, considerando que la sola decisión del viaje implica una simpatía o una curiosidad afectuosa. Así, sin necesidad de recepciones masivas multicolores, con bandas, cantos, flores y músicos —como en la espectacular llegada de los Reyes de España (junio de 1978)— el viajero siente, desde su llegada, este calor humano con el que se recibe al «tío extranjero».

La «Agencia Central del Turismo Internacional» y el «China Travel Service», son, sencillamente, los organismos oficiales encargados de materializar esos difusos sentimientos afectuosos, que no dejan de sorprender en un pueblo muy castigado por las depredaciones y los abusos de los europeos, que milita en un gigantesco partido político en el que la doctrina socio-económica marxista-leninista se alía con un nacionalismo orgulloso de sus tres mil años de Historia.

La línea Sur-Norte de nuestro itinerario nos ha llevado, sin embargo, a comprobar unas ciertas diferencias. Cuando

se entra en el territorio chino desde Hong Kong, y se aproxima uno al Trópico de Cáncer, camino de Cantón, se respira un aire húmedo y cálido; cuando se alcanza la línea de Shanghai —sobre el paralelo 30— ese calor se atempera; cuando se llega a la Gran Muralla, en la frontera de Mongolia, se alcanza el paralelo 42 —el nuestro, exactamente—, se alcanza un clima fresco que, en invierno, alcanza temperaturas muy gélidas —con abundantes nevadas— pero que ahora, en verano, tiene el aire de nuestra primavera avanzada.

Este cambio climático asoma en las gentes, a pesar de la inflexible uniformidad de los atuendos. Y así en Cantón o en Shanghai hay como una mayor vivacidad en los gestos, en los ademanes, en el tono de la voz, mientras que en la zona de Pekín aparece un talante de mayor frialdad y distanciamiento. Una vez más la constante geo-política se cumple y son las zonas del interior —Pekín y Nanking— las que alternan el ejercicio del poder, y las cenefas litorales las que reciben las órdenes. Así se repite tantas veces la imagen del altiplano —Castilla, el mexicano Anáhuac, la sabana de Colombia o la elevada planicie de Etiopía— gobernando sus respectivos contornos geográficos.

¿Qué país es este que vamos a conocer? ¿Qué características se deducen de sus textos legales más importantes?

La Constitución de la República Popular China, aprobada por la V Asamblea Popular Nacional el 5 de marzo de 1978, la define como «un Estado socialista de dictadura del proletariado dirigido por la clase obrera y basado sobre la alianza de los obreros y de los campesinos» (Art. 1). «El Partido Comunista Chino es el núcleo del pueblo chino en su totalidad» (Art. 2). «Su ideología se apoya en el marxismo, el leninismo y el pensamiento de Mao Tse-Tung» (Id.). «El poder se ejerce por el pueblo a través de la Asamblea Popular Nacional» (Art. 3).

«La República Popular de China es un Estado multinacional unido. Todas las nacionalidades son iguales en derechos. Y deben mantener su unión y su fraternidad, ayudarse mutuamente y aprender las unas de las otras.» «Toda discriminación u opresión frente a una nacionalidad y todo acto que tienda a evitar la unión entre nacionalidades quedan prohibidos: el chauvinismo de gran nacionalidad y el chauvinismo

local deben ser combatidos.» «Todas las nacionalidades gozan de la libertad de usar y desarrollar su lengua y escritura, de conservar o de reformar sus usos y costumbres.» «La autonomía regional es aplicada donde las minorías nacionales viven en grupos compactos.» «Todas las regiones de autonomía nacional son partes inseparables de la República Popular China» (Art. 4). El artículo 25 insiste en la obligación de «preservar la unidad de la Patria y la unión de sus diversas nacionalidades» (1).

Después de hablar de los medios económicos de la producción y de la facultad del Estado para utilizar todos los recursos generales del Estado, éste «protege el derecho de los ciudadanos a la propiedad de los ingresos legítimos, de los ahorros, de las casas de habitación y de otros medios de existencia» (Art. 9). «El Estado aplica los principios socialistas: "el que no trabaja no come" y "cada uno según sus capacidades y a cada uno según su trabajo".» «El trabajo es un glorioso deber para todos los ciudadanos» (Art. 10).

A nuestro particular enfoque del tema le interesa señalar el derecho a la instrucción (Art. 51) y el texto del artículo 52 para garantizar a los ciudadanos «la libertad de consagrarse a la investigación científica, a la creación literaria y artística y otras actividades culturales» (2).

También quiero recoger el artículo 46 que expresa que «los ciudadanos, tienen la libertad de practicar una religión (3), la libertad de no practicar religión alguna y de propagar el ateísmo».

(1) Aunque no lo dice la Constitución, la enseñanza del dialecto pekinés como lengua del Estado incide en la misma política. Las lenguas locales sólo se estudian a partir de la enseñanza secundaria.

(2) En el estado actual no creo que este artículo sobrepase una ingenua voluntad benéfica. El trabajo en la Rusia actual es un derecho (art. 48) pero de acuerdo con «una planificación de conjunto» (*íd.*), lo cierto es que el puesto de trabajo no puede abandonarse, ni es fácil cambiar de residencia. Lo mismo podríamos decir del «derecho al reposo» (art. 49). Actualmente, el obrero chino no tiene vacaciones pagadas. Sólo el que tiene a su esposa trabajando en otra localidad (lo que confirma la rigidez del sistema) puede visitarla en una corta vacación anual de doce días.

(3) Como noto en otro capítulo, la erradicación de lo religioso en la China popular es absoluta; más que en la URSS, por ejemplo. Por lo que se refiere al Catolicismo —otrora muy influyente en China ya desde el siglo XVI—, los residuos que existen (y que yo no he podido detectar) se encuentran desvinculados de Roma, constituyendo una especie de iglesias católicas autocéfalas.

Señalemos, finalmente, que en uno de los artículos de la Constitución se incluye la famosa consigna de Mao «que cien flores se abran» para subrayar un concepto pluralista tanto de la política como de la cultura.

## CANTÓN

Cantón es, como Shanghai, la gran fachada oriental de China hacia el mar. Esta fachada se completa con Hong Kong, Macao y Taiwan, que constituyen la China *in partibus infidelium*. Estos «infieles» son, por orden, los ingleses, los portugueses y los reductos de la China nacionalista. Los tres se integrarán, en su momento, como la fruta madura cuando cae del árbol. La República Popular China los tiene bajo su total y absoluto dominio estratégico, y económico, en cuanto a Hong Kong y Macao, que beben incluso el agua que les llega de sus manantiales. El momento o la oportunidad de esa incorporación vendrán decididos por la política. De momento está bien claro que Pekín no tiene prisa y que, al amparo de esta condescendencia, los dos enclaves proliferan como un cuerpo extraño de tremenda vitalidad, que es, al mismo tiempo, puerta de entrada y salida para gigantescas maniobras financieras y comerciales. En cuanto a Taiwan (Formosa) basta ver su pequeñez geográfica y su proximidad física para comprender que, cuando la ocasión llegue, la operación será fulminante, enérgica y total, si no se alcanza —como sería de desear— por la vía política.

Nuestra puerta de entrada es, ahora, Cantón. Nombre que nos es curiosamente familiar a los españoles, como primer signo de una China tópica y conocida (1).

(1) Me acuerdo ahora de unos versos del buen Campoamor de nuestra adolescencia: «*Me han contado que al morir — un hombre de corazón — sintió o pareció sentir — en Cádiz repercutir — un beso dado en Cantón. — ¿Qué es imposible, Asunción? — Veinte años hace que di — el primer beso, ay de mí — de mi primera pasión, — y aquel fuego que sentí — me quema en el corazón.*

Cantón, tierra tórrida. Cuando desde Hong Kong nos acercamos al puesto internacional de Lo-Wu percibimos, a los flancos de la vía férrea, las inequívocas banderas verdes de la vegetación tropical. Exactamente. Porque se asienta en la misma línea del Trópico de Cáncer. Y es lógica esa escenografía de platanales que decora el camino.

Por otro lado, la situación de Cantón, como puerta más meridional de China, le convierte en la puerta comercial abierta hacia los mercaderes de Tailandia, de Singapur, de Filipinas, de Indonesia. Desde hace siglos, en efecto, Cantón cumple su misión de bisagra en la frontera de dos mundos y la República Popular lo sabe, y ha instalado en su recinto el gigantesco pabellón donde dos veces por año se abre la «Feria» o «Exposición de Productos Chinos para la Exportación» que flanquean gigantescos retratos de los dos presidente, Mao Tse-Tung, cuya dimensión mitológica empezamos a percibir y el actual presidente Hua, que rige los destinos de este inmenso país, que, a los ochocientos millones de súbditos con que cuenta añade la infinita multiplicación de los que aquí se denominan chinos de ultramar, clase política, social y económica que constituye una de las preocupaciones del régimen. Son esos curiosos —y misteriosos— personajes que, por el universo mundo, pasean su laboriosidad en establecimientos bien conocidos como restaurantes, lavanderías, etc., constituyendo verdaderas «minorías nacionales» algunas tan densas e importantes como las que hemos visto en Perú o en California. ¿En qué momento emigraron? ¿Cuál es su relación con la Metrópoli? ¿Cómo salen de su patria y con qué recursos financieros? ¿Qué servicios económicos o políticos realizan o pueden realizar fuera de su país? No lo sabemos. Pero lo cierto es que la palabra «chinos de ultramar» salta a cada paso; que vemos llegar a los hoteles grupos inmensos que regresan a visitar su país bajo el patrocinio del Gobierno, que les considera como una parte propia y recuperable del núcleo nacional; que, incluso, establece una discriminación favorable a ellos al destinarles una parte de sus mejores servicios, como hoteles de lujo, vagones de ferrocarril, etc., bien expresivamente reservados «para extranjeros y chinos de ultramar». Y las estadísticas demuestran que la mayoría de estos emigrantes proceden del

sur de China y precisamente de la zona de Cantón.

Dentro de esta política está toda la labor de atracción comercial que, como dije, se centra en la «Feria de Productos Chinos para la Exportación» que tiene su base en Cantón. En cuyo derredor se han levantado gigantescos edificios hoteleros, más eficaces que bellos, y donde el viajero aprende a conocer las delicias del clima tropical desde los coleópteros a los mosquitos, y a resistir, como lo he hecho yo mismo en este mes de junio, unas noches con temperatura superior a los treinta y cuatro grados, calor húmedo que ni siquiera el potente ventilador instalado frente al lecho hace soportable. Esta sensación, acompañada de un gran vaho de humedad, es la que priva al analizar el recuerdo de mis horas cantonesas.

## SHANGHAI

Al llegar a Shanghai el viajero siente que le queda corto el vocabulario. Once millones de habitantes, sobre 3.600 millas cuadradas son los datos iniciales. La ciudad ribereña, se encuentra en la doble desembocadura del Wang Poo y del Yang Tsé, y tiene perfectamente delineadas las dos fisonomías: la de la ciudad vieja, todavía perceptible en los barrios interiores, y caracterizada por las inconfundibles casitas de planta y piso —con baranda de madera— coronadas por los característicos tejados de diminutas tejas negras. Y lo que, desde 1920, constituye el territorio de las *concesiones internacionales*, que se extiende a lo largo de la ribera del Wang Poo, como una fachada ostentosa y brillante sobre la trepidación de los muelles.

Desde la ventana del piso octavo del hotel en que me hospedo —al lado mismo del gran reloj sonoro del edificio de la Aduana— contemplo el espectáculo de muchedumbres más denso —si se exceptúan algunas calles de Bombay o de Calcuta y, por supuesto del Japón— que yo haya visto jamás. ¿Dónde van esos inmensos aludes humanos, de dónde vienen, a pie o en bicicleta? ¿De qué extraña manifestación, de qué salida de una concentración fabulosa emergen?

Todos con su uniformada apariencia veraniega —camisa blanca impoluta y pantalón gris-oscuro— van por las calles sorteando el riesgo mortal de los camiones y autobuses que, con escandaloso estrépito de bocinas, van zigzagueando, como el slalom de un esquiador, ese hormiguero pululante, esa colmena zumbadora, ese gusanero humano, esa indescriptible concentración de rostros impasibles que a nosotros nos

parecen, por su parecido, alucinantes juegos de espejos.

Shanghai marca —como he dicho—, la doble gran fachada de China hacia el mar. Son, en este sentido, los que abandonaron la condición replegada hacia el interior de las capitales históricas —Pekín, Nanking— y se ofrecieron incautamente a los tremendos embates del imperialismo occidental: Hong Kong en manos de Inglaterra, como Macao en poder simbólico de Portugal son las dos prendas que China ha dejado, todavía hoy (y hasta cuando quiera) en las manos del «enemigo».

Mientras tanto, Shanghai ofrece esta condición mestiza y conserva sus barrios cosmopolitas poblados de rascacielos. Guarda también, como rastro de la época de las «concesiones», establecimientos mercantiles del mayor rango.

Pero su misión, como la de Cantón, es la proyección exterior de la nueva República Popular China. He visitado la «Exposición Industrial», el espléndido juego de pabellones que se destinan a mostrar los progresos técnicos del país y debo declarar —a pesar de mi ignorancia en estas cuestiones— que la exhibición de productos industriales deja impacto en el ánimo. Desde la gigantesca turbina al aparato de precisión para la cirugía; desde los últimos adelantos en la maquinaria de hilados y tejidos hasta la más avanzada técnica en óptica, electrónica o química; desde circuitos cerrados de televisión a motores de automóviles toda una panorámica futurista nos permite entrever una China que un día no lejano habrá superado las condiciones reales en que hoy se mueve.

Lo que contemplamos —repito— es la colmena gigante; el avispero inmenso; el ir y venir de las hormigas; la multitud en marcha; los enjambres de ciclistas, que se apartan cuando las bocinas de los autobuses se abren paso, frenéticos. De la barahúnda de las sirenas de los barcos anclados en el río Wang Poo, ancho afluente del poderoso Yang-Tsé, al pitido de las locomotoras, una de las cuales nos ha traído arrastrando un «coche-cama» de la «belle époque», cuando el novelista galante Guido da Verona escribía su novela *La madona degli «Sleepingcars»*. El Shanghai de hoy es un producto de este período, cuando como centro de la Concesión Internacional, la ciudad alzaba sus poderosos rascacielos

sobre la orilla del río, en los «felices veinte»; y el hotel donde me hospedo es un «palace» de tipo «majestic», que hoy se llama «Hotel de la Paz» y cuya puerta se corona con la frase en inglés: «We have friends all over the world» («Nosotros tenemos amigos en todo el mundo»). Toda la concepción del edificio y su aliño estético corresponde exactamente a ese momento de la «Exposition des Arts Decoratives» de París, 1924, que ha dejado en toda Europa las huellas de lo que ya se llama, en los manuales, «art-decó», con su ornamentación de hierros rectilíneos y cristal opaco, y su geometría de muebles «modernos» que prefigura lo que será la racionalización de Walter Gropius y Le Corbusier.

Forma parte, pues, el edificio en que me albergo, de la fachada orgullosa que, dando la espalda al viejo Shanghai se alinea sobre los muelles del río. Ahí están las grúas, los tinglados comerciales para las mercancías, los barcos afanosos de la ciudad acaso más grande del mundo, puesto que supera los once millones de habitantes. Y tiene entidad administrativa suficiente para ser gobernada, no como una provincia, sino como un departamento del Poder Central. Las otras dos ciudades que gozan de esta especialísima singularidad son Tien Tsin y la propia capital del Estado, Pekín.

En contraste con las demás ciudades de China, Shanghai se me aparece como la ciudad «contaminada». Fotografiada desde el muelle ribereño del río Wang-Poo, su aspecto es distinto. Es, pues, una ciudad con perfil occidental. La promesa de una ciudad de rascacielos, cuyo desarrollo completo bien podemos imaginar cuando recorremos Hong Kong. Como Hong Kong, Shanghai fue presa de las codicias occidentales y víctima de la flaqueza del poder político de su país. Y así, como es bien sabido, una serie de «concesiones» permitió el establecimiento de recintos diplomáticos, administrados por cónsules que regían la urbe.

Cuando, hacia 1926, Blasco Ibáñez visitó Shanghai, ésta política de ocupación occidental estaba dando sus máximos resultados, y se encontraba en pleno *boom* (1), por la con-

(1) Creo que el novelista valenciano es el primero en usar esta palabra entre nosotros. Junto a ella, y por contraste, usa también *crack* (que él escribe *Krac*). *Víd. La vuelta al mundo de un novelista*, Ed. «Plaza & Janés», vol. II, pág. 117.

centración de capitales franceses, ingleses y norteamericanos, a la busca de turbios, fáciles y fabulosos negocios. A la sombra de esta prosperidad, Shanghai prolifera en edificios espléndidos, en salas de espectáculos, en restaurantes fabulosos... y en prostíbulos.

Toda esta realidad histórica permanece ahora como una apariencia vacía. Los grandes edificios (2), los rascacielos, sirven de albergue a servicios públicos —el Club Francés se ha convertido en «Palacio del Pueblo» y el Club Norteamericano en Dirección de la Policía—; así como el gran edificio de la Aduana, presidida por una torre de reloj cuyas campanadas suenan de un modo catedralicio, o de grandes hoteles, como el que acabo de describir.

Por lo demás, todo lo que pudo ser lugar de esparcimiento a la manera occidental, incluyendo el frontón de pelota vasca que atraía a los mejores pelotaris españoles, ha desaparecido (3).

Comparadas con las que he visto en otras ciudades, acaso estas gentes de Shanghai vayan —a pesar de sus vestidos uniformes— más acicalados. Observo, también, más mujeres circulando solas por las calles. Por lo demás, el mismo sentido gregario; la misma disciplina. Desde la ventana de mi hotel, que da a la avenida ribereña del Wang-Poo, veo, al romper el día, a las gentes que, al compás de una música que se emite por radio, realizan, sobre la misma acera del paseo, los movimientos gimnásticos, unos a ritmo rápido y otros a ritmo lento —casi un «ballet». O realizan la mímica de un extraño combate de boxeo chino luchando «contra su sombra». Todo un símbolo de un país que —como veremos— tiene una programación mística de su existencia.

(2) Blasco Ibáñez habla de un arquitecto español radicado en Shanghai, apellidado Lafuente, que construyó el «Gran Hotel». Sospecho que se trata del que hoy existe en la esquina de Nanking Road y Chungsan Road, sobre el estuario del río Wang Poo, en el que yo me he hospedado y que es, de verdad, espléndido, como ya he señalado.

(3) Por cierto que aquí me he acordado muchas veces de aquel chiste que se refiere al proverbial laconismo de las gentes vascongadas. Al parecer, uno de estos pelotaris, al regresar a Bilbao, fue requerido para que explicase sus impresiones sobre China. A lo que el mozo respondió con esta frase lapidaria:

«—Pues allí, ¿chinos?, cantidad.»

Y al sortear las muchedumbres de estas calles —provistas de sus correspondientes bicicletas—, he recordado la famosa respuesta.

Con gravedad nada infantil, el presidente de la Casa de los Niños de Shanghai me da su bienvenida...

...y la comunidad entera nos da su adiós cuando nos vamos.

Los niños pioneros se educan en la disciplina del Partido...

Su héroe predilecto es el niño Liu, pionero sin tacha, que descubrió las traiciones de los «perros terratenientes».

Analizada a nivel geo-político, frente a la gigantesca realidad de la China campesina, Shanghai asume un poco las características de «la ciudad». En el proceso revolucionario, en efecto, la presencia de un proletariado industrial, frente a la masa laboral agrícola, da un carácter específico definidor. Visitamos, en efecto, la pequeña mansión de planta baja donde se instaló, en 1921, el primer local del Partido Comunista chino, uno de cuyos jóvenes miembros, de veintisiete años de edad, se llamaba Mao Tsé-Tung. Y recordamos la fuerza decisiva que en las huelgas revolucionarias de este período en el mismo Shanghai, tuvo la figura de otro líder llamado a los más altos destinos: Chu-En-Lai, que asume frente al proletariado industrial un papel análogo al de Mao frente al campesinado, dualismo cuyas consecuencias habremos de analizar.

Desde esta ciudad, pues, se ordena una gran parte de lo que será, un cuarto de siglo después, la República Popular China. Y el gigantesco cinturón industrial de la ciudad nos señala —junto con su enorme demografía— la importancia que asume dentro del conjunto económico del Estado.

Pero el viajero no puede por menos de valorar las distancias que separan al país de su sueño. Podríamos decir que China ha pasado de la miseria sin justicia a una pobreza con esperanza. Esta pobreza, decorosa, se encuentra todavía en sus mínimos vitales. Los sueldos son bajos, deliberadamente bajos para evitar la inflación según explicaciones prolijas de los folletos de propaganda. El arroz está racionado, y la carne es una entelequia. La reducción del traje a los conocidos términos establecidos, convierte en mínima la cifra de esta partida del dispendio familiar. El trabajador trabaja todo el año —sin otras vacaciones que las de las fiestas nacionales proletarias—. No puede cambiar de residencia o lugar de trabajo, ni siquiera cuando su esposa trabaja en otra localidad: en este caso, disfruta de un permiso de doce días al año para visitarla.

Las casas que se advierten desde la calle dan la medida mínima de lo que muy remotamente puede llamarse «confort». El mobiliario es elemental y tosco. Y la limpieza corre a cargo de una palangana que hace todos los menesteres desde la cocina hasta la colada. Y nada existe de lo que, en



5 — 3722

una casa humilde de nuestras latitudes, podría significar un detalle de buen gusto; un búcaro, un cuadro, un espejo, una breve decoración, aunque otra cosa se aparente en algunas publicaciones oficiales (4).

Pero las tiendas están surtidas. Los cines, llenos. El circo, a una de cuyas funciones asisto, atestado. Los alimentos son muy baratos. Y se da la paradoja de que estas gentes tengan ahorros en el Banco, entre otras razones porque no hay en qué gastarlos.

He tenido especial interés en conocer, al margen del programa que se ha programado, un centro de cultura superior, especialmente destinado a la enseñanza de las lenguas extranjeras. Ya he comentado en más de una ocasión el asombroso conocimiento que de nuestro idioma poseen los distintos grupos de intérpretes, que, a lo largo de nuestro itinerario, nos van acompañando en las distintas etapas. ¿Dónde se forman estos excelentes expertos que dominan no sólo la lengua gramatical sino los más inesperados modismos y juegos de palabras del castellano, sin haber puesto nunca los pies en España?

Ya he contado la gracia con que mi amigo Liu utiliza los refranes clásicos en su momento más oportuno y en la forma más adecuada. Liu lleva —como dije— un pequeño cuadernito donde anota todo lo que inquiere a lo largo de nuestra contestación.

Una tarde me preguntó, de pronto:

—Profesor, ¿qué significa «le engañaron como a un chino»? Lo he visto en el diccionario español.

—Entonces habrá usted visto que el mismo diccionario dice «aludiendo a la opinión, infundada, de que los chinos son simples». Opinión infundada, ¿está claro?

Liu ríe, mirándome con sus ojos oblicuos, fingiendo no haberme entendido bien. O bien se ríe de mi azoramiento, al tenerle que explicar, de algún modo, la ridícula petulancia española que cree siempre estar al cabo de la calle, con la clásica y ridícula suficiencia del «enterao».

He tenido, pues, interés —y así se lo comuniqué al consejero cultural de la Embajada china en Madrid, mi amigo

(4) En Shanghai he visto barriadas modernas de casas para trabajadores, en una política que hasta ahora me parece insuficiente.

Li Hsiao— en conocer los centros donde se imparte la enseñanza del español, en alumnos que se están preparando para recibir la inmensa multitud de turistas hispano-hablantes que, sin duda, visitarán el país en fecha próxima. Y, al llegar a Shanghai, mi ruego ha sido atendido.

La Universidad de Shanghai alberga, en efecto, un Instituto de Lenguas Extranjeras, que se fundó en 1949, centro de rango superior, sólo equiparable al que radica en la Universidad de Pekín, organismo que, en cambio, no pude visitar. En Cantón hay, al parecer, una institución análoga.

El de Shanghai ocupa una vasta extensión de terreno puesto que, junto a los pabellones de estudio, existen amplios campos para el deporte. El conjunto se halla bastante alejado del centro de la ciudad. Y en su primera apariencia nos hace destacar, junto a la amplitud de las instalaciones, la espartana sobriedad de los edificios y del mobiliario. Todo aquí es sencillo, funcional, rayando en la pobreza.

Me atiende, con la exquisita cortesía que aquí es una segunda naturaleza, el profesor Shi Yung-Ling, que regenta la Facultad de Español-Ruso. Las otras Facultades son la de Inglés (500 alumnos), Francés-Alemán (200), Japonés-Árabe (280) y la «nuestra» que posee un centenar y medio de discípulos. Están previstas secciones de Portugués, Italiano, Griego y Albanés. En conjunto, 500 profesores.

La Facultad de Español-Ruso empezó a funcionar desde 1960 con tres profesores y quince alumnos y hoy, por lo que se refiere a nuestro idioma está integrada por 25 profesores chinos (a los que asesora un profesor peruano, apellidado Molina) y 60 alumnos por curso, distribuidos por secciones de 15 alumnos, que despliegan su actividad a lo largo de cuatro cursos académicos.

He aquí mi diálogo con el profesor Shi Yung-Ling:

—¿Cómo se seleccionan los alumnos de la Facultad?

—Los alumnos deben venir en virtud de haber seleccionado el español como materia de estudio, y casi siempre después de haberse iniciado en él en alguna escuela secundaria, previa a su ingreso, ya que esto es exigible en toda escuela superior. Aquí se ingresa a los dieciocho años.

—¿Hay exámenes de selectividad para ser admitidos?

—En China toda aceptación para ingresar en un Centro

de Estudio exige un examen selectivo.

—¿Qué materias se programan?

—Como materia básica, la lengua que el alumno ha elegido, a la que debe añadirse otro idioma, con carácter opcional. Como tareas complementarias, pero de carácter obligatorio, el alumno debe seguir un curso superior de idioma chino, otro de economía, otro de filosofía y otro de historia del partido comunista chino. Por supuesto, cada curso exige al final un mes de adiestramiento obrero y campesino y un mes en el Ejército.

—¿En cuántos cursos se distribuye esta tarea?

—En cuatro cursos académicos, a cada uno de los cuales hay que añadir un período de vacaciones de cuarenta días.

—¿Cuáles son las posibilidades profesionales para los alumnos?

—Nuestros alumnos pueden ser destinados a servicios de intérpretes, traductores o profesores ya a nivel secundario, ya a nivel universitario.

—Por último, profesor Shi Yung-Ling, ¿cuáles son sus métodos de trabajo?

—Creo que lo mejor es que los pueda apreciar por sí mismo.

Salimos, subiendo las escaleras hasta el piso superior, en el que, a lado y lado de un largo pasillo se advierten las aulas funcionando. Confirmamos nuestra primera impresión, de sencillez, de humildad, de inexistencia total de cualquier tipo no ya de lujo, sino del más elemental factor decorativo. Las paredes, apenas encaladas, muestran sus desconchados. Los muebles son elementales, y las mesas de los alumnos de madera sin desbastar.

Entramos en una de las clases, donde una quincena de alumnos y alumnas, sentados en sus pupitres, nos acogen levantándose respetuosamente. Pido permiso para sentarme entre los alumnos, para seguir el curso de la clase. Observo que cada uno de los discípulos tiene abierto un cuaderno con un texto mecanográfico fotocopiado, lo que me da la medida de una de las dificultades que deben vencerse en estos estudios: la falta de material bibliográfico. La página que tienen los alumnos ante los ojos corresponde, a lo que deduzco, a un texto de historia político-económica de Hispanoamérica,

lo que añade numerosos problemas de vocabulario. No advierto en el texto elegido una determinada tendencia política; antes al contrario, me sorprende hallar en una nota a pie de página un elogio de las reducciones de indígenas llevadas a cabo por los Padres Jesuitas en el Paraguay, aunque bien mirado no es difícil hallar en ese ensayo sociológico español alguna relación con las comunas agrícolas que se están ensayando en este país.

Atendamos a la clase: el profesor, que habla un castellano impecable, llama la atención acerca de una frase del texto.

—Camarada Lu, ¿qué significa, en este párrafo, la palabra «tramar»?

La camarada Lu, una muchacha esbelta, agraciada, peinada con dos trenzas, contesta:

—Aquí significa «imaginar», «fabricar una estratagema», «proyectar».

Algún otro alumno levanta la mano, para sugerir otra versión. Las explicaciones giran en torno al plano lingüístico, utilizando diccionarios. Me acompañan a visitar la biblioteca de la Facultad, donde medio centenar de libros permiten una elemental tarea de consulta. Les firmo el primer volumen de nuestra *Historia General de las Literaturas Hispánicas.*

Sin embargo, todo este despliegue bibliográfico no tiene, por el momento, destinatario. El nivel de estas clases y la intencionalidad práctica de las mismas reducen los programas al nivel puramente lingüístico. Para una etapa ulterior, se pondrán en juego la biblioteca general del Instituto que cuenta, según me dicen, con medio millón de volúmenes.

Pero ya suenan los altavoces musicales que señalan el intervalo entre dos clases. Los alumnos aprovechan para preguntar. Es la primera vez que hablan con un español con una cierta calificación académica y no salen de su asombro. No es menor el mío, al contemplar en esta ciudad remota ese bravo núcleo de muchachos que tan bien conocen nuestra lengua. Salimos al campo de juego cruzado ya de los mozos que saltan y corren.

—Hay que hacer una foto —me dicen.

# CUADERNILLO LÍRICO

## Poemas de Shanghai

*Quiosco en laberinto,*
*dragón de oro,*
*gruta en lo hondo,*
*la sombra*
*de un viejo mandarín*
*mana en silencio.*

(Jardín antiguo)

*En el río*
*las trepidantes máquinas*
*trazan estelas;*
*pero sólo ese junco*
*tiene sabor de historia.*

(En la orilla del Wang-Poo)

*La pértiga sobre mis hombros:*
*soy la balanza: peso*
*el fruto de mis lágrimas.*

(Cargador del muelle)

*Sobre ríos azules*
*cantan su alegría*
*los que fueron*
*esclavos.*

(Ya es hora)

*¿Colmena, enjambre, río?*
*Un millón de miradas*
*incendia el infinito*
*sobre el asfalto ardiente.*

(La calle)

## China en su laberinto

*El viejo hotel de lujo*
*es la brillante máscara*
*de un pasado sin nombre.*

(Hotel)

*Palanquines de plata*
*¿de qué remoto sueño?*
*No hay nadie en el jardín.*

(Despertar)

*Pino gigante,*
*planta recia columna*
*para ser más él mismo*

(La columna)

*La humilde acacia*
*dice:*
*también yo existo*

(Impromptu)

*Descubrí en la mañana*
*que el corazón del árbol*
*era un pájaro*

(Así)

*Cúpula en porcelana.*
*La perfección, redonda*

(Geometría)

*Perfección de los sauces*
*Cada rama del árbol*
*se acerca a sus raíces.*

(Jardín)

*Árbol lleno de pájaros*
*órgano musical*
*vibrante*

(El árbol)

## NANKING

Nanking significó «capital del sur» (como Pe-king indicó «capital del norte»), y es la cabeza administrativa de la provincia de Kiangsu. Poblada por dos millones de habitantes, situada junto al río Yang Tsé, fue capital de China en tiempos de la dinastía Ming. Y volvió a serlo en 1911 cuando Sun Yat Sen proclamó la primera República, rompiendo la trimilenaria tradición imperial del país.

Viniendo de la vorágine de Shanghai, la primera impresión es reposante. Ni la calle es multitudinaria, ni el estrépito es tan estridente. Lo que el viajero recorre son, en principio, largas avenidas rectilíneas, muy arboladas —algunas con seis hileras de árboles—, cuya configuración responde al modelo de la ciudad occidental del siglo XIX, y cuyo modelo universal es seguramente la reforma Haussmann de París.

Esta configuración permite un encauzamiento de corriente circulatorio en grandes extensiones en las que lo horizontal predomina sobre lo vertical en busca de predominio de construcciones intermedias, tan lejanas del rascacielos como del tabuco humilde de una sola planta. La riqueza vegetal del contorno es extraordinaria, especialmente del lado de la ciudad antigua, que se escalona en un monte preeminente donde hoy está instalado el Observatorio Astronómico y, a cuyo flanco pueden seguirse las murallas de la ciudad antigua, de 14 kilómetros de longitud, edificadas en ladrillo de barro cocido, y alternadas de sólidas puertas de medio punto y bóveda de cañón. En el mismo sentido, se

hace notar la edificación del Palacio Imperial y del Mausoleo Imperial, rastro arquitectónico de una dinastía —la dinastía Ming— que señoreó el país entre 1368 y 1644. El símbolo de este período podría ser la Torre del Tambor, así llamada porque desde su altura un redoble anunciaba los acontecimientos importantes.

También es espléndida la decoración vegetal del lado del Gran Puente sobre el río Yang Tsé, el gigantesco río de la China que bordea la ciudad. Tremenda conducción de agua lodosa, navegable, bordeada de astilleros y de zonas industriales, y flanqueada de campos de verdor. El Gran Puente se presenta como una de las grandes realizaciones del Régimen y es, en verdad, un soberbio alarde de arquitectura viaria, que se caracteriza por la fusión, por encima del ancho río, de dos caminos: el del ferrocarril, que ocupa 6.600 metros y el de la carretera, que corre por encima de él, y que llega a los 4.500 metros. En el centro, sobre la corriente, se alza el doble viaducto que alcanza justo de orilla a orilla 1.580 metros repartidos en nueve pilares separados por arcos de luz de 160 metros. Si añadimos que la profundidad del río es aquí de 35 metros completaremos las impresionantes condiciones objetivas que convierten este Gran Puente en una de las más soberbias piezas de la ingeniería contemporánea y pieza clave para la necesaria comunicación entre las dos orillas. La obra se realizó entre 1960 y 1968.

Pero a los datos objetivos y técnicos se añaden los factores políticos. Es en 1960, en efecto, cuando se inicia la construcción con la ayuda de un acero especial que proporciona la Unión Soviética. Pero es justamente éste el año de la ruptura —«alevosa traición» nos dice el guía— provocada por Kruschev, que exige el replanteamiento del problema, el montaje de una nueva planta siderúrgica capaz de facilitar el material exigido y obliga a un esfuerzo supremo que convierte esta realización en uno de los grandes éxitos técnicos del país. No es extraño que una colosal estatua de Mao Tsé-Tung y varios grupos escultóricos subrayen la importancia política del acontecimiento.

Volviendo al otro costado de la ciudad, donde las viejas murallas nos dan el contorno de las antiguas fortificaciones, la envoltura vegetal de la China mediterránea, del pi-

nabeto a la acacia, pasando por el álamo, el castaño de Indias y el plátano francés.

Descubro en Nanking que estas formas copiosas de arbolado, a lo largo de grandes avenidas, encierran una argucia. Sirven para ocultar al turista las casitas humildes; las viviendas que, en Europa, parecerían de un nivel infrahumano. El mismo resultado se obtiene también según observo con la alineación de tapias que persiguen el mismo resultado. Como el famoso ministro Potemkin con Catalina de Rusia, el viajero es engañado por una visión escenográfica que oculta la zona reservada.

Otro itinerario turístico obligado nos lleva al impresionante mausoleo de Sunt-Yat-Sen, colocado cerca del mausoleo imperial y —¿simbólicamente?— a mayor altura. La figura de Sun-Yat-Sen, el que la situación actual calificó de precursor revolucionario —aunque se apresura a declarar que no participó nunca en el ideario comunista—. En cualquier caso, la hazaña de desmontar, en 1911, el tinglado dos veces milenario de la monarquía china se nos aparece como gigantesca. Y así no es extraño que Nanking le haya hecho objeto de la devoción popular (1).

He visitado —visita obligada— en Nanking la casa donde residió muchos años Chu-En-Lai. Es una casita burguesa, amueblada con decoro, con un pequeño jardín. Allí planeó su acción política cuando aún le faltaba mucho para llegar al poder. Nos muestran las ventanas desde las que el Gobierno intentaba controlar las visitas que recibía, y los pequeños muros que el gran político mandó levantar para evitar ser espiado. También el granado que él plantó, y que sigue dando frutos.

La mansión es la de un intelectual; podría ser la de un abogado en ejercicio. En ningún caso es la residencia de un «proletario».

(1) Nacido en 1866, Sun Yat Sen murió en 1925. Y el monumento funerario fue erigido el año siguiente por quienes de alguna manera procuraban aparecer como sus herederos políticos. Es una impresionante escalinata —trescientos noventa y dos escalones— que remata en un triple arco de tejados azules, prolongado en forma inverosímil hasta la cumbre del monumento coronado por un templete conmemorativo. El autor del proyecto, el arquitecto chino Lu-Yen-Chi lo proyectó y lo terminó en el término de tres años.

He asistido, en un salón de Nanking, a una sesión de cine. El local amplio, bien refrigerado y, como todos los locales de China, bastante limpio, aun cuando no tanto como las calles, en las que —como dije— no se ve un solo papel en el suelo. Antes de empezar, un letrero en la pantalla advierte que no se coman frutos con cáscara. El cine cuesta veinte centavos de yuan, unas ocho pesetas. Está abarrotado. Ambos datos importan, en relación con la función educadora que aquí adquiere —como cualquier otra expresión cultural— el hecho cinematográfico.

La película se titula *Tempestad en Mongolia.* En blanco y negro y con pantalla normal, no panorámica. El proceso fílmico, en cuanto a su estética, y su temática, recuerdan aquella etapa del cine soviético, de un expresionismo de imagen, que subraya el dramatismo de la acción. Incluso por la semejanza del título, a mí me hace pensar en el filme de Pudovkin, *Tempestad sobre Asia,* realizado en 1930.

Es un cine dialéctico y, por lo tanto, esquemático en los valores en pugna: los buenos y los malos. La acción sucede hacia 1920 cuando las fuerzas del Kuomintang —los caudillos militares— pactan con los terratenientes y los poderosos el estrangulamiento de la revolución que amanece y obliga a Mao a la Gran Marcha, que permitió un duro entrenamiento y a la larga el reagrupamiento de todas las fuerzas que habían de hacer posible el triunfo de la Revolución.

En este período, en la Mongolia feudal y semibárbara, los grandes señores aplican su poder onmímodo manejando a sus súbditos, pobres e incultos pastores, a su antojo. Un abuso cometido con un bravo joven mongol, Urichi, le lleva a la protesta, que acabará con una desesperada fuga por los desiertos de Mongolia, y que acabará con sus huesos en Pekín (*un hombre solo* me aclara la intérprete, *nunca puede hacer nada*). Allí descubre una manifestación de estudiantes que protesta y grita agitando sus banderas, y gritando una palabra cuyo significado desconoce: revolución. Al frente del grupo, un hombre de mediana edad: un profesor universitario (*los hombres de cultura,* me añade, *deben participar en la revolución*). Urichi, el hombre perseguido, vuelve de nuevo a la estepa mongólica y, a su torpe manera, empieza a usar el lenguaje que ha aprendido, y las reglas de

lucha-trabajo que ha asimilado (*la revolución no puede hacerse sin organización,* me sigue aclarando). Los pastores ponen sitio a la fortaleza de los señores, cuyo atuendo y expresiones son objeto de una blanda caricatura (así también en las representaciones teatrales que he visto). *Pero son malos* —me sigue informando— *y querían engañar a los luchadores comunistas.* En efecto, mientras los malos entretienen a los rebeldes, surgen tropas mercenarias que manda un militar, petulante y de brillante uniforme que simboliza a los caudillos militares del Kuomintang y, en último término al propio Chiang Kai-shek. Estas tropas aplastan a los campesinos rebeldes (*todavía están mal organizados,* me aclara). Pero entretanto, la revolución ha ido haciendo camino, y se expande por todo el territorio. Una unidad del Ejército Rojo, llega a Mongolia, al mando, precisamente, del profesor universitario que ya conocemos y que simboliza, como ya dije, la importancia del pensador en el proceso revolucionario (Mao, Chu En-lai) y termina arrasando hasta el último vestigio del poder feudal.

Mi vehemente compañera, me ha ido subrayando con sus frases la intencionalidad política del filme, como si se tratara de una película de indios y cowboys. En los momentos álgidos me golpeaba el brazo para comunicarme su iracundia ante los malos y su entusiasmo por los buenos. El contraste entre la fastuosa riqueza y la pérfida astucia de los unos frente a la miseria, la ignorancia y la bondad de los otros estaba subrayado por una excelente cámara y un cálido sentido expresionista de la imagen. La ambientación paisajística en los arenales de Mongolia, y en los rincones de Pekín, donde conspira, son una página vivida del proceso revolucionario. Para el público que abarrotaba la sala, todo aquello no era sino una brillante demostración de una doctrina política que martillea en su pensamiento desde que tiene uso de razón (2).

(2) Señalaremos, en relación con el cine y su función educativa y los riesgos que ello supone que los chinos llaman al cine «sombras eléctricas». Cuando Che Huang Ti ordenó quemar los libros de su Imperio, se pusieron en auge los muñecos trazados sobre piel de cordero, pintados y translúcidos, que se veían a través de unas luces; las famosas «sombras chinescas» en las que los personajes, ricamente vestidos, alternaban con jardines, caballos, coches, barcas magníficamente dibujados.

## CUADERNILLO LÍRICO

### Poemas de Nanking

*Muro fuerte, foso de agua*
*el Amo en su palacio*
*remacha*
*el cinturón del miedo.*

(Palacio Imperial)

*No hay trabajo sin signo:*
*el Gran Puente*
*¿no es también un abrazo?*

(Puente sobre el Yang Tsé)

*Dice el Yang Tsé: yo quiero*
*toda tu plata ¡oh luna!*
*para volverme joya.*

(Plegaria del río)

*Los árboles*
*cubren con bosques de hadas*
*la mansión de los pobres.*

(Barrio exterior)

*Los granados de tu árbol*
*siguen dando flor;*
*la sangre de tus muertos*
*renace en frutos rojos.*

(En el jardín de Chu En-lai)

*El mandarín*
*dibujaba un cerezo*
*en un campo de lágrimas.*

(Paisaje)

*En el biombo de laca*
*hay una antigua historia*
*de pájaros en fuga.*

(Sueño)

*Astrónomos antiguos*
*¿adivinar pudisteis*
*que un día cinco estrellas*
*serían la bandera?*

(En el observatorio)

*El Emperador estaba*
*en su quiosco de nácar*
*¿cómo por las celosías*
*no vio el dolor del pueblo?*

(El ciego)

*La Torre del Tambor*
*era la voz*
*del Emperador.*
*La Torre está en silencio.*
*Se escucha la voz del pueblo.*

(En la Gran Plaza)

*Calígrafo perfecto,*
*¿por qué no me dibujas*
*el bosque de palabras*
*con qué expresar mi amor?*

(En el taller de los artesanos)

## HANG-CHOW

Hang-Chow es una ciudad menor dentro de la constelación urbanística: sus calles más céntricas nada de particular nos ofrecen. Ni grandes establecimientos hoteleros, ni vendedores. Incluso la tradicional «Casa de la Amistad» para objetos turísticos posee un mediocre atractivo. La arquitectura artística ofrece dos piezas de interés: La Pagoda de las Seis Armonías, que levanta sobre una colina su elevada torre y la llamada Pagoda del Alma Escondida, que posee unos espléndidos retablos polícromos de tema budista, con figuras de tamaño gigante y pequeñas escenas religiosas en porcelana polícroma.

Pero Hang-Chow posee un lago. Es la única ciudad de toda la inmensa China que posee ese elemento acuático natural, que tiene un perímetro de 1.500 metros y una superficie de 5,6 kilómetros cuadrados. La ciudad cuida su tesoro. Vigila sus criaderos de peces, especialmente carpas; siembra en su superficie lotos y nenúfares; crea islotes artificiales; establece graciosos puentes; edifica templetes; enriquece la jardinería con especies insólitas.

El lago del Oeste, que así se llama por estar al flanco occidental de la ciudad, apoyada en graciosos montículos, es un prodigio de belleza y de refinamiento. Si es cierto que la cultura es memoria acumulada, bien podemos decir que el viajero, recorriendo las orillas del lago va percibiendo la acumulación de belleza desde la dinastía Tang, a lo largo de mil años de historia.

Bien que el actual régimen se vanagloria de haber llegado al ápice de la minuciosa atención a este conjunto impar

de naturaleza y arte, lo cierto es que en cada rincón de este prodigioso conjunto —que puede recorrerse en cómodas embarcaciones— hallamos la suma de ese esfuerzo milenario del refinamiento estético de esa «larga paciencia» que es la cultura china.

La utilización del rojo en columnas y templetes; del dorado en los ondulados tejadillos; de los juegos de cristal, para enriquecimiento de los reflejos; la deliciosa combinación del verde de las flores acuáticas con el azul oscuro de las aguas lacustres... Toda una filosofía del reposo; un juego entre la sonrisa y ensueño; una perfección casi diabólica en el tratamiento de las formas de la arquitectura... El juego alternado de las embarcaciones; la distribución de las frondas; la superposición del verde tierno de los sauces sobre el verde oscuro de los magnolios. La combinación de las perspectivas de la recta y la curva y el olor penetrante a canela e incienso, hacen del lago Oeste de Hang-Chow un inolvidable rincón de delicias.

Luego está la gracia de los bambúes que fabrica catedrales de ojivas verdes esbeltísimas; y esa obstinada paciencia del arquitecto que imaginó diecisiete ventanas a cuyo trasluz colocaba una vela para inventar la Pagoda de las Diecisiete Lunas, todas ellas reflejadas puntualmente en el terso espejo del lago.

El arte, es, sí, en China, una larga paciencia. Desde la cocina a la construcción en bambú o la talla en marfil. Recordemos que el arte coquinario no deja, entre los chinos, nada a la arbitrariedad o a la urgencia.

El viajero de raza se formula, como primera exigencia, la facultad de establecer el valor de las cosas que observa de acuerdo con su representatividad. Así, por ejemplo, en Hang-Chow he tenido ocasión de presenciar un espectáculo de ópera.

¿Disimulará el cronista la aprensión que le produce el conocimiento de la modestia de la ciudad, el aspecto rústico de los atuendos del público, o la poca elegancia del local destinado al espectáculo, en el que la orquesta y su director actúan en mangas de camisa? Digamos, en seguida, que el teatro está abarrotado y que las localidades de platea cuestan unas cien pesetas.

De todos estos datos no fluye una esperanza optimista. Veamos: se trata de una ópera, acaso opereta para ser más exacto, adaptación de Wang-ying de una popular novela. El título *La muchacha que no podía nacer*, alude a una situación anecdótica poco representativa. De lo que se trata, en realidad, es de una saga familiar que sigue el nacimiento de dos niñas y su crecimiento en los primeros años de la República Popular China. El valor dialéctico de la obra se consigue centrando su acción en el Tibet, donde durante este período todavía la sociedad teocrática de los monjes budistas, presididos por el Dalai Lama prosigue los hábitos feudales de poderío y esclavitud. A lo largo de la obra —que está dividida en ocho breves episodios—, las formas anacrónicas de la vida tibetana van a dejar paso a los nuevos tiempos, con la ocupación del Tibet por el Ejército Chino Popular, la huida del sumo sacerdote y la incorporación de su territorio a sus nuevos destinos históricos. Sobre este cañamazo de circunstancias el autor sitúa la ingenua acción de buenos y malos, la dialéctica de lo social y de lo político, la acentuación melodramática de las fuerzas en conflicto, con la caracterización entre irónica y sarcástica de los personajes que simbolizan el mundo de la injusticia y del mal. Es, pues, una sencilla obra de propaganda política, sostenida por los tópicos esperables en el sitio y la ocasión.

Pero lo que ya no es tan esperable es la calidad de un espectáculo en un recinto provincial y ante un público humilde: el montaje de la escenografía con los juegos de mutaciones apoyados en fondos cinematográficos móviles; la soberbia dirección escénica y la riqueza del atrezzo; los valores musicales de la pieza apoyados por unas voces de calidad insospechada; la novedad y oportunidad de la coreografía; los elementos orquestales; la intervención de los coros, y la calidad teatral de todos y cada uno de los actores que interpretan los personajes. Todo nuestro grupo de turistas, las dos docenas de occidentales perdidos en la masa humana de gentes asiáticas aprendió, en la ocasión, la correspondiente lección de modestia al enfrentarse con un espectáculo que nadie podría imaginar.



6 — 3722

## CUADERNILLO LÍRICO

### Poemas de Hang-Chow

*«Mis lotos —suspira*
*el Lago del Oeste—*
*son la letra pequeña*
*de mi carta de amor*
*a la ciudad querida.»*

(En Hang-Chow)

*Basta el roce*
*de una mariposa azul*
*para que surja el verso*

(El milagro)

*Paisaje de abanico:*
*se disuelve en el aire.*

(Paisaje)

*La Emperatriz*
*envidió tu belleza*
*desdoblando tu música.*

(Palacio de verano, Pekín)

*La crisálida*
*ofrecía su hilo*
*para que una muchacha*
*lo convirtiera en rosa.*

(En una fábrica de seda)

*Un pájaro de nácar*
*planea por el sueño*
*todo es uno y lo mismo.*

(Tao)

*Templo de malaquita*
*finge un bosque de olmos*
*en el paisaje.*

(«Trompe l'oeil»)

*—Emergemos del lago*
*y su esmeralda oscura*
*para pintar su lámina*
*una flor blanca y roja.*

(Los lotos)

*Puente rojo sobre el lago,*
*su reflejo finge*
*peces de fuego.*

(El puente)

*Pabellón de silencio,*
*sobre los nenúfares,*
*¿qué mediodía escuchas?*

(Sonata)

*El quiosco de nácar*
*guarda el olor del parque*
*como una joya.*

(El estuche)

*Perfección de lo inútil.*
*Cada rosa amarilla,*
*bandera del ocaso.*

(Poniente)

*Noche en silencio:*
*la luna es la linterna*
*de la fiesta del cielo.*

(Fiesta)

*El héroe*
*monta un dragón de fuego*
*(la princesa no existe)*

(Sombras chinescas)

*Danza de espadas.*
*¿Se puede dibujar*
*bellamente la muerte?*

(Danza)

*El paso de la historia*
*hoy las banderas azules,*
*hoy, banderas rojas.*

(Las banderas)

## JANG-CHOW

Considero un acierto feliz de la programación de nuestro viaje la inclusión, junto a las grandes ciudades del itinerario —Pekín, Nanking, Shanghai, Cantón— de dos ciudades menores: Hang-Chow a la que ya me he referido y Jang-Chow —su casi homónima—, de la que voy a hablar.

Una y otra facilitan, por su dimensión misma, una visión abarcadora. Una y otra permiten al caminante penetrar de algún modo en la intimidad del país.

Jang-Chow, está a unos doscientos kilómetros de Nanking, y posee una historia ilustre, que se remonta a 2.400 años, en los tiempos de la dinastía Tang. Siguiendo una costumbre tópica, los guías nos aseguran que la ciudad tuvo una época lánguida bajo los imperialistas y terratenientes, en la que los artesanos se empleaban en pequeñas manufacturas locales y el trabajo agrícola con hambre y bajo el látigo, pero que, después de la Liberación, es decir, a partir de la República, adquirió un enorme esplendor popular que se cristaliza en sus actuales 240.000 habitantes, con una población escolar de 54.000 alumnos, repartidos en tres universidades, cuatro escuelas politécnicas, veintidós centros secundarios y sesenta y tres primarios. Los servicios asistenciales cuentan con dieciséis hospitales. Todo ello sin contar la tarea didáctica y benéfica de las comunas que organizan, como ya veremos, ambas actividades, en sus respectivos campos de acción. En cualquier caso el trabajador paga por ellos la simbólica cifra de un yuan (cincuenta pesetas) al año.

Tenemos pues, ante nosotros, una unidad demográfica

menor. Una pequeña colmena que podemos recorrer a lo largo de sus calles sombreadas que cruzan, en todas las direcciones, las bicicletas que son las libélulas del paisaje urbano de la China.

El aspecto de las gentes no aporta novedad puesto que ya sabemos que es idéntico en todo el país. El uniforme veraniego —camisa blanca y pantalón oscuro—, ¿no se permite aquí, para las muchachas, algunas fantasías policromas? Me gusta recorrer la calle rumorosa, bajo la sombra clemente de los plátanos municipales y espesos, ante los tenderetes de la fruta —menos escasa que en otros sitios— y de las grandes coles blancas que crean pequeñas arquitecturas combas sobre las aceras. Algunas mujeres ofrecen, en mesitas frágiles, vasos de té amarillo, cubiertos con un papel. Se ve en los pequeños obradores, diligentes sastres y zapateros. El mercado se mueve en un plano primario, pues nada de lo que en Occidente llamamos lujo puede concebirse aquí. Podemos ver, tras las puertas entornadas, que la tienda hace de vivienda, y descubrimos la elementalidad de los ajuares. Como un tremendo sarcasmo del destino, el país de los muebles de ébano y de marfil, que hemos visto en los recintos imperiales, no podría pagarse una silla decorosa o un lecho que superase la noción de camastro. Sólo hay un lujo sencillo: el de las tazas de té de porcelana blanca y azul con sus correspondientes tapaderas y esas grandes vasijas circulares, las ya citadas escupideras, curioso anacronismo (todavía las hemos visto en nuestra niñez) doblemente sorprendente en un país que practica seculares hábitos de higiene y de limpieza corporal.

Vemos preparar la elemental pitanza del arroz en los grandes *bowls* que contienen a veces un líquido oscuro de cuyo fondo extraen los diligentes palillos pequeños fragmentos indefinibles de vegetal o de pescado salado. La comida es de una elementalidad casi patética. Se nos asegura que el arroz sigue todavía racionado y que la porción de carne estipulada por hombre y mes alcanza al nivel de un bocadillo. Éste es un país en guerra económica, que cumple a rajatabla unas consignas militares de austeridad. El hombre de este país sabe que esto es necesario y que, detrás de esta programación, un día mejor alumbrará el horizonte.

Sabe que ha pasado de la miseria injusta a la pobreza esperanzada, y esto le basta.

En una población relativamente pequeña, como Jang-Chow, todo esto se comprende mejor. Porque el campo, el vivir del agricultor, se entra por las puertas de la zona urbana e invade —con sus tenderetes— plazas y callejuelas, que se impregnan del aire campesino.

Como también, en una zona urbana menor, se comprende mejor la importancia de lo artesanal, muy estimulada por los dirigentes de la República Popular.

En Jang-Chow especialmente porque se jacta de algunas tradiciones ilustres. Aquí tiene su centro un menester artesano tan popular y tan característico del país, como el del «papel cortado». Hemos visto trabajar en numerosos talleres esta curiosa artesanía que se vende en toda China y que consiste en dibujar siluetas en tinta oscura —negra, azul y roja— que se recortan con pequeños bisturíes y se colocan sobre grandes hojas de papel. El gusto elemental de la silueta, que empieza en la caligrafía y acaba en los grandes trazos ornamentales, es bien característica de este país, como recordamos los niños que, hace más de medio siglo, jugábamos a proyectar, a través de una pantalla, aquellas «sombras chinescas» cuyo inequívoco origen comprendemos ahora.

Otra tradición no menos importante nos la ofrecen los talleres de jade y de marfil, cuyos productos son una de las constantes del lujo en todo el mundo. En los talleres que hemos visitado hemos visto ese esfuerzo a la vez formidable y minucioso que nos hace comprender el dictado de «trabajo de chino», tan proverbial entre nosotros. Sobre sus obradores, los artesanos realizan la transformación de los preciosos materiales que tienen entre las manos; como, en un taller contiguo, los que con pequeños buriles trazan incisiones sobre finos tableros, que rellenarán con polvo de oro e incrustaciones de nácar, para pintar luego de negro brillante el conjunto: esos prodigiosos muebles que se reparten luego las tiendas más lujosas del mundo.

Claro está que al contemplar, con ojos occidentales, este inmenso laboreo artesano, meditamos una vez más en este ensimismamiento estético que obliga a repetir, una y otra vez, a lo largo de los siglos, los mismos modelos y las mis-

mas artesanías. Los motivos ornamentales y aun las figuras señeras se reproducen infatigablemente, al modo como los iconos bizantinos repiten hasta el cansancio los mismos trazos en las imágenes sagradas que, por serlo, exigen una permanencia incólume de la figura evocada. Todo ello se advierte más claro, cuando comparamos este estatismo con la dinámica del arte europeo occidental que tranforma infatigablemente no sólo las técnicas del arte plástico sino la esencialidad misma de las figuras evocadas. Todo esto salta a la vista con mayor evidencia al recorrer estos talleres, en los que centenares de operarios desde ancianos maestros a niños de trece años se aplican con idéntico desvelo a reproducir modelos individuales. Existe, pues, una «fidelidad» a unos cánones que, en la pintura conducen a la repetición de determinados clichés paisajísticos, como en la escultura —marfil, jade, laca—, llevan a prolongar indefinidamente una tipología tradicional. Esta continuidad en la presencia de unos cánones es la que da al arte chino su característica fundamental, y convierte la producción en una forma «industrializada» de producción en serie. Y esto se advierte mejor cuando se visitan los talleres de nivel superior radicados en Pekín, en los que descubrimos una mecanización del esfuerzo, y así para el tratamiento de las materias duras —especialmente el marfil, y el jade— se utilizan buriles y taladros de propulsión eléctrica que permiten realizar, con mayor rapidez y menos esfuerzo, la tarea de ir trazando los surcos y comisuras exigidos por el modelo pre-establecido.

Esta facilidad de repetir en formas más simples y mecánicas (y por lo tanto más económicas) es la que da lugar a la «chinoisérie» barata que, en forma de burdas imitaciones, ha inundado, desde hace un siglo, los salones de la pequeña burguesía europea, hasta el punto de que hoy, en la escala de la valoración estética, sólo se admiten piezas de carácter excepcional.

Pero ello no resta interés a nuestra visita. Vemos, por ejemplo, la elaboración de los adornos con laca que coloca en pequeñas vasijas redondas y en estado semisólido es colocada por medio de espátulas dentro de los límites burilados en la madera, para crear los relieves que finjan flores o figuras.

Y nos extasiamos, finalmente, en el gran pabellón donde se construyen las linternas, las grandes y maravillosas linternas que, como grandes lunas rojas, como peces voladores o dragones furientes, fabrican la ilusión de los niños. Quienes, como he oído contar, se dirigen a su padre con esta sutil elocuencia suasoria:

—*Venerable padre. ¿No es muy cierto que es bella la linterna que vende el linternero? Y, ¿no es menos cierto que os pesa en el bolsillo la moneda que lleváis?*

La etapa de Jang-Chow tiene, en el itinerario turístico, una intención política, porque la más importante de las visitas organizadas tiene como objetivo la gigantesca presa que regula las avenidas fluviales de esta tierra en la que han alternado, a través de los siglos, las sequías espantosas y las inundaciones más devastadoras.

No poseo sensibilidad aritmética para valorar las cifras que nos ofrecen, pero sí una cierta experiencia geográfica para comprender, a través de una gigantesca maqueta vertical, el ámbito operacional de esta colosal obra de ingeniería. Creo que puedo decir que en toda Europa, y en la América que conozco, no existe una obra ingenieril de estas proporciones. Provincias enteras, a lo largo de un esfuerzo titánico —las brigadas obreras no poseen muchas veces más que palas y azadones— han visto modificado su relieve, para el trazado de nuevos cauces y la construcción de nuevos diques de contención. Pero, al fin, el monstruo ha sido vencido.

Nos muestran la presa dos ingenieros —a los que adivinamos— aunque el atuendo de ambos los asemeja al de los peones más humildes. Uno de ellos, ya entrado en años, cede la palabra a un muchacho que parece recién salido de la Escuela Técnica Superior. En las palabras de ambos hay la misma sonrisa triunfadora, la transmisión de una nueva esperanza a través de las generaciones.

## PEKÍN

Lo sorprendente, en primer término, de Pekín es su regularidad topográfica. Su rigurosa inserción en un cuadrilátero surcado por calles rectilíneas. Pero más sorprendente todavía es que esta disposición de superficie apareciera ya en la descripción que de la ciudad hizo Marco Polo, en el lindar del siglo XIV, señalando que el trazado de las calles es tal «que se puede desde una de las puertas de la ciudad lanzar una mirada hasta el otro extremo y ver la puerta opuesta». Aunque no queramos, se nos viene a las mientes el trazado campamental del *castrum* romano, concebido para la defensa de un recinto fortificado, con fáciles salidas desde el centro hacia los lugares amenazados por el enemigo. Corresponde este tipo de arquitectura urbanística a la necesidad de trazar, en tierras llanas, recintos fáciles de defender. Son, pues, campamentos de piedra. Como lo es, a su modo, Moscú en el centro de la estepa rusa. La traza de Pekín es, además, perfectamente lógica si se tiene en cuenta su proximidad con la frontera de Mongolia, cuya primera protección, la Gran Muralla, corresponde al siglo II antes de J. C. La descripción de la ciudad, por Marco Polo, y a la que designa como Cambaluc, es deslumbrante, y se ajusta perfecmente a las líneas que hemos señalado y que responden a asegurar las líneas de protección amurallada en torno al Gran Khan, que es como designa al Emperador, cuyo palacio «se encuentra dentro de esta segunda muralla, pero para llegar a él se deben atravesar otras dos». Es, según Marco Polo, «el palacio más grande que he visto nunca». Todo ello es perfectamente comprobable por el viajero de

hoy, cuando recorre asombrado el recinto de lo que se llama la Ciudad Prohibida.

Este conjunto arquitectónico señorea, por supuesto, durante siglos y siglos el conjunto urbano, por la sencilla razón de que, durante el Imperio, estaba prohibido edificar edificios de más de dos pisos que pudieran poner en entredicho la prestancia suprema en que debía moverse el Emperador (1).

El programa de nuestro viaje está dibujado como un crescendo. Desde la entrada litoral, en la frontera de Hong Kong, la panorámica se podría escalonar, en cuanto a núcleos urbanos, en una zona de ciudades menores, Hang-Chow y Jang-Chow; una segunda línea de grandes núcleos de población —Cantón, Nanking— y, como lógico coronamiento final, central y supremo, Pekín.

El viajero confiesa, humildemente, que cada una de estas etapas urbanísticas le ha planteado perplejidades sin cuento. Excepto Shanghai, cuyos perfiles occidentales —fruto de las «concesiones»— la asemejan a los perfiles de las ciudades europeas, desconcierta para la comprensión de un fenómeno que yo llamaría de camuflaje que, a la larga, no podemos considerar como casual. En las ciudades chinas, en efecto, un aspecto se ve y otro se adivina. Los núcleos edificados, en cada sector, están rodeados o bien de largos tapiales o bien de hileras arboladas. En Nanking, especialmente, hay avenidas cuya escenografía, arborescente, consta de tres hileras de verdor, a lado y lado de la calzada. A través de los frondosos ramajes, el viajero percibe una realidad casi incógnita, a merced de las más varias sorpresas: «detrás» puede percibir un palacete o una pagoda. O, en la mayoría de los casos, una casita humilde. Unas edificaciones que, en general, no poseen ningún atractivo físico. En las viviendas antiguas, porque se caen de viejas y muestran una faz desdentada; en las modernas, porque en seguida nos damos

(1) Las calles pequinesas, las grandes avenidas son frías en su trazado y las callejas interiores pobres en su apariencia. Los viajeros de hace medio siglo nos hablan de una ciudad tumultuosa, alegre y pintoresca, en la que los grandes carruajes y palanquines ocupados por personajes que vestían con lujo increíble, contrastaban con la miseria popular, que se ofrecía de mil modos a través de mendigos, cómicos de la legua y contadores de cuentos. Hoy todo esto ha desaparecido bajo el implacable celo uniformador del régimen socialista.

cuenta de que las nuevas construcciones —menos abundantes que lo necesario— se presentan con el ladrillo visto, sin la menor apariencia decorativa. Lo mismo acontece con los interiores que alcanzamos a ver al paso. Y nada se diga del ajuar —camastro, taburete y palangana— en el que la palabra «lujo» suena a extranjería.

El observador, pues, ha de ver y ha de interpretar. Ahora se acerca a Pekín, cima y término del viaje, cuya grafía china Pe-King indica «capital del norte», como Nan-King significa «capital del sur». Ambas ciudades, como es bien sabido, se han disputado la sede del poder supremo. Y así Nanking fue capital del Estado durante el inicio de la dinastía Ming (1368-1416), o durante la república de Sun Yat-Sen (1912). Pero el cómputo de los períodos en que Pekín rigió los destinos de China la convierten en la ciudad de más larga función capitalina de la historia universal. La solemne proclamación de la República Popular China el 1.º de octubre de 1949, ha confirmado su trascendental destino histórico.

Visitando Pekín he dado con la palabra que utilizo para dar título a este libro: la palabra laberinto. Pekín está montada sobre una serie de cuadriláteros superpuestos, de un modo concéntrico, formados por edificios de madera, muy decorados, cuyos lados-límite son las murallas exteriores. En realidad, la ciudad empezó siendo, como los fuertes del far-west, un perímetro fortificado en el centro de la llanura, para protegerse de los mongoles. En esto se parece mucho a Moscú, cuyo Kremlin mantiene todavía su aire de campamento amurallado, a la defensiva de las invasiones tártaras. Ciudades de llanura, una y otra, el viajero al penetrar en ella siente una noción de desconcierto. A diferencia del «castrum» romano, cuyas calles centrales se cruzan en una «plaza» —y así construimos nuestras ciudades de América—, este tipo de ciudades parecen hechas para desconcertar o confundir. De ahí que muchas veces sus calles oculten las casas por medio de hileras de árboles (especialmente en Nanking he observado esto). Pero en Pekín, partiendo de la Ciudad Prohibida, se advierte además la noción de superficie desnuda. No sólo en la plaza de Tien-An-Men, que es la mayor plaza del mundo, sino en las intermitencias entre los palacios del recinto imperial, lo que impone, y fatiga, al viajero

son los enormes terrenos de horizontalidad perfecta, a cuyo término se alzan murallas rojas o palacios de techos amarillos.

La nota predominante es, pues, la repetición de los espacios y de los límites, enlazados a veces por puentecillos de mármol. Como se repiten los motivos estéticos de las decoraciones. Para el occidental —acostumbrado a la expresiva dinámica de los cambios estilísticos— esto llega a ser exasperante. Todo lo oriental en arte —ya desde los iconos rusos— se nos aparece con este ensimismamiento de los modelos, que lleva a repeticiones innumerables. Como acontece en la poesía.

Los viajeros que recorren la Ciudad Prohibida han recogido esta sensación tan curiosa. Imaginémonos a aquellos emperadores, obligados a pasar toda su vida en el interior de aquellas paredes, sentados sobre aquellos tronos día tras día, año tras año, siglo tras siglo, mostrando sobre las vigas las mismas escenas, los mismos paisajes y personas que se repetían a pocos metros en otros palacetes iguales, con iguales jarrones, puentecillos y pagodas. En resumen, ¿qué veía el emperador en su vida de recluso? Se veía y se contemplaba a sí mismo, como en un juego de espejos que refleja hasta el infinito la misma imagen. Era para volverse loco o para convertirse en mero instrumento, aunque fuera el primero y el más importante ser de aquel sistema: y esto es lo que sucedió realmente. ¿De qué modo? Con el transcurso de los siglos, sobre todo, y con la convicción cada vez más profunda de que, fuera o más allá de aquel «punto en el infinito», no existía nada: o que, si existía, lo era en función de aquel «punto». Así, durante milenios, China permaneció igual a sí misma.

Así Pekín «ha nacido para mandar». Como París, en Europa, toda su historia es la confirmación de su hado político. Y así como se advierte que los distintos grupos gobernantes de Francia —Capetos, Valois, Borbones, y las etapas republicanas— han continuado, a nivel de grandeza estética, la fisonomía de París como eje nacional, así también Pekín, a través de dos mil doscientos años de historia, ha ido configurando su fisonomía para hacerla digna de su destino.

Y esto se advierte en la configuración arquitectónica de

los centros rectores de cada una. Para entenderlo mejor, hay que partir del concepto de «plaza», y su función geopolítica. Y así, la Europa antigua pasó del «ágora» griega, simple lugar de gentes que hablaban en libertad, al «foro» romano que ya está concebido como un lugar de concentración de muchedumbres. Al recorrer los grandes núcleos urbanos de la Europa medieval, el concepto de plaza se adscribe al de «mercado», que, a la sombra del monasterio o del castillo feudal se construye para la convivencia pacífica y la creación de una clase mercantil burguesa. El proceso de laicización parece evidente cuando observamos, en las ciudades italianas del Renacimiento, la torre de la Señoría, símbolo del poder municipal, popular y laico, centrando la «piazza», verdadero corazón cívico que rige los destinos de la urbe. Esto se ve muy bien, también, en las grandes plazas de la España del siglo XVI, como la de Salamanca. Pero, en cualquier caso, el dibujo de sus proporciones no sobrepasa este límite ciudadano, esta dimensión humana confinada en el municipio. A mí me parece que el concepto de «nación», que surge de la Revolución Francesa, va a necesitar un escenario que marca esta nueva dimensión política de la historia de Europa. Y en este sentido, París se apresura una vez más a crear el módulo condigno de esta nueva dimensión, ya prefigurada en el sueño de Luis XIV, en el barrio de las Tullerías. Y así, junto a él, surge la plaza de La Concorde como primer centro de concentración a nivel nacional. La Concorde, cuya significación acentúa el arco napoleónico de la Estrella, es, a mi juicio, el primer símbolo de nivel nacional; el escenario exacto para que se manifieste el «tercer estado»: el pueblo, que ha desbordado la presencia de las élites que se movían en los jardines de los palacios reales, para sentirse total, completo y solitario en esas magníficas dimensiones que hicieron exclamar a Hitler (proclamando sin querer, su íntimo vencimiento ante la hermosura de Francia) al llegar a la plaza de La Concorde, «esto es una sonata».

Pues bien, al llegar a Pekín, he tenido la revelación histórica de una noción distinta. Esta noción me había asaltado, sin corporeizarse, en la Plaza Roja, de Moscú, que corre a uno de los costados de la muralla del Kremlin. Pero

en Pekín lo vi más claro. Es una plaza que se sitúa a la entrada de la Ciudad Prohibida, la Puerta Tien-An-Men, o De la Paz Celestial, forma un vasto cuadrilátero, de más de dos kilómetros de lado, y constituye la plaza más grande del mundo. Uno de los lados, está formado, como he dicho, por la puerta principal de la Ciudad Prohibida; el segundo está flanqueado por el Palacio de la Asamblea Popular; el tercero por los dos museos: el de la Revolución y el de la Historia de China. El cuarto flanco lo constituye la gran avenida de quinientos metros de ancho y de cuarenta y cinco kilómetros de largo, acaso también la mayor del mundo. En el centro, el Mausoleo donde se expone el cadáver embalsamado de Mao Tsé-Tung a la devoción popular y a la curiosidad de los turistas, confirmando el proceso de sacralización del que hablaremos más adelante.

Las dimensiones de este gigantesco cuadrilátero lo convierten, como dije, en el escenario adecuado para una nueva concepción geopolítica. Si las viejas plazas medievales suponían la presencia de la Ciudad; si la Concorde parece señalar las dimensiones suficientes para que en ella se manifieste el Estado, la plaza de Tien-An-Men, con su tremenda amplitud puede parecer el escenario para todo un continente, entendiendo a China, en su tremenda dimensión, como una entidad geopolítica más amplia que la de los estados «nacionales».

De ahí que, por modo de símbolo, el centro de la plaza está destinado al Mausoleo de Mao Tsé-Tung. La visita es obligada, para entender lo que la figura del Gran Timonel supone para esas gentes, que día tras día, semana tras semana, año tras año, se agrupan en grandes columnas silenciosas de cuatro personas en hilera, que avanzan sobrecogidas, ascienden por la escalinata central, y a través de las gigantescas columnas de la fachada, van penetrando en el local, tapizado con gruesas alfombras rojas, y después de franquear una sala con textos poéticos del Estadista, y otra con una colosal estatua sedente, penetra a lado y lado —la hilera de cuatro se convierte en dos de a dos— por las puertas que flanquean el muro frente al catafalco en el que, cubierto con una bandera roja ornada de hoz y martillo, puede contemplarse el cadáver de Mao Tsé-Tung, al que

dan guardia, armados de fusiles, cuatro soldados del Ejército Rojo.

La relación de proximidad inmediata entre el Mausoleo de Mao Tsé-Tung y la Ciudad Prohibida evidencia la voluntad de dar al recuerdo del Gran Timonel la misma sacralidad que, desde el siglo XV, posee la que fue durante cinco siglos «La Ciudad Prohibida», corte de los soberanos de dos de las grandes dinastías: Ming (1368-1644) y Ching (1644-1911) (1).

La visita a este recinto amurallado que conserva en parte los antiguos fosos llenos de agua es un tópico turístico, sin que deje de ser, por ello, uno de los «platos fuertes» que hoy puede gustar el aficionado a los rastros culturales de otros tiempos. Recorrerlo a pie, como es preceptivo, es caminar una sucesión de patios, escalinatas, puentes y palacios de no menos de cinco kilómetros de longitud, desde la Puerta Wu-Men que da a la plaza Tien-An-Men, hasta la Puerta Shen-Wu-Men que está al final del regio conjunto.

Conjunto arquitectónico que está ordenado en sucesivas edificaciones de madera, en las que abundan los tejados amarillos, de cerámica vidriada, flanqueados por las típicas curvas abiertas hacia el cielo, creando la línea de ondulación característica de esta arquitectura, que, como es sabido, recuerda de algún modo la tienda de campaña y, con ella, el origen nómada y trashumante de estos pueblos. De ahí la ordenación militar, defensora, de su conjunto, en el que los emperadores se separaban del populacho —lo que se denominaba la «ciudad china» intercalando una zona fortificada, la ciudad tártara, en la que instalaron las tropas auxiliares que fueron durante siglos guarda del Imperio. Caso de conquistarse la ciudad tártara —cosa harto difícil— surgía, rodeada de fosos y altos muros, la ciudad roja, en la que residía el Hijo del Sol rodeado de sus dignatarios, de sus funcionarios administrativos, de sus esclavos, de tropas, que cerraban las puertas de las murallas al atardecer, para seguridad de sus egregios habitantes. Téngase en cuenta que Pekín no ocupa, ni mucho menos, el centro del

(1) El acceso a la Ciudad Prohibida empezó a autorizarse, en efecto, a partir de la República de Sun Yat Sen. Los viajeros, como Blasco Ibáñez, que recorrió la China hace sesenta años, ya ofrecían descripciones de esta maravilla oculta por espacio de cinco siglos.

territorio chino, sino que se encuentra muy próxima a la frontera de Mongolia, lo que explica, en último término, la construcción de la Gran Muralla.

Pero los tiempos iban cambiando. Y más allá de los recintos fortificados, las gentes se atrevieron, desde principios de siglo, a construir el barrio de las Legaciones, fuera del recinto militar, aunque inmediato a él, donde todavía se encuentra. Allí se construyó el primer gran hotel europeo el «Hotel Wagons-Lits», en el que se instaló Blasco Ibáñez cuando visitó China, para dejarnos sus impresiones que todavía conservan su frescor narrativo y la vigencia de sus informaciones.

El recorrido de la Ciudad Prohibida es agotador y más si se hace, como yo lo hice, bajo el sol estival. Confesaré que, como alivio de caminantes, me proveí de un sencillo artilugio mecánico, en forma de trípode, que se conoce con el nombre de «silla de cazador» que llenaba de asombro a los chinos cada vez que lo desplegaba para descansar.

Describir una por una las piezas de este fabuloso recinto, impecablemente conservado, y en lo necesario, reconstruído (la madera es fácil pasto de incendios), nos conduciría a una fatiga enumeratoria acentuada por mi ignorancia y por la repetición de los arquetipos arquitectónicos. Téngase en cuenta, por una parte, que corresponden a un período relativamente breve —cinco siglos— de la inmensa historia de China y por otra que, a diferencia del arte occidental cuyo dinamismo nos permite detectar siglo a siglo los cambios estilísticos, el arte oriental repite indefinidamente sus conceptos y arquetipos.

La aflictiva ignorancia de los occidentales respecto al arte oriental, es pareja de la no menos aflictiva insensibilidad frente a sus valores. Pero acercándose con humildad y deseo de entendimiento, es lo cierto que llegamos a sentir, con frecuencia, el asombro.

Partiendo de la capacidad china para el manejo de los instrumentos, basta pensar, para iniciar esta breve reflexión, en lo que supone la invención del pincel y la tinta china, cuyas distintas aleaciones con el agua permiten los juegos de claroscuro que utilizando dos prodigiosas invenciones, el papel y la seda, permiten un arte de matizaciones



7 — 3722

y un tembloroso lirismo que es imposible hallar en la cultura occidental contemporánea. Si se compara un dibujo a la aguada de la China del siglo X con un fresco o un retablo de nuestro arte románico, la acusación de tosquedad surguiría inmediatamente. En una y otra expresión, lo religioso apunta con la misma fuerza inmovilizadora, tanto en los modelos icónicos bizantinos como en los paisajes inmovilizados del arte de la dinastía Song. Un mismo estatismo religioso preside una y otra tendencia y un parejo cuadro sociológico. Si, al llegar el siglo XII, amanece en occidente, junto a la aristocracia de sangre, una nueva sociedad *burguesa*, en China una nueva sociedad de mercaderes asciende a la aristocracia, y justamente a través de la cultura, ya que el acceso a la clase superior se inicia a través de aquellos famosos «exámenes imperiales» que existieron en China hasta finales del siglo XIX como una forma hasta cierto punto democrática de ascender a la clase alta de los «mandarines». Esta cultura tenía como base el dominio de la filosofía de Confucio y la importancia de la Naturaleza, que domina el paisajismo y coloca a la criatura como un sector secundario. Este substrato religioso permanece como un elemento de continuidad, incluso cuando surgen invasiones, como la de la dinastía Yuan al frente de las hordas mongoles que, si por su ignorancia, suprimieron los *exámenes* y con ello el acceso a los rangos superiores por medio de la cultura, por otro lado aceptan —sin modificarla— la herencia cultural de la dinastía Song (2).

Este mismo sentido de involución percibimos, a partir del siglo XIV, al advenimiento de la dinastía Ming, que, hasta el siglo XVII, mantuvo la integridad de espíritu tradicional chino y el inmovilismo filosófico y estético. Cuando, a pocos kilómetros de Pekín, nos fue dado visitar la única de las tumbas Ming que, a costa de enorme esfuerzo económico, ha sido estudiada —quedan otras tres por escavar—, nos sobrecoge el ánimo contemplar, al final de la amplia ruta de varios kilómetros, jalonada a lado y lado por grandes estatuas de mandarines, elefantes o animales fantásticos, el complejo de edificaciones subterráneas que, bajo bóvedas de

(2) Madeleine Paul-Dand, *La China de los Song y de los Yuan*, en René Huygues: *El arte y el hombre*, vol. I, págs. 133 y ss. Ed. Planeta.

cañón construídas a bastantes metros bajo la tierra, en sus inmensas cámaras, servían de morada postrera a los Reyes, a los que acompañaban, en un acto de lealtad suprema, los mayores dignatarios de su corte. Estos enterramientos, ricos de joyas y de recuerdos, hacen pensar en el egipcio Valle de los Reyes, junto a Luxor, y dan la medida de una conciencia histórica del Poder.

Pues bien, la «Ciudad Prohibida» de Pekín, corresponde en su origen a la plenitud de la dinastía Ming, a ese estado de conciencia de un poder político pensado para la Eternidad, como un acto de afirmación de una raíz auténticamente china, liberada del fermento extraño, mongol, que personificaba la dinastía anterior.

Así, en los edificios de la «Ciudad Prohibida» descubrimos un sentido de equilibrio y de plenitud, así como una autosatisfacción que se refleja en el lujo, en las grandes columnas decoradas de laca roja con incrustaciones de oro; al juego de las incrustaciones de jade o de granate; al esplendor florescente de los decorados sobre madera; el lujo blanco de los mármoles. Pero, también, un cierto manierismo, como corresponde a un «arte de letrados» que se sentían un poco aplastados por el fasto imperial.

En la etapa subsiguiente, personificada por la dinastía Ching (1644-1911) de origen manchú, el tradicionalismo se agrava, como una forma de integrarse en un mundo que les era extraño, agarrándose a la tradición de Confucio y refugiándose en un manierismo arcaizante, en busca seguramente de una apariencia de nobleza, de garantía de calidad histórica. Paralelamente al arte barroco de occidente el arte chino se hace, hacia 1600, de un prurito de adelgazamiento y, a la vez, de carga decorativa. El nombre del esteta Tong-K'i-ch'ang autor del *Estudio de los Diez Bambúes* o de *Jardín del tamaño de un grano de mostaza,* es bien significativo de este momento histórico (3).

Y ahora, algunos datos. El núcleo principal de la «Ciudad Prohibida» se construye en el siglo XV, aunque las restauraciones y nuevas construcciones se produjeron en los siglos posteriores. Se trata de un inmenso perímetro amurallado,

(3) Madeleine Paul-Dand, *Ob. cit.*, vol. III, pág. 246 y ss. Ed. Planeta.

de una superficie de 720.000 metros cuadrados y un total de unas 9.000 salas, repartidas en una treintena de grandes palacios, que otrora albergaban a los Emperadores y a sus dignatarios, así como los servicios administrativos y dispositivos de defensa. Es curioso, y significativo, anotar los nombres, los poéticos nombres de estos palacios:

Tai Jo Tien, o Palacio de la Armonía Suprema.
Chung Jo Tien, o Palacio de la Armonía Central.
Pao Jo Tien, o Palacio de la Armonía Preservada.

Estos tres palacios constituyen la parte anterior del conjunto, y contenían los salones en los que los Emperadores dictaban sus edictos o celebraban las grandes ceremonias de importancia, de cara al pueblo. En el tercero de ellos se desarrollaban los famosos y terribles «Exámenes Imperiales», que permitían, a los que los superaban, ascender al mandarinato.

En la parte posterior se hallaban:

el Chien-Ching Kung, o Palacio de la Pureza Celestial;

el Chiao Tai Tien, o Palacio de las Relaciones Celestiales y Terrenales;

el Kun Ning Kung, o Palacio de la Tranquilidad Terrenal;

los Seis Palacios del Oeste, y

el Jardín Imperial.

Estos edificios posteriores, eran residencia del Emperador y de sus familiares, siendo el llamado Kun Ning Kung destinado a la Emperatriz.

Para las mentes occidentales, cada uno de estos nombres adquiere un especial encanto. Y ¿qué decir del Palacio de las «Tres Rarezas» que contiene los primores caligráficos de «El Claro Cielo después de la Nieve Placentera»?

El interior de los edificios es primoroso, enriquecido con muebles de maderas preciosas, de jades, de marfiles, de suntuosas piezas de brocado; de armas consteladas de brillantes; de trajes de ceremonia. Todo un mundo abrumador de riqueza y de refinamiento. Todo un mundo, dejádmelo

decir, que no conocía o no socorría el dolor y el hambre de las muchedumbres.

Me gustaría señalar, en este punto de mi discurso, que la descripción del recinto de la «Ciudad Prohibida», apenas esbozada en lo conceptual y decididamente pobre en lo descriptivo, se ajusta a un orden dialéctico. Hemos empezado por describir un todo que tiene una intención didáctica en la que aparecen juntos el conjunto político de los palacios y avenidas de los Emperadores chinos y el Mausoleo que contiene el cuerpo embalsamado, onmipresente, de Mao Tsé-Tung. De uno y otro espectáculo hemos sacado algunas conclusiones. De los dos, conjuntamente, se deriva una noción geográfica universal. Recordemos que China se llamó desde el primer día de su historia, hace cuatro mil años, el Imperio del Centro. Su tremenda dimensionalidad geográfica y demográfica les hizo entender a su país como un eje del mundo. Nada más alejado, en efecto, de la conciencia china que la noción de apéndice o de lateralidad. El mundo era la China, y algunos aledaños insulares, el Japón, las islas del Mar de la China, al Este. Al Sur, otros pueblos de los que llegó ciertamente la savia religiosa del budismo, y que se insertan en un complejo mundo racial del que la misma demografía china tiene noticia puesto que se trata de «nacionalidades». Pero como se dice en otro capítulo, la realidad china está constituida por un núcleo *han* tan poderoso que, para su fortuna, no ofrece duda en relación con su absoluto predominio dentro del cuerpo nacional. El núcleo *han*, en efecto, el originariamente chino y el núcleo manchú del norte que se fusionó con él, son tan extensos que deciden en todo momento los destinos del país. Mao Tsé-Tung lo ha reflejado con sencillez magistral en uno de sus textos-clave: «En nuestro país, dice, las minorías nacionales no representan una población numerosa, pero están asentadas en grandes extensiones territoriales. Desde el punto de vista demográfico, los *hans* son abrumadoramente mayoritarios, pues constituyen el 94 por ciento de la población. Sería muy malo que practicaran el chauvinismo de gran *han* discriminando a las minorías nacionales. Ahora bien, ¿quiénes ocupan más tierras? Las minorías nacionales, que ocupan del 50 al 60 por ciento de la superficie. Solemos decir que China tiene gran-

des extensiones de tierras con ricos recursos naturales y una población numerosa. En realidad, es la nacionalidad *han* la que tiene una «población numerosa» y son las minorías nacionales las que poseen «grandes extensiones de tierras con ricos recursos naturales» (4).

Tenemos, pues, un núcleo humano cohesionante, cuya densidad le obliga a apurar el cultivo de la tierra, tal como hemos visto realizar, a precio de sudor y de fatiga, desde la frontera cantonesa hasta la Gran Muralla. Pero esta densidad demográfica es el asiento más firme; de la conciencia geocéntrica; de la noción de que China es por sí misma un gran centro para la geografía de la humanidad.

Así no nos extraña que, al visitar la ciudad de Pekín, se nos muestre, junto al Templo del Cielo edificado en lo alto de una colina por los Emperadores, para impetrar la ayuda de Dios, un amplio camino cubierto de nueve grandes losas alrededor del centro de una terraza de enormes dimensiones:

—Éste —nos dicen—, es el centro de la Tierra.

Esta idea emocionante es bien significativa, sólo explicable cuando se produce en el interior de una enorme dimensión humana. Y, de alguna manera, la he sentido en la plaza Roja de Moscú, comprendiendo el valor de «centro» que asume, en relación con la inmensa realidad del mundo eslavo. En Europa, para obtener una noción parecida habrá que pensar en Roma, con una noción que, por una parte tiene una visión histórico-cultural —la noción del Imperio Romano— y por otra adquiere significación espiritual para los que somos católicos. Pero ninguna de estas nociones tiene el sentido permanente que le otorga una historia política coherente de cuatro mil años y una demografía impresionante de ochocientos millones de seres humanos, apoyada en una geografía de casi diez millones de kilómetros cuadrados. Sólo al pisar esta piedra, tras oírla llamar «centro de la tierra», comprendemos el significado trascendente de lo que supone China en la historia del hombre, como uno de los platillos de una gigantesca balanza que tuviera en el otro el conjunto general de lo que denominamos cultura occidental, apoyada en una realidad llamada Europa que tiene en su

(4) Mao Tsé-Tung: *Sobre diez grandes relaciones*, Pekín, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1977, págs. 18-19.

conjunto una extensión análoga, pero que posee una historia estricta de una dimensión cronológica mucho menor. Hace 3.500 años, en efecto, China tenía ya conciencia política unificada con un nombre tan significativo como «Imperio del Centro»; poseía una escritura complicada, capaz de la filosofía más ambiciosa y de la poesía más exquisita; manejaba los conceptos de la justicia y de la convivencia y poseía una ordenación política y administrativa admirable.

Ahora bien: a la luz de esta realidad histórica, cuyo epílogo está en la plenitud arquitectónica que va del Templo del Cielo a los palacios de la «Ciudad Prohibida», comprenderemos la trascendente significación que asume el mausoleo que encierra el cuerpo glorificado de Mao Tsé-Tung. Empezamos a darnos cuenta de que sólo tras los supuestos geopolíticos que hemos señalado arriba podemos entender la ambición universal y trascendente que encierran los programas de la República Popular China. Comprenderemos también, mejor, la sacralización del Gran Timonel que alcanza límites paroxísticos como las peregrinaciones a los lugares que fueron su residencia, especialmente en el Yunan, donde se muestran, intactos, los recintos donde estuvo oculto, unas cuevas entre matorrales, durante los años difíciles, o se divinizan, hasta rozar lo grotesco, objetos que él tocó, como unos mangos tropicales, que le enviaron de la India, y que, conservados en formol, se disputaron distintas instituciones celosas de poseer tan prodigiosos frutos.

Para entender todo ello, repito, hay que ponerlo en relación con la plataforma humana que lo soporta, así como en las dos grandes tradiciones religiosas —taoísmo y confucionismo— que, bien que rechazadas dialecticamente por la irreligiosidad inherente al materialismo histórico se filtran, como veremos, en el «pensamiento Mao Tsé-Tung».

He creído conveniente realizar este largo excurso al margen de mis impresiones sobre Pekín, porque, a mi juicio, nada obtendríamos de su descripción meramente sensorial. Una vez más el sino y el signo deben ser entendidos conjuntamente. Y sólo del análisis parejo podremos obtener alguna comunicación estimable.

Volvamos a los pasos contados. El aeropuerto de Pekín,

que es enorme, está en vías de transformación, para adaptarlo a las nuevas exigencias del tráfico, y, por supuesto, para canalizar el aluvión turístico que se espera. Así tiene salas de recepción magníficas, mientras los departamentos de salida son, todavía, sórdidos, que nos dan una visión del país, sin duda, menos atractiva, y denuncia las dificultades de adaptación con que el personal ha de encontrarse para adaptarse al nuevo ritmo de las cosas.

El aeropuerto está muy lejos de la ciudad. Más de una hora tarda el autocar que está al servicio de nuestro grupo para llegar a la ciudad. El paisaje prosigue la llanura que hemos cruzado a lo largo de dos mil kilómetros. Paisaje de agricultura cuidadísimo, salpicado de los espejos empañados de los arrozales. La carretera amplia, bien arbolada, pero sin las dimensiones habituales en las autopistas.

Está cayendo, rápidamente, la tarde, sobre un día muy cálido. Conocemos ya, más o menos, el esquema de la capital, con su «Ciudad Prohibida», la ciudad imperial, con su cinturón fortificado, inserto en un cuadrilátero mayor llamado la «ciudad tártara», del nombre de los soldados que protegían la preciosa vida del Hijo del Cielo, el Emperador, dueño absoluto del Imperio del Centro. Cerca de ella, el barrio de las Legaciones Diplomáticas, que data de un siglo, y en torno de todo ello la Ciudad China, el reino del populacho.

Esta planificación multisecular, lo llano del territorio, y el sentido cosmológico y geocéntrico de estas gentes —que calculaban minuciosamente los signos favorables de cada edificio— permiten un despliegue urbanístico de líneas rectas, cortado por la famosa Avenida de Tien-An-Men que, como ya dijimos, tiene quinientos metros de ancho y una longitud de unos cincuenta kilómetros. Es, pues, una vía urbana gigantesca, cuyas dimensiones pueden compararse con la famosa Avenida de los Insurgentes de Ciudad de Méjico que, al parecer, con sus catorce millones de habitantes está a la cabeza de todas las poblaciones del mundo. Detrás de Méjico, se sitúa Nueva York y Tokio. A continuación, va Shanghai (once millones). Y a continuación, Pekín que sobrepasa los diez millones de habitantes.

Pero lo cuantitativo sirve apenas de marco referencial.

Justamente por la anchurosa Avenida de Tien-An-Men vamos penetrando en la ciudad, cuando los potentes focos de la iluminación urbana resplandecen con gran fuerza. Las calles adyacentes, bajo los árboles, están llenas, atestadas de gentes, todas con el invariable traje uniforme de la camisa blanca y pantalón oscuro. ¿Qué hacen estos hombres, en la noche cálida de julio, cuando, después de arrimar la bicicleta, se reunen a hablar? Muchos se han sentado en pequeños corrillos sobre las aceras; otros, sacan de su bolsillo una baraja. La diversión no puede ser más espartana. Hablan y hablan. Algunos se agrupan para leer el Tadzipao, el periódico mural, cuya vigencia está protegida por la Constitución que permite al ciudadano escribir cualquier denuncia o disconformidad sobre un tema de interés público. Veo pocos periódicos en las manos de las gentes, a pesar de que me dicen que el «Renmin Ribao» o «Diario del Pueblo» alcanza tiradas tremendas. Abro el número de hoy que trae, en primera página la efigie del Rey de España que, en estos días visita, con la resonancia que sabemos, este inmenso país. El diario tiene dos páginas sólo, y está impreso sobre un papel muy tosco. Los grabados son deficientes. ¿Es éste el máximo hontanar de noticias de estas gentes? Con la televisión oficial —que ocupa en Pekín un inmenso edificio— no hay que contar, a juzgar por el escasísimo número de antenas que he advertido durante todo el viaje y que en Pekín no me parece que hayan aumentado. Entiendo que aquí la radio es el instrumento número uno y, en otro capítulo, se habla del valor dirigente y estimulante que, a través de textos, consignas y músicas vivaces, se transmite al grueso de la población.

¿Comentan estas gentes, en la noche calurosa, las noticias políticas? ¿Sustituye el duro asfalto de la acera al asiento en un café o en un bar que parece normal en todo el mundo civilizado? Cierto que, en las etapas anteriores a nuestro tránsito habíamos observado esta nada cómoda manera de reunirse las gentes. Pero, especialmente en las poblaciones menores —Han-Chow o Jang-Chow— nos parecía lógico observar la humilde tertulia de unos campesinos bajo la sombra de los árboles. Pues bien: en Pekín, en la capital de un imperio de ochocientos millones de habitantes observamos la misma simplicidad, la misma sobriedad —no hay ni si-

quiera los humildísimos puestos donde venden vasos de té frío, en aldeas minúsculas— en lo que podríamos llamar el mundo de la relación humana.

No hay, tampoco, muchachas. Pero en otras páginas se habla de la singular concepción que, en este país, se tiene del trato entre los sexos.

Cruzamos, pues, las calles suburbiales hasta llegar a la Gran Avenida que nos conduce al centro neurálgico de la capital, a la misma puerta de la «Ciudad Prohibida», ornada con un gran retrato de Mao Tsé-Tung, a la que dan guardia, otros, de tamaño menor, que representan, a un lado a Marx y Engels y al otro a Lenin y Stalin. La selección no puede ser más significativa. Y sorprendente.

¿Son estos cinco personajes los que brindan temas en torno al marxismo-leninismo que, unido al «pensamiento Mao Tsé-Tung», sirve de tema oficial en las escuelas, universidades, comunas o comités? ¿Se ocupan, mejor, de temas deportivos? Aun cuando hemos visto inmensos estadios y conocemos la importancia que a la educación física otorgan estas gentes, no he podido advertir que la lucha entre clubs llegue al grado de apasionamiento tantas veces grotesco que ofrecen los occidentales capaces de convertir los colores de un club (que alquila jugadores extranjeros) en símbolos de una ciudad o de una región.

Aquí, en China, no he advertido rastro de estas banderías. Los espectáculos para grandes multitudes, como el fútbol, no parecen tener preeminencia. Parece que el deporte nacional es el «ping-pong»...

Los demás espectáculos tienen su sitio en los espectáculos. El cine y el teatro tienen sus locales, cuya modestia indica que no abundan en dinero. Su intención política, que se da por descontada, se apoya con unos precios de entrada modestísimos: del orden de las cinco pesetas. Pero no existe el culto a la personalidad de los artistas tal como se advierte, con más fuerza por el contraste, al recorrer las calles de cualquier ciudad japonesa.

Queda, finalmente, el gran producto estético de la China: la gastronomía. Pero pensar que en este país existe una proliferación de restaurantes parecida a la de cualquier urbe europea es asomarse a un imposible.

Cierto es, sin embargo, que la cocina depara en China ocasiones de placer insuperable y en otro lugar de este libro dedico al «pato laqueado a la pequinesa» los honores de ordenanza que, por su altísima categoría merece. Pero estas gentes que, sentadas en el suelo, hablan en voz baja, ¿qué restaurantes frecuentan?

Me he limitado ahora, al evocar mis primeras impresiones en Pekín, en una noche cálida de julio, a referirme al elemento humano entre el que vamos a convivir bastantes días. Cierto que lo merece, puesto que la capital de la República Popular China reúne en primores arquitectónicos, belleza de parques, suntuosidad de tesoros museísticos, valores que le otorgan, también en estos terrenos, valores de capitalidad.

El viajero debe prevenirse del egocentrismo propagandístico que se basa en considerar malo (o inexistente) todo cuanto existía antes de lo que ahora se llama la Liberación. La situación actual, por supuesto, no parte de cero. Imaginar un mundo surgido ex nihilo no es real, ni posible. Pienso esto contemplando el «Hotel Pekín», el gran hotel de la Avenida Tien-An-Men que, edificado hace medio siglo, tiene ya las características de grandiosidad que caracteriza los grandes «palaces» de la gran época hotelera de Europa, antes que los modelos a la americana invadiesen con sus modelos «intercontinental», imponiendo una arquitectura fría y funcional. Pues bien, al lado mismo del «Hotel Pekín», e intercomunicado con él, surge el edificio del mismo nombre, pero conocido como «Nuevo Hotel Pekín» de espléndida arquitectura occidental, sazonada con elementos arquitectónicos del país, como las grandes columnas decoradas de laca roja y de oro, análogas a las de las pagodas que hemos visto en la «Ciudad Prohibida». El «hall» central, inmenso, da paso a un lado a los salones de recepción y tiendas —especialmente una excelente librería—; a otro, el comedor inmenso. El primero está decorado con un gran mural que reproduce la Gran Muralla, ejecutado por medio de un material plástico que subraya el relieve de los objetos evocados; el segundo, con otro inmenso panel decorativo que recoge un tema predilecto del arte propagandístico: gentes de todas las razas rodean, satisfechas, a varios personajes que simbolizan la joven China de la República Popular.

Las habitaciones son perfectas, en cuanto a limpieza y mantenimiento. Tienen radio e hilo musical; y algunas, no todas, receptor de televisión. El servicio es excelente. El restaurante, de grandiosas proporciones, esá muy bien servido y en él puede elegirse, libremente, el menú de la cocina china y el occidental, que incluye café, elemento difícil de conseguir en los demás establecimientos de este país.

Observar los rostros y los atuendos de los clientes de este local nos permite recorrer todas las razas de este planeta, y nos hace pensar en lo que será, dentro de muy poco, la afluencia turística, cuyo volumen hará peligrar, sin duda, el ambiente de cortesía con que hoy somos recibidos.

Ya he dicho que el hotel da sobre la Gran Avenida, a la que se desciende por una suave rampa que utilizan los automóviles oficiales —los grandes y sólidos coches negros, que llevan como insignia en esmalte tres banderas rojas—, y que sin duda utilizan personajes de alto rango que acuden al hotel a entrevistarse con figuras llegadas de todos los rincones del planeta. También los taxis de color gris, un poco anticuados, pero impecablemente mantenidos, que prestan su servicio a los turistas.

Al final de la rampa, entramos —como en todas partes— en el mundo de la bicicleta; en la galaxia de níquel que transporta a las mismas gentes uniformadas —camisa blanca, pantalón gris oscuro— que unifica y define este inmenso país. La circulación, densísima, se rige desde quioscos cilíndricos, de ventanas encristaladas, que accionan los colores de las luces —rojo y verde; no hay amarillo— y tienen instalado un potente megáfono, casi siempre innecesario. La disciplina es total, porque sale de dentro; porque el orden, en las calles, es un factor más de un sistema arraigado por la política en el cerebro de las gentes. Porque la disciplina no es ni más ni menos que el esfuerzo libre y voluntario de ser fiel a la comunidad.

Me han contado que, recientemente, un policía de tráfico hubo de amonestar a un ciclista que había pasado un disco rojo. Detenida la circulación, los demás viajeros hicieron notar, al que había delinquido su errónea conducta. Al llegar a su casa, el jefe de su unidad urbanística le fue a visitar para afearle su proceder. Y, en el comité de fábrica, fue

públicamente reprendido. No tuvo otra sanción, porque dentro de la terapia de grupo que aquí se practica, se considera castigo suficiente.

Pero salgamos ya de la Avenida de Tien-An-Men, por cualquiera de las calles que la cruzan, en rectángulo perfecto, perpendicularmente. Son vías, por supuesto, más estrechas y de pavimento más irregular. Nos llevan a la «ciudad china» —más allá del Barrio de las Legaciones—, por la cuadrícula inmensa que se desarrolla en torno a la «Ciudad Prohibida», algunos de cuyos edificios como la Torre de la Campana y la Torre del Tambor quedan ahora extramuros de su recinto. Observamos, entonces —como ya lo hicimos en Nanking y en Shanghai— lo que yo he llamado técnica de camuflaje por el cual muchos grupos de viviendas quedan tras de paredes de media altura o semiocultas por grandes manojos de árboles. Así, por ejemplo, la Universidad, cuyos grises edificios se adivinan más que se ven.

La fisonomía de cada barrio es distinta. El viajero acude, por un lado, a las calles adyacentes del hotel, donde busca los consabidos establecimientos de venta de recuerdos, antes de decidirse a visitar las proverbiales «Tiendas de la Amistad» reservadas a los turistas. Otras calles, como la de Puerta de Tierra parecen concentrar los restaurantes, las salas de espectáculos. Y, penetrando una pequeña vía nos introducimos en el laberinto de los pequeños establecimientos de bebidas, de los anticuarios, hasta llegar al famoso Teatro de la Ópera China.

He querido dedicar una noche, una calurosa noche de julio, a presenciar este espectáculo impar, cuyo título es algo así como «El mono de los dientes blancos». Corresponde al repertorio tradicional que fue víctima de la política represiva de la «alevosa banda de los Cuatro», como aquí dicen. No es, pues, una obra «partisana» al servicio del programa político oficial —como la que describo en otro capítulo—, sino que pertenece al ciclo religioso popular dentro del espíritu religioso antiguo, dentro de una leyenda inmemorial que se titula «Peregrinación hacia el Este». Sus protagonistas esenciales son, por una parte, cuatro monjes budistas que tienen una caracterización muy expresiva, por medio de prodigiosas máscaras y maquillajes: uno de ellos, el Mono,

astuto, rápido e inteligente; el segundo, el Oso, tonto y perezoso; los otros dos personifican una bondad blanda y compasiva. Frente a estos personajes, el rey de los Demonios (que asume distintas figuras, incluso la de un monje) lucha con sus diabólicas mesnadas para dificultar los piadosos fines de los monjes. La obra es, como se supone, totalmente incomprensible para el espectador occidental que sólo en la medida en que es auxiliado por sus intérpretes alcanza un ápice de la línea argumental (5).

Pero lo que sí percibe es la perfección de la presentación escénica. Los cambios de luces, la aparición de humaredas, los fondos polícromos de las decoraciones, los asombrosos trajes, los dibujos de las máscaras y el colorido de los maquillajes, los trucos escénicos, como el de los demonios que, durante la representación, emiten chispas de fuego por la boca; los juegos coreográficos, acompañados de la música oriental, las rápidas mutaciones de los decorados y de los actores constituyen un espectáculo asombroso, a mil codos, por supuesto, de la espectacularidad del teatro «Kabuki» japonés. El actor chino posee un arte prodigioso, en el que se ofrece en increíbles cambios de falsete y de musicalidad, absolutamente únicos; en la expresividad del rostro, cuyos rasgos han sido acentuados por el maquillaje, en la flexibilidad corporal que permite inverosímiles movimientos acrobáticos y coreográficos.

Bien podría decirse, para sintetizar, que el teatro de la Ópera China constituye una experiencia plástica y acústica de teatro *total*.

(5) Este tema procede de un relato, *El mono Sun Wu King*, que apareció entre los *Cuentos populares de China*, que publicó entre nosotros la «Revista de Occidente» (1925) y que fue comentado por Enrique Díez-Canedo (*Conversaciones Literarias*, México, 1964, págs. 118 y ss.). La versión que pude ver en el «Teatro de la Ópera» de Pekín se autorizó, al parecer, añadiendo a la intención de la obra tradicional una política actual. Los «malos» de la obra, que luchan con el Mono serían nada menos que los de la «Banda de los Cuatro».

# CUADERNILLO LÍRICO

## Poemas de Pekín

*Cuadrilátero inmenso,*
*la Patria cabe entera dentro.*
*¡Oh Patria sin fronteras!*
*la Ciudad Prohibida*
*ya tiene abiertas las puertas.*

(La Plaza)

*El poema*
*se ha convertido en llama*
*incendiando el futuro.*
*Las columnas*
*sostienen hoy la gloria*
*de una palabra libre.*

(El Mausoleo)

*La historia está presente*
*porque está coronada*
*de unas banderas vivas*

(El Museo)

*La multitud se ha hecho*
*geometría de leyes,*
*una misma medida.*

(Palacio del Pueblo)

*Una estrella en la frente.*
*Con sus caras de niños*
*creen de nuevo en algo*

(Los soldados)

*Buscaba en los biombos*
*mundos de nácar y ébano:*
*todo es pobre y sencillo.*

*Buscaba en las pagodas*
*dragones de leyenda:*
*todo es sencillo y claro*

*Pensé hallar oro y lágrimas.*
*Sólo encontré justicia*

(Teorema)

## La «Ciudad Prohibida»

*Esplendor de los mármoles,*
*orgía de las joyas;*
*el Amo*
*deslumbraba al humilde*

*Dragón en furia,*
*pájaro de fuego,*
*hora en sosiego*

*Aquí la grandeza tranquila*
*ignoró el llanto del mundo.*

*Tejados amarillos, puertas rojas,*
*la historia permanece.*

*En torno al palacio, el foso.*
*El Poder tiene miedo*

*Mármoles impecables,*
*plataforma del hombre*
*¿para que Dios le vea?*

*Sobre el muro granate*
*el verde pino enciende*
*su color de esperanza*

El espléndido puente sobre el río Yang tsé, orgullo de la técnica china, después de la «traición soviética».

Nanking es una ciudad tan bien ajardinada en la que, a veces, los árboles no dejan ver el bosque.

El monte Púrpura, en Nanking, con sus famosos observatorios astronómicos.

Un aparato de medición astronómica de la antigua China.

## China en su laberinto

*Parque de los magnolios*
*alza tus porcelanas*
*hasta la última nube*

*El pebetero tiene*
*todavía perfume*
*del dolor del esclavo*

*Tesoros imperiales,*
*las perlas, ¿no son lágrimas?*

*Reloj de sol ¿qué hora*
*infeliz dejaste*
*de reflejar al mundo?*

*Quiosco de los jades*
*¿inventas la esperanza*
*o te niegas a ella?*

*Puentes de blancos mármoles*
*fingen venecias últimas*
*al crecer el ocaso*

*La Emperatriz tenía*
*su túnica de oro*
*y un esclavo desnudo*

*Emperador ciego,*
*tras de tus celosías*
*¿no viste el dolor del pueblo?*
*Emperador sordo*
*¿no escuchas cómo lloro?*

*Espejo de los siglos*
*¿has borrado la muerte?*

*Espada del guerrero,*
*tus rubíes,*
*¿no son la sangre de los muertos?*



8 — 3722

*Palanquines de oro,*
*un murciélago oscuro*
*nubla la luz del día*

*Pabellón de silencio*
*junto a los nenúfares*
*¿qué melodía escuchas?*

*Suenan trompas de oro:*
*Marco Polo ha traído*
*una flor de Venecia*

*El quiosco de nácar*
*guarda el olor del parque*
*como una joya*

*El mandarín arrastra*
*un brocado de oro:*
*campo de margaritas*

*Perfección absoluta*
*en su urna de luz*
*está vibrando el Todo*

## Templo del Cielo

*Siglos cristalizados.*
*Todavía*
*yerra un perfume antiguo*

*El Emperador también*
*quería tener a Dios*
*a su alcance*

*Escaleras de mármol*
*proyectan fríos*
*paraísos de piedra*

## China en su laberinto

*Altas columnas de oro*
*para escalar un cielo*
*de pájaros azules.*

*Ni siquiera el dolor*
*tenía la puerta abierta*
*para mostrar sus lágrimas*

*¡Viento azul de Mongolia*
*arrasa los sembrados!*
*Hay que salvar las rosas*

*Soñaba el mandarín*
*con ser emperador;*
*el esclavo soñaba*
*con ser sólo un hombre*

*Peces rojos*
*en el estanque antiguo:*
*la libertad estaba*
*en lo hondo*

*Sólo*
*la sonrisa de Buda*
*es más fuerte que el Mal*

## Palacio de Verano

*Capricho de Emperatriz:*
*se fabricó una rosa*

*El espejo ha nublado*
*su azogue,*
*¿el polvo de los siglos?*

*Agua estancada,*
*nenúfares,*
*la historia ha muerto*

## Guillermo Díaz-Plaja

*En el rincón tranquilo*
*el tiempo goteando*
*(pero la patria se hunde)*

*La Emperatriz pasaba*
*por el puente*
*todos los peces*
*se volvían de oro*

*Un navío de mármol*
*anclado en el estanque,*
*sus cañones mortíferos,*
*pura sonrisa blanca*

*La pagoda está muerta,*
*los dioses han huido;*
*pero un gran sol alumbra.*

*En el teatro imperial*
*los viejos histriones*
*inventaban la vida*

*El puente de juguete*
*(la Emperatriz sonríe)*
*el barco de juguete*
*(la Emperatriz sonríe)*
*No hay cañones ni guerras*
*(la Emperatriz sonríe)*
*Magnificencia inútil*
*(las máscaras se han roto)*

## LA GRAN MURALLA Y LAS TUMBAS DE LOS MING

La excursión a la Gran Muralla, otrora temerosa hazaña, es hoy un cómodo, breve y placentero viaje. En tres horas de recorrido, un ferrocarril excelente, atendido por personal idóneo, nos lleva desde Pekín hasta Bandalung, en las cercanías del gigantesco monumento, cuyas proporciones sobrecogen.

Pero será obra de lealtad amistosa advertir a los que se decidan a la empresa, que el tren deja al viajero cerca de tres kilómetros del colosal monumento, distancia que, bajo un sol de fuego, ha de recorrerse a pie. Mi intérprete me pide excusas:

—Nuestro turismo es todavía muy joven. Tenemos que perfeccionarlo todo lo que se pueda para evitar molestias innecesarias.

Caminamos, carretera adelante, entre las primeras estribaciones de la sierra que el emperador Tsin-Chi, en el siglo III antes de J. C. concibió como «limes» de su Imperio, para prevenir el asalto de los «bárbaros» del Norte, como contemporáneamente lo hizo Roma frente a las hordas que se movían al norte del Danubio. En China la amenaza procedía de los pueblos tártaros de Mongolia.

Es un camino de ronda fortificando la cresta de la cordillera, a lo largo de cuatro mil kilómetros, hasta situarse tópicamente entre las «maravillas del mundo». A distancias perfectamente regulares, torres de vigilancia de 12 metros de altura, jalonan el ancho y bien enlosado camino, alzado a una altura de ocho metros sobre la cordillera.

Franqueamos el inmenso recinto por una de las puertas monumentales que se abren a la altura de los caminos que llevaban al interior. Hay unos tenderetes modestos que dan bebidas frescas a las gentes que regresan, bajo unos árboles, de la caminata realizada bajo un cielo inclemente. Grupos de pioneros hablan con pequeñas escuadras de soldados de aspecto infantil, que reposan también en espera de iniciar la ruta ascendiendo por las escalinatas de bien cortada piedra. A nuestro grupo se le franquea el acceso a una de las salas confortables y cómodas que se destinan a viajeros distinguidos. Los más decididos, ya han iniciado el recorrido a través de las torres de vigía que albergaban a los centinelas. El espectáculo visual es, en verdad, extraordinario, si bien se trata de un conjunto arquitectónico muy difundido por las publicaciones gráficas y por la televisión.

El viajero medita sobre el significado de esta monumental arquitectura, en la que alcanza su sentido más alto la palabra frontera. China es una conciencia histórica unitaria que, por su propia inmensidad geográfica, se siente necesariamente obligada a sentirse a la defensiva. Es precisamente porque se siente distinta. La Gran Muralla es el aspecto pétreo de la idea nacionalista. Como en la vieja Roma, cuando Rómulo y Remo trazaron, con un arado, en el territorio del Lacio, los límites de lo que había de ser la «Cives» o la «Urbs», China entiende que su territorio debe ser puesto a cubierto de la codicia de los «extranjeros».

Pero la historia china nos muestra que la dura Muralla, del emperador Tsin-Chi no fue suficiente, porque la historia ofrece sorpresas y los muros, quebraduras.

Cuando Marco Polo llegó a China, se encontró con que el trono del Celeste Imperio estaba ocupado precisamente por un «bárbaro»: el famoso Gengis Khan (1162-1267), caudillo mogol cuyo dominio alcanzó no sólo la totalidad del imperio chino, sino que se extendía desde el Danubio y el Tibet hasta Siberia. Pero Gengis Khan pertenece a la estirpe de los sembradores estériles: a la de los caudillos de hordas depredadoras, cuyo signo es la fugacidad. Rayos de la guerra —Atila, los normandos, los turcos, Napoleón, Hitler— su destino conquistador se desvanece como las verduras de las eras. China vuelve a su mismidad, con la dinastía Ming que

con dieciocho emperadores, rige su destino histórico desde 1386 hasta 1644. Por esta toma de conciencia, esta dinastía realiza en seguida una operación lógica: la restauración y prolongación de la Gran Muralla, a lo largo de los siglos XIV y XV.

Por eso tiene un cierto sentido que nuestra excursión a la Gran Muralla se complete con una visita a la única tumba de los Ming, visible, entre las catorce huellas arqueológicas funerarias, perfectamente conocidas y acotadas, que se van descubriendo a medida que sea posible afrontar los inmensos gastos que las excavaciones suponen.

La localización de estos gigantescos recuerdos históricos, esparcidos por un valle apacible y bien arbolado, es sencilla si se siguen las inmensas avenidas flanqueadas de estatuas humanas —reyes, guerreros, dignatarios— y animales —camellos, leones, caballos— de gran envergadura.

La zona sepulcral ya excavada, es impresionante. Ha habido que dejar al descubierto las inmensas puertas de mármol blanco, aferradas a sus marcos, franqueados los cuales, y al fondo de grandiosas galerías de bóveda de cañón llevan hasta las cámaras que guardaban, junto a los cadáveres de los reyes, los de los dignatarios, que se hacían enterrar voluntariamente para seguir a su lado, así como los valiosos objetos de oro y otros metales con que se nutre el museo adjunto.

El conjunto, es impresionante, y nos da una metáfora, en tanto que estos cadáveres reales son la eternidad histórica que conocemos con el nombre de China.

## CUADERNILLO LÍRICO

### Poemas de la Gran Muralla

*Aquí el Imperio*
*salvó de la barbarie*
*flores de porcelana*

*En cada torre anida*
*la sombra de un soldado*
*hace siglos, insomne*

**Guillermo Díaz-Plaja**

*Cinturón de la Patria*
*tras los muros*
*China es una y completa*

*La vertical soberbia*
*del alto muro*
*acobarda al extraño*

*Dios ya había trazado*
*el muro de montañas*
*que coronan los hombres*

*Los pastores hirsutos*
*arrojaban las piedras*
*de su fiera ignorancia*

*El paseo de ronda*
*del muro dibujaba*
*el perfil de una patria*

*El capitán alzaba*
*su grito de victoria.*
*En lo alto, banderas*

*La Muralla protege*
*y fabrica la historia.*
*Las flechas son inútiles*

*China existe, estos muros,*
*soberbios*
*lo firman y rubrican*

*Soy la Historia*
*dibujo en las montañas*
*tres mil años de gloria.*

## EPÍLOGO EN MACAO

Macao, junto a Hong Kong, es una vieja tentación para el viajero que, en ocasiones anteriores, no vio convertida en realidad la ilusión de conocer esa vieja desgarradura del tronco ibérico asentada en la ribera del Mar de la China. Esta vez, las cosas se han vuelto fáciles, desde los trámites burocráticos hasta el transporte mismo desde Hong Kong, antaño servido por viejos «ferries» y hoy simplicado por veloces «hidrofoils» que patinan sobre la superficie marina y reducen el trayecto a una hora de cómoda travesía.

Va, pues, el pequeño navío esquiando sobre la nieve de su propia espuma, enhebrándose entre islotes, y dejando atrás a los viejos juncos, los decrépitos navíos humildes, donde extrañas gentes que aquí llaman «hombres de agua» viven —nacen, crecen, se reproducen y mueren— en un breve camarote alzado en la levantada popa de esa recia y antigua construcción marinera, con la ropa familiar tendida al sol, como la bandera blanca de su existencia humilde.

La ruta de Macao acerca al viajero la emotiva reminiscencia, la huella última de lo que fue el imperio colonial portugués en el Extremo Oriente. Hoy es, apenas, una simbólica bandera sobre una fórmula (inestable) de convivencia política. Asentada al flanco del gigantesco monstruo de China, Macao es una breve península de tres millas cuadradas, a las que hay que añadir el dominio político sobre dos pequeñas islas, Taipa —unida con un modernísimo puente— y Kolowan que ocupan otras cinco millas cuadradas. El con-

junto alcanza la cifra de 300.000 habitantes, de los que sólo un tres por ciento son portugueses. Geográficamente y humanamente, Macao es, pues, un breve punto integrado en la colosal geografía de la China continental —9.780.000 km²—, y a su fabulosa demografía de ochocientos millones de habitantes. Está claro que el coloso puede devorar, cuando lo desee, esa minúscula porción que todavía esta presidida por la bandera verde y roja de la república portuguesa. Bastaría con anunciar una invasión o, más sencillo todavía, cerrar los grifos de agua potable que sacian la sed de esos lusitanos del más remoto ultramar. Pero, como en el caso de Hong Kong, el «statu quo» persiste. ¿Por qué? Porque en un caso y otro, al poderoso gigante de la China roja le interesa mantener ese boquete o apertura que permite innumerables combinaciones políticas y económicas.

Hoy, Macao está brillante. Al frente de este territorio un gobernador designado por la Metrópoli, el coronel Leandro García, es un extraño poder que no ejerce sino en un pequeño destacamento de policías uniformados, eco minúsculo de la pequeña guarnición que Portugal mantuvo durante siglos hasta que la «Revolución de los Claveles» decidió el desmantelamiento de esa simbólica reminiscencia colonial.

Pero el viajero, que ya conoce Malasia, donde estuvo san Francisco Javier, recorre las viejas calles de Macao buscando la huella de esa presencia ibérica colosal, cuya realidad se percibe en todo Extremo Oriente. Así, al llegar a Macao, cuando nos llevan a visitar las ruinas de la Catedral de San Paulo, nos explican que este templo gigantesco fue construido por católicos japoneses, una vez que fue decretada su expulsión por el Emperador del Japón, al advertir la fuerza que iba adquiriendo la fe de Cristo entre sus súbditos. Sólo la enorme fachada permanece en pie, con su prestancia neoclásica que, por sus anchos y nobles ventanales, permite contemplar el azul sin límites y sin nubes; la brillante claridad del trópico, rodeada por la intensidad vegetal de verde-oscuro, que también es característica de su paisaje.

La silueta de este rostro arquitectónico, nos habla del terrible azote de estos paisajes, el tifón que, en 1601 derrocó el resto del edificio.

Como el mismo viento terrible, la fe católica fue derri-

bada en Macao, cuyo mejor templo es ahora el de los monjes budistas, que hay que visitar por sus singularidades. De vastas dimensiones, está ordenado, como suele ser uso, por tres salones sucesivos, separados por patios sombreados de árboles poblados de pájaros cantores. El olor del incienso que los fieles colocan después de encender los palitos de madera perfumada, caracteriza el ambiente, junto a la cantidad devota de los fieles. La portalada, decorada de esculturas de porcelana, culmina con una esfera que simboliza la vida, flanqueada por dos dragones y dos peces que representan la vida y la libertad, que hacen compañía a los dos leones que, tradicionalmente, montan la guardia a los dos lados de la puerta principal.

En el interior, una colosal estatua de Buda, decorada en oro, que tiene a su alrededor, a menor tamaño, la efigie de sus dieciocho discípulos, uno de los cuales que se singulariza por ser barbado, representa nada menos que a Marco Polo, por la curiosa creencia aquí difundida de que el genial viajero italiano abrazó el budismo durante su larga estancia en China. Por lo demás, la decoración es tradicional, a base de los tres colores rituales: rojo (felicidad), amarillo (riqueza) y verde (larga vida), así como los recuerdos mortuorios de los antepasados, y para los que se depositan arcones llenos de objetos que les pueden ser útiles en la vida de ultratumba. Los sacerdotes están, en este momento, realizando ante pequeños altares sus preces litúrgicas con las manos juntas, de modo muy parecido a nuestras posiciones rituales.

Diremos, finalmente, que el templo se halla bajo la advocación de la Diosa de las Misericordias, curiosa imagen de una legendaria princesa de la dinastía Ming, cuyo rostro negro está semioculto por un telón de hilos de brillantes —símbolo de sus lágrimas.

Pero a nosotros nos atrae, lógicamente, bucear el pasado portugués de Macao. La vieja ciudad, de callejuelas decrépitas, decoradas de letras —de tan bella escritura— nos sorprende con su profusión de insignias añadidas al nombre lusitano. He aquí un «alfaiate» (o sastre) que cose pacientemente un traje de señora, y más allá una «parteira» o comadrona, que señala su residencia y menester. Pero no nos en-

gañemos. Me he dirigido en portugués a las gentes que están al frente de los pequeños negocios y no he sido comprendido. Sabemos que de los 300.000 habitantes de Macao, sólo un 3 % son portugueses, a los que se destinan cuatro de las cien escuelas que atienden a la colonia, donde se enseña en chino, con lecciones complementarias de inglés. Existen los rótulos bien visibles de una «Caixa Escolar» junto a la «Casa de Asistencia e Saúde». Pero la bandera portuguesa ondea en todos los edificios que están, como hemos dicho, bajo el mando teórico del Coronel Leandro García, gobernador de la Colonia de Macao.

Como señala la raíz portuguesa, el Gran Casino de Lisboa que, con el Casino Jai Alai marca la impronta de lo hispánico. En la espléndida cancha de pelota vasca —a pala y a cesta— que mantiene un cuadro profesional permanente de unos cuarenta pelotaris, muestra de esta curiosa proliferación que, en Extremo Oriente, tiene otros puntos de apoyo en Shanghai y en Filipinas.

Este Casino, junto al denominado de Lisboa, ocupan soberbios edificios de audaz arquitectura y constituyen la clave económica de Macao. La colonia, en efecto, posee la asombrosa cifra de cuatro grandes casinos que trabajan a pleno rendimiento las veinticuatro horas del día. Cada uno de ellos es un fabuloso centro recreativo de todos los juegos de azar —ruleta, bacarrá, bingo—, centenares de máquinas tragaperras, centros bancarios, tiendas de lujo, todo ello abarrotado. Mis recuerdos de establecimientos de este tipo, de Montecarlo a Las Vegas, de Puerto Rico al Algarve, no logran palidecer el espectáculo increíble, que se alimenta de los cuatro millones de personas que de Hong Kong —bajo la bandera puritana de Inglaterra— acuden a llenar las arcas de la colonia portuguesa de Macao, con cuyo rendimiento sus felices habitantes no pagan ningún impuesto.

Pero, claro está, el viajero busca otros elementos del pasado portugués. Y así acude, después de visitar las ruinas de la catedral de San Paulo, destruida por el tifón de 1835, a visitar la fortaleza de Viejo Monte, cuyas garitas torreadas parecen otear un mar todavía peligroso de los barcos de la piratería. En el alto mástil ondea la bandera de las quinas de Portugal, como un homenaje a esos lusitanos que «por

mares nunca d'antes navegados», como dice Camoens, llegaron en asombrosas singladuras a instalarse desde el siglo XVI en esa espléndida península de Macao y sus dos islas adyacentes.

Así el sabor portugués nos acompaña también por las viejas callejas de la ciudad antigua, de estilo neoclásico, corroídas por los siglos, pero conservando todavía los colores rosa-pastel que a mí me recuerda los de las viejas casas de San Salvador de Bahía en el Brasil. Como allí, la raza blanca es aquí minoritaria, e incluso los pocos portugueses que aquí han quedado, son evidentemente mestizos.

Macao es, pues, un extraño enclave de chinos dentro de la geografía de la gran China, la China Popular cuya frontera podemos visitar para admirar la noble arquitectura de la gran puerta neoclásica, que se alza en la misma frontera interior, con el rótulo lapidario «A Patria Honra» y la bandera roja y verde de Portugal a pocos metros de la de Mao, que da paso a la China comunista. Por los alrededores, pequeños vendedores abren sus tenderetes. Los objetos que venden confirman que no hay dos Chinas; que no hay frontera, ni racial, ni lingüística. ¿Existe frontera ideológica? Todos a los que he preguntado se atrincheran en una silente sonrisa enigmática.

Pero lo portugués ¿es sólo una nostalgia? La espléndida bahía, junto al puente que une Macao con la isla de Taipa, esta presidida por una soberbia estatua ecuestre de un gobernador egregio, Joao Maria Ferreira do Amaral, que, al declarar en 1849 Macao como puerto de libre comercio, sembró la semilla de un devenir espléndido. Hoy, además del puerto, Macao es un foco industrial alucinante y sus textiles son famosos. Parece que todos los blue-jeans que se llevan en Hong Kong, y en una parte de los Estados Unidos se producen aquí. Otra gran industria, la pirotécnica, instalada para mayor seguridad en la isla de Taipa, nos explica que no todo en la colonia portuguesa de Macao se apoya en la frágil economía de los juegos de azar.

# LA SINGULARIDAD CHINA

## Siete signos diferenciales

> *«China es la única civilización que subsiste sin interrupción desde hace 5.000 años. La evolución del país tiene una coherencia interna, una continuidad en la manera de ver el mundo y una unidad filosófica profunda que se manifiesta una y otra vez bajo las formas cambiantes de los regímenes políticos y económicos. La radical diferenciación china respecto a la cultura occidental reside en una manera propia y original de ver el mundo. Esta Weltanschaung está en todas las manifestaciones culturales, y en el carácter personal del chino haciéndolo remoto, ambiguo e incluso inquietante para el occidental. Sin embargo, cuando se empieza a penetrar en el mundo chino y a comprender sus valores, se empieza a sospechar que China es la cultura más civilizada de la Historia»* (1).

Cuando se analiza, desde la ladera de lo occidental, la situación de China a lo largo de su milenaria historia hay

(1) Textos de estética taoísta, selección de Luis Racionero, Barcelona, Barral editores, 1975.

algunos fenómenos que se destacan con enorme relieve y que caracterizan tan exclusivamente al país que bien puede hablarse de una *singularidad china en la Historia Universal.*

1. — En primer lugar, su mismidad histórica. No existe en toda la evolución de la Humanidad un ejemplo parejo de coherencia y, a la vez, de continuidad. Desde que el Emperador Ching, en el siglo II a. de J.C., dibujó y construyó la Gran Muralla, hasta 1911, fecha en que se proclama la primera República, veintidós centurias dibujan una realidad política que, bajo el significativo nombre de *Imperio del Centro* asiste, impávida, a la erección y a la destrucción de innumerables realidades imperiales. Desde el Imperio Romano, que se constituye en el mismo siglo II, hasta el siglo XX, Europa ha visto desfilar el poder de los árabes, el de Carlomagno; el de España y el de Inglaterra; el de Napoleón y el de Hitler; Asia ha visto desfilar los imperios de tártaros y mongoles; América, ofrece la ascensión y declinación de los imperios azteca, maya e inca. Todos duraron un soplo. Sólo China permanece incólume a lo largo de esta evolución secular.

2. — En segundo lugar, existe, como singularidad el factor cuantitativo demográfico. China ha sido siempre, comparativamente a los demás pueblos, una enorme concentración humana. Tercera en orden a extensión geográfica (después de la URSS y Canadá) los sobrepasa en cifra de población, superior a los 900 millones.

3. — En tercer lugar, esta mismidad histórica se acentúa y califica por el hecho de que China, siendo un inmenso conglomerado de pueblos, ofrece un centro homogéneo —el conjunto *han*— frente a una realidad heterogénea periférica —las «nacionalidades»—, que no puede poner en peligro el conjunto, precisamente por su condición minoritaria.

4. — En cuarto lugar, y de modo más sorprendente, como si la erección de la Gran Muralla fuese un signo premonitorio, China es más sujeto pasivo que activo de la Historia.

A) La presión de tártaros y mongoles es una constante multisecular y la fuerza de penetración de Manchuria insta-

la desde los siglos XVIII al XX, en el trono chino, una dinastía manchú.

B) Otra fuerza ofensiva, que resalta con incisiva fuerza en lo espiritual aunque con poco daño para la integridad del país, procedería de la lejana Europa. La colonia de Macao, que todavía flamea pabellón portugués, trae consigo otro tipo de intervención occidental, la del catolicismo, que desde Portugal, y también desde España, llega a partir de la plataforma de lanzamiento que son las islas Filipinas.

C) Otra fuerza de presión procede del Este, y está representada por la potencia bélica del Japón, que invade repetidas veces la China continental e instala una administración política propia durante un largo período.

D) Otra importante aguja de penetración actúa sobre la fachada marítima del país, y, desde la Guerra del Opio (1842) viene marcada por el deseo de arrancar a China una serie de humillantes concesiones, cuyos nombres han sido Cantón (Francia), Tien Tsin (Alemania), Shanghai (concesión internacional), humillación que todavía pervive en la concesión inglesa de Hong Kong. Y, en otro sentido, con la permanencia del bastión «occidentalizado» de Formosa.

E) Finalmente, en la actualidad China es objeto de otra presión, ésta gigantesca, y está conducida por la Unión Soviética, el hermano ideológico convertido en el máximo enemigo polémico (2).

Todas estas fuerzas son resistidas invariablemente, a lo

(2) La consigna antisoviética aparece a cada momento en los labios de los intérpretes que nos acompañan, tan sorprendentemente en un país marxista-leninista que, junto a la efigie de estos dos líderes, ofrece a gran tamaño, las efigies de Lenin y de Stalin en la plaza de Tien-An-Men. La versión oficial atribuye la ruptura especialmente a Kruschev (1956), quien carga con todos los dicterios imaginables. Entre las ediciones oficiales de propaganda se reparte profusamente el titulado «La URSS, imperio neozarista», en el que podemos leer: «En la sociedad soviética, que apesta por todas partes con el repugnante olor del capitalismo, reina la decadencia y corrupción; el reducido número de capitalistas burocrático-monopolistas y elementos burgueses recién surgidos, extorsionan por la fuerza o con tretas, revolcándose en el lujo, mientras la clase obrera y el pueblo trabajador se ven oprimidos y explotados, degradados otra vez a la condición de esclavos asalariados. Con el continuo agravamiento de las contradicciones de clase, se agudizan cada día más las contradicciones existentes entre las nacionalidades. En resumen, la URSS de hoy se ha convertido en paraíso para un puñado de capitalistas burocrático-monopolistas, y en cárcel, para decenas de millones de trabajadores.

El sentimiento de la Naturaleza y su manipulación artística ofrecen al viajero páginas imborrables. La excursión obligada a Jang-Chow permite conocer maravillas como las del Lago del Oeste, como el «Pabellón del Lago en Calma y de la Luna del Otoño»...

...o el Jardín de las Armonías.

O recorrer, en Pekín, el increíble Palacio de Verano, soñado y construido por la última Emperatriz, que era capaz de inventarse un navío todo de mármol...

...o un puente de madera con millares de pinturas fantásticas.

largo de la Historia, conjugando los factores de la territorialidad y de la población, actuando como un colchón elástico que se defiende retrocediendo (3).

5. — En quinto lugar, China sufre la constante de la sublevación interna a lo largo de toda su historia. Desde el período de los Grandes Reinos, hasta la tremenda dispersión de los «señores de la guerra» que se alzaban como poderes provinciales frente al Kuomintang, la carcoma de la disensión interior se detecta a lo largo de toda la historia china. El último episodio, la «Banda de los Cuatro», certifica esta constante de la Historia, constante tan evidente como la de la superación de todos estos intentos secesionistas para que China prosiga, impávidamente, su historia.

6. — En sexto lugar, yo colocaría en el trazado de la singularidad china la constante de sus valores estéticos. Frente

---

»En el exterior, llevada por su voraz ambición, esta camarilla mete sus tentáculos en todos los rincones y practica la agresión y expansión desenfrenadamente, rabiando por dominar de una vez todo el globo terrestre. Ha reducido a algunos países europeo-orientales y a Mongolia en sus dependencias y colonias. Se ha venido infiltrando en el tercer mundo, donde en algunos países saquea, subvierte e incluso interviene directamente con las armas. Hace enormes esfuerzos por penetrar y expandirse en Europa Occidental en su contienda con el imperialismo norteamericano por la hegemonía mundial, con Europa como punto clave de la disputa. El socialimperialismo soviético ha llegado a ser el foco de guerra más peligroso en el mundo actual.» Un mes más tarde de recoger este folleto en el aeropuerto de Pekín, me entregaban en el aeropuerto de Moscú un folleto titulado *La política de Pekín es una amenaza para la paz,* firmado por I. Alexandrov, donde, entre otras cosas, leemos: «En China se lleva a cabo un tratamiento ideológico de la población en el espíritu de prepararse para una guerra inevitable» (pág. 6).

(3) Ejemplo arquetípico de esta táctica, dentro de los límites anteriores nos lo ofrece la famosa marcha de Mao Tsé-Tung, replegándose a lo largo de la frontera noroccidental de China, hasta agotar las fuerzas de Chiang-Kai-Shek y del Kuomintang.

Por increíble que parezca, ese «ejército rojo», destrozado y mal vestido, que ya ha sufrido tremendas derrotas en la guerra civil revolucionaria de 1924-1927, se acantona en la fortaleza natural que forman los montes Ching Kang, entre las provincias de Kianfsi y Sunán, y resiste hasta cinco brutales embestidas —la última de un millón de hombres— del poderoso ejército, asesorado por estrategas alemanes, ocasionado a Chiang-Kai-Shek «la más grande humillación de su vida». Sobre el significado histórico de esta táctica, veremos, más adelante, unas reflexiones muy interesantes de José Ortega y Gasset, en el capítulo titulado *China vista desde Occidente.*

a la concepción del pensamiento occidental, apoyado, en las nociones racionales de *causalidad* —«todo efecto tiene una causa»— y de *contradicción* —«una cosa no puede ser y no ser al mismo tiempo»— el mundo chino parte de una visión sincrónica, en la que coinciden armónica y dialécticamente las más diversas formas. En este mundo, las almas sensibles perciben prodigiosamente las *resonancias* que relacionan las cosas, como los médicos chinos de la acupuntura han hallado enlaces secretos entre nuestra piel y nuestras vísceras. Y, al mismo tiempo, se descubren los vínculos misteriosos que unen las cosas al cosmos. Los artistas perciben todo ello a través de la *empatía,* o sentimiento de compenetración.

La poesía china procede como un puro espejo de la Naturaleza, por la pura pincelada, el rasgo visual que acredita la presencia de las cosas y su impacto en el alma del poeta, al modo como los impresionistas recogen la vibración del instante en las cosas que contemplan. Esta noción de instantaneidad se acompaña muchas veces de la melancolía que exhala de todo lo que es transitorio o fugitivo. Este sentimiento, a la vez efusivo y melancólico, tiñe muchas veces la poesía amorosa, que no sale casi nunca del plano de la dulzura y la delicadeza. Esta dimensión a la vez natural y humana, crea una suerte de inmanencia de la que están casi siempre ausentes lo religioso y lo extraordinario.

Estas nociones, pues, referidas al arte y a la literatura, son, a mi modo de ver, definitorias, el modo como las pinturas artesanas que decoran techos y vigas de madera parecen realizadas, a través de los siglos, por una sola mano.

De ahí que las obras de arte —poesía, pintura— tienen en China la visión admirable de detectar, en la multiplicidad del mundo, y a través de sutiles rasgos fugitivos esas resonancias del universo. La sutileza y la delicadeza son las constantes de la visión del mundo (4).

7. — La séptima singularidad china es de carácter ético. La contemplación del mundo, a la luz de los valores estéticos que acabamos de señalar, conduce a una inactividad observadora que, en el terreno religioso se denomina quietismo.

(4) Puede consultarse el libro reseñado en la nota 1.

Tanto el confucionismo —que arranca del siglo V a. de J.C.— como el taoísmo y el budismo, tienen en común un punto de partida que ve en el hombre una capacidad para el bien. De ahí que, espontáneamente, el hombre no debe entregarse nunca al arrebato depredatorio, y que cada gesto entre los hombres debe quedar delimitado por unas normas que dan al hombre chino su proverbial aspecto ceremonioso. Esta actitud presupone la creencia de que el prójimo es un hermano que es naturalmente bueno. De ahí que para el hombre chino toda actitud religiosa es una conducta.

Hasta qué punto este transfondo religioso actúa por debajo de las consignas —tan exigentes y puritanas— como las de la moral socialista y del propio pensamiento Mao Tsé-Tung lo veremos más adelante.

## La civilización china

Desde los primeros rastros de carácter histórico, la civilización china posee unos elementos definitorios que producen asombro. En torno a un núcleo urbano amurallado, en el que residen las élites, un mundo de rango inferior de nómadas o de pastores evolucionan hacia la estabilidad de la agricultura, regularizando la aportación del agua por medio de presas y pantanos.

Una inmensa geografía, centrada por la zona mesopotámica que dibujan el río Amarillo y el río Yang Tsé, se extiende de Norte a Sur, desde la frontera de la Mongolia —indeleblemente marcada por la Gran Muralla del siglo III a. de J.C.— hasta las zonas montañosas de la China meridional, y de Oeste a Este, desde las cumbres nevadas del Set-Chuan a las riberas del Mar de la China. Este enclave geográfico recibe, desde muy antiguo, el nombre revelador de Imperio del Centro, y adquiere una personalidad política que se desarrolla, impávida, y con una demografía coherente, desde hace dos mil doscientos años, sin que desfallezca nunca su conciencia como colectividad que sabe lo que significa la noción de Imperio, puesto que, a diferencia de los imperios europeos —tan fugaces, si se comparan con la ciclópea unidad del imperio chino—, la diferencia de civilización con

sus vecinos era abismal. Y así, mientras cada núcleo del mundo occidental —Grecia, Roma, Bizancio—, y cada invasión exterior —gótica, musulmana, vikinga— planteaban interrogantes en cuanto a sus valores diferenciales, la civilización continental china se hallaba a cien codos por encima de los mundos circundantes mongoles, hunos o tibetanos que se definían por su propia barbarie.

Pero no sólo aparece el contraste con los circunvecinos. «Desde la época helenística hasta nuestro Renacimiento —escribe Jacques Gernet—, China fue indudablemente el país más moderno, rico y populoso del mundo, en sus técnicas de producción artesana y agrícola, así como los medios de transporte, las instituciones y los conocimientos científicos tuvieron franca superioridad sobre los de Occidente» (5).

Baste recordar, en este aspecto, que la pólvora, la imprenta, la brújula, el papel, son, entre otros, descubrimientos chinos. Y no hace falta recordar el deslumbramiento que Marco Polo transmitió a Europa al referir su increíble aventura viajera.

Pero si todo ello es asombroso, añadamos que va acompañado de una madurez de pensamiento que, en el plano colectivo, comporta una moral de la conducta, apoyada no en imperativos teológicos, sino en la doctrina de la convivencia y en la necesidad de transformar el mundo circundante, estudiando el espectáculo de la Naturaleza, desde la astronomía a la vida animal y vegetal. De tal suerte que —y éste es el dato negativo—, China llega a un auto-conformismo, a un *ensimismamiento* que, a la larga —y por contraste—, producirá, ya en el siglo XIX, el desequilibrio que llevará a las potencias occidentales a la criminal guerra del opio y a imponer la política de concesiones internacionales, cuya última huella es la ciudad de Hong Kong, todavía bajo pabellón inglés.

Pero China tenía una conciencia histórica demasiado ciclópea para que estos episodios fueran algo más que una incidencia mínima. China, es, otra vez, como lo fue durante milenios, historia universal.

(5) *La aventura humana*, 1, pág. 123. Ed. Salvat. Barcelona.

En el trasfondo de las primeras noticias que, en confusa mezcla de verdad y mito, han llegado hasta nosotros, se adivina el doble plano de una base campesina al que se sobrepone una primaria organización feudal. La Tierra-madre y el Sol, cuya energía mística se trasfunde a los que ejercen el poder. Una y otra concepción estarían unidas a un concepto de sucesión ritmada: las estaciones, los ciclos agrícolas, la alternancia entre lo femenino-el hogar y lo masculino-el poder; en último término la monarquía, el Imperio (6). De esta dualidad deriva una jerarquización, es decir, una norma. El poder necesitaba un consejero que redactara esas vías de la conducta. Éste fue el papel de Confucio (551-479 a. de J.C.), que reelabora viejos textos y construye una doctrina moral, un «orden», que deben acatar desde el rey, como clave de una bóveda, al último campesino. El acatamiento de esta normativa conduce al hombre a la perfección, a la creación de un mundo armonioso en el que la bondad de la regla va acompañada a la ceremonia del rito. Todo ello, atenido a la conducta, al bien hacer, a la equidad, a la justicia, a la estimación de los valores humanos; resumido todo ello en la frase tan próxima al Evangelio cristiano —que ha de tardar cuatro siglos en aparecer— cuando dice «no hagas a otro lo que no quisieras que se te hiciese a ti» (7). No hay, pues, en todo ello, trascendencia mística, ni vuelo metafísico (8).

Sólo en los sucesores de Confucio se va más allá de las reglas de la conducta, y se dibuja un mundo de perfección, un *camino*, y, con ello, una cosmología. Lo que se llamará el *tao*, producto de la alternancia originaria señalada arriba, que

(6) *Vid.* Brehier: *Historia de la filosofía*, Buenos Aires, Ed. Sudamericana, vol. I, págs. 819 y ss.

(7) Un paralelismo cronológico nos llevaría a relacionar a Confucio con los primeros moralistas griegos (siglo v a. J. C.). Así se ha dicho que Confucio fue «el Sócrates chino» (*ob. cit.* I, pág. 830).

(8) Confucio «muestra el camino intermedio», en donde el «nada excesivo» se encuentra en el «justo medio» y aconseja avanzar por él midiendo los pasos —a virtudes contadas, pues hay cuatro:

El *yi*, que es la simple equidad.

El *jen*, el respeto a los demás conduce a la beneficencia.

El *li*, impone el ritual, las formas corteses, la medida (equivale a 576 metros).

El *tche*, es el conocimiento del bien y del mal, el discernimiento. (Duché: *Historia de la Humanidad*, vol. I, 307-308.)

cristaliza en dos «principios» el *yin* y el *yang*, cuyos valores contradictorios se pueden describir así.

| *yin* | *yang* |
|---|---|
| pasividad | actividad |
| invierno | verano |
| frío | calor |
| mujer | hombre |
| agua | fuego |
| tierra | cielo |
| tinieblas | luz |
| impar | par |

Esta división ha sido muy utilizada a todos los niveles, y tiene indudable aplicación en el plano estético cultural (9). Y trae no sólo el concepto de alternancia sino también el de complementaridad, o convivencia de contrarios, abriendo el camino a la *filosofía de la contradicción* que caracteriza el mundo oriental, a diferencia de los principios de identidad y de contradicción tan tajantes en nuestra cultura, a partir de Sócrates.

Este camino o *Tao*, va a cobrar entidad filosófica a través de Laotsé, cuyo libro *Tao Te King*, o *Libro del Camino*, tiene un contenido más sapiencial que normativo. Sus características son «misticismo naturalista, horror a los convencionalismos, idolatría de la inspiración que brota de lo subconsciente y lirismo desenfrenado» (10).

De ahí surge una oposición entre confucianos y taoístas, «entre letrados y santos». Y ello se ve a través de los discípulos de una y otra secta. Así, por ejemplo, Meng Tsen, conocido por Mencio (372-288) traduce el pensamiento de Confucio a reglas administrativas, ordenación de los ritos, prácticas de gobierno, construyendo una ortodoxia política y administrativa en la que se apoyará la dinastía Han. Una «fuerte armadura» moral en torno al Poder. Una moral, pues, de orden práctico.

El otro camino, el trascendente, enlaza mejor con una

(9) Yo mismo lo he utilizado en la discriminación de dos actitudes literarias. *Vid. Modernismo frente a Noventa y Ocho.*
(10) Brehier: *ob. cit.*, I, 839.

nueva concepción espiritualista, la que llega en el siglo II antes de J.C., procedente de la India. Nos referimos, claro está, al budismo, que encuentra en China no sólo un vasto albergue, sino también la catapulta de lanzamiento, hacia Corea, Mongolia y Japón.

Está bien claro que la filosofía budista, basada en el desprendimiento del mundo sensorial —*nirvana*— nada tiene que ver con el mundo de los letrados confucianos, atentos a la normativa ritual del orden práctico que, además, echan en cara al budismo su procedencia extranjera, todo lo que había convertido a ser soporte moral de la dinastía Han. Pero las condiciones de la dinastía subsiguiente, especialmente la de los Sung, permitieron, con la ayuda de la base tradicional taoísta, un nuevo avance de la doctrina trascendental y mística del budismo, que alcanzó un dogmatismo «eclesiástico», a partir de los Ming (XIV-XVII).

China tiene, pues, substrato religioso, en dos direcciones: una, profundamente enraizada, el taoísmo, vinculada a las teorías de Laotsé y de Confucio y otra, el budismo, procedente —como bien se sabe— de la India, cuyo último enclave —dentro de la China actual— lo constituye la zona del Tibet, cuya religión fue objeto de una resonante campaña militar que terminó con la expulsión del último Dalai Lama. De manera que para el joven chino de hoy esta huella budista se enlaza con la tradición reaccionaria. Por lo que se refiere al confucianismo, yo diría que los factores de orden moral —las reglas para la perfección de la vida— se compaginan mejor con lo que hoy constituye la ética y el sentido del deber que preside la conducta y el talante de los chinos de hoy, en quienes lo pragmático predomina sobre lo místico.

En cualquier caso el marxismo-leninismo vigente exige hacer tabla rasa de todo ello. Los años primeros de la Revolución Cultural han borrado hasta la última huella de la tradición religiosa, y, cuando visitando una pagoda budista he formulado preguntas elementales sobre algún aspecto de la devoción que supone, mis guías no han sabido contestarme. En este sentido, China ha ido mucho más lejos que la URSS, donde todavía hay iglesias campesinas con las luces encendidas en los altares, y donde todavía he podido asistir, en

Moscú, en Kiev y en Leningrado a espléndidas festividades litúrgicas —oro, incienso y música—. En uno y otro régimen —eso sí— el cuidado del arte religioso antiguo corre a cargo del Estado y las restauraciones costosísimas que he visto —tanto en la URSS como en China— lo confirman.

Para comprender otro aspecto de esta impresionante realidad histórica basta establecer un paralelismo entre este período, con su estricto contemporáneo en Europa, que viene marcado por el momento inicial del Imperio Romano, uno y otro asediados por unos pueblos bárbaros del Norte —tártaros y germanos—, partiendo de la fecha de la erección de la Gran Muralla China en el siglo II antes de J.C., equiparándola a la contemporánea señalización de los *limes* o límites del Imperio Romano.

Pero el contraste aparece cuando comparamos la evolución posterior de una y otra realidad política. Trazando unas líneas verticales, significando el tiempo, tendríamos a nuestra izquierda el trazo que significa la permanencia del Imperio Chino durante veintidós siglos, mientras, en el trazo de la derecha, deberíamos inscribir sucesivamente los otros contenidos históricos de alcance imperial, cuya dimensión es comparativamente mucho menor:

| ANTES DE J.C. | CHINA | MUNDO OCCIDENTAL |
|---|---|---|
| 1000 | Primeras dinastías (Hia, Chang, Chou) | Cultura tartésica. |
| 900 | | |
| 800 | | |
| 700 | | |
| 600 | *Laotsé* | |
| 500 | *Confucio* | REPÚBLICA DE ATENAS. *Solón.* *Sócrates - Platón.* *Aristóteles.* |
| 400 | AGUJA IMANTADA | Colonias griegas. |
| 300 | Dinastía TSIN | REPÚBLICA ROMANA. |
| 200 | | Roma conquista España. |

| | | |
|---|---|---|
| 100 | Dinastía HAN<br>(La Gran Muralla) | IMPERIO ROMANO.<br>Roma conquista la Galia.<br>Grecia, colonia romana. |

| DESP. DE J.C. | CHINA | MUNDO OCCIDENTAL |
|---|---|---|
| 100 | INVENCIÓN DEL PAPEL<br>PRIMER SISMÓGRAFO | |
| 200 | | |
| 300 | INVASIÓN DE LOS TURCOS | |
| 400 | | INVASIONES BARBARAS. |
| 500 | | IMPERIO BIZANTINO. |
| 600 | Dinastía TANG<br>BRÚJULA | INVASIÓN ARABE. |
| 700 | *Libro del Té* (Lu Wu) | IMPERIO CAROLINGIO.<br>CALIFATO DE CÓRDOBA. |
| 800 | | |
| 900 | Dinastía SONG<br>ARTILLERÍA<br>XILOGRAFÍA | SACRO IMPERIO ROMANO GERMANICO. |
| 1000 | BRÚJULA | |
| 1100 | INVASIÓN MONGOLA<br>IMPRENTA<br>PÓLVORA | |
| 1200 | *Gengis Khan:*<br>Las esencias de lo chino se refugian en el Japón, que derrota a los mongoles en 1281.<br>PAPEL MONEDA | |
| 1300 | Dinastía MING | CISMA DE OCCIDENTE. |
| 1400 | Superación del espíritu chino | ARTILLERÍA. |

| | | |
|---|---|---|
| | | *Guttemberg.* |
| | | FIN DE LA RECONQUISTA. |
| | | DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA. |
| 1500 | | REFORMA RELIGIOSA. |
| 1600 | Dinastía MANCHÚ CH'ING | *Telares mecánicos.* |
| | Despotismo ilustrado; influencia de los Jesuitas; Siglo de Oro. | *LUIS XIV DE FRANCIA.* |
| | | IMPERIO DE *GUSTAVO ADOLFO* (Suecia). |
| | | GUERRA DE SUCESIÓN EN ESPAÑA. |
| | | *PEDRO EL GRANDE* (Rusia). |
| 1700 | | Casas de té. |
| | | REVOLUCIÓN FRANCESA. |
| 1800 | OCUPACIÓN DE HONG KONG (por Inglaterra) | |
| | Guerra del Opio (1842) | |
| | TSI-SI Emperatriz de China (1862-1911) | Ferrocarril de vapor. |
| | | *NAPOLEÓN.* |
| | Nacimiento de MAO TSE-TUNG (1893) | IMPERIO INGLÉS. |
| 1910 | MAO TSÉ-TUNG, maestro de escuela (1918) | |
| | | PRIMERA GUERRA MUNDIAL (1914-1918). |
| | | REVOLUCIÓN SOVIÉTICA (1917). |
| 1920 | Funda el Partido Comunista Chino en Shanghai (1921). Todo el poder a las asociaciones campesinas (1927). Crea los del Ejército Rojo en Kiangsi (1928). Guerra contra el Kuomintang. | Rumania y Yugoslavia. Tratado de paz y amistad con el Japón. Contactos políticos y financieros (USA, Alemania, Italia, Suecia, Chile). Tensión creciente con la URSS. |

| | | |
|---|---|---|
| 1930 | Elegido Jefe de Gobierno por los soviets (1931) | |
| 1934 | Se inicia la *Larga Marcha* | |
| | | SEGUNDA GUERRA MUNDIAL (1941-1945). |
| 1949 | Mao es elegido Presidente de la República Popular China (1949) | |
| 1950 | Alianza chino-soviética. Divergencias con Kruschev (1956) | |
| 1956-57 | Programa de las Cien Flores. | |
| 1958 | El «Gran Salto Hacia Adelante». Creación de las Comunas. | |
| 1960 | Ruptura con Kruschev. La URSS retira sus técnicos de la R. P. China. | |
| 1963 | «Campaña por la Revolución Socialista». — Convalecencia económica. | |
| 1966 | «Circular del 16 de mayo». Juicio de la Revolución Cultural. Crítica a Lin Piao y a la ultraizquierda. | |
| 1969 | IX Congreso del Partido. Triunfo de la ideología de Mao. | |
| 1971 | Fracaso del golpe militar de Lin Piao. | |
| 1972 | | Nixon visita China. |
| 1974 | Se recrudece la campaña contra la ultraizquierda por sus ataques a Chu-En-Lai. Ataque a «Los Cuatro». | |

| | |
|---|---|
| 1976 | Se designa a Hua Kuo Feng vicepresidente. — Muerte de Mao Tsé-Tung (9 de setiembre). Hua Kuo Feng, presidente. |
| 1978 | Hua Kuo Feng visita Europa. Principia la distensión con el mundo Occidental. |

Ante tan dilatada continuidad los historiadores han podido trazar grupos cronológicos en los que caben, repetidamente, todos los períodos de la historia universal.

Así, por ejemplo, puede hablarse de un *primer ciclo* que abarca un período antiguo legendario (antes del siglo VIII a. de J.C.), una «edad media» feudal y religiosa (siglos VIII a III antes de J.C.) y un período de plenitud imperial —221 a. de J.C. a 220 d. de J.C.— que coincide con los límites cronológicos del Imperio Romano (dinastía *Han*).

Un *segundo ciclo* —220-660— se inicia con una época bárbara de invasiones y desmembramientos —como la Roma del siglo IV, se alza a plenitud con las dinastías I Sui y T'ang, y crea un barroquismo cultural y cosmopolita, cada vez más débil ante la creciente presión de árabes, turcos y mongoles.

Un *tercer ciclo,* tendría su «antigüedad» y su «Edad Media» al iniciarse el dominio mongol, iniciado por Gengis Khan, que conquistó Pekín en 1215, tendría su «plenitud» o Renacimiento en la dinastía Ming (1368-1644) que liquida el poder extranjero, que correspondería a la España que abarca de los Trastámaras a los Austrias, o al período pujante de la monarquía francesa que culmina en Luis XIV. Esta etapa brillantísima se conoce bajo el nombre de «edad de los mandarines». Su monarca inicial Chu-Yuan-Chang, recobra la paz interior y reorganiza la administración del Estado.

Al final del siglo XVIII, la decadencia de la dinastía Ming deja paso a otra dominación extranjera, esta vez procedente de Manchuria, que protagoniza, durante el siglo XVIII, una especie de «despotismo ilustrado», curiosamente homologable con el que, por esta época, funcionaba en Europa. Así, paralelamente a lo que hacían los enciclopedistas, se revisa-

ba críticamente la cultura tradicional, incluido el confucianismo; se coleccionaban textos y diccionarios; se catalogaron bibliotecas y se redactaban catálogos. Esta tercera etapa se nos aparece con su carácter epilogal, que cierra perfectamente el «tercer ciclo» que estamos esquematizando.

Un *cuarto ciclo*, en suma, podría presentarse también repartido en períodos: el primero vendría marcado por la presión creciente de la influencia europea en tres direcciones: una presión cultural, procedente de las misiones católicas, especialmente de jesuitas, que influyen en los círculos imperiales y en los científicos; una presión económica, que intenta una penetración en los mercados chinos, para intercambio de producciones entre sus productos y los europeos; una presión, en suma, militar, iniciada por la vergonzosa «guerra del opio» (1842-1845) y proseguida por la exigencia de «concesiones» internacionales, que ocupa como ya hemos indicado los puertos —Cantón, Tien Tsi, Shanghai— cuyo rastro es todavía visible en Hong Kong.

Esta política tiene sus crisis en la guerra de los boxers, contra la presencia extranjera, así como la guerra contra Japón, que crea una exacerbación del sentimiento nacional chino, perfectamente visible en la programática de la República Popular que, con su impresionante programa revolucionario y su efectivo poder militar y económico, puede considerarse como un segundo período dentro del *cuarto ciclo* de esta extraordinaria era.

Toynbee ha analizado, en el primer volumen de su monumental *Estudio de la Historia*, el paralelismo entre el Imperio Chino y el Imperio Romano, cuyos inicios surgen en una cronología paralela de lo que él llama «estados universales». «El Estado universal —escribe— es, en este caso, el Imperio que fue fundado por Tsin Shi Huang-Ti en el año 221 antes de J.C. y mantenido durante los cuatro siglos siguientes por las dinastías conocidas como Han Anterior y Han Posterior» (11). Las concepciones políticas de este personaje le convierten en creador de la religión de la persona imperial; erige la Gran Muralla; unifica el poder por medios militares y policíacos; crea una red de caminos, unificó la anchura de los caminos y la de los ejes de los carros; divide

(11) *Ob. cit.*, vol. cit., pág. 112 (Ed. Emecé, Buenos Aires).

el territorio en treinta y seis provincias; exige de sus gobernadores informes puntuales diarios; reglamentó y unificó la escritura y los pesos y medidas y estableció la *Gran Paz*. He destacado estas características para señalar su coincidencia con el Imperio Romano que, a mucha distancia, en el extremo occidental del mundo conocido, inventaba, por su cuenta, una concepción parecida a la del «Estado Universal». Así, pues, desde el año 221 antes de J.C., China inventa la noción de Imperio que, a diferencia del emperador Augusto de Roma, está destinada a proseguir durante los siglos —a lo largo de 2.133 años—, es decir, hasta que en 1912, un tal Sun Yat Sen proclamó la República de China.

Pero todavía hay otra realidad sobrecogedora: a partir de este momento, es cierto que ha desaparecido la figura del Emperador de China, pero no es menos cierto que, desde entonces, la noción de una unidad geográfica, de una extensión gigante, persiste al modo como existe, como un ciudadano más, el último emperador (12), apoyado en el hecho asombroso y permanente del dominio demográfico de los grupos *han* dentro del contorno que conocemos con el nombre de China.

Esta abrumadora mayoría de los chinos *han* convierte en un problema menor la convivencia de las «nacionalidades» en el complejo demográfico chino. A pesar de ello, el Estado toma sus precauciones y ha realizado movimientos de masas con objeto de que, en cada circunscripción, una masa de chinos han neutralizado la presión de esos «forasteros» enquistados en el cuerpo nacional (13), que, para mayor ventaja del

(12) Muy niño, al producirse el triunfo del movimiento republicano, ha continuado residiendo en China, trabajando como profesor y formando parte actualmente de la Asamblea Popular.

(13) «Ejemplos característicos de esto se encuentran en la Mongolia Interior, que antiguamente mostraba una proporción de unos ochocientos mil mongoles y millón y medio de chinos, pero que hoy, mediante el aumento de grandes territorios, de provincias puramente chinas... ha experimentado una poderosa elevación en el número de habitantes chinos. O bien se recurre al procedimiento de dividir compactos territorios de población no china en varios distritos autónomos. Así, entre los tibetanos hay diez zonas distintas. En el terriorio autónomo de la mahometana Ningsia Hui Hui, viven, según los cálculos, un millón de chinos y seiscientos mil huis. Los otros quinientos mil huis que viven en la zona igual, pertenecen, sin embargo, a la provincia de Kansu, donde forman una minoría insignificante.» Harry Hamm: *El imperio de los 700 millones*, Barcelona, Ed. Juventud, páginas 87-88.

conjunto, suelen situarse en zonas distantes y mal comunicadas. La inmensidad del territorio facilita el distanciamiento de los diversos grupos y dificulta cualquier acción conjunta. La concentración demográfica se produce, justamente, al Este de China, en las zonas de los tres grandes ríos —Perlas, Yang Tsé y Amarillo— cuyas aguas colaboran, con un clima benigno, a la riqueza de esta zona de arrozales que es la que, en su mayor parte, he recorrido. De suerte que coinciden la densidad de la población y el esplendor de las cosechas, lo que explica la irradiación del poder político desde estas zonas —Pekín, Tien Tsi, Nanking, Shanghai, Cantón— y la importancia de llegar a poseerlas, bien por parte de los invasores extranjeros —rusos, mongoles, manchúes, japoneses—, bien por las facciones en lucha en los períodos de la Guerra Civil. El resto del territorio, en una geografía montañosa, de paisajes desiertos y grises, donde vive una población dispersa difícil de controlar y frecuente en bandidaje. Se comprende bien la tremenda fuerza formativa de la «Gran Marcha» de Mao Tsé-Tung, alejándose en una curva de más de doce mil quinientos kilómetros a lo largo de quince largos años, de los centros geopolíticos de la riqueza y del poder.

Podemos denominar etnocentrismo a la tendencia a considerarse centro del universo. Y, una vez más, llamamos la atención sobre la designación tradicional de China como Imperio del Centro.

Todos los pueblos que han sentido la noción del Imperio se caracterizan por esta actitud espiritual. Y a los españoles no nos faltan ejemplos de una retórica grandilocuente cuando nos integrábamos en una unidad política «en cuyos dominios no se ponía el sol», y cuando nuestros clásicos recordaban el orgullo de los soldados de España que «todo lo sufren en cualquier asalto, sólo no sufren que les hablen alto» (14). Esta visión etnocéntrica conduce a pintorescas expresiones, como cuando, en nuestro decir proverbial, se refiere al mundo entero con la pintoresca y falsa locución «en toda tierra de garbanzos».

(14) Incluso el criollo americano, fruto de cruce de indígenas y españoles, se sentía incapaz de tolerar que se le hablase «con altivez».

Es lógico suponer en el chino una misma conciencia de superioridad que le lleva a mirar con menosprecio a «los enanos de las islas orientales», es decir a los japoneses, o a referirse, como yo lo he oído en labios de amigos chinos, a los indonesios como «esos macacos». La cultura china como centro de irradiación universal es motivo de un orgullo perfectamente comprensible. Todos sabemos hasta qué punto, precisamente los japoneses, dependen de una cultura anterior originaria y refinadísima, de la que son derivados menores y secundarios sus propios productos estéticos (15). Y sabemos también, hasta la saciedad, el impacto de los avances de la técnica china y su lenta penetración en Europa, a través, por cierto, muchas veces, de la cadena de los pueblos musulmanes que alcanza desde Pakistán y Filipinas hasta el Magreb y el Algarve. ¿Podemos imaginar, el deslumbramiento que en la tosca Europa de los primeros años del siglo XIV podían producir las descripciones del palacio del Gran Khan, el mismo que visitamos hoy en la «Ciudad Prohibida»? «Las paredes de las salas y habitaciones están recubiertas de oro y plata. En ellas hay pintadas bellas historias de mujeres, y de caballeros, dragones, fieras, pájaros y otras cosas diversas. La bóveda está también trabajada, de modo que únicamente se ven pinturas de oro. El gran salón es tan grande y largo que en él podrían comer más de seis mil personas.» ¿Qué pensaría el lector medieval de Marco Polo al saber que el Gran Khan ha hecho recubrir todo un monte inmediato al palacio «con polvo de lapislázuli», y próximos a él hay un gran lago artificial, lleno de peces y aves acuáticas? ¿Que existían cohortes de doncellas, exquisitamente seleccionadas para su servicio? ¿Que, en torno al palacio, existía una guarnición de tártaros protegidos por una muralla exterior, comandados por trece mil barones ricamente vestidos? Y, en otro orden de cosas, ¿cuál sería el asombro de los lectores del siglo XIV al saber, por Marco Polo, que el Gran Khan es el inventor del papel-moneda que,

(15) Basta comparar la cocina china, tan compleja y rica, con la japonesa, que como ya dijimos es un arte culinario elemental, influido por China y, también, por los misioneros católicos. ¿No es posible pensar que el famoso plato de pescado que los japoneses llaman *témpura* es una mala pronunciación de los manjares que se consumían en las «témporas» o tiempo penitencial de nuestra antigua liturgia?

avalado por su sello imperial, era de curso legal en todo el territorio?

La historia cultural de China puede ser calificada como una de estas singularidades que la separan de los demás pueblos. Pensemos, por ejemplo, en las relaciones del Estado y la Poesía. ¿Qué decir de una corte cuyos emperadores, desde el año 2000 antes de J.C. escribían poemas; una corte en la que funcionarios redactaban «informes diarios»; que en el siglo V aceptaba el pluralismo cultural, con sus «cien escuelas filosóficas», cincuenta siglos antes de que Mao Tsé-Tung lo formulara; que organiza la recolección de los poemas que difunden los recitadores, para conocer las costumbres de su pueblo; que, por iniciativa de Confucio (siglo VI-V a. de J.C.) decide la selección de estos hechos agrupando en 305 poemas las tres tendencias en uso (baladas-poemas de costumbres; cantos de corte y poemas rituales), en el primer libro clásico de la poesía lírica universal: *Shih Ching*; que con la dinastía Han nos da el ejemplo del Emperador Wu, que se reúne con veinticinco mandarines en el «Pabellón de Madera de los Cipreses perfumados» para acordar la medida de los poemas (hasta ahora caótica) ajustándose a siete versos de siete sílabas y, en fin, crea un Departamento de Música para recoger y clasificar los cantos populares?

De la situación histórica de China surge, pues, una realidad cultural de la que se siente centro. Sirve ella sola de réplica, a nivel continental, a la conocida discriminación de Eugenio d'Ors que llamaba, con la proverbial soberbia europea, «ecumene» a toda la civilización ligada a Occidente y vinculada a la noción político-religiosa que supone la ciudad de Roma, reservando el nombre de «exotero» toda cultura que quedaba marginada de aquel contorno geográfico, utilizando la noción de exotismo tanto como una definición como un estigma. La obsevación, a nivel de milenios, de la Historia universal nos permite establecer, contrariamente, una definición bipolar, uno de cuyos extremos, la China, no queda en modo alguno sujeto a marginación, sino que, por lo contrario, asume la primacía en tanto que continuidad política —cuatro mil años de unidad coherente— y que en cuanto al progreso técnico, el avance cronológico de la China puede ruborizar a nuestra presuntuosa cultura occidental, cuya tar-



10 — 3722

danza en incorporar los adelantos ha sido señalada por Needham (16), quien «ha establecido el tiempo que necesitaron determinadas innovaciones chinas para alcanzar Europa, y no siempre por el camino de España: la carretilla de albañil tardó de nueve a diez siglos, los arreos para animales de tiro, de seis a ocho; la maquinaria para hilar seda, de tres a trece; las ballestas como arma individual, trece; la artillería y la cohetería, de cuatro a seis; las cometas u objetos voladores que hoy utilizan los niños, de trece a catorce; los puentes colgantes, de tres a trece; las esclusas de los canales, de siete a diecisiete; el codaste, cuatro, y la porcelana, de once a trece» (17). La humanidad europea, al llegar el siglo XIII, empezaba a vislumbrar, para un futuro, los progresos que ya existían en China desde varias centurias atrás y que comenzaban a llegar, muchas veces por medio del conducto árabe, a través de España, como la seda y el papel, que llegaron a Córdoba en el siglo IX; los molinos de agua, que entraron por Tarragona en el X; la pólvora, que entró en el siglo XIII; la vela latina y los mapas, en el siglo XIV (18).

Ante estos datos, el egocentrismo cultural europeo debe someterse a un ejercicio de humildad, y —a sensu contrario— comprender y aceptar la expresión de orgullo de que hace gala la fracción intelectual del pueblo chino, al tener conciencia de la función que su colectividad asume en una visión correcta de la historia de la civilización. Adoptando una perspectiva de gran alcance, y reducido a esquema, podríamos decir que el avance europeo en cuanto a la técnica se produce a lo largo de los siglos XVIII, XIX y XX. Y si se tiene en cuenta el avance espectacular de la alta investigación en este campo (19), llegaremos a comprender la impresionante

(16) Tal como recuerda Juan Vernet en su formidable libro *La cultura hispanoárabe en Oriente y Occidente*, Barcelona, Ariel, 1978, pág. 226.

(17) J. Needham: *Science and civilisation in China, I*, Cambridge, 1954, pág. 242.

(18) Vernet, *ob. cit.*, especialmente los capítulos 7 y 8.

(19) Obsérvese que el programa atómico chino invertía ya en 1957 dos mil millones de dólares, y que las pruebas nucleares y espaciales condujeron a pruebas que van desde la bomba A de 20 Kt, de uranio enriquecido, equivalente a la de Hiroshima, en 1964, a la tercera bomba de hidrógeno en 1969, y al lanzamiento de tres satélites artificiales; podrá calibrarse la importancia de este movimiento ascensional (datos tomados del libro de Jean Deleyne *La Economía China*, pág. 121, Ed. Planeta, Barcelona).

afirmación de Malraux que conoció China, cuando escribe en sus *Antimémoires* palabras estremecedoras:

«*Pero hay un país destinado a la venganza y a la justicia, un país que no rendirá sus armas, que no rendirá su carácter antes del enfrentamiento planetario. Desde ahora se borran trescientos años de energía europea: empieza la Era China...*»

## La raíz campesina

Esta leyenda me la han contado en Cantón. En tiempos muy remotos cinco ángeles cabalgando unas cabras llegaron a este territorio que, en la ribera del río Perla, había de albergar la ciudad. El territorio era, entonces, vacío e inhóspito. Pero he aquí que una de las cinco cabras, que llegaron con la presencia angélica, llevaba, en la boca, una espiga de arroz. Como Triptolemo que, en la mitología griega, aprendió de los dioses a cultivar el trigo, los cantoneses se sienten orgullosos del origen divino de sus arrozales. Esos que el viajero contempla a lado y lado de su mirador ferroviario y que, apoyándose en el estuario del río Perla, crea los condicionamientos acuáticos necesarios.

Desde Li-Wu, en efecto, hasta llegar a Cantón, el campo es una esmeralda de perfecta horizontalidad. Ha reventado en lluvia, ayer, el cielo primaveral y hoy la cobertura vegetal tiene brillos de joya. La agricultura es aquí como un objeto de mimo y de perfección, que ofrece una floración apretada, entre el agua parda de los campos de arroz y esa maravilla de tapiz verde que da la impresión del aprovechamiento al milímetro de la superficie cultivable. La tierra, que era eréctil y tumultuosa del lado de Hong Kong, es, ahora, propicia como una mujer yacente a las caricias del amado. Se ve cómo los labradores dibujan la tierra creando ese tipo de cultivo que parece un terciopelo de color esmeralda que se adapta a las pequeñas movilizaciones del terreno, se asoma al agua lodosa de los arrozales, y se empina en pequeñas proclividades a lado y lado de los caminos. Se ve a los labradores merodear en torno al arado, al cebú soñoliento, al fruto deseado. Hay a lado y lado de la vía, caminitos

de fronda que transitan campesinos y dan vueltas en torno a un grupo de pequeñas casas de ladrillos, de decorosa simplicidad. Laboran estas gentes los campos de arroz, con el agua hasta medio cuerpo. No hay máquinas agrícolas. No porque el Gobierno las prohíba para favorecer la mano de obra del campesinado, sino porque —me dicen— el proceso de la revolución socialista no ha resuelto todavía los niveles técnicos a que debe mecanizar la agricultura.

Transita, pues, el viajero la hermosura vegetal a la manera antigua y laboriosa del campesinado, cuando la mano labradora era la única a dominar la tierra y hacerla feraz. Así, el trabajo del campo se convierte en una tarea de varón dominador de la hembra lírica; en una faena en la que la mano es, a la vez, heridora y acariciadora. El verdor llena todos los surcos, todos los ámbitos, todos los bancales. Se advierte el trigo, todavía corto, de tan apretada herbazón que asemeja una alfombra de terciopelo que se aplica a cada comisura del terreno.

Son las tres de la tarde y el sol cae a plomo. Observamos que algunas cuadrillas campesinas dejan ya la tarea, y caminan entre las manchas de agua hacia los puestos de sombra. Las mujeres, claro está, participan al mismo nivel y en la misma tarea de los hombres. Todos ellos, en el goce de la herencia acuosa del río Perla que convierte toda esta campiña en una acumulada hermosura.

Escribí estas primeras notas en el contorno campesino de Cantón, a treinta y cuatro grados a la sombra, en pleno Trópico de Cáncer. Observando la vegetación: las anchas hojas de los platanales, los caobos, los arbustos verdeoscuro que me recuerdan mis imágenes de Yucatán, de Panamá, de Maracaibo, de Marrakesch, de Bali.

Ahora, novecientos kilómetros al Norte —en Hang Chow—, vuelvo a observar el paisaje. La vegetación ha cambiado, en torno al Gran Lago del Oeste, al único de la geografía de este vasto país. El paisaje tiene una luz menos restallante y agresiva. Los árboles, los frutos, las plantas se acercan a la escala botánica del Mediterráneo, en su momento más cálido. Pero el amor a la «buena tierra» es el mismo. Ver trabajar a los hombres de esas «comunas agrícolas» produce vértigo: como una colmena; como un merodeo de hormigas

laboriosas; como sobre un admirable cañamazo vegetal, los campesinos entran, salen, siembran, aran, recogen. El mismo amor; el mismo diligente cuidado; el avaricioso aprovechamiento de cada decímetro cuadrado.

Pienso, a través de mis ya largos recuerdos de viajero, que esta ejemplar decisión es un formidable ejemplo de fusión de la criatura humana y su paisaje. Y sólo a través de lo que aquí veamos podemos dibujar la curva dimensional de esta vasta operación antropológica.

Visitamos ahora una de las «comunas agrícolas», dedicada al cultivo del té verde de Hang Chow, la número 2, que agrupa en 40 áreas de terreno unas 200 familias y cerca de novecientos trabajadores; la comuna está dividida en brigadas y grupos de trabajo, según nos explica su secretario, quien tomando como referencia el año 1949, fecha del triunfo de la Revolución China, nos explica que la producción se ha multiplicado por nueve y el rendimiento para cada familia participante se ha multiplicado por 12, de acuerdo con el programa propiciado por Mao Tsé-Tung, de auto sostenimiento, proyección cultural-escuela, círculo infantil, cooperativa, jubilación y asistencia, para cubrir las cinco garantías revolucionarias de alimento, vivienda, vestido, medicinas y entierro, y todo ello venciendo —tema obsesivo— la vitanda intentona de la «Banda de los Cuatro» que quiso poner plomo en las alas de la revolución. Y todo ello al servicio de las cuatro tareas que en torno a la agricultura, a la tecnología, a la industria y a la defensa nacional debe acometer el país en los años finales del siglo XX. Como una obligación indeclinable.

La evolución de la política agraria a partir de 1948, se presenta en las siguientes etapas:

a) Reparto de las tierras de los terratenientes, con entrega de parcelas para uso privado, años 48 al 52.

b) Etapas de ayuda mutua, hasta 1955.

c) Etapas cooperativas, en grupos reducidos, agrupando zonas de diez familias (1955-56), siguen con su parcela privada, cada familia cobra en relación con lo que aporta.

d) Cuarta etapa: cooperativa de tipo superior. Se entrega la tierra a la colectividad, que lo administra. Existe una indemnización a las familias.

e) Quinta etapa: año 1958. Comuna popular, surgida en el norte de China, formada por comuneros menores, que crean una unidad económica más fuerte, a la que se llega voluntariamente, aunque la resistencia es cada vez más pequeña. Se calcula que hay unas cincuenta mil comunas. La unidad operativa es la Brigada, que aproximadamente agrupa 200 familias, de tres a cuatro mil personas. Crean sus propias escuelas y seleccionan a los mejores para enviarlos a la Universidad.

Nuestro guía Liu, hijo undécimo de una familia de campesinos, nos cuenta las etapas de su formación cultural. Guardería (cuando no hay abuelos) hasta los seis años. De los seis a los trece, escuela primaria (aritmética, manejar el ábaco, lengua pekinesa, geografía, historia china). A partir de los trece, la enseñanza se desarrolla en dos ciclos: el primero de tres años donde aprende la lengua local; el segundo, de dos años, enseñanza a base de canción, dibujo, historia universal, música, deporte, todo ello en la lengua china general. Después de graduarse debe trabajar en el campo. Antes del año 76 debía pasar dos años en el campo o en la fábrica, ahora, después del hundimiento de la «Cuadrilla de los Cuatro», unos pocos meses. En el examen selectivo para la Universidad aprueba sólo el 15 por ciento. Los 200 ó 300 millones de estudiantes, para entrar solicitan, por orden de preferencia, tres carreras o profesiones, y sobre esta petición, y teniendo en cuenta la distribución del alumnado, se le envía —a los que pasan las difíciles pruebas— a los distintos centros superiores de enseñanza (20).

La organización de las comunas agrícolas es difícil, a lo que parece, de reducir a esquema. No sólo por su número, 50.000 distribuidas en unos 2.000 distritos, sino por su ordenación interna; por el hecho de que, según la verdad oficial, estas comunas se han ido creando, en cada caso, por adscripción voluntaria y sucesiva de sus miembros, dueños de pequeñas parcelas que habrían ido convenciéndose de la bondad de la nueva política cooperativa y se habrían incorporado a la producción conjunta y a sus posibilidades en cuanto al trabajo agrícola y la ulterior comercialización de sus frutos.

(20) Dedicamos un apéndice a esta importante cuestión de la selectividad escolar.

En cuanto a la ordenación interior, la unidad operativa, dentro de cada comuna, es —como ya dijimos— la «brigada». Generalmente se da la cifra de veinte a treinta unidades de este tipo. De la «brigada» dependen, por ejemplo, las instituciones escolares, las escuelas, guarderías y servicios asistenciales (clínicas, sanatorios), servidas por los llamados «médicos descalzos», es decir, campesinos que han seguido cursos elementales de asistencia facultativa, aptos para atender enfermedades normales o habituales, —dejando para los rangos superiores los casos complejos o de mayor gravedad—. En cuanto a la asistencia escolar, téngase en cuenta que corresponde a las escuelas comunales promover a los alumnos que hayan de proseguir estudios en centros de enseñanza media y superior, siempre según un rigurosísimo sistema de selectividad. La presencia de estas escuelas comunales en el campo chino es una de las más conmovedoras y evidentes realidades percibidas por el viajero que, por ferrocarril, o mejor, por autobús, recorre los pequeños pueblos o atraviesa las comunidades agrícolas y ve desfilar, con sus batitas blancas y su pañuelo rojo anudado al cuello, a esos pequeños escolares que llevan en bandolera una cartera de tela que contiene sus libros.

En cuanto a las guarderías, su organización depende también de las brigadas, pero se entiende que no se trata de un servicio obligatorio, sino en el caso de que falle una importante institución del régimen familiar chino: la de los abuelos. El enorme respeto que los mayores benefician en esta sociedad supone que vivan, queridos, en el seno de las familias y que, cuando los hijos salen para el trabajo, puedan atender a los nietos.

Por debajo de la organización de las «brigadas» quedan finalmente, los llamados «equipos de producción» constituidos por grupos de veinte o cuarenta familias según los casos. La observación de las faenas agrícolas, singularmente en los arrozales, permite advertir la importancia que se da al trabajo en equipo, en forma de cuadrillas que trabajan juntas y al unísono, con una disciplina y una cohesión admirables.

La producción así sistematizada debe ser vendida por la comunidad, excepto la de las pequeñas parcelas privadas cuyo uso (no su propiedad) se permite a los campesinos.

El producto de esta tarea agrícola de la Comuna se distribuye en tres partes:

a) Una parte que constituye el impuesto agrícola al Estado.

b) Una parte —que oscila del 3 al 5 por ciento— que se atribuye al «fondo de bienestar» y que sirve para sostener los servicios pedagógicos y asistenciales antes aludidos.

c) Una parte que se destina a la renovación del utillaje agrícola —si bien se advierte que la mecanización va muy lenta—, para aumentar la producción.

d) El remanente se reparte entre los comuneros, de acuerdo con los «puntos de trabajo» atribuidos a cada uno.

Este sistema —no hace falta decirlo— se apoya en una disciplina que se sostiene por medio de la aceptación de un sentido socialista de cooperación laboral. A una de nuestras acompañantes que, en una de estas «comunas» preguntó quién controlaba la producción de cada uno, nuestro guía le explicó con una aspereza nada habitual en él que el agricultor no necesita del látigo, «como en el sistema capitalista».

Cuando la trascendental ruptura de relaciones entre China y la URSS, en 1960, la República Popular China estaba empeñada, en colaboración con el que parecía su aliado natural eterno, su compañero de viaje en la vía del marxismo-leninismo, en dos empresas gigantescas de especial significación: el Gran Puente sobre el Yang-Tsé en Nanking —del que ya hemos hablado— y la formidable construcción de un conjunto de presas que había de canalizar el riego y evitar las inundaciones en Hang Chow, a ciento cincuenta kilómetros al norte de la antigua capital del Imperio Ming. Los guías, en una y otra ocasión, denuestan la «alevosa traición» del aliado, que personifican en la figura de Kruschev. Y señalan, con lógico orgullo, que, en uno y otro caso, la China Popular dio cima al proyecto «por su propio esfuerzo».

Soy poco sensible a la elocuencia de las cifras, e incluso a los detalles de la técnica ingenieril; pero no lo soy a la evidencia de los mapas que señalan la dimensión no sólo de la obra sino de la dimensión geográfica en que se desenvuelven. En esta tierra de arrozales, la operación-agua es de tal trascendencia que supone alternativamente la abundancia o el hambre para centenares de miles, para millones

de personas, partiendo de la evidencia de que el arroz es la pieza-clave de la economía alimentaria de este país.

De este modo, los campos de esta zona del Yang Tsé producen tres cosechas al año, dos de arroz y una de trigo; que en Cantón, en el sur tropical de China llegan a cuatro (tres y una, respectivamente). En la zona norte de esta inmensa —pero diminuta en relación con la gigantesca realidad geográfica de China—, es decir, en la zona de Pekín, la vegetación dominante es el cereal de trigo, que produce la única producción de pan del país.

Si recordamos que a pesar de la creciente industrialización del país —cuantitativamente en sus comienzos— la agricultura es la base demográfica de China, trazaremos el porcentaje de seiscientos millones de agricultores, equivalentes al 80 por ciento de su población total.

¿Cómo viven estas gentes? Exactamente como nuestros campesinos antes de la (por lo demás recientísima) mecanización de nuestra vida agrícola. ¿Por qué no está más avanzada la mecanización del campo en China? ¿Por qué todavía hemos visto hombres y mujeres accionar a mano o con los pies norias de agua como en nuestra Edad Media? ¿Por qué se eleva el líquido de los embalses con pértigas como en el antiguo Egipto? ¿Por qué la tracción humana sigue siendo la predominante, con el patético espectáculo de ver a hombres y mujeres tirando de vehículos increíblemente cargados? Algunos, poquísimos borriquillos y esos lentos búfalos que arrastran los arados son la única ayuda al tremendo esfuerzo muscular del campesino. Vuelvo a pedir que no nos escandalicemos. Las gentes de mi edad hemos visto en la niñez, en el campo (y en las calles de las ciudades) numerosos ejemplos de tracción humana, ejemplos que la rápida modernización de nuestro tiempo nos ha hecho olvidar. Por lo demás, el trabajo de siega y de trilla se realiza en China también de modo ancestral. Como es ancestral la vivienda —muchas veces de barro— en cuyo interior la desnuda simplicidad del ajuar produce escalofríos.

Esta detención en el tiempo, ¿tiene sus causas en la lentitud del proceso de mecanización del país? Me llama la atención, sin embargo, que tanto como escasea en las ciudades, el campo está muy surtido de camiones y —en menor

medida— de tractores. Si la razón del retraso no es, pues, técnica (a lo que parece), ¿no será posible que la actual estabilización de la mano de obra primitiva se deba al pavoroso problema que supondría la excedencia de puestos de trabajo que la mecanización traería consigo? ¿Qué haría el Estado chino con el sobrante de esos seiscientos millones de agricultores que hoy se inclinan con gesto inmemorial sobre el espejo turbio de sus arrozales, poniendo en ese gesto toda la capacidad de finura laboriosa que descubrimos en el orfebre, en el grabador de madera, en el moldeador de laca o en el calígrafo?

El espectáculo de este trabajo agrario a lo largo de esa gigantesca zona vegetal que alcanza una franja de dos mil quinientos kilómetros de longitud y de novecientos de anchura es alucinante. Su constante es el agua. Sólo en Holanda podríamos soñar una riqueza acuática parecida. Los planteles de arroz dibujan en las superficies azogadas de esos espejos bordaduras esmeralda. Alzan su algarabía y pasean en divertidas procesiones, millares de patos, ánades, gansos, pieza capital en la gastronomía china. Unos pájaros —pocos— surcan el aire, buscando las moscas que también son escasas. Algún tocino negro, transita en el barro.

En el barro, hasta la rodilla, trabajan hombres y mujeres, moviendo lentas azadas; metiendo la mano en el agua turbia con el manojillo de los planteles; atizando la lenta marcha de los búfalos, que en el sur, en la zona cantonesa, se mezclan con los carabaos de achatada testuz.

Trabajan los hombres en cuadrillas que oscilan entre siete y quince hombres. Avanzan en hileras; se inclinan sobre los surcos; permanecen largas horas en cuclillas. Pienso que este trabajo comunitario viene aconsejado por el peculiar cultivo del arroz. Pero pienso también que esta táctica laboral tiene otro sentido. El de evitar el trabajo individual; el de crear zonas de estímulo y compañía entre los miembros de cada «equipo de producción» que se sienten, a la vez, unidos y vigilados entre sí. Pienso si este sistema es una especie de terapia de grupo que repercute en la cantidad y en la calidad de la obra realizada. Pienso, acaso malévolamente, que las comunas agrícolas fabrican de este modo a la vez un instrumento de ejemplaridad y una garantía

contra cualquier tipo de sabotaje.

En cualquier caso, el hormiguero viviente se extiende, innumerable por el horizonte sin fin, en un inmenso mosaico de esmeralda y de plata. Cuando, a cincuenta kilómetros al norte de Pekín la agricultura del agua deja paso al secano, es decir al cereal, la ordenación de los trabajadores en cuadrillas deja paso a un trabajo más individualizado y disperso. Pero persiste el mismo amor a «la buena tierra».

Leo en algunos viajeros que han recorrido este país que la visión del campo no tiene el sentido serenador que se deriva, seguramente, de la contemplación de la campiña inglesa. Los inventores del *week-end*, es decir, los ingleses, conciben el paisaje como un intervalo de paz, de sosiego, al término de cinco días de actividad. Y esto es cierto. Como lo es el que la visión campesina de China ofrece la visión contraria; la de un inmenso abejar; una columna zumbadora que no deja un lugar para el reposo. Sólo contemplando estas gentes en su ajetreo laboral se comprende la famosa denominación de «hormigas azules» que se aplica a los chinos. Así al recorrer estas zonas agrícolas, nos asombra esa intrépida e infatigable actividad de las cuadrillas chapoteando en el lodo, tirando de cuerdas y correas de los más elementales instrumentos; empujando a los perezosos cebúes y carabaos; empujando mil artilugios elementales... Y como contrapunto, los animales de granja; los pequeños puercos de color oscuro y los grotescos desfiles de patos que, antes de lanzarse en escuadrillas lacustres, se ordenan en interminables hileras por las laderas de los sembrados.

El conjunto sirve para intensificar la noción del hombre telúrico, del hombre que vive en, con, sobre, por la tierra. Del hombre que no es ni antiguo ni moderno; sino que es como un elemento más del paisaje; como una rueda más de un engranaje cósmico.

Para entender cuanto vamos diciendo, debemos partir de la tradicional situación jerárquica del campesino (que supone cuatro quintos de la población) que estaba colocado en la escala social inmediatamente después de los letrados, y protegido por el Emperador, el Hijo del Cielo, cuyos ritos agrarios intentaban por vía mágica el favor de los Dioses. La poesía lírica tradicional se apoya en temas campesinos

y la exaltación de la vida rústica; el predominio absoluto del paisaje sobre la figura en la tradición plástica son otros tantos signos de valor que surgen de establecer endósmosis entre la tierra y el hombre.

Esta vinculación explica este carácter de fusión primigenia, de un sentido místico al trabajo, del amor a la buena tierra que no puede regirse por los conceptos materiales del Derecho Laboral. El campo es un fruto en promesa, al que hay que arrancar uno a uno sus tesoros. Los modos del laboreo son los mismos a lo largo de una tradición secular para la que no existe la palabra «moderno». El aprovechamiento avaricioso de los sembrados forma parte de unos supuestos obligados que hacen de la agricultura un paralelo del bordado o del arte de la marquetería. Este primoroso esfuerzo puede ir al traste por las sequías y las inundaciones. Pero no importa. La tierra es el origen de todo, en un país donde la dieta es de legumbres y de cereales; donde no hay apenas leche o mantequilla; donde la carne de buey o de cerdo es un banquete que se goza tres o cuatro veces cada año. La condición agrícola, es, pues, consustancial con la condición humana, y se acepta como una realidad trascendente que permanece a través de todos los avatares de la existencia del agricultor (21).

Cuando nosotros, occidentales, recorremos la China nos embaraza la visión de nuestra perspectiva histórica; el ángulo de nuestra situación en el proceso técnico, que propende a considerarnos «más avanzados»; o, lo que es peor, a creernos instalados en una realidad permanente y definitiva. Pero nos basta con reflexionar —como lo hacíamos— para comprender que, muchas de las formas que hoy advertimos en la agricultura china, eran habituales entre nosotros en nuestra niñez. La tracción humana de vehículos, el transporte de grandes cargas sobre los hombros; el arrastre de instrumentos de labranza como el arado romano y el uso de adminículos proverbiales durante milenios; la falta de higiene en las casas de los campesinos y la limpieza en las faenas agrícolas; los establos llenos de estiércol o los mercados llenos de moscas han sido espectáculos normales de nuestra

(21) *Vid.* Pierre Gourou: *La tierra y el hombre en Extremo Oriente,* Ediciones Moretón, Bilbao, 1967.

infancia. Y esto lo olvidamos desde nuestra reciente transformación (todavía insuficiente) de nuestros ambientes campesinos, cuando propendemos a situar la realidad exótica que contemplamos, en un plano de cosa obsoleta y menospreciable.

Pero la mente de estos campesinos no funciona así, porque sus formas de vida se corresponden a una situación inmemorial, y hasta cierto punto lógica. Porque esos modos de trabajar, que se nos antojan duros y atrasados, forman parte de un modo de ser que se integra en la realidad histórica y permanente de China, país ligado a la tierra, en un noventa por ciento de su inmensa población.

De ahí que la revolución maoísta es fundamentalmente una revolución campesina. Campesinos son los orígenes de Mao Tsé-Tung, como lo son los primeros años de su existencia. Cuando se visita su casa natal, en la aldea de Chao Chan, provincia de Hunan, se descubre una casa de cinco habitaciones, porque su padre, con enormes sacrificios, logró salir adelante desde un estado de pura miseria. De ahí que el medio agrícola está en la base de su pensamiento y que su primer escrito serio del futuro dirigente (1927) se titule «Informe sobre la encuesta llevada a cabo en la provincia de Hunan a propósito del movimiento campesino» (22).

Mao Tsé-Tung, en efecto, basa sus observaciones en la necesidad, ya experimentada por las Uniones de Campesinos, de rebelarse contra tres enemigos: 1.° el poder del Estado (provincia o municipio); 2.° el sistema de clanes, ligado al culto a los antepasados; 3.° el sistema religioso, que otorga toda la importancia a las fuerzas sobrenaturales. El trabajo a realizar se basa en una férrea unión basada en una ética estricta. Las Uniones de Campesinos declaran la guerra a los juegos (incluso el majong); al opio; al teatro indecente («huaku»); al alcohol; a los festines; a los mendigos vagabundos; a los bandidos. Afirman que la cultura no puede seguir siendo patrimonio de los ricos. Propone el cooperativismo y el esfuerzo en común. Por lo demás, esta serie de reglas de conducta no puede conformarse a los procedimientos «bondadosos» de las reglas de Confucio. «La revolución

(22) *Obras escogidas de Mao Tsé-Tung*, Pekín, ediciones de Lenguas Extranjeras, vol. I.

—dice Mao Tsé-Tung— no es ni un banquete de gala, ni una obra literaria, ni un dibujo, ni un bordado; no puede realizarse con tanta elegancia, tranquilidad y delicadeza, o tanta dulzura, amabilidad, cortesía y generosidad. La revolución es un levantamiento, un acto de violencia por el cual una clase sustituye a otra.» De ahí que el dirigente apruebe las «catorce conquistas importantes» de las Uniones de Campesinos, entre las que autoriza las multas, impuestos, demostraciones de fuerza, encarcelamientos e incluso ejecuciones (23). En eso el pensamiento de Mao se opone al de la Unión Soviética. Así en uno de sus discursos dice:

> «En el tratamiento de esta relación, no hemos cometido errores de principio; hemos trabajado mejor que la Unión Soviética y algunos países de Europa Oriental. En nuestro país no existen problemas como el que se presentó en la Unión Soviética, donde la producción cerealera no pudo alcanzar durante largo tiempo el nivel más alto de antes de la Revolución de Octubre, o como aquellos serios problemas surgidos en algunos países de Europa Oriental a causa del grave desequilibrio entre el desarrollo de la industria ligera y el de la pesada. Ellos ponen unilateralmente el acento en la industria pesada y descuidan la agricultura y la industria ligera, lo que ha provocado la escasez de productos en el mercado, y la inestabilidad de la moneda. Nosotros, en cambio, prestamos una mayor atención a la agricultura y a la industria ligera. Siempre hemos dedicado energías a la agricultura y la hemos desarrollado, lo que ha asegurado en buena medida el abastecimiento de cereales y de materias primas para el desarrollo industrial. Disponemos de existencias más o menos cuantiosas de artículos de amplio consumo, y son estables los precios y la moneda» (24).

En realidad, que el impulso inicial dominante fuese, como acabamos de indicar, el de la masa campesina en que se

(23) Obra cit., vol. cit.
(24) *Sobre diez grandes relaciones*, Pekín, Ediciones de Lenguas Extranjeras, 1977, pág. 3.

apoyaba Mao, frente al fondo proletario en que se movía Chu-En-Lai, no es incompatible con la teoría oficial al uso de que «hay que caminar sobre dos piernas», es decir, alternativamente apoyándose en la agricultura y en la industria. Lo que acontece es que hay una prioridad radical en favor de la primera, ya que, como hemos indicado, el cultivo de la tierra asume en China una función histórica, o, por decir de otro modo, «permanente». El trabajo en el campo es una manera inmemorial, una «costumbre», sobre la que se apoyan dos mil años de historia que pueden, pacientemente, prolongarse sin incorporar los «progresos técnicos» del trabajo agrícola. Me ha llamado la atención, por ejemplo, que sólo una parte muy pequeña de los transportes campesinos se ha mecanizado, y que las «faenas del campo» propiamente dichas —arar, plantar los arrozales, segar—, se hace por los procedimientos inmemoriales. Acaso también, por ello, la transformación del pequeño propietario en participante «voluntario» de una «comuna rural» se ha hecho con menos violencia que la de los industriales, o mercaderes, y bajo la apariencia de una colaboración «espontánea». Excusado es decir que los grandes terratenientes, y su concepción feudal del poder, fueron exterminados a través de «tribunales populares», entre otras razones porque su influjo en la clase campesina era tal que, incluso con la revolución en marcha, recibían los frutos de manos de los trabajadores que sentían sobre sí el magnetismo del «amo» que, acaso, por un cambio del timón político podían volver a sus prepotencias (25).

Pero hay además una razón histórica que decide que la dirección del Partido radique en las masas campesinas, y no en los niveles del proletariado industrial que fueron la base de la revolución marxista-leninista de la Revolución de Octubre en Moscú y en San Petersburgo. Algo que parece moverse por misteriosos caminos en dirección a la estrella ascendente de Mao Tsé-Tung. Un análisis superficial de los

(25) Lo mismo acontece en el campo industrial, en el que, al parecer se produjeron incorporaciones de antiguos «burgueses» a la nueva mecánica colectivista, y en el mercantil, en el que los poseedores de establecimientos fueron autorizados a continuar al frente de los mismos; aun cuando sus ganancias pasaban directamente al Estado, que asignaba un sueldo a los antiguos propietarios.

hechos nos parece indicar que las líneas dirigentes que conducían los destinos de la revolución china las llevaba Chu-En-Lai, el intelectual formado en Europa, el hijo de mandarín, el hombre de la Ciudad. Cuando se examina la acción de Chu-En-Lai en el estallido revolucionario de los obreros industriales de Shanghai, en 1927, parece claro quién está en la vanguardia de la lucha armada (26). ¿Quién hubiera apostado en favor del «muchacho tonto del campo», como se llamaba a Mao Tsé-Tung? Sin embargo, la presión victoriosa de Chiang-Kai-Shek, destrozó las posibilidades de la revuelta, y sólo Mao Tsé-Tung tuvo la intuición genial de que su momento había llegado, ya que él sí sabía el valor de las masas campesinas en China, y apoyándose en este conocimiento, huye a las montañas, y realiza la «Larga Marcha» de Sur a Norte, zigzagueando, y ascendiendo por el sector occidental hasta llegar a Yenan, en la provincia de Shensi, en la parte más septentrional del país. Es la famosa «anabasis» o retirada, más exaltada que la de los Diez Mil hombres de Grecia ante la presión abrumadora de los soldados persas. Y todavía otra oportunidad favorable, asombrosamente feliz para Mao, la invasión japonesa, que obliga a una tregua (e incluso a un acuerdo) con el odiado Chiang-Kai-Shek. De ahí va surgiendo el aprendizaje de Mao, como jefe indiscutible, inventor de la «guerrilla» para el asedio de las fuerzas regulares, y creador de unos sistemas de guerra, *sinuosos* y *contradictorios* como su propio pensamiento.

Pero al lado de esta visión operaria de la tierra, importa señalar la importancia que, desde tiempo inmemorial, adquiere como logro estético. Es curioso, a este efecto, advertir cómo la poesía china, desde sus orígenes milenarios, canta la belleza del paisaje y especialmente toma los árboles —el naranjo, el banano, la flor del loto— como tema central del poema.

Si el espectáculo del campo chino, como taller inmenso y

(26) Véase, por ejemplo, el artículo de Shan Kung-Wen, *El camarada Chu-En-Lai y la insurrección de los obreros de Shanghai*, en la revista *China Reconstruye*, junio de 1978. *Chu-En-Lai* tenía entonces 29 años, y sus condiciones de líder parecen evidentes en este movimiento revolucionario, que obtuvo en su tercer intento (21 y 22 de marzo de 1927) el control absoluto de Shanghai. Aunque luego, la reacción de las fuerzas militares de Chiang-Kai-Shek aplastó el esfuerzo de las clases proletarias.

multitudinario nos asombra, la contemplación de los paisajes artificiales, construidos para el placer estético, nos deslumbra. En China, especialmente en Hang Chow y en Pekín hemos visto los más bellos parques del mundo. La jardinería alcanza combinaciones exquisitas, intercalando en las masas de verdor y en los espacios lacustres, los primores arquitectónicos de maderas pintadas: los puentes, los arcos, los pequeños quioscos, las pagodas, las puertas circulares, las ventanas de formas exóticas, los juegos de espejos, concebidos como pequeños «rompimientos» escenográficos en busca de perspectivas inéditas.

No es extraño que Marco Polo anote, entre sus deslumbramientos, los que surgen de la contemplación de los palacios del Gran Khan, en Cambaluc (Pekín), rodeados de «frondosos árboles, llenos de animales de varias clases». «Los prados tienen abundante hierba, estando todos los caminos empedrados y elevados de tierra unos dos codos, de manera que el barro no se pueda formar y el agua de lluvia no pueda detenerse y se escurra hacia los prados, fecundando la tierra y haciendo crecer la hierba en abundancia.» Allí se anota la asombrosa novedad de que el Gran Khan ha «mandado construir una montaña de unos cien pies de altura y de una milla de extensión y la ha hecho recubrir de árboles "cuyas hojas se mantienen siempre verdes". Y habéis de saber que si se le dice al Gran Khan algún lugar donde hay un árbol bello y frondoso lo hace arrancar... y lo hace transportar hacia aquel montecillo por medio de elefantes... Añadiré que el Gran Señor ha hecho recubrir todo aquel monte de polvo de lapislázuli que es de color muy verde... En el mismo espacio hay un gran lago artificial... y en él afluye un río no muy grande, y el Gran Señor ha hecho poner muchas especies de peces» (27).

Esta descripción tiene una antigüedad de casi seis siglos, pero con la expresión del ingenuo asombro del viajero, tiene la gracia de recoger los elementos fundamentales del jardín chino: altozanos, arboledas, zonas de agua. La fantasía china es, en este aspecto, superior a cuanto conozco y repite sus dulces hazañas en donde quiera que florece esa

(27) Marco Polo: *El millón.*



11 — 3722

voluntad de crear, desde la inteligencia, hermosura utilizando las formas de la naturaleza. Cada uno de los factores puestos en juego tiene, en efecto, un sentido. Las diferencias de nivel —siempre muy suaves— para crear las perspectivas. Los árboles, para ordenar macizos vegetales, ordenados en forma de avenidas o rotondas. La variedad de las plantas, desde las coníferas a los bananos, permite diversos juegos de arquitectura viva, en la que los grandes árboles de las magnolias crean el juego de las porcelanas blancas de la flor emergiendo del verde oscuro de las hojas. Finalmente, el elemento acuático que permite crear superficies azogadas, tapizadas por la cenefa horizontal de los lotos y de los nenúfares, y esmaltados por el brillo metálico de las grandes carpas rojas. Sobre estos tres factores de hermosura, como ya dije, los pequedos edificios de maderas policromas y decoradas, los puentes de color granate que, al reflejarse en el agua, se hermanan con el resplandor rojo de los peces de fuego.

Recordaré, finalmente, la importancia de las flores en la estética china, como tema para los poetas y para los pintores. Los dirigentes de la República Popular han puesto un gran interés en la valoración de las flores, y todos los años las Ferias de Flores en Kuangchu, al sur del país, anticipan ya en febrero, una primavera que estalla en colores vivísimos. En estas Ferias cada «comuna» aporta sus mejores producciones y crea un espectáculo multitudinario que atrae devotos visitantes de dentro y de fuera del país —especialmente de Macao y de Hong Kong— y de millares de chinos de ultramar que, cámara en ristre, toman primeros planos de la mimosa policromía de las flores que optan a los grandes premios del certamen (28).

Los adornos florales, las grandes flores artificiales, de seda o de papel, son característicos del país. A la llegada del Rey de España a Pekín (junio de 1978) millares de niños agitaban flores, moviéndose como en un campo agitado por el viento.

Leyendo la famosa novela de Pearl S. Buck *La estirpe del*

(28) El tema está incurso en el Programa de ocho puntos para la agricultura formulada por Mao Tsé-Tung en 1958, y tiende a la protección de las plagas agrícolas, así como a la selección y mejoramiento de las especies.

*Dragón* (29), podemos aprender hasta qué punto un occidental ha podido penetrar en la realidad campesina del pueblo chino. El signo mitológico que aparece en el título, el Dragón, es el que «gobierna las aguas y los vientos, envía la lluvia benéfica y es símbolo de la fecundidad». El amor a la tierra es pues, la clave del relato, cuyo protagonista, Ling Tan es un campesino, «Ling Tan vivía una existencia amplia y profunda, aunque rara vez saliese de sus tierras. No necesitaba hacerlo, porque en ellas, encontraba cuanto quería. Bajo la piel de la tierra que cultivaba como lo hicieron sus padres, estaba el cuerpo de la tierra misma. No era como otros, que sólo poseen la superficie de la tierra. No; a su familia y a él les pertenecía la tierra que se hallaba bajo el cielo.» (...) «Los viejos de la aldea decían de ordinario que si un hombre cavaba lo bastante profundamente en su tierra o en cualquier otra encontraría cinco veces consecutivas las ruinas y restos de lo que antaño fueron grandes ciudades, templos y palacios» (30).

Al lado de esta conciencia campesina, arraigada como las raíces en el suelo, Ling Tan —propietario de tierras, poseedor de ideas contumaces que declaraban que la tierra no era redonda—, ve llegar dos estremecedoras novedades: una, la voz de las ideas nuevas: la tierra era redonda, y las estrellas, de nadie, contra lo que creía Ling Tan, que pensaba que los astros de su firmamento también le pertenecían. La otra novedad era la guerra. La paz de los campos se altera, surge el desorden. Primero la sequía. Después, el «enemigo», los «enanos de las islas del mar oriental», es decir, los japoneses, que intentaron implantar un «Nuevo Orden» (31). Después, lógicamente, los «guerrilleros» que luchan contra el invasor.

Este esquema novelístico puede servir de punto de referencia frente al que nosotros vamos a conocer.

En resumen: La revolución que ha conducido a la República Popular China, es, fundamentalmente, una revolución agraria en la que, según se dice, participan tanto los antiguos propietarios como los jornaleros. El poseedor de una parcela (al que se le respeta una pequeña porción suficiente

(29) Ed. Plaza y Janés, Barcelona.
(30) Cap. III.
(31) Ver especialmente cap. XIII.

para su sustento), se siente inclinado a incorporarse a una «comuna agrícola» (¿no se hace así en nuestras cooperativas o hermandades de labradores?) por el convencimiento de que el almancenaje en común y la ulterior comercialización del producto lo hacían aconsejable.

Por lo demás, el campesino no ha cambiado su vivir, y no es justo que nos escandalicemos puesto que nosotros, las gentes de mi generación, todavía hemos visto trabajar en el campo con la dureza y falta de mecanización que hoy nos asombran cuando recorremos las explotaciones agrícolas de China. El durísimo trabajo en los arrozales, con los pies metidos en el agua lodosa hasta la rodilla, bajo un sol de fuego, podemos contemplarlo hoy en el Delta del Ebro o en la Albufera valenciana.

Así, pues, al recorrer estas inmensas zonas de explotación agrícola nos sentimos inmersos en una historia milenaria, no por dolorosa menos conocida. Sólo en los últimos veinte o treinta años hemos visto progresar en Europa —bien que con presteza increíble— la mecanización de los trabajos. Pero todos hemos visto, en nuestra niñez, arar la tierra como en tiempo de los romanos.

De ahí el sentido histórico que tiene el campo chino; su bíblica presencia intemporal; su filosofía de lo permanente y de lo inamovible, en un trabajo que absorbe la actividad de la mayoría absoluta en un conjunto de ochocientos millones de habitantes. No faltan signos progresivos, sobre todo en los transportes que utilizan: unos jeeps de fabricación china muy sólidos y muy rápidos. Pero el duro trabajo personal del agricultor sigue llevando el peso, como hace milenios.

El viajero, al recorrer estos campos, se pregunta de nuevo si una mecanización masiva no haría perder muchos puestos de trabajo. Pero las personas a las que he preguntado responden que, en la planificación socialista, todos estos agricultores se irán incorporando, en su momento, a los programas industriales. En todo caso, esto me parece que hay que situarlo en un futuro muy lejano.

El sentido del campo, de la tierra, pertenece a las grandes culturas antiguas. La nobleza, en estas culturas, era terrateniente —¿no se llama Círculo de Labradores, el más empin-

gorotado centro social de Sevilla?— y el «de» que acompaña muchos apellidos nobiliarios no es más que una referencia toponímica al solar originario. La historia de China es una larga, gigantesca, dramática lucha del hombre con la tierra, en la que participan, igualmente, el propietario agrícola y el peón asalariado.

## CUADERNILLO LÍRICO

### El campo y los niños

#### La buena tierra

*La Brigada ha ordenado*
*terminar la siembra;*
*en el espejo del arrozal*
*sonríen nuestros hijos.*

(Trabajo)

*La miseria es ahora pobreza,*
*porque ya hay, al menos,*
*esperanza.*

(El cambio)

*Cada mata de té*
*se desgrana en tus manos*
*y se convierte en oro.*

(La plantación)

*Terciopelo esmeralda*
*¿qué caricia mejor*
*para mimar la tierra?*

(Campos de trigo)

*El arrozal*
*espejo empañado*
*por el sudor del hombre*

(La imagen)

*Agricultor, escucha*
*la caricia a la tierra*
*es tu música*

(El trabajo)

*El carro pesa mucho,*
*cargado con el peso*
*de mil años de lágrimas.*

(El peso)

*Fiesta de los nenúfares*
*En la pagoda de las Siete Lunas*
*canta el pájaro*
*de la noche*

(El Parque)

*Milenios de sabiduría*
*destilan gota a gota*
*por los tejados rojos*
*de los altos templetes*
*donde viven los pájaros*

(Templo)

*Sobre los verdes bosques*
*y los ríos azules*
*vibran de alegría*
*los antiguos esclavos*

(Mudanza)

*La Emperatriz quería*
*construir un juguete,*
*y creó la belleza*

(Capricho)

*Desdoblo mi belleza*
*en el espejo de agua.*
*Pero yo soy más tuyo*
*en la imagen que tiembla*

(El olmo)

## China en su laberinto

*Debajo del estanque*
*un demonio furioso*
*acecha en el silencio.*

(Leyenda)

*Palanquines de plata*
*¿De qué remoto sueño?*
*(No hay nadie en el jardín)*

(Final)

*Cigarras del estío*
*cantan la canción misma*
*que oía Anacreonte*

(Égloga)

*Pértigas de bambú*
*rubrican el estanque*
*con estelas de plata*

(La barquita)

*Perfección de lo inútil.*
*Cada rosa amarilla*
*bandera del ocaso*

(Imagen)

## Los niños, las muchachas

*Los niños olvidan*
*los cuentos de fantasmas*
*jugando con fusiles*

(Fin del cuento)

*La bicicleta*
*del niño*
*libélula de plata*

(Imagen)

*Ese niño sonríe*
*no sabe qué tremenda*
*fatiga le reserva*
*la vida*

(Interrogante)

*Lagartija*
*dragón pequeño*
*(todo era un sueño)*

(Juego)

*Hay dragones de jade*
*que espían el silencio*

(Quietud)

*Este niño nos mira*
*—fíjate— mostrando*
*un pájaro de seda*
*igual que su sonrisa*

(Imagen)

*Niño que ríe*
*pájaro que vuela,*
*¿son el futuro?*

(El mañana)

*Las linternas de oro*
*inventan las leyendas*

(Juguetes)

*Sobresalto en los ojos:*
*los niños nos contemplan*
*porque no están seguros*
*de que les queremos.*

(Miedo)

*—Padre, ¿no es bella esa linterna?*
*¿Y no es muy cierto*
*que una moneda blanca*
*te pesa en el bolsillo?*

(La ceremonia)

*El cohete ha trazado*
*sus lágrimas de oro.*
*La noche*
*se ha convertido en rosa*

(Metáfora)

*La cometa se inventa*
*mares de porcelana*
*donde navega, viva,*
*la ilusión de este niño*

(Ensueño)

*Me admira tu fervor,*
*me asusta*
*tu intrépida inocencia*

(El niño pionero)

*El abanico blanco*
*es una mariposa*
*que besa a la muchacha*

(El abanico)

*La porcelana pide*
*a la muchacha un poco*
*de luz de sus mejillas*

(La porcelana)

*Princesa de leyenda,*
*esa muchacha humilde*
*ha heredado tu gracia*

(El rastro)

*Noche de silencio*
*La luna es la linterna*
*de la fiesta del cielo*

(Nocturno)

## La lengua y la escritura

Uno de los muchos asombros que el recorrido de China procura al viajero es el de los procedimientos de los que se vale este inmenso país para superar la barrera idiomática.

Pensemos, para empezar, en una unidad demográfica de ochocientos millones de seres humanos unificados por una lengua oficial, el pekinés, cuya enseñanza y uso son obligatorios en todos los centros de educación primaria del país. Meditemos ahora en la tremenda coherencia que supone la abrumadora mayoría de las gentes *han*, que suponen el noventa por ciento de la población, lo que —como estudiamos en otro capítulo— coloca el problema de las minorías nacionales en un plano casi insignificante, lo que refuerza las posibilidades de moldear a las gentes en sentido unitario. Pensemos, además, que la escritura de base ideográfica permite leer el escrito de un cantonés aunque no lo entienda cuando habla; y que algo análogo acontece con el japonés.

Tomemos ahora en consideración el hecho de la escritura, como elemento de comunicación y, a la vez, como aislamiento del mundo. Los libros que he consultado —y las gentes chinas con las que he hablado— me han hablado de un proyecto, formulado varias veces por Mao Tsé-Tung, de implantar en toda China el alfabeto latino. Pero todos han coincidido en que era un proyecto lejano.

El tema se presta a alguna meditación. Si nosotros recorremos con la mirada un mapamundi, nuestro orgullo de occidentales sufrirá una pequeña conmoción. Resulta que nuestro famoso alfabeto, de origen fenicio, ocupa un lugar minoritario en el Globo. Apenas es Europa y América. En todo el mundo musulmán, desde Marruecos al Pakistán, se usa el alfabeto árabe. En Etiopía, la escritura copta. En todo el inmenso territorio de la URSS, desde Leningrado a Vladivostock (y en Bulgaria) se escribe al modo cirílico. En Grecia, naturalmente, se conserva el alfabeto griego. En la India, las grafías del sánscrito.

Cierto que los pueblos más primitivos, que eran ágrafos, utilizan el alfabeto latino de sus colonizadores. Y no es

menos cierto que nuestros abecedarios aparecen con frecuencia como escritura supletoria, en los carteles, anuncios y pancartas que aparecen en pueblos que no utilizan nuestro alfabeto. La escritura latina es, así, una especie de lengua franca o universal, que encontramos entreverada con los alfabetos indígenas en Addis Abeba, Hong Kong o Yokohama. Las exigencias comerciales, por otra parte, exigen —como lo vemos en muchos productos japoneses— marcas de productos que suenan a occidental y se escriben con nuestro alfabeto.

Pero no es menos cierto que los grafismos no latinos representan algo entrañable en la cultura de cada pueblo. Y que sustituir un alfabeto tiene una enorme trascendencia cultural. Cambiar de signos es cambiar de espíritu.

Arnold J. Toynbee ha recordado, a este respecto, que el ataque a una cultura puede hacerse por dos sistemas. El primero consiste en la destrucción de sus libros. Así, por ejemplo, el califa Omar que incendió la biblioteca de Alejandría, utilizando el siguiente argumento: «Si estos escritos de los griegos coinciden con el Libro de Dios son inútiles y no hace falta conservarlos; si no coinciden, son perniciosos y deben destruirse.» En la misma China, el emperador Tsin-Shi-Huang-ti, «primer fundador del imperio universal sínico» creó la primera «revolución cultural» mandando quemar los libros de los filósofos antiguos y enterrando vivos a sus autores (32). Así también, en los tiempos inquisitoriales de Europa, católicos y no católicos se entregaron a la misma tarea. El furor ciego hacia el pensamiento, conduce a estos desastres. Y no hace falta llegar hasta Hitler para descubrir autos-de-fe en el siglo XX. No hace tantos años, algunos estudiantes venezolanos quemaron en las calles ejemplares de un libro de Madariaga porque trazaba una imagen de Simón Bolívar que no les parecía ortodoxa. En la guerra civil española, yo he visto destruir por patrullas de la FAI libros que les parecían sospechosos. De mi casa se llevaron clásicos ascético-místicos españoles y varios tomos de los «Episodios Nacionales» de Galdós, porque tenían una bandera «monárquica» en la cubierta. Claro está que, del lado

(32) Toynbee: *Estudio de la Historia. Compendio,* Buenos Aires, Emecé editores, pág. 578.

franquista, se produjeron iguales excesos estúpidos. La represión hitleriana, fue, también, escandalosa. El tema de la destrucción de los libros ha dado lugar a un filme estremecedor, titulado *Farenheit 451*, evocando un país en el que se han destruido todas las obras literarias, y en el que un grupo de personas decide retener, cada una de ellas, un libro en su memoria a fin de salvarlos para la posteridad. La presencia de los sabios implica, en efecto, la existencia de una cultura almacenada. Los juglares homéricos conservaban y repetían los hechos del pasado. También los juglares de la Edad Media. Y los ciegos que, en mi niñez, cantaban sus romances en los mercadillos populares. Y en Polinesia, cada expedición de guerreros se acompañaba de un grupo de ancianos que hacían la función de «memoria colectiva» con sus tradiciones orales. Para terminar este inciso recordaré que la civilización actual a través de la radio, los discos, las cassettes, vuelve a almacenar la palabra hablada y no la escrita.

Pero hay un segundo sistema, menos descarado y más sutil de destrucción o aislamiento de la cultura. Consiste, precisamente, en cambiar el alfabeto. El ejemplo más conocido podría ser el de Kemal Ataturk, cuando, en 1929, ordenó a rajatabla (junto a la supresión del fez para los hombres y del velo para las mujeres) sustituir el alfabeto árabe por el latino. Los diarios, los periódicos, los libros, los documentos legales debían aparecer en el nuevo alfabeto, que a partir de aquel momento era el único que se enseñaba en las escuelas, con lo que la tradición cultural y religiosa de Turquía pasaba a convertirse en un amasijo de textos ilegibles (33). Cuando en algunos templos o monasterios de Etiopía yo preguntaba a los sacerdotes coptos sobre la permanencia de la escritura amhárica, me contestaban que no podrían prescindir de ella: como no podían prescindir de la arcaica lengua sagrada o *geez*, privativa de la clase sacerdotal, que sabe muy bien —como lo supo la clerecía católica hasta el Concilio Vaticano II— la importancia de poseer una lengua arcana sacerdotal, tan prestigiosa y magnética para el pueblo ignorante como los latines del sacristán, que pronuncia las «Divinas Palabras» en el famoso esperpento de Valle In-

(33) Toynbee, *ob. cit.*

clán (34). Encontrándome en la remota república socialista soviética de Tadchikistán, frontera a la Mongolia Exterior, descubrí que su cultura literaria tradicional estaba relacionada con el mundo persa; pero la diferencia de los alfabetos era la razón más poderosa para el distanciamiento. La misma comprobación pude hacer en Uzbekistán, con los textos de tradición turcos. El alfabeto ruso la había anulado.

Todas estas cuestiones deben tenerse presentes al analizar el caso de la China, partiendo de la base de su importancia demográfica. A un pueblo de más de ochocientos millones de habitantes —que se ha llamado desde hace tres mil años Imperio del Centro—, le es muy difícil sentirse inferior o marginado. Lo mismo acontece con la URSS.

Evidentemente, hay otras razones. Se habla mucho de que la caligrafía china —por otra parte, tan bella— es muy complicada. Se sabe que un niño chino, al superar los estudios primarios, debe conocer y manejar unos 3.000 caracteres. Un adulto de 3.000 a 6.000. Y que un sabio, puede llegar a 35.000 caracteres.

Pero no es menos cierto que el carácter ideográfico de esta escritura la dota de una comunicabilidad evidente. La palabra «hombre» se escribe con un dibujo esquemático que recuerda, con tres trazos verticales, el tronco del hombre y dos piernas. Si se repite el signo, el chino lee «seguir». Si se colocan tres signos, la lectura es «multitud» (35). El esquema de un árbol, repetido una vez, significa «bosque»; repetido tres veces, «selva». Si se piensa que los niños son capaces de entender, en los tebeos, textos a base de dibujos o jeroglíficos, comprendemos que los signos ideográficos trasladan directamente a los ojos del lector los objetos de que se trata —como las etopeyas: «pum», «tic-tac»— reflejan directamente los sonidos.

Cierto que la escritura fonética es una formidable sim-

(34) Al caer el régimen milenario de la monarquía etíope, una de las primeras medidas del movimiento revolucionario fue la obligación para los sacerdotes de usar para la liturgia y para la predicación, la lengua popular, siguiendo una línea de conducta promovida dentro del mundo católico, por el Concilio Vaticano II, que ha sustituido el latín por las lenguas vivas nacionales.

(35) Curioso dato psicológico: una silueta femenina indica «mujer»; dos, «disputa». Es importante consignar que la escritura china es preferentemente ideográfica con anotaciones fonéticas complementarias.

plificación, puesto que una treintena de signos nos da la totalidad de sonidos de un idioma. Pero piénsese que cada signo, cada letra, es una abstracción que convierte la realidad caligráfica en un fonema. Todo esto es muy fácil, porque lo aprendemos desde niños. Pero es sumamente complejo si nos fijamos en el proceso de abstracción que supone.

Me seduciría dedicar un excurso, dentro de este texto, a la escritura china como obra de arte. La utilización de los pinceles como pieza obligatoria de la escritura permite matices de grosor y delgadez, de tenuidad y de fortaleza, de indudable relieve artístico. De todos es sabido que el presidente Mao Tsé-Tung sentía la pasión por la caligrafía y en los innumerables textos de sus poemas o de sus pensamientos que figuran, desde las pancartas gigantes a las pequeñas reproducciones sobre tela o papel, reproducen la escritura del Gran Timonel y su indudable encanto estético. El tema es habitual en China, donde los nombres de los grandes calígrafos del pasado —Wang-Tsi-Tche o Tchao Meng-fu— continuarían bastante más en boga que aquellos ya olvidados de Torío o Iturzaeta —que alcanzaron fama en la historia de la caligrafía española—. En una revista reciente (*La China,* 1978, 4) se trata con gran elogio a Wu-Yu-Kuen, un campesino del distrito de Chensi, que, a los 62 años maravilla a sus gentes, con sus elegantes rasgos caligráficos. Y va todo ello a cuento de lo que supone, como tradición cultural, la escritura ideográfica que sigue en vigor en la China —y, por supuesto, en el Japón— lo que permite a las gentes de estos pueblos «entender» los textos del pueblo convecino.

Cierto que la complicación es fabulosa. Veo, en un periódico, la «caja» de caracteres de una imprenta china y ciertamente produce vértigo. Comprendo, además, que los puros valores ideográficos se acompañan de otros miles de signos que indican signos fonéticos —para transcribir, por ejemplo, palabras extranjeras—. Sí, la escritura china es muy complicada. Su particularidad la añade un factor aislante, en un momento en que parecen exigirse valores de universalidad. O bien, ¿ello es un peligro?

De mis conversaciones en China deduzco que el sueño del presidente Mao de convertir a su pueblo a la escritura latina es una vaga luz en un muy lejano horizonte.

La transformación del ideografismo chino, en el alfabeto occidental llegó en efecto a anunciarse como de programación inmediata en 1956. Pero no se ha llevado a término, por razones de geo-centrismo y de orgullo nacional que se exponen en otras páginas de este libro. Cuando se pertenece a un cosmos de más de novecientos millones de personas, en efecto, no se siente nadie marginado o aparte. Pero hay otra razón: dentro de la enorme pululación de dialectos chinos, el ideograma —en su condición de escritura jeroglífica—, tiene la enorme ventaja de que es comprendido por todos. Y esto cuando hay que difundir una doctrina política ferreamente uniforme, tiene una importancia capital.

La unificación de la escritura china merece un pequeño comentario. Por su alcance político. Ya que los caracteres chinos adoptados, al ser ideográficos, permitían ya desde el principio del Imperio, que cualquier chino, en cualquier provincia, pudiese entender unos signos que, por otra parte, no han recibido cambio en su grafía, de manera que un texto de la dinastía Han puede ser comprendido hoy, ya que los arcaísmos del lenguaje (que sin duda existen a lo largo de tantos siglos) no se perciben en el ideograma que refleja un determinado objeto. La importancia que Che Huang Ti atribuía a los escritos se refleja en su decisión de quemar libros, especialmente los de Confucio y a deportar a los que se dedicaban a la venta de ellos, por contener ideas contrarias al Imperio. Una vez más, el ánimo inquisitorial pasea por la Historia, y el radicalismo de los «puros» gravita sobre los intelectuales. Así, hoy, en las formas extremistas de «los Cuatro» y su prohibición de la lectura de los clásicos. Pero entonces —hace dos mil quinientos años— como ahora, la clase intelectual se las arregló para permanecer y para seguir dominando.

El derecho a la información se mantiene en uno de los artículos de la nueva Constitución de la República Popular China. Su instrumento supremo —en manos del Estado, claro está— es la Radio. Desde las cinco de la mañana, a través de la radio, el chino es levantado, al son de músicas alegres y optimistas, que suenan a todas horas del día. Estas músicas marcan los movimientos de la gimnasia —que muchos realizan y por grupos, en la calle— los del descanso, así como

enmarcan las emisiones de noticias. La televisión tiene poquísima repercusión, ya que la emisora estatal carece de eco, a juzgar por el precio de los receptores y la casi total inexistencia de antenas en las partes altas de las casas.

La Prensa está asumida, en cada ciudad, por los correspondientes «Redmin Ribao» o «Diario del Pueblo», órganos de gran tirada, de mediocre papel, y extensión reducida. Estos diarios publican, cuando lo creen conveniente, cartas de crítica de sus lectores.

Pero la institución típica es el Dazibao (o Tadchipao). Centenares, miles de tableros, en toda China, admiten la adscripción de pequeñas hojas murales, en las cuales cada ciudadano puede formular una queja o presentar una denuncia. Por los días de mi estancia en China, un gran escándalo acusaba a un alto dirigente político de haber intentado utilizar su poder para que ingresara un hijo suyo en la Universidad. La importancia de este sistema es tal que, nada menos que en la nueva Constitución, se dedica un artículo a legalizar y dar rango de primer orden a esta curiosa manifestación de la soberanía popular.

La institución del *Dazibao* está ligada a la vieja tradición de libertad del pueblo chino. Se le encuentran antecedentes de 1.300 años antes de J. C. He aquí, pues, empequeñecido nuestro orgullo de occidentales, cuando presumimos de los carteles o letras satíricas que se colocaban en Roma bajo la estatua de Pasquino (de ahí el nombre de *pasquín*). Y lógicamente, en el mundo contemporáneo, esa forma de denuncia popular había de prosperar al compás de la revolución, tanto de la revolución burguesa de 1911, que abocaría en la de República, como en la rebelión marxista-leninista que acaudillaba Mao Tsé-Tung quien, siendo muy joven, recuerda haber comentado entusiasmado ese movimiento libertador, con un texto inscrito en un *Dazibao* o periódico mural de su escuela. «Fue la primera expresión de mis opiniones políticas y no era muy afortunada», confesó muchos años después (36).

Me dicen que la tirada del «Diario del Pueblo» supera los ocho millones de ejemplares. Es posible. Pero me sor-

(36) *Conocer Mao y su obra,* por Joan Senent-Josa, Ed. Dopesa, página 23.

A la puerta de la Ciudad Prohibida, la fotografía de Mao Tsé-Tung cuida de señalar el signo a los tiempos.

Puerta de la Armonía Suprema.

Un gusto extraño y barroco define los interiores de estos palacios de la Ciudad Prohibida.

La visita a la Ciudad Prohibida es agotadora. Aconsejo al turista un artilugio como éste.

prende que en toda China sea tan insólito el espectáculo tan frecuente en nuestro mundo de un hombre que lee un periódico por la calle, o, simplemente, pasea con él bajo el brazo. No hay, tampoco, papeleras en la vía pública —ya comentamos en otro capítulo la limpieza total y absoluta de las calles—. Tampoco es habitual ver quioscos de periódicos. ¿Cómo se enteran los chinos de las noticias? ¿Reciben el periódico a domicilio por suscripción? ¿Se limitan a escuchar la radio ya que no se ven apenas antenas de televisión?

Una cosa es cierta. Tanto en las grandes ciudades como en las pequeñas aldeas las vitrinas (iluminadas por la noche) donde se fijan los *Dazibao*, están siempre llenas de lectores, que, a pie firme, pasan horas y horas leyendo las informaciones que les llegan por este curioso y económico medio informativo que tiene sobre los demás —a lo que entiendo—, el aliciente de la total libertad de expresión de los que lo escriben.

Digamos para concluir que China «*país multinacional unificado*» —tal es la fórmula oficial— tiene —como sabemos— la enorme ventaja de una mayoría absoluta (90 %) de habitantes *han*, que hablan en ocho grupos de dialectos, cuya gramática es idéntica, cuyo vocabulario es común, pero cuya pronunciación es difícil, lo que ha movido a implantar, desde 1955, la fonética de Pekín como instrumento básico en las escuelas y en las emisoras de radio, y en los diálogos de las películas (37). Esta pronunciación uniforme se llama *putongjua*.

La escritura, al ser a la vez ideográfica y fonética es mixta, ya que un signo sugiere el objeto y otro indica al mismo tiempo la pronunciación. Un niño, al terminar los estudios primarios, debe conocer 3.000 «caracteres» de escritura; un adulto, de 6.000 a 10.000.

Pero queda una última cuestión que tiene, a mi juicio, una enorme importancia. El proceso de alfabetización, desde las escuelas primarias que mantienen cada *brigada* o «unidad de trabajo» es evidente. Puede decirse que, en este inmenso país, el analfabetismo está erradicado. Pero, ¿qué

(37) Las «nacionalidades» —tibetanos, mongoles— tienen su propia escritura, estimulada por la República Popular, que se ha preocupado incluso de crear signos para las pequeñas minorías ágrafas. En esto, continúan la política de la URSS, en la más pura expresión leninista.



12 — 3722

nivel tienen los mensajes que se destinan a la masa?

La cultura china ha sido durante muchos siglos una cultura de élite y la estética en uso la hacía proclive a fórmulas difíciles o esotéricas. Así la poesía clásica es muchas veces un rasgo de sutileza que no perciben sino las gentes que poseen un determinado hábito cultural.

El proceso revolucionario de China, desde los intentos que llevaron a la república de Sun-Yat-Sen (1911) se planteó esta cuestión. Ya en 1919, los estudiantes que se sublevaron el 4 de mayo ante la «Puerta de la Paz Celestial» (Tiem-An-Men) de Pekín, realizaron una tarea de acercamiento de la cultura al pueblo, basado en el programa de Hu Shih firmado en 1917.

1. — Basa tus palabras en un contenido concreto.
2. — ¡No imites el estilo y las formas de expresión de los antiguos!
3. — ¡Procura una construcción gramatical clara y correcta de las oraciones!
4. — ¡No te lamentes si no estás enfermo!
5. — ¡No utilices frases o formas de expresión anticuados!
6. — ¡No utilices citas!
7. — ¡Evita todo paralelismo estilístico y conceptual!
8. — ¡No repares en utilizar palabras y giros de la lengua popular! (38).

Por aquellos mismos años, otro de los demócratas, después fundador del Partido Comunista Chino, exclamaba parecidamente, en síntesis:

¡Muera la literatura rebuscada, inauténtica y aristocrática!

¡Cread una literatura popular sencilla, natural y lírica! (39).

Mao Tsé-Tung, cuya vocación intelectual es una de sus más definidoras constantes, puede servir de documento informativo, especialmente en la etapa de Yenan (1942). Desde su trinchera militar y revolucionaria, el Gran Timonel tiene tiempo para meditar sobre la literatura adecuada al momento, planteándose la pregunta: «¿A quién están

(38) *Vid.* Joachim Schickel, *China: Revolución en la literatura.* Ed. Barral, 1970, pág. 20.
(39) *Ob. cit.*, pág. 24.

dedicadas nuestra literatura y nuestro arte?» Los destinatarios se esquematizan con toda claridad: a) los obreros; b) los campesinos; c) los soldados; d) «las masas laboriosas de la pequeña burguesía urbana» (40).

Sigamos con la doctrina de Mao en este momento:

> «¿Qué es la popularización y elevación del nivel de la literatura y del arte? ¿Qué relación guardan entre sí ambos objetivos? Las obras populares son más sencillas y más comprensibles, y por ese motivo es más fácil que en la actualidad sean aceptadas solícitamente por las masas. Las obras de nivel más elevado son más cultivadas; por ello, su creación es más difícil, y, en general, también es más difícil que en la actualidad se difundan rápidamente entre las amplias masas. Ante nuestros obreros, campesinos y soldados se plantea el problema siguiente: Se encuentran en una guerra amarga y sangrienta contra el enemigo, pero a consecuencia del largo dominio de la clase feudal y burguesa son analfabetos y carecen de formación; por esta razón requieren urgentemente un movimiento de esclarecimiento general, necesitan educación y conocimientos, obras literarias y artísticas. Y lo necesitan bajo una forma fácilmente comprensible para que su impulso de lucha pueda elevarse y su confianza en la victoria reforzarse, en fin, para que su unidad se afirme... Ante todo, no hemos de "coser flores en su brocado", sino "mandarles carbón para combatir el frío". Así, pues, bajo las condiciones presentes, la tarea más urgente es la popularización. Sería un error menospreciar u olvidar esta tarea.
>
> »Sin embargo, la popularización y la elevación del nivel no pueden separarse drásticamente entre sí. No se trata únicamente de que las mejores obras se difundan entre las masas, sino además, que el nivel cultural de las masas, se eleve ininterrumpidamente. Si con la popularización se conserva siempre el mismo nivel, si todos los días de cada mes y de cada año presentamos las mismas cosas, si ofrecemos siempre los mis-

(40) *Ob. cit.*, pág. 70-71.

mos "pastores de vacas", siempre los mismos signos escritos —hombre, mano, boca, cuchillo, buey y cabra—, ¿la diferencia entre educadores y educados no será la misma que entre doce y una docena? ¿Qué sentido tiene una popularización de este tipo? El pueblo necesita una popularización, pero seguida de una elevación del nivel, exige que cada año y cada mes se eleve el nivel. Popularización significa aquí popularización para el pueblo y elevación del nivel, significa elevación del nivel para el pueblo. Esta elevación del nivel (...) está determinada por la popularización y señala, a su vez, el sentido de ésta (...)» (41).

Instaurada la República Popular China y en su *Discurso sobre el tratamiento correcto de las contradicciones en el seno del pueblo* (27 de febrero de 1957) surge la consigna de la tolerancia:

«Que se abran cien flores y compitan cien escuelas de pensamiento, es la orientación para promover el desarrollo del arte y el progreso de la ciencia, para hacer florecer la cultura socialista de nuestro país. Pueden desarrollarse libremente distintas formas y estilos en el arte y competir libremente diferentes escuelas en la ciencia. Consideramos que es perjudicial al desarrollo del arte y de la ciencia recurrir a medidas administrativas para imponer un particular estilo de arte o escuela de pensamiento y prohibir otro. El problema de lo correcto y lo erróneo en el arte y en la ciencia debe resolverse mediante discusiones libres en los círculos artísticos y científicos; a través de la práctica del arte y de la ciencia, y no de manera simplista» (32).

Sin embargo, en este pozo de contradicciones que es el pensamiento de Mao Tsé-Tung hallamos un subsiguiente cambio de rumbo, que conocemos bajo el nombre de Revolución Cultural. En un poema fechado en enero de 1963, escribe el Gran Timonel:

(41) *Ob. cit.*, pág. 82-83.
(42) *Citaciones de Mao Tsé-Tung*, pág. 323.

> Cuatro mares se agitan, las nubes y el agua coléricos, cinco partes del mundo palpitando, atizan el viento y el trueno. Tenéis que hacer desaparecer a todos los malos insectos juntos: ya no habrá más enemigos (43).

Que coincide con las soflamas de Chen Pota, figura preeminente de la Revolución (después de Mao, Lin Piao y Chu-En-Lai) que grita, recordando frases del Gran Timonel:

> «Si un comunista auténtico trata superficialmente las cuestiones de la ideología, la literatura y el arte o abandona, aunque sólo sea por un instante, las enseñanzas del camarada Mao Tsé-Tung sobre estas cuestiones cometerá graves errores políticos; políticamente se hundirá en la burguesía como en aguas pantanosas y sin que sea políticamente consciente de ello, se petrificará en un revisionista contrarrevolucionario.»

El teatro que me ha sido dado ver en China tiene claramente la impronta del maniqueísmo revolucionario. A un lado los *malos* (el bonzo, el terrateniente malvado, la mujer frívola que aparece vestida de sedas brillantes y ostentosas joyas, los militares de brillantes uniformes del Kuomintang) se enfrentan a los *buenos* (obreros, campesinos, soldados y algún intelectual). La lengua es popular, ya que los espectadores la asumen sin pestañear. Entiendo que, como en Grecia, una enorme tradición retórica gravita sobre la expresión contemporánea. Pero así como los helenos deciden suplir la lengua clásica (reservada a algunos discursos académicos) por la popular *(demotiké)*, así también la literatura china tiende a la expresión popular.

Pero hay una excepción suprema y trascendental, que culminó las contradicciones del gran dirigente: muchos de los poemas revolucionarios de Mao Tsé-Tung están escritos en la lengua y en los modos estróficos de la China clásica... El «intelectual» que el Gran Timonel lleva dentro ha ganado la batalla al conductor de muchedumbres.

(43) Schickel, *ob. cit.*, pág. 130.

# POEMAS A LA MANERA DE...

## (Homenaje a la poesía china antigua)

DINASTÍAS CHANG Y CHU
1166-256 a. de J. C.

### Plegaria a Chung Tsé

*A mí jardín no te acerques,*
*muchacha,*
*no te vean mis padres.*
*No me rompas mis ramas,*
*las gentes nos espían.*
*No estoy seguro.*

(El libro de los poemas)

### Habla una muchacha

*Si tú me quieres todavía*
*recogeré mi falda*
*pasaré el río.*
*Si tú no me quieres*
*encontraré otro amante*
*más constante que tú.*

(Id.)

### Habla el poeta

*Las hierbas del praderío*
*son perlas de la mañana.*
*y, también, esa muchacha*
*de ojos dulces, brillantes,*
*que ha querido ser mía.*

(Id.)

## LOS REINOS COMBATIENTES
771-221 a. de J. C.

### En el destierro

*Las carrozas de oro,*
*la púrpura, el Imperio,*
*¿donde están? Ni siquiera*
*conoce el Rey*
*mi tristeza angustiada,*
*mi silencio afligido*
*Ni siquiera*
*mi voz tendrá un eco*
*bajo los Nueve Cielos.*
*Nadie sabrá que he sido*

(Chu Yuan)

### Al naranjo

*Árbol del Sur,*
*hoja verde, flor blanca,*
*fruto de oro,*
*¿Cómo no amarte?*

*Firme y estable*
*mesurado y libre,*
*prudente y secreto,*
*yo seré tu amigo,*
*por tu tenaz porfía*
*ante el invierno gélido.*
*Mi maestro, mi emblema.*

(Chu Yuan)

DINASTÍA HAN
260 a. J. C.-219 d. J. C.

CANCIÓN MELANCÓLICA

*Mi caballo gris no avanza,*
*todo se disuelve en niebla*
*¿qué haré contigo, amor?*

(Hsiang Yu)

EL VIENTO DEL OTOÑO

*El viento del otoño*
*orquídea y crisantemo,*
*suena como una flauta*
*sobre mi edad cansina*

(El Emperador Wu)

HABÍA UNA MUCHACHA

*He cortado esta seda*
*para que mi abanico*
*haga nacer la brisa*
*que, anunciando el otoño,*
*me aleje de mi amado*

(Pan Chieh Yu)

*El rocío*
*se seca con el sol,*
*renace con el alba.*
*Pero el hombre,*
*¿renace de su muerte?*

(Anónimo)

POEMA ANTIGUO

*Hay lotos en el río*
*y orquídeas en el lago.*
*Las cogeré, ¿para quién?*
*Mi amada está muy lejos.*

*Vuelvo a mi casa*
*mirando el horizonte.*
*Estoy solo y triste*
*envejezco en silencio.*

(Anónimo)

## LOS TRES REINOS
(221-264)

### CANCIÓN DE UNA MUCHACHA

*Lúgubre viento, cielo frío,*
*las golondrinas van hacia el sur.*
*¿Por qué, viajero, no estás*
*mientras yo guardo mi casa vacía?*
*Llenando de lágrimas mi vestido*
*sonando en el laúd la nota shang*
*canto mi canción en voz baja*
*mientras la luna azulea en mi lecho*
*y las estrellas giran hacia el oeste.*

*¿Por qué el puente del río*
*te retiene a tí solo?*

(Tsao Pi)

## LA DINASTÍA TSING Y LAS DINASTÍAS DEL NORTE Y DEL SUR
(265-589)

### RECUERDA

*Cantaba tras la cortina*
*acariciando el laúd*
*¡todo era bello en ella!*

*Ahora me acerco*
*mientras se desnuda*
*y permanece tímida*
*ante la lámpara*

(Shen Ynch)

*Un trueno inpreciso*
*sobresalta mi ser.*
*Me asomo a la ventana;*
*no era tu carroza*

(Fu Yuan)

ENVÍO

*Cae la tarde. Veo en la ventana*
*las sedas amarillas de su túnica;*
*pero ya no teje*
*porque las libélulas*
*la engañan con mi recuerdo*

(Hsich T'Iao)

LA DINASTÍA T'ANG
(618-907)

CANCIÓN DE VIAJE

*Viajero del mar*
*por el viento celeste*
*Dejas la misma huella*
*que el pájaro en las nubes*

(Li-Pai)

EL BAMBÚ EN LA VENTANA

*No lo cortéis para hacer una flauta*
*o una caña de pescar.*
*Cuando ya no habrá flores*
*adornará la nieve*

(Pai Chu Yi)

## LA DINASTÍA SUNG
(960-1279)

### CANCIÓN

*Junto a la ventana*
*¿quién está conmigo?*
*Sólo mi sombra.*
*Cuando llegue la noche,*
*¿quién me hará compañía?*

(Hsiang Kao)

### A YA TS'ING

*Mi casa está junto al mar,*
*tu pabellón junto al río*
*El caudal de mis lágrimas*
*se irá con la marea.*

(Ts'ao Ch'ung Chin)

## LA DINASTÍA YUAN
(1280-1368)

### EL VIENTO DE PRIMAVERA

*Viento de primavera, como la juventud*
*salta sin saber por donde.*
*Entre los sauces y el camino del Este*
*confude el hoy y el ayer,*
*lo antiguo y lo nuevo.*

*Pero el agua pasó.*
*Y un pájaro solitario*
*canta en la tarde.*

(Ho Chung)

## LA DINASTÍA MING
(1369-1644)

PRELUDIO

*Espumoso el Gran Río va hacia el Este*
*arrastrando a los héroes del ayer.*
*El triunfo es igual que la derrota:*
*los montes permanecen*
*y el sol sangra igual en cada tarde.*

*Anciano, busco ramas junto al agua:*
*luna de otoño y viento en primavera*
*son iguales.*
*Junto al vaso de vino*
*mis amigos y yo nos reímos de todo.*
(Lo Kuan Chung)

### Las incógnitas demográficas

El análisis de un pueblo puede hacerse por medio de calas que penetren su espíritu, intentando describir en sus líneas psicológicas colectivas. Es un procedimiento apasionado, que obliga a estudiar sus grandes mitos colectivos —religiosos, sociales, culturales— intentando hallar las líneas de sentido que nos lleven a esquemas definitorios.

Hay, sin embargo, datos más concretos, los datos mensurables, que nos ofrece la Geografía y la Estadística. Si nosotros decimos que la extensión geográfica de China alcanza 10.054.000 kilómetros cuadrados, tenemos una cifra muy concreta, que nos permite decir que su extensión territorial es comparable a la de toda Europa (10.052.000 km cuadrados). O si se quiere a veinte veces España. Si sabemos que su situación geográfica se extiende entre los grados 18 y 43 de latitud norte, podemos deducir que, dentro del hemisferio boreal, su clima oscila entre el Trópico de Cáncer y una zona fría. Finalmente, podemos señalar que su distribución

orográfica traza al Oeste una vasta serie de cordilleras que van descendiendo, para crear al Este una inmensa llanura bañada por tres grandes ríos, el Amarillo, el Yangtsé y el Sikiang, que, cuando no producen devastadoras inundaciones, crean una de las zonas agrícolas más ricas del mundo. Así tendremos unos datos bastante concretos en que apoyar unas hipótesis.

Pero queda otro factor mensurable, el de la población, de enorme importancia expresiva, tanto en su dimensión económica (se trata de «población activa» en cualquier caso y circunstancia) como en su problemática social.

Pues bien: este importante tema es de solución problemática. ¿Cuántos chinos hay? La primera impresión del viajero es ciertamente expresiva. La sensación de pululación, de enjambre, de muchedumbre hacendosa (las «hormigas azules») nos hace recordar de nuevo a aquel famoso vasco, lacónico como suelen serlo, que resumía sus impresiones viajeras con la frase «allí, chinos, cantidad».

¿Por dónde anda la realidad demográfica china? Hacia 1949 se daba como cierta la cifra de 549 millones de habitantes (superando ya a Europa: 542 millones). Veinte años más tarde, un famoso libro, firmado por Harry Hamm se titulaba, *China, el imperio de los 700 millones.* Han transcurrido otros diez años. ¿Cuál es la cifra real de habitantes de este inmenso país? El tema es tanto más apasionante, por cuanto, desde 1953 no existe censo oficial de la República Popular China (44). Y por cuanto la cifra real puede ser ocultada por razones políticas o estratégicas.

Partiendo de la idea de Mao, de que la población es lo más valioso de un país y de que existen, como es lógico que existan, estadísticas de cada «comuna agrícola» y de cada agrupación urbana, hay que suponer que se ocultan deliberadamente los datos demográficos. Y hay que intentar unos cálculos aproximativos partiendo de las últimas investigaciones de las Naciones Unidas, del Departamento de Comercio de Estados Unidos y de los trabajos de Orleans («China Population in the People's Republic», 1964) y Ravenholt

(44) Sin embargo, otros datos oficiales posteriores, se pueden deducir de *Atlas de la población,* publicado en 1972, que da la cifra de 685.000.000 de habitantes. (S. P. Brule: *Mañana, el Ejército Chino,* Barcelona, Ed. Dopesa, pág. 190.)

(«Testimony to US House of representatives», 1974) muy bien recogidos por José Linhard (45), cuyo análisis y cuyos resultados recogemos en estas páginas.

El trabajo del profesor José Linhard, se apoya en la política de población de los dirigentes chinos que les hace frenar el crecimiento hasta los límites que ellos desean, por medio de una política global en la que intervienen medidas éticas, basadas en la moral socialista; medidas de salud (higiene, medicina preventiva), y sus previsiones económicas.

El análisis de esta política legal nos permite establecer una serie de directrices alternantes que van desde las primeras actitudes revolucionarias, al día siguiente de la instauración de la República Popular China que tendían a liquidar la política tradicional, mejor diríamos ancestral, por la que los matrimonios se producían por decisión de los padres, por combinaciones familiares que los hijos, muy jóvenes, debían aceptar.

Por la legislación del año 1950, el hombre podrá casarse a los veinte años y la mujer a los dieciocho. Por una nueva orientación, después del fracaso de la política de aceptación de una serie de convivencias entre lo antiguo y lo moderno (la campaña de *las cien flores*), se tiende a restringir tomando como argumento razones éticas, y en el fondo por razones económicas. A partir de 1957, en efecto, se pretende retrasar la fecha de las bodas, distinguiendo entre la situación de los habitantes en la ciudad,

*hombres* (28 a 30 años)
*mujeres* (25 a 27 años)

o el campo,

*hombres* (sobre los 25 años)
*mujeres* (23 años).

Para forzar esta demora se establecen tres tipos de medidas:

1. Salarios muy bajos para los solteros (hasta llegar al límite legal establecido) ya que ello impide la economía matrimonial.

(45) *Bevölkerungsproblematik der Volksrepublik China*, en *Entwicklung, Probleme und Lösungversuche in der Volksrepublik China*, Berliner Studien zur Internationalen Politik Schriftenreihe Band, 4 páginas. 134-156.

2. No darles vivienda hasta que cumplan la edad prevista.

3. Cerrar la universidad a los casados, con lo cual el matrimonio significa dejar los estudios.

Pero hay otra serie de medidas, más sorprendentes, porque afecta el control de las costumbres.

La igualdad de derechos entre el hombre y la mujer, en efecto, exige que no debe anticiparse ninguno de ellos al trato sexual, basado en el simple atractivo físico, y esto lo consiguen prohibiendo el adorno personal y las modas que añaden atractivos a la mujer; la total carencia de películas eróticas y de publicaciones excitantes; la falta de libertad para moverse y la estrategia de acaparar la actividad de las gentes jóvenes, dentro de los programas políticos, deportivos (grupos de pioneros), discusiones en torno a la doctrina de Mao, etc. El hombre «no tiene tiempo libre», fuera del trabajo y del Partido. Y todo esto va unido, aunque no se diga, a la tradición china de respeto a las normas, y al culto debido a los familiares; el respeto al padre o al abuelo, que se mantiene intangible.

Estas medidas de ética social incluyen la campaña en favor de la familia de dos niños, estableciendo que las familias que tienen más de dos hijos tienen menos salario.

En el campo, recortan la parcela familiar. A ello hay que añadir la «terapia de grupo», por la que en las «brigadas de trabajo» se amonesta a los disidentes.

Otro argumento, se apoya en una seguridad social que no necesite la excusa del que tiene muchos hijos para que por lo menos uno pueda atenderle en su vejez, manteniéndole el salario íntegro.

Finalmente, la mujer que aborte voluntariamente dentro de los tres primeros meses del embarazo tiene catorce días de baja laboral; si es después de los tres primeros, treinta días. Por otro lado hay una profilaxis que reúne las dos medicinas (la china y la occidental) y hace llegar a través de los «médicos descalzos» todo tipo de medicación (píldoras anticonceptivas investigadas por biólogos chinos), dispositivos intrauterinos, diafragmas de goma, preservativos, y, si todo ello falla, el aborto. Todo ello se da gratis a los casados. Lo que no afecta a los solteros, lo explica que se *vendan*

productos anticonceptivos en algunos establecimientos.

He aquí las conclusiones del trabajo del profesor Linhard en sus previsiones hasta 1995.

| Previsiones | | Crecimiento por 1.000 | | |
|---|---|---|---|---|
| 1975-1980 | 838.000.000 | 15,9 | UN | (46) |
| 1976 | 953.107.000 | 23,9 | US | (47) |
| 1976 | 863.000.000 | 14 | Orleans | (48) |
| 1980 | 1.046.127.000 | 23,1 | US | |
| 1980 | 910.600.000 | 12 | Orleans | |
| 1980-1985 | 907.000.000 | 14,3 | UN | |
| 1985 | 1.170.972.000 | 22,4 | US | |
| 1985-1990 | 974.000.000 | 11,8 | UN | |
| 1990 | 1.307.272.000 | 22 | US | |
| 1990-1995 | 1.033.000.000 | 11,1 | UN | |

De este cuadro se deduciría que, en la actualidad, la población china puede calcularse aldededor de los *¡mil millones de habitantes!*

En cuanto a los resultados de la «política de población» de la República Popular China, que tiene como meta la reducción de los nacimientos, a través de una estrategia que dificulte las relaciones sexuales prematrimoniales —y que regule la de los casados (anticonceptivos facilitados gratis por los médicos descalzos, etc)— el resultado ha sido la reducción de la tasa de nacimientos del 21 por mil en 1955 al 15 por mil en 1975.

A estas observaciones del profesor Linhard debo añadir que corresponde a los datos que se apoyan en la política radicalizada propugnada por Mao y llevada a su exageración por la Banda de los Cuatro. El hundimiento de dicha tendencia marca una cierta liberalización visible en débiles signos externos, aparición de objetos de tocador en las tiendas,

(46) Datos de las Naciones Unidas.
(47) Datos del Departamento de Comercio de U.S.A.
(48) Orleans y Leo: *China's Population Figures: Can the Contradiction be Resolved?* Studies in Family planning, 7, (2), 52-57, 1976, New York.

Para comprender la sacralización de Mao Tsé-Tung hay que visitar, aceptando las consignas de formación en filas y absoluto silencio, este espectacular Mausoleo.

La personalidad poética de Mao Tsé-Tung resplandece en este monumento con la caligrafía de sus poemas.

La apoteosis de Mao se perfila en infinidad de retratos gobernados por el realismo socialista o en grupos escultóricos como el que flanquea el Mausoleo de Pekín.

Y como culminación sacral, la exhibición en una urna del cadáver del Conductor del Pueblo.

apertura de peluquerías y salones de belleza, y, dato muy importante, la afluencia de turistas extranjeros y algunos pequeños brotes de prostitución, tal como lo denunciaba hace poco la revista *Der Spiegel.*

Pero el fenómeno demográfico más importante de la inmensa República Popular China es el de la distribución de su población, a la que ya nos hemos referido, y que se caracteriza por la población *han* y la que se designa con el nombre de «las nacionalidades». Se denomina *han* al grupo originario, al pueblo que contiene los elementos raciales más característicos, y habla una lengua vinculada a esta raíz histórica, aunque desdoblada en multitud de dialectos. Pues bien, el hecho trascendental de éste: de los novecientos millones de chinos, que constituyen su fabulosa realidad geográfica, el noventa y cuatro por ciento pertenece al pueblo *han.* El otro dato importante es el de que el pueblo *han* se asienta en la zona fértil, la zona costera de dos mil quinientos kilómetros de longitud de sur a norte; la zona del agua y de los arrozales; el granero y la despensa, que va desde Cantón, en el Trópico de Cáncer hasta la Cordillera de Badalung, en el paralelo que, con la Gran Muralla, marca el límite entre la China tradicional y Mongolia.

Es decir, que China se asienta sobre un bloque demográfico homogeneizado muy fuerte —el bloque *han*—, lo que da un contenido histórico coherente. Baste decir que de las treinta dinastías que, a lo largo de tres mil años, ocupan la milenaria historia de China, una sola pertenecía a la raza mongol y otra se vinculaba al mundo de Manchuria aunque se fundió rápidamente al resto del país. Las demás casas reinantes desde el siglo III antes de J. C., en el que un emperador Shing unificó bajo su cetro a los dispersos grupos feudales, pertenecen al mundo *han* que se convierte en el núcleo central y definidor de este ente colectivo, es decir, del Imperio del Centro, que desde hace tres mil años conocemos con el nombre de China.

Al lado de este centro geográfico, rico y superpoblado, la China de las nacionalidades —se cuentan hasta cincuenta y cinco— posee sólo el seis por ciento de la demografía, pero domina nada menos que el 40 por ciento de las tierras, si



13 — 3722

bien éstas son montañosas o estériles (49). Esto significa un curioso desequilibrio que, en cierto modo, es favorable a la unidad conjunta del Estado, ya que —como recordaba en un discurso Chu-En-Lai— la mayor densidad de población se produce en las zonas agrícolas, mientras que los grandes yacimientos mineros, aún sin explotar, se encuentran en las zonas montañosas donde se albergan las minorías nacionales. «En el futuro —señala Chu-En-Lai— la expansión de la industria y de la agricultura tendrá lugar sobre todo en las zonas de las minorías nacionales.» «Considerándolo en su conjunto —añade—, desde el punto de vista nacional, la fusión beneficiará a ambas partes, y la disgregación perjudicaría también a las demás» (50).

El tema de esta distribución demográfica es tan importante que no es extraño que haya sido objeto de las meditaciones de Mao Tsé-Tung, en distintas circunstancias. Pero elegimos un texto importante, titulado *La relación entre la nacionalidad* han *y las minorías nacionales,* tomado de su famoso discurso *Sobre Diez Grandes Relaciones,* pronunciado el 26 de abril de 1956:

> «En nuestro país —dice— las minorías nacionales no representan una población numerosa, pero están asentadas en grandes extensiones territoriales. Desde el punto de vista demográfico, los janes son abrumadoramente mayoritarios, pues constituyen el 94 por ciento de la población. Sería muy malo que practicaran el chauvinismo de gran jan, discriminando a las minorías nacionales. Ahora bien, ¿quiénes ocupan más tierras? Las minorías nacionales, que ocupan del 50 al 60 por ciento de la superficie. Solemos decir que China tiene grandes extensiones de tierras con ricos recursos naturales y una población numerosa. En realidad, es la nacionalidad jan la que tiene una "población numerosa" y son las minorías nacionales las que poseen "grandes exten-

(49) He aquí el cuadro de las minorías, que van desde la Churang (7.000.000 de habitantes) hasta la Zite (que cuenta sólo 600). He aquí los nombres y la demografía de los principales: Huri (3.900.000), Huigur (3.800.000), Yi (3.260.000), Tibet (2.190.000), Miao (2.680.000), Manchuria (2.430.000), Mongolia (1.640.000), etc.

(50) *Vid.,* Hegner, *China, un enigma descifrado, ob. cit.,* pág. 312.

siones de tierras con ricos recursos naturales"; por lo menos en lo que se refiere a los recursos del subsuelo, son muy probablemente las minorías nacionales las que poseen "ricos recursos naturales".»

«Cada una de las minorías nacionales ha hecho contribuciones a la historia de China. El gran número de la nacionalidad jan es a su vez fruto del prolongado mestizaje entre muchas nacionalidades. En el pasado, los reaccionarios gobernantes, sobre todo los de la nacionalidad jan, levantaron toda clase de barreras entre las diversas nacionalidades y atropellaron a las minorías nacionales. Las consecuencias de todo esto no son fáciles de liquidar en corto tiempo ni siquiera dentro del pueblo trabajador. Esto hace necesario que eduquemos amplia y permanentemente, tanto a los cuadros como a las masas populares, en el espíritu de nuestra política proletaria respecto a la cuestión nacional, y que nos preocupemos por examinar constantemente cómo marchaban las relaciones entre la nacionalidad jan y las minorías nacionales. Un examen en este sentido ya se efectuó hace dos años, y ahora es preciso hacerlo una vez más. Si se descubre algo anormal, hay que darle una solución seria y no dejar que el asunto se quede en las palabras.»

«Es menester estudiar a fondo el problema de cuáles son el sistema de administración económica y el sistema financiero más apropiados para las zonas de minorías nacionales.»

«Debemos ayudar sincera y activamente a las minorías nacionales y desarrollar su construcción económica y cultural» (51).

Aun cuando a continuación, Mao Tsé-Tung ataca el modo de entender el tema en la Unión Soviética, lo cierto es que aquí el Gran Timonel sigue la doctrina leninista de mantener férrea la unidad política-económica y potenciar, en cambio, las singularidades lingüísticas y culturales de cada nacionalidad. Las películas y obras de teatro que he visto, cuya acción pasa en Mongolia o el Tibet no pierden la ocasión de

(51) Mao Tsé-Tung, *ob. cit.*

exaltar la acción protectora sobre esta realidad diversa.

En el vocabulario oficial, China es definida como una entidad política multinacional unificada, y es evidente que el término «nacionalidades» tan discutido al redactarse la Constitución de la Monarquía Española de 1978, figura con total aceptación. Existe, pues, un mosaico demográfico que afecta no sólo a la demografía, sino también a las lenguas (y a sus alfabetos), a las culturas e incluso en las religiones. Existe, además, el gigantesco hecho territorial. En qué medida la fuerza centrípeta estatal se va imponiendo a las fuerzas centrífugas periféricas, por la imposición de una doctrina política masivamente difundida desde la infancia, es una incógnita que muy pocas personas se atreverían a resolver.

## El Ejército

Pero para comprender la totalidad del fenómeno de la Revolución Cultural hay que hacer una referencia al factor fundamental que supone el Ejército. Ya que, en el pensamiento de Mao, las fuerzas armadas, son una pieza-clave. «Todos los comunistas —dice el Gran Timonel— deben asumir la verdad de que "el poder se encuentra en el extremo del fusil". Nuestro principio es: el Partido dirige a los fusiles. Es absolutamente inadmisible que los fusiles dirijan al Partido (52). El núcleo inicial de la rebelión armada se produce, como es sabido, el 10 de agosto de 1927, cuando algunas unidades de la Academia Militar de Cantón fundada por Chiang-Kai-Shek, descubren su adhesión a los ideales revolucionarios y se sublevan, dando nacimiento al Ejército Rojo, bajo un Comité en el que figura Chu-En-Lai. Un año después, en 1928, Mao Tsé-Tung y el general Chu Teh crean el núcleo de rebelión que dará lugar, en 1931, a la República Soviética China. Este núcleo inicial es el que, desde 1934, se verá obligado a la épica «Larga Marcha» de 12.000 kilómetros, a lo largo de las fronteras occidentales de China, y, después de

(52) *Problemas de la guerra y de la estrategia,* 6 de noviembre de 1938. Para la cuestión, véase el libro de Jean Pierre Brule, *Mañana... el ejército chino,* Barcelona, Ed. Dopesa.

unos años épicos, acabará creando en 1949 en la ciudad de Pekín, la República Popular China.

El alma de este núcleo impulsor, es naturalmente Mao, y este elemento militar va a ser, a partir de este momento, la espina dorsal de todo el país, de suerte que todas las etapas de su desarrollo político están definidas por la presencia de los organismos castrenses, desde «El Gran Salto Hacia Adelante» hasta la Revolución Cultural. Para adaptarse a esta marcha, el Ejército Rojo, que empezó organizándose de acuerdo con los modelos soviéticos, se convierte desde 1946, en el «Ejército Popular de Liberación», recibe sus orientaciones del «Comité Central del Partido». Es, en cierta medida, el Partido mismo.

Pero más importante es la aparición desde 1966, de los llamados «Guardias Rojos» —formados por jóvenes instruidos— que pasan a constituir el núcleo dirigente, especialmente a partir de agosto de 1966, en que surgen cientos de unidades militares, reconocibles por el brazalete rojo, y constituidos por sus mentos más jóvenes e intransigentes y que representan un paso adelante en la Revolución Cultural (53).

(53) He aquí algunas de las consignas del «ultimátum» del Cuartel General de los Guardias Rojos del Pensamiento de Mao Tsé-Tung de la escuela secundaria «Revuelta» n.° 1, de Pekín, en contra de la Sociedad de consumo:

«1. Las estaciones de taxis deben dejar de funcionar inmediatamente. Todos los taxis deben entregarse al campo o a las unidades militares.

»2. Todas las tiendas que vendan ataúdes y vestidos para los muertos deben cesar sus actividades inmediatamente. Los ataúdes tienen que ser desmontados y la madera debe entregarse a las fábricas que la utilicen.

»3. Las tiendas que vendan objetos de boda y regalo deben cerrar sus puertas inmediatamente.

»4. Los establecimientos que alquilen libros para niños deben cerrar sus puertas inmediatamente, esperando la inspección de los Guardias Rojos.

»5. Debe suprimirse el pago de dos céntimos por la vigilancia de bicicletas. Esa vigilancia será gratuita.

»6. Las tiendas y los particulares que vendan flores, peces de colores, jaulas para pájaros y palomas, deben cesar inmediatamente en sus actividades.

»7. Se prohíbe la venta de artículos extranjeros y de antigüedades.

»8. Las personas que no ejerzan una profesión conveniente, como los boxeadores, los exhibidores ambulantes, los cómicos, las cantantes callejeras, deben cesar inmediatamente en sus actividades, esperando que el Estado los recoloque. Es preferible que vayan al campo.

»9. Todos los establecimientos de vinos y todas las casas de té que no sean indipensables deben ser clausuradas.

—Ser soldado, en China, es un gran honor —me dice mi intérprete el joven Liu—. Es muy difícil llegar a ser soldado. Quien desee entrar en el Ejército debe someter su petición al Comité del Partido de la unidad de producción quien examinará sus posibilidades de concienciación política y de preparación física, de manera que a veces, en una fábrica sólo se aceptan una o dos por cada cien solicitudes. Después, la Oficina Militar le someterá a un examen mucho más riguroso, superado el cual podrá convertirse con un «soldado rojo».

Los vemos, en nuestro viaje, con frecuencia —pero está prohibido retratarlos—, con su modesto uniforme de color verde-oliva, paseando en sus horas libres por las calles, o por los parques públicos, con su mirada de niños atónitos, sin otro signo que la estrella roja en la gorra. Como es bien sabido, el Ejército Rojo no tiene signos de graduación jerárquica en sus uniformes, ni usa condecoraciones (54). Sólo se sabe que los «cuadros», es decir, los oficiales, llevan cuatro bolsillos en la chaqueta o blusa, mientras los soldados llevan sólo dos, lo que les da un aire desleído y modesto. Se trata de llevar al extremo límite la consigna de que nadie debe superar a nadie en su apariencia física exterior (55), tal como el hombre y la mujer no se distinguen, en la vida civil, por sus trajes, tan modestos y tan limpios, que hemos observado desde nuestra llegada.

Una vez más, la apariencia está unida con la ética, y trasciende una conducta. ¿Cómo se resuelve, en el seno del Ejército, esta inexistencia de signos de jerarquía? ¿Tiene

---

»10. Los consultorios de médicos privados deben cesar inmediatamente, esperando que el Estado dé un nuevo destino a esos médicos.

»11. Los vestidos de ceremonia y los artículos extranjeros que alquilan los fotógrafos deben ser suprimidos inmediatamente. Se prohíbe alquilarlos.»

(54) No puede por menos el viajero de comparar la radical diferencia con el atuendo militar del que un día fue fraternal hermano, el ejército soviético, cuya ostentación de galones y medallas es bien conocida. La ruptura con la URSS, de 1966, trajo como consecuencia este signo diferencial, acentuado después de la Revolución Cultural.

(55) No así los sueldos. Un general cobra 35 yuans; un teniente coronel, 70; un oficial subalterno, 50 (es decir, el salario de un obrero); un soldado, 6. La Revolución Cultural redujo estos sueldos, especialmente para los oficiales superiores, que descendieron en un 30 %. Tomo estos datos del documentado libro de Jean-Pierre Brule, *Mañana... el Ejército Chino*, Barcelona, Ed. Dopesa, págs. 182 y ss.

esta radical uniformidad alguna intención táctica que tienda a confundir al enemigo?

En cualquier caso, según me dicen, la vida militar es muy dura. El soldado inicia su tarea a las 5,30 de la mañana y está ocupado en menesteres militares hasta las 10 de la noche (56), sin que falten períodos diarios para el deporte (una hora y media) y para la lectura (otra hora y media diaria). Pero aparte de este trabajo normal, debe recordarse que el soldado realiza trabajos no militares en fábricas, y comunas agrícolas.

En cuanto a su formación política, no hace falta que se diga que la importancia es enorme, y que, la terapia de grupo se acoge a formas contagiosas del ánimo, tal como acontece en los cantos colectivos, acompañados de músicas militares, con títulos como *Oda al gran glorioso y justo Partido Comunista Chino* o *Presidente Mao, usted es el sol rojo en nuestros corazones* (57).

No se olvide, que junto al Ejército Rojo que posee todas las «formas de disuasión» como se dice farisaicamente, desde la bomba atómica hasta las rampas de misiles, están las «milicias rojas» que constituyen, entre la población civil una prolongación de la fabulosa potencia militar china, cuyo adiestramiento, en boca de Mao Tsé-Tung reza: «El oficial le enseña al soldado, el soldado le enseña al oficial y el soldado enseña al soldado» (58).

Copio, como dato significativo, la lista de *Pruebas nucleares espaciales chinas*, tomada del libro de Jan Deleyne: *La economía china*:

| | PRUEBAS NUCLEARES Y ESPACIALES CHINAS |
|---|---|
| 16 octubre 1964 | Bomba «A» 20 kt de uranio enriquecido (equivalente a la bomba de Hiroshima). |
| 14 mayo 1965 | Bomba «A» de 70 kt de uranio enriquecido. |
| 9 mayo 1966 | Bomba «A» de elementos termonucleares (litio 6) de 70 a 200 kt. |

(56) Una hora más que el ejército soviético.
(57) J. P. Brule, *ob. cit.*, pág. 187.
(58) Citaciones de Mao Tsé-Tung, pág. 179.

| | |
|---|---|
| 27 octubre 1966 | Bomba de operaciones de uranio enriquecido; 20 a 200 kt sobre un misil con un alcance de 600 kilómetros. |
| 27 diciembre 1966 | Bomba termonuclear de 300 kt. |
| 17 junio 1967 | Primera bomba de hidrógeno de 2 a 7 megatones, lanzada desde un avión. |
| 3 julio 1967 | Según fuentes japonesas, bomba de poca potencia. |
| 27 diciembre 1967 | Prueba que no tuvo éxito y que no fue anunciada. |
| 28 diciembre 1968 | Segunda bomba de hidrógeno (quizá de operaciones); 3 megatones. |
| 22 setiembre 1969 | Explosión nuclear subterránea. |
| 29 setiembre 1969 | Tercera bomba de hidrógeno, explosión subterránea. |
| 25 abril 1970 | Puesta en órbita de un satélite de 170 kilos. |
| 14 octubre 1970 | Cuarta bomba termonuclear: 3 megatones. |
| 3 marzo 1971 | Lanzamiento de un segundo satélite (59). |

## La economía vista por un profano

La economía china, planificada férreamente en el marco del socialismo, ofrece a los ojos de un viajero no especializado en cuestiones económicas, algunas características que pueden servir de clave para la consideración general.

1. El primer secreto de la economía china es el de su moneda estable. El *yuan* es una moneda sólida, y —como se encarga de subrayarlo la propaganda oficial— no es víctima de la inflación. Esta estabilidad permite programar tranquilamente el porvenir.

2. El segundo aspecto que el extranjero percibe es el de la paz interior. La China que hoy he recorrido de sur a norte es una balsa de aceite. Ni la calle, ni los establecimientos, ni los medios de transporte reflejan la menor inquietud. El cuidado del orden interno no produce gasto de energía alguno.

3. En tercer lugar, estos condicionamientos conducen a

(59) *Ob. cit.*, Ed. Planeta, pág. 121.

la productividad. El obrero, el campesino, producen, en los nuevos medios colectivizados, más y mejor que en las épocas del burgués industrial y del terrateniente agrícola.

4. En cuarto término, las normas de convivencia, en la República Popular China, desde 1949, y más expresivamente a partir de la Revolución Cultural, reducen los gastos a un mínimo basado en la primacía de la alimentación, de la vivienda, y de una indumentaria, que, al ser uniforme, tiene un índice de coste muy bajo. No existen tiendas de objetos de lujo o para el adorno femenino; no hay apenas cafés o salas de té; el cine es baratísimo, así como el teatro y el circo.

5. El predominio de una política campesina por encima de una política de avance industrial, lo que subraya el apoyo a una vida elemental y sencilla.

Desarrollaremos brevemente estas cinco anotaciones, con la ayuda de un libro excelente, que tiene la ventaja de ser asequible a los lectores de nuestro mundo cultural (60).

1.° Partamos de los salarios del obrero industrial:

«Las remuneraciones varían según las provincias y según los sectores, siendo las más elevadas las de las minas de carbón y las menos elevadas las de la industria textil. La media en las primeras es de 80 yuanes por obrero y en la segunda de 55. Los salarios están repartidos en ocho categorías, de acuerdo con el modelo ordinario de los países socialistas, y las remuneraciones se escalonan desde 36 yuanes por mes para el peón que se inicia, hasta 120 yuanes para el obrero más calificado, o sea una distribución menos abierta que en la mayoría de los países socialistas. Puede ocurrir excepcionalmente que ingenieros de una competencia fuera de lo común reciban salarios que alcanzan a 200, incluso 300 yuanes. Es frecuente, por el contrario, que el director de una fábrica gane menos que el obrero mejor retribuido» (61).

Para valorar estos sueldos tengamos en cuenta el contraste con la realidad: el poder adquisitivo.

(60) Jan Deleynes, *La economía China*, Barcelona, Biblioteca Universal Planeta.
(61) *Ob. cit.*, pág. 58.

PRECIOS EN PEKIN EN 1966
(Un yuan = 0,41 $ US)

| | | |
|---|---|---|
| 1 kilo de harina de trigo ... ... ... ... | 0,32 a 0,36 | yuanes |
| 1 kilo de harina de trigo de calidad superior ... ... ... ... ... ... ... ... ... | 0,44 | » |
| 1 kilo de arroz ... ... ... ... ... ... ... ... | 0,32 a 0,34 | » |
| 1 kilo de arroz de calidad superior ... | 0,40 | » |
| 1 kilo de azúcar ... ... ... ... ... ... ... ... | 1,40 | » |
| 1 kilo de carpa ... ... ... ... ... ... ... ... | 1,80 | » |
| 1 kilo de pollo ... ... ... ... ... ... ... ... ... | 1,68 | » |
| 1 kilo de pato ... ... ... ... ... ... ... ... ... | 2,40 | » |
| 1 kilo de cerdo ... ... ... ... ... ... ... ... | 2,— | » |
| 1 kilo de col ... ... ... ... ... ... ... ... ... | 0,90 | » |
| 1 metro de tejido de algodón ... ... ... | 1,50 a 1,80 | » |

(62)

2.° El orden en la calle es perfecto. La circulación sobre la base del uso casi exclusivo de la bicicleta se regula por medio de agentes que amonestan suavemente a los que no respetan las señales luminosas. La más absoluta confianza

(62) *Ob. cit.*, pág. 54. «El nivel de vida de los obreros chinos de la industria moderna, que es muy superior al de la media de sus compatriotas, no debe evaluarse mediante la conversión del yuan en una moneda como el dólar. La subevaluación manifiesta del yuan hace que el poder de compra sea netamente superior al que resultaría de la conversión de la moneda. El coste de la alimentación en las cantinas de fábrica lo atestigua. Es de 9 a 15 yuanes por mes, según las regiones, por tres comidas al día, es decir, aproximadamente 70 comidas por mes. El precio medio de una comida es establece así en 0,12 yuan, o sea, 3,20 pesetas de 1972. Es verdad que las comidas, si bien abundantes, no son muy variadas y están constituidas esencialmente por un plato de cereales, con algo de carne y de pescado. El coste del alojamiento es también mínimo: los obreros pueden, por un alquiler mensual que no excede de 3 a 5 yuanes, ocupar un piso, pequeño, de acuerdo con normas occidentales —30 m² para 5 personas—, pero espacioso para un país en el que las familias están generalmente hacinadas en locales insalubres a razón de 2 a 3 m² por persona. En Pekín el alquiler de los obreros cuesta de 0,09 a 0,12 yuanes al mes. No deja de indicarse a los visitantes extranjeros que los obreros ganan lo suficiente como para ahorrar en bonos del Estado a la tasa de 4 % anual.» *Ob. cit.*, págs. 60-61.

rige entre las gentes, y no son necesarias precauciones de ningún género.

3.° La laboriosidad y el sentido de la «obra bien hecha» son virtudes proverbiales del pueblo chino, duramente castigado por una tradición de opresión, y de hambre. Admitida la moral socialista, la necesidad de un trabajo puntual y eficiente se afirma por sí mismo. La producción así creada es de superior calidad que la de otros países socialistas, como lo acredita la escasa cantidad de obra desechada (63). Por la misma exigencia idealista de construir un futuro. «No existen —afirma nuestro autor— vacaciones pagadas en China, salvo para los obreros y los cuadros cuyo lugar de trabajo está alejado al de su familia. Los únicos días feriados y pagados son los de las fiestas legales en número de cinco. No se pide a los obreros que hagan horas extraordinarias, salvo en circunstancias excepcionales. No parece que estén pagadas» (64).

Recuérdese en relación con esto, la existencia en cada fábrica de *cuadros de honor* en los que figuran las fotografías de los obreros que se han distinguido por su esfuerzo (65).

4.° Las tiendas en China están muy bien surtidas y uno se pregunta muchas veces cuál es el destinatario de las espléndidas piezas se seda polícroma y de brocados de oro, cuando ninguna muchacha puede ponérsela (66). La moral socialista impone un tono de austeridad, como una normativa ética. Yo he comentado este fenómeno que se da también en el mundo occidental. Las muchachas no se maquillan, ni van a la peluquería para sus peinados, lo que justifican en el sentido de exigirse mayor autenticidad. Asimismo se consideran detonantes los trajes lujosos (67).

(63) *Ob. cit.*, pág. 52.
(64) *Ob. cit.*, pág. 58-59.
(65) K. S. Karol, *La Xina de Mao*, Barcelona, 1972, pág. 273.
(66) Téngase en cuenta que, para los turistas, existen las llamadas «tiendas de la amistad» que contienen las piezas más ricas de la brillante artesanía china, tiendas en donde se paga con yuans y no con dólares como en las equivalentes de la URSS.
(67) Se trata, en último término, del mundo *hippy*, a cuyo análisis he dedicado un libro (*Los paraísos perdidos*, Ed. Seix-Barral). En un artículo reciente he comentado el tema: «Nuestra juventud se viste de pobre. Pantalones deshilachados, faldas raídas, tejidos de apariencia gastada por el uso; calzados de apariencia elemental... (No me descubráis si digo que todo este ajuar de aspecto miserable se

5.º Por lo que se refiere al predominio de lo campesino frente al industrial, existe una larga bibliografía. «Caminar con dos piernas», «aprender a tocar el piano moviendo los diez dedos» son palabras muy comentadas de las *Citaciones de Mao Tsé-Tung,* y es objeto de comentario más amplio en un capítulo anterior.

---

vende carísimo en las tiendas especializadas...) El aspecto de estas gentes busca, evidentemente una determinada apariencia. Acaso sin que nadie lo confiese paladinamente, acaso como una forma larvada de inconsciente colectivo.

»De lo que se trata —digámoslo sin más rodeos— es de ofrecer un perfil que rehúya la aproximación a un aristocratismo minoritario, para sumergirse en una modalidad multitudinaria. El fenómeno se repite.

»Cada momento histórico tiene su apariencia y hasta su lenguaje propio. Yo recuerdo que, al iniciarse la guerra civil, en el costado republicano —o al menos en algunas de sus zonas— se puso en circulación un verbo que tenía un singular sentido, distinto del habitual: "cantar" significaba, en aquella ocasión, destacarse, llamar la atención. "Un traje elegante, una corbata" (su desaparición fue fulminante), "cantaban", porque denunciaban un "status" que las circunstancias del momento no hacían oportuno. ¿Será por ello por lo que hoy, en el campo de la creación estética, se predica un "arte pobre"?

»Pienso que, en algún sentido, las modas actuales, la tendencia a una apariencia descuidada, la deliberada voluntad de aparecer desaliñado o desastrado tienen un significado profundo. Son —incluso sin tener conciencia de ello— formas de demagogia que surgen de una intención sociopolítica tan evidente como escasamente formulada.

»Vestirse de pobre es una innecesaria actitud colectiva, un modo de remar a favor de la corriente. Una manera de no apuntarse a ninguna minoría que pueda interpretarse como una forma de eludir lo masivo y lo gris. Una petición de excusa que nadie ha solicitado.» *ABC,* 18 de agosto de 1978.

# POLÍTICA Y MÍSTICA

*Cien mil árboles, fausto rojo de días helados*
*las nubes del cielo, nube de tormenta rebelde.*
*La niebla oculta los cien dientes de Lung-*
*[Kang,*
*Un clamor unánime:*
*ahí delante han detenido a Chang-Hui-Tsan.*
*Doscientos mil hombres se lanzan sobre*
*[Kiangsi,*
*el viento, el polvo se atorbellinan hasta alcan-*
*[zar casi el firmamento.*
*Levantamiento de los obreros, millones de*
*[campesinos,*
*todos en la misma lucha:*
*por la montaña de Pu-Chu un laberinto de*
*[banderas rojas*

MAO TSÉ-TUNG

## Mao, o el pensamiento sinuoso

Los biógrafos de Mao Tsé-Tung no olvidan señalar la importancia del influjo paterno en sus primeros estados de conciencia. Aquel campesino obstinado que había amasado una pequeña fortuna, se permitió una madurez ociosa, que exornaba con el estudio de los clásicos, especialmente de Confucio. La consabida contraposición generacional enfrentó al hijo con el padre. Mao, ya adulto, declaraba:

«Odio a Confucio desde los ocho años. En mi pueblo había un templo confuciano, y nada me habría sido tan agradable como verlo arrasado hasta los cimientos. Odiaba a mi profesor y a mi padre, que no hacía otra cosa que soltarme citas confucianas. Con los años, empecé a ver cuál era la verdadera causa de mi odio.»

«Pero a pesar de estas negativas impresiones de su juventud —comenta un sinólogo—, Mao asimilará en su desarrollo intelectual muchos elementos de la antiquísima tradición de su pueblo, tratando de acrisolarlos incluso siendo ya jefe de partido» (1).

El lector, después de leer esta frase, desearía ver ampliado el concepto de Mao «empecé a ver cuál era la verdadera causa de mi odio». Pero ahí debe entrar en la selva de las conjeturas. Aventuraré algunas:

¿En qué medida este campesino, hijo de campesinos, que apoya la política agraria frente a la industrial no es, también, un intelectual? ¿Y en qué proporción su marginación del mundo universitario no crea en él un complejo de rencor contra el mundo elitista de algunas de las corrientes intelectuales que, desde principios de siglo, se detecta en todos los focos de subversión de la historia política de China? ¿Y hasta qué punto su adhesión no confesada al confucianismo no es un intento de acercarse al mundo de los letrados?

Blasco Ibáñez, buen intuitivo, hacía notar, al recorrer la China, que «el confucianismo es la religión de los letrados; el taoísmo y el budismo, religiones del pueblo» (2). En la mente de Mao Tsé-Tung, el confucianismo se unía a la mentalidad de aquellos a los que tomó como maestros, pero cuyo rango no pudo alcanzar. Aquellos que, como Chu-En-Lai, no sólo pertenecían a una estirpe de mandarines acomodados sino también a la de los que pudieron completar sus estudios en Europa. Recordemos que Mao, en su más alto momento de su vida de intelectual profesional sólo llegó a ser un humilde auxiliar de biblioteca en la Universidad de Pekín, al servicio del profesor Chen-Tu-Tsin, que procla-

(1) Hegner, *China, un misterio desvelado*, Ed. Plaza y Janés, página 81.

(2) *La vuelta al mundo de un novelista*, Ed. Plaza y Janés, vol. II, pág. 59.

maba: «Hay que poner punto final a toda la vieja sabiduría» (3). En aquellos días, en los que el futuro dirigente, sorbía literalmente los periódicos juveniles del momento, Mao quiso completar sus estudios en Francia, inscribiéndose en la lista de candidatos que abría la «Sociedad para la educación mediante el trabajo, la aplicación y los buenos modales». Pero no fue designado. ¿Qué rencor pudo almacenar Mao Tsé-Tung frente a los que fueron favorecidos?

En cualquier caso, hay noticias más desconcertantes de este período. En 1919 Mao empezó a viajar. Y uno de sus itinerarios le llevó a Chufu, para visitar, justamente, la tumba de Confucio; así como la de Mencio, uno de los más famosos filósofos de la antiguedad china. ¿Era todo ello simple «casualidad»? ¿Presentaba Mao las ofrendas ante las tumbas de los personajes históricos, tanto emperadores como filósofos, sólo porque le caía de paso en su camino hacia Hunan? ¿O era como un instinto racial lo que le empujaba a ello, a la manera del lobo que hereda las experiencias de sus antepasados y las hereda sin saber por qué? (4).

Dígase lo que se diga, las consignas anti-religiosas de Mao, acordes con el ateísmo explícito del materialismo histórico, no pueden desgajarse de un fondo ético, de un trasfondo moral que corresponde a una especie de religiosidad inmanente que se halla en el pensamiento de Confucio. Cierto que esta misma observación podría hacerse en otros países insertos en el marxismo-leninismo, especialmente en la URSS, donde el viajero occidental que llega de una de las zonas más turbias del erotismo y la pornografía, descubre, asombrado, una ética radical, una limpieza absoluta en el campo de lo sexual; la ausencia absoluta de prostitución y, por supuesto, la supresión más absoluta del negocio de lo porno y de lo turbio, tan arraigados en lo que todavía osa llamarse «mundo cristiano occidental». Y no es ninguna argucia recordar el substrato cristiano de la vieja Rusia tan bien expuesto en el famoso libro de Nicolás Berdiaeff *Una nueva edad media.* La experiencia china nos conduce a un estado todavía más profundo y radical; a una moral más austera; a una exigencia cada vez más absoluta. En este sentido, el fondo moral

(3) Hegner, *ob. cit.*, pág. 87.
(4) Hegner, *ob. cit.*, pág. 87.

que, sin duda, irradia del pensamiento de Confucio define la ética de la convivencia humana en la China de Mao que, en cualquier caso, —y probablemente de una manera asimilable a lo que se llama inconsciente colectivo— actúa como substrato de su realidad más profunda y definitoria.

Si no es difícil hallar un substrato religioso en la ética política de Mao Tsé-Tung, como factor subterráneo del espíritu de su pueblo, tampoco habrá de serlo rastrear los elementos del taoísmo, que constituye, junto a los valores del budismo, la otra gran vertiente de la espiritualidad china.

Pero si el confucianismo es, en el fondo, una «conducta», unas reglas morales del juego de la vida, el taoísmo es la clave de un mundo ideológico radicalmente distinto de la filosofía, apoyado en una relación lineal causa-efecto, en una lógica «sucesión», radical «sucesión», de las cosas. Si esto es A, aquello será B. La «consecuencia» es siempre una posteridad. Ahora bien: China ofrece una visión sincrónica de la civilización que está expuesta en el libro más antiguo que se conoce: *I Ching*. El *I Ching* no es un libro para leer, sino un libro de consulta que se utiliza toda la vida. Es un oráculo. Pues bien: se sabe que este libro era de lectura constante por parte de Mao Tsé-Tung «durante su larga marcha hacia el poder» (5).

Es importante recordar que Mao Tsé-Tung es un poeta. «Los hombres de Estado (en China) han cultivado la poesía además de la política. Mao Tsé-Tung es el último ejemplo de esta larga serie de filósofos reyes que se remonta al legendario "Emperador Amarillo", que enseñó el fuego y el alfabeto a China» (6).

Realmente, sorprende esta constante poética en una vida

(5) Luis Racionero, *Textos de estética taoista*, selección y prólogo de ..., Barral Editores, 1975, pág. 17. De *I Ching* hoy se han publicado recientemente, entre 1971 y 1978, diez ediciones, Barral editores. «El fundamento filosófico del *I Ching* es el mismo que el de la Astrología: el Universo es un sistema interrelacionado y armonioso; dentro de este sistema total existen subsistemas, por ejemplo, la persona humana, el sistema solar con sus planetas o la configuración de caras y cruces de tres monedas lanzadas al aire. En un momento dado del tiempo, existe una correspondencia entre los estados de cualquiera de estos subsistemas. Si somos capaces de descifrar uno de ellos... podemos entender el estado de otro subsistema, por ejemplo, una persona.» Racionero, *ob. cit.*, pág. 17.

(6) Racionero, *ob. cit.*, pág. 21.

que oscila entre la filosofía pura y la anécdota militar, entre las ideas generales y el dolor, el exterminio, la fatiga y la muerte. Leyendo los poemas de Mao, escritos en circunstancias terribles, en medios hostiles de clima, angustia vital, miseria, derrota y desaliento produce una emoción inmensa. Pero ayuda a comprender su compleja y poderosa personalidad. Mao componía a veces poesías en el estilo tradicional, pero no recomendaba esta fórmula a los nuevos poetas (7) y acepta la coexistencia de varias estéticas bajo el famoso lema de «Que cien flores florezcan» porque siendo la realidad china contradictoria debe hacerse posible una multiplicidad de expresión (8). En cualquier caso, los discursos políticos de Mao Tsé-Tung abundan en referencias poéticas.

Su posición dialéctica, por otra parte, se apoya en un modo sinuoso que asume, como anotamos en otro lugar, actitudes en apariencia incompatibles, como en su famoso poema

*Cuando el enemigo ataca, yo me retiro*
*cuando se detiene, yo ataco,*
*cuando descansa, yo marcho*
*cuando se despliega, espero*

que ha sido, justamente, puesto en relación con este poema de Laotsé:

*El libro del estratega dice:*
*no provoques la lucha, acéptala,*
*es mejor retroceder un metro que avanzar un centímetro*

Todo ello sirve para integrar a Mao en la estética del taoísmo, a esa búsqueda de armonía entre elementos aparentemente contrarios, y que es uno de sus secretos más sugestivos. De acuerdo con estos criterios, hay una voluntad de armonía, un estilo de vida que hoy alcanza en sucesivas oleadas todo el Occidente, desde el yoga al hermetismo, desde la ecología al Zen, desde la teosofía al mundo hippy (9).

(7) *Vid., Lettera sulla poesia* (1957), en *Sulla litteratura e l'arte*, pág. 178. Edizioni Oriente, Milán.
(8) *Ibíd.*, pág. 182.
(9) Racionero, *ob. cit.*, págs. 20 y ss. Para las concepciones «hippies» de la historia, véase mi libro *Los paraísos perdidos*, Ed. Seix Barral, Barcelona.



14 — 3722

La constante poética es asombrosa a lo largo de la existencia de Mao Tsé-Tung. En los momentos de meditación; en los frecuentes períodos en que el Gran Timonel desaparecía del tumulto político; en la contemplación de los paisajes que diviniza su emoción patriótica; en los momentos de depresión ante la adversidad; en los instantes de la victoria, Mao Tsé-Tung se expresa a través del poema.

Unas veces, dirigiéndose a una de las cimas montañosas de su país, Mao Tsé-Tung escribe:

*¿Quién ha dictado sentencia sobre el bien y el mal*
*que tú has forjado en estos mil otoños?*

O se extasía ante el paisaje patrio:

*Cabalgando al viento las princesas descienden por las verdes*
*[colinas,*
*tiempo ha que salpicaron los bambúes con sus profusas*
*[lágrimas,*
*ahora están vestidas con las rosadas nubes*

cantando, por ejemplo, *A la flor del ciruelo*:

*Dulce y hermosa, no desea para sí la gloria*
*de la primavera;*
*se conforma*
*con ser su heraldo.*

e incluso, las escenas de la guerra, le ofrecen tema para la efusión lírica: Así en el poema *Paso de Lusshan*:

*Bajo la fría luna fría de la mañana*
*los cascos de los caballos resuenan*
*y las trompas sollozan débilmente* (10).

Se ha dicho muchas veces que, al analizar cualquier expresión del pensamiento chino —del pensamiento oriental en suma— debe abandonarse, como ya hemos dicho, nuestra

(10) Traducciones preparadas para este libro por Ricardo Defarges.

contextura mental que tiende a considerar que las cosas no pueden ser y no ser a la vez. La lógica griega, desde Parménides, se niega, en efecto, a establecer esta posibilidad, porque el principio de identidad «cada cosa es ella misma» se opone al principio de contradicción «una cosa no puede ser y no ser al mismo tiempo».

A la luz de esta tradición racionalista, de lógica coherente, no podemos entender este aforismo de Mao Tsé-Tung: «El mundo está hecho de contradicciones. Sin contradicción no existiría el mundo» (11), que podría ponerse en la base de su complejo y sinuoso pensamiento. De ahí que la exégesis a la que se aplica el mismo Mao y, con él toda la cultura oficial de un país de ochocientos millones de habitantes, comporte una suma ingente de opiniones teóricas y de posibilidades de acción todas ellas con su apoyatura táctica correspondiente. De ahí la importancia que asume, en todo el pensamiento maoísta, la noción de *interpretación correcta*, y, como consecuencia, la exigencia de aplastamiento de la que no lo es.

Pero las contradicciones saltan a la vista, en todo caso, con una evidencia turbadora. Quien repase las famosas *Tres Reglas Cardinales de Disciplina*, y las no menos célebres *Ocho Advertencias*, que figuran en las «Instrucciones del Alto Mando del Ejército Popular» (octubre de 1947), se quedará asombrado del espíritu de tolerancia que las inspira.

Análogamente, en el campo cultural, la teoría no menos célebre de la consigna «que se abran cien flores y compitan cien escuelas de pensamiento» que es una de las constantes del pensamiento de Mao (12), así como la política de persuasión que siguió con los elementos universitarios y aun con los miembros de la burguesía industrial y de los grandes propietarios-agrícolas, a raíz de la proclamación de la República Popular China.

Los datos más frecuentes, a través de los libros que hemos podido manejar, nos hablan de una tolerancia casi

(11) *Sobre diez grandes relaciones*, Pekín, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1977, pág. 36. El tema es abordado en su conjunto en un importante trabajo de Mao Tsé-Tung, titulado precisamente *De la Contradicción* (*Obras escogidas*, vol. I) en el que opone este concepto a «las concepciones dogmáticas del marxismo-leninismo».

(12) «Sobre el tratamiento correcto de las contradicciones en el seno del pueblo» (27 febrero 1957), *Cartas de Mao Tsé-Tung*, pág. 323.

increíble. Según estos datos, antes de la Revolución Cultural ningún catedrático de universidad había sido expulsado (13) y una parte importante de los antiguos industriales continuaba al frente de sus fábricas, incorporados a la nueva organización comunista. Los dueños de tiendas o comercios continúan con su nombre puesto sobre las fachadas de sus establecimientos, que siguen rigiendo, convertidos en funcionarios estatales. En cuanto a las comunas agrícolas se insiste en la agrupación voluntaria de los pequeños terratenientes, a medida que se iban persuadiendo de que el trabajo en común y la reunión de las cosechas facilitaba su mejor comercialización (14).

Pero tan evidente como esto es la dureza de la represión, que se produce en los años 1951 y 1952. También sobre ello hay abundante documentación (15). Los «latifundistas reaccionarios», los «señores feudales» eran condenados en el curso de expropiaciones violentas, por tribunales de campesinos. Stalin explicó a Churchill que una operación paralela había sido necesaria para eliminar a los *kulaks* o propietarios rusos, en una suma que se cifra en diez millones de personas (16). En cuanto a China es el propio Mao Tsé-Tung quien nos informa de lo sucedido. «En ese momento de represión a los contrarrevolucionarios se ejecutó a cierto número de personas. ¿Qué clase de gente eran? Eran contrarrevolucionarios que habían amontonado numerosas deudas de sangre y a quienes las masas odiaban a muerte. En una gran revolución de seiscientos millones de personas, si no hubiéramos matado a estos "tiranos del Este" y "tiranos del Oeste", el pueblo no habría podido levantarse. De no haberse procedido a esa represión, las masas no estarían de acuerdo con la política de clemencia que hoy adoptamos» (17). Según esta

(13) Portisch, *La China que he visto*, págs. 210 y ss. Incluso el emperador P'u-i, es decir el hijo de la última emperatriz de China, vive en Pekín, trabaja en un instituto de investigación (primero fue jardinero) y hoy se sienta en el Congreso Popular en calidad de diputado.

(14) El hecho no debe sorprendernos. Nuestras cooperativas agrícolas son el resultado de una reflexión análoga.

(15) H. S. Hegner, *China, un enigma desvelado*, Barcelona, Ed. Plaza y Janés, págs. 316 y ss.

(16) H. S. Hegner, *ob. cit.*, pág. 317.

(17) *Sobre diez grandes relaciones*, ed. cit., pág. 23-24.

«política de clemencia», siempre habla Mao Tsé-Tung, el criterio «según la política iniciada en Yenán», a la mayoría de ellos se les debe enviar a las cooperativas agrícolas para que participen en la producción bajo vigilancia y se transformen a través del trabajo físico. Sin embargo, aún no podemos declarar que no ejecutaremos a ninguno; no podemos abolir la pena capital» (18).

Es curioso, pues, que las tres grandes religiones que han impregnado el alma china ponen su acento en la conducta más que en la exaltación mística. Incluso el *taoísmo*, que se asienta en la unidad cósmica del universo, impregnada por el espíritu del *tao*, se apoya en unos consejos en torno al modo de hacer, o, si se quiere, al modo de no hacer. «Deja que todas las cosas sigan su curso natural y no te inmiscuyas, pues lo que se enfrenta con el *tao* perece pronto». Y, en todo caso, de no hacer agresivamente: «Devuelve bien por mal. El amor es victorioso en el ataque e invulnerable en la defensa. El Cielo acoraza con amor a quienes quiere preservar de la destrucción.» El rastro de esta actitud en el pensamiento de Mao es evidente, como veremos en seguida (19). También el pensamiento de Confucio está más cerca de la moral que de la mística; es un modo de hacer. «Obra siempre como desearías que los demás obrasen contigo.» Se comprende bien que la clase dirigente, los mandarines, eligiesen a Confucio como su norma de conducta: «El hombre de alma noble pone la justicia por encima de todo. Se puede hacer que el pueblo siga el camino recto, pero no que lo comprenda. Si tú, como soberano, deseas el bien, el pueblo será bueno.» Analizar los textos doctrinarios de la religión budista nos conduciría a

(18) *Ibid.*, pág. 25. El problema de la represión política, del exterminio de los enemigos del régimen es ciertamente escalofriante. Si se dan cifras como diez millones de personas, ¿cómo hallar justificaciones para esta enormidad de víctimas? ¿Se barajará el argumento de comparar este número con el de la población china? ¿Será lícito oponer esta cifra a la de 50 millones asesinados por Chiang Kai Shek? ¿Se recordará que, sólo en una ciudad, Nanking, y en un solo día, los japoneses asesinaron en 1937 50.000 chinos? ¿Será ético comparar estos desastres con la depredación de los indios pieles rojas en la puritana política norteamericana del siglo XIX? ¿Nos atreveríamos a traer a colación el genocidio del pueblo judío por los verdugos nazis?

(19) Y dejamos de lado el influjo estético, que estudiamos en otro capítulo.

textos en algún modo complementarios sobre la conducta del hombre.

En el pensamiento de Mao, tan complejo, estas nociones aparecen en cuanto manejamos el índice temático que constituye las famosas y portátiles *Citas del presidente Mao Tsé-Tung* (20). La seguridad dogmática que, como buen comunista, mantiene su pensamiento y la decisión radical de imponerlo por medio de la guerra, es decir a sangre y fuego, con la ulterior eliminación del «enemigo» (21), aparecen curiosamente mezclados con una dialéctica de la persuasión y partiendo de que «palabras y actos deben contribuir a unir, y no a dividir a los pueblos de nuestras distintas nacionalidades» (22). En las consignas a sus tropas, en plena guerra civil, Mao Tsé-Tung aconseja a los soldados no proceder con arrogancia (23) ni buscando preeminencia (24). Y sus famosas *Tres Reglas Cardinales de Disciplina* señalan la necesidad de: 1) obedecer las órdenes en todas las acciones; 2) no tomar a las masas ni una sola aguja, ni una sola hebra de hilo; 3) entregar todas las cosas capturadas (25). Estas reglas, se apoyan en Ocho Advertencias: 1) hablar con cortesía; 2) pagar con honradez lo que se compre; 3) devolver toda cosa solicitada en préstamo; 4) indemnizar por todo objeto dañado; 5) no pegar ni injuriar a la gente; 6) no estropear los cultivos; 7) no tomarse libertades con las mujeres; 8) no maltratar a los prisioneros.

Si hemos de atender las informaciones en torno a la implantación del sistema, habríamos de admitir que la palabra «persuasión» parece predominar. Los profesores de la Universidad fueron persuadidos a aceptar la nueva ideología, como los campesinos propietarios fueron persuadidos para incorporarse a las comunas (26). Ésta es, por lo menos, la verdad oficial al respecto.

(20) Ediciones en Lenguas Extranjeras, Pekín, 1975.
(21) «Somos partidarios de la abolición de la guerra; no deseamos la guerra. Pero la guerra sólo se puede abolir mediante la guerra. Para acabar con los fusiles se debe empuñar el fusil.» Texto de 1938, pág. 68.
(22) Texto de 1957, pág. 51.
(23) Texto de 1943, pág. 255.
(24) Texto de 1942, pág. 257.
(25) Texto de 1947, pág. 271.
(26) Incluso los sacerdotes católicos fueron persuadidos para que rompieran con la disciplina de Roma, para ser autorizados a continuar

¿Y no es un signo de tolerancia, en último término, la archiconocida y tantas veces citada consigna de Mao en torno a «las cien flores»?

Se diría que, en el alma china, la armonía de contrarios es fundamental.

Para comprender las afinidades entre la moral de Confucio y el pensamiento de Mao Tsé-Tung, basta con analizar su pensamiento sociológico, que siguiendo los esquemas de uno de sus mejores divulgadores (27) puede traducirse así, en los aspectos más confluyentes entre uno y otro sistema:
a) Cuando venza la gran verdad, entonces la tierra será propiedad de todos. Se escogerá a los más sabios y a los más competentes para que mantengan la paz y la concordia.
b) Los individuos fuertes tienen el deber de trabajar. A los ancianos, a los débiles y a los niños los sustenta la sociedad.
c) La economía debe ser organizada, partiendo de la célula familiar... Las obligaciones resultantes del cultivo de la tierra y de las estaciones serán cumplidas con una cierta espontaneidad, sin que la idea de la remuneración juegue un papel especial.

En un panfleto antimaoísta que ha circulado entre nosotros (28) se recoge una frase de Lin Piao, el polémico disidente de la ortodoxia china, en el que se dice que Mao Tsé-Tung *no es un verdadero marxista, sino un discípulo de Confucio.* Y es un hecho que, en sus escritos, Mao ha citado muchas veces textos de Confucio.

Es evidente, en resumen, que de las dos grandes fuerzas religiosas que se instalaron en China, una de ellas, el budismo tiene un significado místico puesto que busca la trascendencia del hombre, en el nirvana, a través de una serie de transmigraciones; la otra gran fuerza espiritual, el confucianismo, se apoya en un magisterio moral, en una ordenación de la conducta. Por mucho que sepamos que Mao Tsé-Tung se enfrentó a cualquier religión, de acuerdo con su doctrina marxista-leninista que predica la concepción atea del materia-

---

su misión. Misión de la que, durante mi viaje, no he tenido la menor noticia o información visual.

(27) Richard Wilhelm: *Confucio,* Alianza Editorial, págs. 140 y siguientes.

(28) *El testamento de Mao y el porvenir del mundo, revelaciones capitales hechas a Gérard Boulakian,* Barcelona, Ed. Plaza y Janés, 1977.

lismo histórico (29) y que se burló concretamente de Confucio (30), es lo cierto que lo que nosotros percibimos cuando recorremos la China actual, es una valoración de la ética sobre cualquier estética. Alain Peyrefitte en su famoso libro ha comparado a China con una unidad religiosa cuya conducta puede equipararse al momento más exigente de la civilización cristiana.

Por lo demás, la terapia de grupo, por la que, en cada comuna o en cada comité de fábrica, la colectividad reprende al desviacionista, ¿no se parece a las actitudes penitenciales con las que el miembro de una comunidad monástica cristiana se acusa públicamente ante sus hermanos de sus pecados y negligencias?

De nuestra experiencia personal deducimos la enorme importancia que, en el sistema chino, tienen las decisiones colectivas. La docena de intérpretes que, a lo largo de más de dos mil kilómetros, ha ido sucediéndose en grupos de cuatro —dos permanentes y dos cambiantes en cada ciudad— no han tomado nunca decisiones personales, ni siquiera por parte del que parecía tener mayor autoridad.

La colectividad, pues, es la que maneja los juicios de valor sobre las conductas individuales. Y en los casos de sanción por conducta errónea, se tiende a que el «acusado» reaccione por sí mismo, medite acerca de sus errores y se convenza de la conveniencia de cambiar su actividad.

De ahí la enorme importancia de las concentraciones multitudinarias, los desfiles masivos, los espectáculos conjuntos humanos que tienen, a lo que creo, un valor de contagio y de convicción impresionantes.

De ahí, también, que al ponernos en contacto con las gentes —desde los niños en edad escolar— encontremos esa imperturbable convicción de que se encuentran en el buen camino, en la ruta marcada por el pensamiento Mao Tsé-Tung. Y que la exposición de este pensamiento sea la espina dor-

(29) Véase su estudio *De la Contradicción* (1937) en Obras Completas, vol. I.

(30) En su trabajo *La orientación del movimiento de la juventud*, donde le reprocha su incapacidad para el trabajo práctico, la voz de alerta de Mao contra el viejo maestro pasó al campo profesional de la filosofía, y un diario de Pekín, *Conocimientos*, en diciembre de 1973, publicó un resonante artículo del pensador chino Teng-Yu-lan invitando a las masas a una «guerra popular» contra Confucio (*ibid.*, III).

sal de todo el sistema educativo, utilizando precisamente el método de la repetición coral o colectiva de los mismos textos al ritmo de los mismos movimientos coreográficos o gimnásticos.

El tema —como hemos dicho más arriba— no ha escapado a la fina penetración de Alain Peyrefitte:

> «Así, *China se nos muestra como una comunidad monástica* compuesta por ochocientos millones de seres que observan, sin saberlo, los tres votos, al practicar la igualdad en el trabajo, la sobriedad y la entrega al bien público, así como la abnegación. Parece lograrlo merced a un adoctrinamiento constante, por el encanto de una piedad hábilmente fomentada, mediante una idolatría colectiva, utilizando, en definitiva, unos mecanismos muy simples. No puede dejar de sorprender la semejanza de estas técnicas con la ascesis cristiana. La sociedad china parece que se mortifica, de igual modo que hacen los religiosos con su cuerpo a base de ayunos, privaciones, vigilias, trabajos extenuantes, castigando su codicia, acallando sus pasiones, reprimiendo su concupiscencia bajo una vigilancia recíproca, practicando la penitencia a fin de refrenar los deseos y la voluntad rebelde. ¿Y si la revolución china, por la altura de sus ambiciones y la profundidad de su trayectoria, fuera una especie de conversión colectiva, que, como la conversión cristiana, cambia el sentido de las palabras "liberación" y "alineación"?» (31).

Es evidente que, al analizar el talante de la China de hoy, nos resulta muy difícil comprender la imagen de un

(31) *Ob. cit.*, pág. 1. Y comenta atinadamente el mismo escritor: «¡Qué paradoja! He aquí que el Occidente evangelizado se ha convertido en consumidor, buscador de goces, erótico, individualista, anárquico. Por su parte, esta China, no evangelizada (y refractaria a los evangelizadores) nos manifiesta que rechaza y denuncia este frenesí, que profesa las virtudes ascéticas, que cultiva el espíritu de pobreza, castidad y obediencia, dando nacimiento a una Humanidad austera y comunitaria. Una nación oficialmente materialista da una singular lección de desinterés, hacia los bienes materiales a una civilización espiritualista, pero cuya conducta y modo de vida ponen de manifiesto un fuerte apego a estos mismos bienes materiales.»

pueblo corrompido, tal como lo descubrieron los viajeros de ayer en Shanghai o en Nanking —o los de hoy, en Hong Kong o Macao—. La China de los prostíbulos y de los fumaderos de opio.

La impresión que hoy recibe es la de un comportamiento moral rayano en el puritanismo. Apenas he visto chinos con un cigarrillo en los labios; ni muchachos y muchachas pasearse cogidos de la mano. Cualquier alusión al erotismo —nada se diga de la pornografía— en los espectáculos ha desaparecido. La vida de estas gentes es, en verdad, espartana. Cuando llegamos, en una cálida noche de estío, a las primeras avenidas de Pekín, observamos a millares de mozos que, sentados en el suelo, por grupos de cuatro, jugaban a las cartas. No tenían un vaso de bebida a su alcance. Las muchachas no se maquillan, porque ello supone atraer a los jóvenes por su aspecto físico, cuando la atracción debe producirse por identidad en los sentimientos socialistas.

La limpieza de las calles —ya he dicho que en toda China no hay un papel en el suelo— y de los vestidos —las impolutas camisas blancas— es un reflejo de una pulcritud espiritual.

Esta transparencia en la conducta, este sofrenar las pasiones, ¿no es análoga a la moral que predicaba Confucio? ¿Y no es cierto que el mismo Mao ha citado a veces textos del famoso filósofo?

La paradoja es evidente. Pero es también evidente su sentido contrario.

«Lo que se reprocha a Confucio —anota Peyrefitte— es que, al propugnar la "benevolencia", ayudó, durante dos mil años, a mantener el feudalismo, el dominio de unos cuantos sobre la inmensa mayoría. "Sed benevolentes y obedecerá el pueblo", escribió Confucio. Mediante la "benevolencia" se puede embaucar y adormecer al pueblo. He aquí por qué es necesario reaccionar de nuevo. Una sociedad no progresa mediante la "benevolencia" ni el "respeto a los ritos" sino a través de una incesante lucha de clases. La revolución debe proseguir o perecer. Sólo puede ser perpetua; de lo contrario, no existe» (32).

Por otra parte, el culto a Mao Tsé-Tung, ¿no trasciende

(32) *Ob. cit.*, pág. 125.

una cierta actitud religiosa, una veneración hacia unas reglas de conducta, tal como las que emanan del pensamiento de Confucio? Algunos observadores de la política china lo han observado así. Por ejemplo, al descubrir el entusiasmo provocado por la Revolución Cultural, escribe Jean-Pierre Brule:

> «Paralelamente, se inicia una gran campaña para la difusión de las obras de Mao. La ola de entusiasmo por el estudio del "pensamiento" del presidente Mao se extiende a toda China. Durante este verano ardiente la fiebre alcanza también a todas las imprentas del país a fin de asegurar para el 1.º de octubre de 1966 —decimoséptimo aniversario de la fundación del régimen— la impresión de treinta y cinco millones de ejemplares de las *Citaciones del presidente Mao Tsé-Tung*. Toda China, hasta el más humilde caserío, discute, recita e incluso canta en común capítulos enteros de esta nueva Biblia. El ritual no se limita solamente a una actitud del espíritu, sino que alcanza a los gestos: es una cosa honrosa llevar en la mano un pequeño libro rojo. Occidente se sorprende de lo que no podría romper una larga tradición china de privilegio de los escritos canónicos; es olvidar que los chinos tienen la costumbre de recibir los pensamientos desde arriba. La doctrina de Confucio ya era antaño monopolista y obligatoria. Así como, no hace mucho, los Hijos del Cielo se embebían del pensamiento de Confucio, los chinos de hoy deben conocer el "pensamiento" de Mao Tsé-Tung» (33).

Es curiosa esta simbiosis, tan contraria a las famosas «críticas» a Confucio, características de la doctrina maoísta. Y todavía más sorprendente la famosa frase del Gran Timonel, recogida por el periodista Edgar Show, cuando, refiriéndose a su muerte, Mao Tsé-Tung, dijo: «Cuando llegue la hora de ver a Dios.»

(33) Jean Pierre Brule: *Mañana... el Ejército chino*, Barcelona, Ed. Dopesa, pág. 68.

## PROGRAMACIÓN Y MÍSTICA

Programar de acuerdo con una mística. He aquí lo que el viajero percibe en sus contactos con estas gentes. Una mística que exige, claro está, una obediencia, una escala de sacrificios, una férrea voluntad unitaria.

—Los ciudadanos soviéticos —le digo al amigo chino que me acompaña—, pueden ya comprarse un coche.

—Los ciudadanos chinos —me contesta—, *no deben* comprarse un coche.

Creo que la diferencia fundamental entre las dos revoluciones se encuentra en la distancia que va del primer «puede» al segundo «no debe». No se trata de una actitud voluntaria; sino de una exigencia ética. Aunque pudiera, la revolución china exige un compás de espera. Hay que continuar, pues, en el reino de la bicicleta. Toda la inmensa geografía china está rayada por las ruedas delgadas de millones de bicicletas. El trabajo y el ocio van en bicicleta, vehículo barato —150 yuans— mientras el país necesita la gasolina que gastaría el automóvil en urgencias de tipo colectivo. El ciudadano chino «no debe» permitirse el lujo de tener un vehículo a motor. Sólo las poquísimas personas que ocupan los más altos puestos administrativos pueden dirigirse al Estado para pedirle el uso de un coche en determinados momentos, y para muy concretos servicios.

El sueldo de un obrero, de 40 a 50 yuans mensuales a nivel operario, y hasta 150 a nivel dirigente y técnico, le permite la compra de los alimentos —10 yuans mensuales— la del pago del alquiler de su vivienda —15 % de su sueldo— y el resto para el gasto complementario.

En cualquier caso, la preocupación marxista por el rendimiento sustituye a la noción capitalista de control de producción.

Se entiende, en efecto, que la conciencia socialista del obrero impone y exige que el trabajo sea lo más productivo posible, porque esa tarea se integra en el esfuerzo comunitario de la colectividad. Por esta razón, los dirigentes políticos de estos países se afanan en mostrar a los viajeros los logros obtenidos, vinculados, por supuesto, a la Revolución, a partir de lo que se llama, en la terminología maoísta «el Gran Paso hacia Adelante» y que se sitúa en 1958. Así en Hang Chow, además de la comuna agrícola para la producción del té —el té verde, de gusto tan áspero, que es el que aquí predomina— nos invitan a visitar una unidad de producción en torno a la manipulación industrial de la seda, desde el capullo del gusano hasta la elaboración de brocados. Como en ocasiones anteriores, somos atendidos por el personal obrero dirigente, recibimos las explicaciones necesarias y podemos hacer nuestras preguntas. El conjunto industrial emplea a 4.700 obreros que repartidos en tres turnos crean un trabajo sin interrupción de las veinticuatro horas del día, en tandas de ocho horas. La producción crece espectacularmente y ha supuesto, en el año último, una cifra de 18.000.000 de metros de seda. Y, por supuesto, a pesar de los enemigos de fuera, la Rusia Soviética, y de dentro, la famosa «Banda de los Cuatro» que sale de nuevo a colación y a la que se atribuyen los más toscos proyectos contrarrevolucionarios.

La proliferación de gritos —a través de los altavoces callejeros— y consignas —en anchas bandas rojas que contienen pintadas de blanco las frases adecuadas— crean una mentalidad radical, que se percibe en cuanto se cambian cuatro palabras con estas gentes.

El socialismo es una realidad futurible en la medida en que «se está haciendo» día por día, hora por hora. El trabajador sabe que se encuentra en ese momento de la lucha en el que cualquier sacrificio es rentable y necesario. Por un principio de ética todos deben plegarse a la programación establecida, porque querer hurtarse a este ritmo apareja una traición. He aquí la razón que asiste a los persegui-

dores de los que intentan escurrir el bulto; a los que, desde el muro de Berlín, disparan sobre los que intentan abandonar el rigor del socialismo de la Alemania Democrática; sobre los que cometen el pecado de insolidaridad. De ahí que, al hablar con estas gentes, no podamos utilizar otro lenguaje que el que comporta la aceptación de su idealismo revolucionario.

Éste es, pues, un pueblo que espera. Que acepta que el momento es duro; que queda mucha tarea por realizar. Y que el reinado de la bicicleta, o el del transporte de mercancías en carretones de mano, o el de la reducción del atuendo a límites de decorosa pobreza es una exigencia del momento, una necesidad que hay que aceptar con esperanza y alegría.

A las cinco de la mañana, la estación central de radio de la República Popular China emite sus primeros sones. Es una música alegre, ligera y estimulante, que advierte que el día —es decir, el trabajo— ha comenzado. Millones de chinos, a esta hora, van a realizar sus ejercicios físicos, tal como está mandado. Muchos de ellos, como es sábado, en plena calle, en grupos espontáneos que van marcando tablas gimnásticas junto a movimientos que imitan —a ritmo rápido o paso lento— actitudes de esgrima o lucha corporal. El chino tiene la obligación de estar en forma, porque sabe que la agilidad del cuerpo, su ascesis y su norma, repercuten en las facultades del alma.

Cuerpo limpio —la higiene del cuerpo, tan exigida como la nitidez absoluta de las camisas blancas que son el uniforme veraniego del país— en alma limpia. Todavía más que en la URSS —y ya es decir— el viajero no detecta en todos sus desplazamientos por el país la menor sombra que refleje torpeza para los sentidos.

El erotismo y su infame negocio (la pornografía) han quedado como signo tristemente diferenciador de lo que todavía se llama (desvergonzadamente) «civilización cristiana occidental».

Las muchachas chinas —algunas de belleza deslumbradora— son las primeras colaboradoras en este programa, con la simplificación de su atuendo uniforme y la supresión absoluta y total del maquillaje.

El tema exige alguna meditación. La apariencia física de

estas gentes tiende, como es lógico, y evidente, a lo igualitario. El traje Mao está pensado para eliminar hasta el último rasgo de diferenciación. Incluso las jerarquías militares (en esto sí, bien distintas de las soviéticas) han suprimido galones, estrellas y condecoraciones. Sólo al tiempo de estar aquí os descubren que como único rasgo diferenciador los soldados llevan dos bolsillos en las guerreras y los oficiales, cuatro. Añadiremos que la disciplina militar es férrea así como la constante ejercitación en el manejo de las armas.

El uniformismo tiene, pues, una intención política y ética. Como ya dijimos, un hombre o una mujer pueden, en China, comprarse una bicicleta —instrumento universal igualitario— pero no pueden (no deben) comprarse un automóvil, aunque hayan ahorrado para ello, porque esto crea una imagen diferenciadora. El igualitarismo es una cuestión ética. Nadie debe reclamar para su persona un relieve distinto a los demás. Es una consigna más que una orden.

Yo recuerdo que, al empezar la Guerra Civil española, de lado republicano, la fuerza de las cosas impuso unos modos igualitarios en el atuendo. Las corbatas de los hombres desaparecieron a la misma velocidad con que se evaporaron los sombreros de las mujeres. Se exageraba, en esto, para evitar equívocos. E incluso surgió un curioso verbo en el argot de aquellos días: el verbo «cantar». Esto «canta» quería decir «esto llama la atención»; esto intenta ser distinto; cuidado, ésta puede ser «fascista».

La tendencia igualatoria en el vestir —la misma que observamos en nuestros jóvenes—; la moda «hippy», contiene, pues, un significado político. El joven de procedencia «burguesa» parece tender a hacerse perdonar su origen para adoptar unos atuendos «populares». El mismo sentido, pero naturalmente con mayor rigor, adquiere la radical uniformidad que presenciamos al recorrer, de punta a punta, la República Popular China. El traje «Mao», casi siempre de color gris plomo, de cuello vuelto y cerrado —desaparición, pues, de la corbata— se sustituye en verano por la ya citada camisa blanca —siempre impoluta— y el pantalón gris, igual para los hombres que para las mujeres. China se convierte en un inmenso país uniformado.

Por eso, hacer gimnasia por la calle, a las cinco de la ma-

ñana, es un trámite más de una vida colectivizada. Y es emocionante ver, a esa hora, junto a jóvenes escolares y hombres maduros, a verdaderos ancianos que intentan, como pueden, acompasar sus frágiles cuerpos a los movimientos de su grupo. Esta operación cotidiana, pues, tiene un alcance político y es, a la vez una ética y una estética, regida por los altavoces que presiden todos los movimientos de la colectividad. La música suena en todas partes: en las estaciones de ferrocarril y en los trenes en marcha; en los aeropuertos; en los establecimientos escolares entre clase y clase. La música suele ser alegre, estimulante, de corte dinámico y de estilo occidental.

De ahí el tono juvenil de las muchedumbres, acentuado por cierto infantilismo en el rostro. Curiosa observación: casi nadie lleva gafas —ni siquiera gafas de sol—. La notación se acentúa en los talleres de artesanía, donde difíciles tareas de pintura, filigrana y relieve exigen una visión muy aguda. A mis preguntas me han contestado que los chinos, en la escuela, entre clase y clase y naturalmente siguiendo el ritmo que marca en los altavoces una música adecuada, realizan cotidianamente ocho ejercicios de masaje ocular que presionan sobre las sienes, los párpados, los pómulos y las cejas. Si esto es cierto (y puede serlo en el país prodigio de la acupuntura) ¿puede imaginarse la economía que supone los millones de gafas cuya ausencia da a los rostros el aspecto juvenil que no encontramos en las caras que llevan anteojos? Pues bien, todo esto se hace también a base de mística, en este inmenso «ballet» que es la República Popular China.

Hemos dicho que es una estética; pero también una ética. La sencillez del atuendo va acompañada, en las muchachas, por la total supresión del maquillaje. Penetremos un poco en el tema, para lo cual, como en el caso del traje, nos servirá una comparación con los hábitos de nuestras juventudes occidentales. También las muchachas de hoy, en nuestras latitudes, se maquillan menos que sus madres. Y, como en el caso de China, probablemente por razones éticas. La muchacha de hoy, especialmente la que está inmersa en movimientos de tipo «progre» o feminista, defiende la autenticidad de su faz y ataca el maquillaje que la con-

Presenciamos en China dos tipos de teatro: el que recoge la tradición-popular, por ejemplo, «El Rey Mono contra el Demonio del Hueso Blanco»...

...y el teatro político, en el que se ve a los soldados de la Revolución Maoísta salvando al buen pueblo de los «malvados terratenientes» que los esclavizan.

La Gran Muralla, cuya dimensión mitológica se explica en estas páginas.

Cómodos y sólidos convoyes ferroviarios acercan al viajero a la frontera de Mongolia.

vierte en «mujer-objeto». En las consignas que circulan entre la juventud comunista china se hace hincapié en que la pareja humana no se produce por el atractivo físico sino por la radical y absoluta coincidencia en sus modos de pensar dentro del socialismo. Una conciencia socialista va más allá, debe ir más allá del atractivo sexual, para integrarse en un servicio al Estado, en una procreación que dará a la República Popular nuevos campesinos, nuevos trabajadores y nuevos soldados. El matrimonio es, pues, una parte de la conciencia cívica y se acomete con plena responsabilidad, y nunca a edades tempranas. De ahí que existiendo legalmente el divorcio el número de separaciones es relativamente escaso. No hace falta que diga que el matrimonio es exclusivamente un contrato civil.

Así, por ejemplo, en Shanghai, he pasado una tarde entera en una curiosa institución llamada «Palacio de los Niños», donde, por turno, grupos de pequeños en edad escolar —desde los cinco a los doce años— reciben lecciones de música, de canto, de ballet, de cantos folklóricos, de deporte, de convivencia política. Al llegar al gran edificio soy recibido por el eje de la entidad, que tiene nueve años. Es un mozo guapo, despierto, sonriente, que luce con orgullo, en torno al cuello, su pañuelo rojo de pionero. Conduce a nuestro grupo a una sala de recepción y lee con voz enérgica un discurso de bienvenida; junto a él, una niña de unos ocho años, cumple una misión análoga. Se establece el diálogo. Les preguntamos qué desean ser en el porvenir: el mozo, sin pestañear, declara que quiere ser soldado del Ejército Popular para contribuir a la Patria Socialista; la niña, con no menos ímpetu, nos declara que desea ser aviadora para defender contra los traidores y los enemigos el espacio aéreo de su país. Recorremos las aulas, donde presenciamos ejercicios musicales y coreográficos y escuchamos los cantos corales de niños de muy corta edad: el primero se titula *Resplandece el sol sobre la V Asamblea de la República Popular*; el segundo se titula *Canto al Presidente Hua*; el tercero se llama *Somos soldaditos rojos en la nueva Gran Marcha*; y el cuarto: *Seguimos de cerca al Presidente Hua.* Los actos finales, ya en el gran teatro de la institución, terminan con un gran ejercicio coral y coreográfico bajo el título de *Homenaje a Chu En Lai,* que



15 — 3722

se culmina con un ademán de entrega de grandes flores rojas.

En Pekín, he tenido ocasión de permanecer varias horas en la Escuela Nacional de Cultura Física, fundada por iniciativa personal del Presidente Mao en 1958. La institución, ampliamente (y sobriamente) instalada, posee ciento cincuenta profesores y un millar de alumnos, en las edades comprendidas entre los siete y los catorce años. Se practican los juegos gimnásticos y las competiciones deportivas, en especial el ping pong y el balonvolea, que se consideran como característicos del país. Como se valoran los ejercicios de lucha tradicional, desde las épocas de la China feudal y nobiliaria. Combates a espada y lanza, a palo y puño; enfrentamiento de la fuerza y la astucia, son seguidos apasionadamente por los grandes públicos que, como el del Circo de Shanghai —que he visitado— presenta programas de enorme calidad acrobática, y convierte a sus artistas en figuras de talla internacional.

Relaciono todo esto con voluntad de síntesis, a la búsqueda de una integración definidora. Uniformismo, música, ascetismo; ética y estética.

Pienso que, en la cumbre de este juego de fuerzas colectivas podría colocarse el espectáculo de la Ópera China que he tenido ocasión de admirar en Pekín. La representación a la que he asistido, con el teatro abarrotado, tiene como título *El diablo de los huesos blancos*, y su tema, tomado de un relato popular tradicional, tiene como base la leyenda de *Si yen Ki* «Peregrinación al Oeste», emprendida por cuatro monjes budistas, en busca de los libros sagrados, que se ven asediados por un maléfico mono llamado Suen Wu-Kong, que puede adoptar diversas apariencias, hasta 72 metamorfosis (pájaro, fiera, insecto, pez, hierba, árbol... e incluso la forma humana) intenta obstaculizar sus piadosos deseos.

El tema de las transformaciones del personaje tiene una raíz profunda en la medida en que refleja las contradicciones del alma humana. La representación es una pura maravilla, como escenografía y como interpretación. Pero lo que da valor representativo al espectáculo es su condición de síntesis en la cual la voz y el canto se presentan unidos a una exhibición prodigiosa de gesticulación, agilidad acro-

bática, escenas de lucha y desafío. De manera que todas las posibilidades gimnásticas del hombre se alían a una lucha en pro de un ideal. En este sentido, la Ópera China, como *espectáculo total* es un ejemplo de permanencia y a la vez de función de fuerzas cuyo carácter representativo enlaza bien con el talante del hombre chino de hoy tal como he querido reflejarlo en este capítulo.

El léxico comunista elimina el «sex-appeal» como lacra burguesa y revolucionaria, en la medida en que el atractivo físico podría sustituir la atracción derivada de una comunidad de ideales socialistas. Del mismo modo, están eliminados los bailes al estilo occidental. Las muchachas extreman su disciplina no llevando adorno capilar, ni joya de ninguna clase. La política de «no diferenciarse» empieza por la presencia física.

Cuando le pregunto a mi intérprete Liu, que tiene veintitrés años, cuándo se casa, me dice que éste es un acto que debe realizar con gran sentido de responsabilidad. Él sabe muy bien que la norma general es el matrimonio a partir de los treinta años, como el número de hijos se fija en la pareja. Esta norma llega, en caso necesario, en forma de «consejo» emitido por la «comuna» o «brigada» a la que estén los jóvenes adscritos.

En un curioso reportaje sobre China he leído que, en un enorme Palacio de Deportes de Pekín, durante un partido de hockey sobre hielo, el guardameta suplente de uno de los equipos se colocó la camiseta del equipo contrario y defendió su portería al quedar ésta reglamentariamente sin defensor. Los periódicos, al dar cuenta del suceso, lo consideraron una nueva etapa de la historia del deporte chino.

No he podido reunir una documentación especializada sobre el tema, sino por vía negativa. En todo mi largo recorrido no he visto banderines ni insignias que definan un grupo deportivo. No he visto tampoco que el fútbol, tan apasionante para las masas, tenga especial preeminencia.

Pero lo que salta a la vista es la primacía del deporte en todo el país, empezando por el hecho típico y tópico de que millones de chinos —de toda clase de edad y de profesiones— realicen en la calle los ejercicios gimnásticos, con ritmo lento y con ritmo rápido, a una determinada hora, y a

compás de las indicaciones de las emisoras de radio. Incluso los muy ancianos, a su manera, intentan seguir los movimientos prescritos. Uno de ellos, como se sabe, marca los gestos de la «lucha china» o como aquí se dice, se despliega la lucha contra la propia sombra.

En todos los centros docentes que he visto, las instalaciones deportivas ocupan un lugar de honor. Pero es en el Palacio de los Niños de Shanghai y en el Instituto de Cultura Física de Pekín, donde he podido darme más cuenta de la importancia que alcanza desde las más jóvenes edades y la absoluta seriedad con que se realizan los ejercicios, sin que sea necesario llegar a apasionamientos de club, que, entre nosotros, degeneran en odios tribales que nos producen sonrojo. Por el contrario, el hecho de que el deporte-rey de este país sea el tenis de mesa —en el que son maestros consumados— evita las aglomeraciones masivas y sus penosas consecuencias.

La palabra que suena más, en el habla de estas gentes es la palabra fe. Por encima de tantos avatares adversos, marca el paso de una historia.

Una fe que pugna por proyectarse hacia afuera. «Nosotros tenemos amigos en todo el mundo», «Viva la gran solidaridad de todos los pueblos» son los gritos plásticos que proyectan pancartas y colgaduras, o junto a grandes carteles en los que, con el ingenuo realismo del arte socialista, gentes de diversas razas avanzan llevando ramos de flores. La figura de Mao, y la del Presidente Hua se multiplican con un evidente culto a la personalidad y las frases del Presidente-Fundador surgen constantemente en las palabras de bienvenida con que se recibe a los viajeros.

Es una fe, pues; una fe que camina desde una realidad adversa: la China tradicional y la tremenda diferencia de clases y de fortunas y avanza superando todos los obstáculos: primero, los que se producen por la misma dimensión del esfuerzo: movilizar un territorio de casi 9 millones de kilómetros cuadrados, donde viven novecientos millones de habitantes no es sencillo. Una vez más, el signo más decisivo del siglo XX es el factor cuantitativo. Pero al lado de este factor que pudiéramos llamar consustancial —que tiene una problemática económica impresionante— surgen en la mar-

cha del proceso revolucionario los escollos históricos que se van produciendo a lo largo de estos años: la persistencia de una China paralela —cristalizada en Formosa— y apoyada durante tantos años por el organismo de las Naciones Unidas; la grave escisión ideológica y dialéctica acaudillada por la URSS; la aparición de enemigos interiores, como Lin Piao, cuya traición fue descubierta y hecha abortar; y finalmente —como si todo esto fuera poco— la grave incidencia de la «Banda de los Cuatro», verdadera obsesión dentro de la dialéctica revolucionaria.

Para combatir esta cuádruple presencia adversa —importante cada una en su estilo y terreno— los dirigentes de la República Socialista Popular han decidido fabricar soluciones de urgencia; modificar la orientación de su dialéctica política; contestar a la traición con una cortísima agresión verbal e ideológica, y modificar el sentido de la marcha a efectos tácticos. Tanto más cuando la grave desgarradura política de «los Cuatro» es muy compleja, ya que por un lado se presenta como una radicalización política hacia la izquierda que deja en segundo término los factores de progreso cultural; por otro presenta su verdadera faz reaccionaria al procurar solapadamente que el pueblo colapse su proceso de mejoramiento cultural.

Para enfrentarse con todo ello, el grupo dirigente de la República Popular China, ha debido cerrar su disciplina ideológica e inyectar una mística socialista entre las gentes.

La tenebrosa «Banda de los Cuatro», tema obsesivo en los planos oficiales de la República Popular China, detentó el poder desde 1974 a 1976. Su acción se aplicó en un control absoluto de los medios de información y en las autorizaciones para la importación de libros. Y su justificación se apoya en una aparente radicalización de la ética revolucionaria, que debía prescindir de cuanto no figurase en el programa de urgencias dibujado de antemano. El punto de partida fue en apariencia anecdótico. Una instancia para entrar en la universidad fue rechazada por no mostrar su aspirante los conocimientos exigibles. El grupo sostuvo la tesis de que el ímpetu revolucionario del firmante era más importante que su cultura. De acuerdo con esta teoría, los libros clásicos chinos y especialmente los extranjeros —de Cervantes

a Flaubert— debían considerarse como venenosos y contrarios a la Revolución. Dicho se está que cualquier tipo de erotismo (no digamos de pornografía) quedaba fuera de la circulación (1).

Toda mística supone una intransigencia. Inciden en un craso error los que creen que sólo las «derechas» han practicado métodos inquisitoriales.

En el momento en que Mao inicia su obra doctrinal, la represión alcanza límites de ferocidad increíble: los hombres de Chiang Kai Shek, los banqueros, los industriales, y los comerciantes eran objeto de juicios públicos por obra de tribunales populares: la pena era de muerte, variando sólo el sistema: linchamiento, horca o tiro en la nuca, sin que por ello dejase de proyectarse la imagen de un Mao «infinitamente bondadoso», de rostro gordinflón, vestido con su gorrilla redonda y su traje azul-plomo, que convierte a su pueblo en un ejército laborioso de «hormigas azules». La nueva doctrina se enlaza con la conexión a la Rusia de Stalin (marzo de 1950), es decir, a las formas más radicales del marxismo: todavía las figuras de Marx y Engels señorean en la gran plaza de Tien An Men de Pekín. Surge el concepto de la «mística del trabajo». Se inicia el «Gran Salto Hacia Adelante», y —con ayuda de los técnicos soviéticos— el Primer Plan Quinquenal. El esfuerzo laboral se convirtió en una faena masiva delirante. Se alzaron miles de fábricas, y una banda de música desfilaba cuando en una de ellas se alcanzaba una cota de producción. Se inicia la Reforma Agraria con la creación de las primeras cooperativas y su consiguiente proceso de mecanización de los instrumentos.

Pero en 1953 se produjo el «año de la catástrofe». Muere Stalin y se acumulan sucesos naturales adversos: desbordamiento de ríos, heladas. Habría que comenzar de nuevo, utilizando en el campo las Comunas Populares, con una férrea disciplina que alcanzaba a destruir cualquier núcleo de vida íntima y familiar, incluyendo las consignas para el aumento del mínimo de hijos. Pronto hubo que rectificar y promover el reparto de anticonceptivos.

Pero la mística había de continuar, a toda costa. Surge

(1) Véase el apéndice documental que hemos dedicado a este importante tema.

la política de los *Kun-Pa,* la formación de los dirigentes.

Evidentemente, cualquier intento de asedio a la gigantesca complejidad que denominamos la China, parte —como decimos— de su propia dimensión, pero también del hermetismo que va desde la lengua al alfabeto; de la dificultad, en suma, con que tropieza el hombre occidental al enfrentarse con eso que yo llamo el laberinto chino. Ya hemos aludido a todo ello en estas líneas prologales. Pero, por otra parte, la misma dimensión del fenómeno le otorga una difusión a nivel terráqueo. Las doctrinas básicas del movimiento que ha patrocinado la figura colosal de Mao Tsé-Tung son bien conocidas, como lo eran las que servían de armazón a la China tradicional. El hecho de que, durante muchos años, existiese una dificultad física de penetrar en el inmenso territorio obligaba a recoger esa realidad desde fuera. Así. en 1965, José M.ª Gironella escribió un libro muy estimable —*China, lágrima innumerable*— de la que su editorial, «Planeta», ha lanzado varias ediciones, y en el que el autor confiesa paladinamente que no ha estado en China, valiéndose de libros y del testimonio personal de terceros. En fin de cuentas, mi personal recorrido, de Sur a Norte, a lo largo de cuatro semanas, desde Cantón a la Gran Muralla, no me ha evitado largas horas de lectura, que me han servido de placer deleitoso en la medida en que confirmaban o matizaban mis personales experiencias, dotándolas de la base cultural imprescindible, y haciéndome comprender la apasionante realidad a que me estaba enfrentando, dándome cuenta de su importancia, y tomando conciencia de hallarme ante el laboratorio sociopolítico más importante de la historia universal. Al mismo tiempo que se permite entrever la personalidad gigantesca y desconcertante, enérgica y a la vez sinuosa de Mao Tsé-Tung, a quien su rival histórico, de enorme talla, Chiang Kai Shek, como recuerda Gironella, decía que era «un sepulcro blanqueado» y «una hiena disfrazada de gato pequinés». El Gran Timonel, que acorralado por las tropas del Kuomintang, se refugia en las cuevas troglodíticas, con cien mil hombres destrozados por aquella «Larga Marcha» que termina en las montañas del Yenan y allí se encierra para meditar en torno a lo que habrá de ser su gigantesca obra política. Aquella escuálida tropa se transformó gra-

cias a la invasión japonesa de 1937 y la consiguiente fusión circunstancial con los nacionalistas chinos en un colosal ejército. Ese ejército acabaría entrando en Pekín en 1949, mientras Chiang Kai Shek se refugiaba para siempre en Formosa.

Amor a la Madre, al Pueblo, al Trabajo, a la Ciencia, a la Propiedad Pública; odio a la Religión y al Imperialismo. Exigencia de control del pensamiento propio o ajeno. Confesión en alta voz de los errores políticos; denuncia del compañero en caso necesario; abandono del criterio personal cuando se enfrenta al interés colectivo; convivencia en campamentos de educación política; menosprecio del sentimentalismo y del amor «burgués», que selecciona la hembra porque se la halla «diferente»; abandono de cualquier concepto que comporte la propiedad individual; rechazo total de lo religioso, especialmente de la doctrina de Confucio, y predominio absoluto del materialismo histórico marxista.

Toda la fuerza revolucionaria se impartía desde los *cuadros* de mando, educados por los principios insobornables de los Kun-Pa o «dragones rojos», sucesivamente obligados a realizar públicamente «actos de rectificación» en el sentido de rechazar doctrinas burguesas. Prohibición del erotismo, presión incluso del cine o del teatro de tema «sentimental». Utilización de medios masivos, altavoces, periódicos murales, radio, espectáculos de títeres, para obtener una cultura al servicio del proletariado, con predominio del saber técnico sobre la formación humanística (1), y al mismo tiempo, campañas de supresión de parásitos, gorriones (agotándolos con ruido), perros, etc. Paralelamente, se iniciaban campañas para «embellecer las casas», colocar flores en las ventanas, extremar la limpieza de las calles (todavía hoy), se exigió una conducta impecable en las transacciones comerciales.

Todo por amor a Mao. Todos con la apariencia unánime de sus vestidos y de sus corazones. En 1959, décimo aniversario del triunfo de la Revolución, se anunció la plenitud de la campaña en pro de la técnica. «¡Diez mil años de vida para Mao!», gritaban las gentes.

(1) Esta tendencia aparece regida, especialmente en 1959, por un extraño personaje apenas visible (se le conocía por «el hombre sin rostro») llamado Liu Chao Chi, que proponía reducir la educación a los saberes técnicos-ingenieros, especialistas en física nuclear, etc. La poesía sólo debía servir para cantar el progreso científico.

Una nueva transformación. La Rusia Soviética modifica la línea estaliniana. Kruschev predica la coexistencia pacífica con el Occidente. Indignación en la China de Mao. Ruptura, con retirada de los técnicos soviéticos y de los apoyos en materias primas. Enfrentamiento, en suma, de «Asia» —la China— y «Europa» —la URSS.

Mao prosigue impertérrito. Supera las lagunas producidas por el desvío soviético. Corrige las catástrofes naturales; elimina el hambre; frena la inflación; produce cantidades ingentes de energía; crea la bomba nuclear... Pero... como comenta José M.ª Gironella, «a los quince años de esta revolución, disponiendo de todos los recursos totalitarios y represivos, exento de escrúpulos capitalistas y extirpando previamente el mundo emocional, el ciudadano chino no sólo se ha visto privado de libertad, el don más preciado para el hombre, sino que su nivel de vida sigue siendo inferior al nivel del más pobre de los países occidentales» (*ob. cit.*, pág. 193).

¿Cuál ha sido el signo más característico de la revolución maoísta? Cuando en 1949, Mao Tsé-Tung se entrevistó con su ídolo Stalin, según me ha contado en Moscú el Embajador soviético Federenko, que representó a su país en China, el dirigente moscovita le dijo al Gran Timonel amarillo:

—Usted no es un comunista. Usted es un «narodnik», un campesino agrario.

A lo largo de estas páginas se alude a la importancia que lo rural asume en la mente de Mao. Y se hace notar la no por oculta menos evidente rivalidad secreta entre el dirigente supremo y Chu En Lai, que cubre en China la vertiente ciudadana, universitaria y occidentalista, asumiendo un poco la misión que Trotski quiso desempeñar frente a aquel cazurro campesino de Georgia que se llamaba Stalin.

Acaso el secreto de la ruptura de la China de Mao con la URSS de Kruschev procedía de la repetición de una situación histórica: en 1932, quince años después de la Revolución de Octubre, el poder de Moscú se encontró acorralado y también sus finanzas. En 1964, quince años después del triunfo de Mao Tsé-Tung, China se encuentra en un callejón sin salida, y realiza su diabólica operación de ruptura con la URSS, para obligar a las potencias antisoviéticas, como los

Estados Unidos de América o el Japón. Por eso no rompe con Pinochet o interviene en Angola ayudando a Holden Robert frente al poder «izquierdista» de Agostinho Neto...

Parece ser que, cuando el asunto de Heriberto Padilla, Fidel Castro afirmó que «la revolución es mucho más importante que cuatro intelectuales». Y quiero recordar que el propio José L. Aranguren participó públicamente de esta opinión, en un artículo publicado en *El País* en el que venía a decir que quién atribuía a los escritores la misión de poner obstáculos a la revolución castrista.

En el excelente libro de Goffredo Parise, *Vivir en China* (Ed. Kairós, Barcelona) hay un capítulo titulado «Inutilidad de los intelectuales», que recuerda el ruidoso incidente que, en 1966, tuvo como eje al historiador Wu-Han, por su discutida obra teatral *El despido de Hai-Ri*. En esta obra —previsoramente situada en el siglo XVII— el protagonista, Hai-Ri, alto funcionario, calígrafo insigne, conocedor egregio de la obra de Confucio, reflexiona sobre las cosas que no marchan bien durante el período (Dinastía Ching) y decide ponerlo en conocimiento del Emperador, aconsejándole cambios en los puestos de mando y favores al pueblo necesitado. No sólo no se le escucha sino que, al insistir, es deposeído de su cargo. Lo que agrava la cuestión es que el autor de la obra, Wu-Han, es nada menos que el vicealcalde de Pekín, y que el alcalde, Peng-Cheng, forma parte de un clan de intelectuales cuya cabeza visible es Chu En Lai. Entonces, la cosa está clara, el Emperador de la comedia, es, naturalmente, Mao Tsé-Tung, y sus antagonistas, los eternos complicadores de las cosas: los intelectuales.

Volvemos al tema de la oposición ciudad-intelectual campo-hombre masa; a la distancia que media entre los dirigentes que hablan el lenguaje de las muchedumbres y las élites de la inteligencia. Tema eterno de contradicción, que en la URSS podría estar simbolizado por la distancia entre el campesino georgiano que era Stalin, y el intelectual agudísimo que fue Lenin, hombre de libros (y no digamos Trotski).

En el libro de Parise explica su autor que, ante la tempestad desencadenada, buscó testimonios de las tendencias en conflicto. Los «intelectuales» asumen, en este caso, la fun-

ción de los reformistas que creen en la convivencia con el mundo burgués al modo soviético. Wu-Han es un ejemplo vivo de «testarudez burguesa»; «no sólo es un cabezota sino un presuntuoso». Su comedia es un libelo político, y las masas rechazan su mensaje. La edición de su comedia se ha vendido poco y el teatro acusó muchos vacíos. Las masas no gustan de una obra que critica la línea del Partido, que no tiene en cuenta que la misión de los intelectuales es la de ir «al campo y a las fábricas a aprender a escribir de los campesinos y de los obreros». La novela de éxito, en estos días —le cuentan a Goffred Parise— es *El canto de Hu Yau Hai,* que narra la vida de un pobre soldado que muere al impedir que descarrile un tren. De esta obra se vendieron, al aparecer, más de treinta millones de ejemplares...

El tema de la represión política por supuesto posee abundante bibliografía. Véase, en castellano, el libro de Jean Pasqualini y Rudolp Chelminski, *Prisionero de Mao* (Plaza y Janés, 1976), relato autobiográfico de un francés de madre china que narra su larga y dolorosa experiencia a lo largo de siete años en los llamados *Lao-Gai,* nombre que significa «Reforma Mediante el Trabajo», zona más dura de una operación política, que se complementa con «Educación Mediante el Trabajo». Utilizando una frase oficial por la que se admite que «sólo existe una pequeña minoría, quizás un 5 %, que está contra nosotros, pero dicha minoría está contra el socialismo». Reduciendo esta cifra a menos de la mitad, un 2 % quedaría, todavía, una cifra de 16.000.000 de hombres sujetos a la «Reforma Mediante el Trabajo». Según los tratadistas oficiales chinos, no se consideran estos hombres reos de «delitos» sino sujetos a «errores», y se intenta que estas personas hallen una «motivación» para su tarea, partiendo, sin duda, de que el trabajo es una obligación vital prefijada en la Constitución (en la que hay un artículo que dice taxativamente «el que no trabaja no come»). Cuando preguntaba a uno de mis intérpretes dónde estaban «los cuatro», me contestaban que estuviese seguro que donde estuviesen se hallaban trabajando. No es extemporáneo pensar que las más duras tareas —movimientos de tierras, embalses, arrozales— se asignan a estas brigadas. La lectura del libro de Pasqualini es desconcertante: se trata de un

trabajo vitalicio, ya que, cumplida la condena, continúan adscritos a los mismos grupos como «obreros libres» (?), contribuyen a trabajos que son beneficiosos para el Estado, y distintos a lo que creemos: «La sociedad que alienta en el interior de los campos de trabajo no sólo es en muchas formas más pura que la más grande del exterior, sino que también es más libre» (pág. 12). ¿Por qué el mismo autor, unas líneas más arriba, habla de la «vida infernal» que «padecen millones y millones de chinos»?

• • •

El viajero, en este país, se encuentra en perpetuo estado de perplejidad. Se siente, para empezar, tremendamente extraño ante unos medios de comunicación —la palabra, la escritura— que lo aíslan y lo distancian. Es la misma sensación que se tiene también en la URSS, otro mundo inmenso que no usa el alfabeto latino. Pero, en uno y otro caso, yo he experimentado un plus de convivencia, de *simpatía,* que parece querer flanquear estos tremendos obstáculos. Mis experiencias personales en el mundo soviético, recorrido en todas direcciones, podrían justificarse con la misteriosa comunicación que une el alma eslava al alma española. Pero, ¿y con el mundo chino? ¿Qué sentimos ante esos seres remotísimos con los que convivimos durante unas semanas y que, por primera vez en nuestra existencia, tratamos de cerca?

• • •

—¿Pertenece usted al Partido? —le digo a mi amigo Liu.

—No tengo méritos suficientes —me dice—. Para entrar en el Partido, como para ingresar como soldado en el Ejército Rojo, hacen falta, en primer lugar las propuestas desde la base —comunas, brigadas de trabajo— y deben apoyarse en una conducta intachable, y en los servicios que el individuo haya prestado a la edificación socialista de nuestro país. De momento estudio y comento con mis camaradas las

obras del pensamiento Mao Tsé-Tung, que son muy extensas.

—¿No teme que si dedica todo su tiempo a la política no podrá formarse culturalmente?

—No son dos cosas incompatibles. Pero, en cualquier caso, la formación política debe dominar, porque lo público debe dominar sobre lo privado. Por ejemplo, nosotros no tenemos la idea burguesa que ustedes tienen respecto del matrimonio. Ustedes se casan porque una mujer ha sabido hacerse atractiva; nosotros, nos casamos después de cumplir los treinta años, cuando encontramos una mujer que siente los mismos ideales socialistas. Esto no es pasajero, sino permanente. Por eso aunque en China existe el divorcio, las separaciones conyugales son muy escasas.

* * *

Me gustaría dar mi opinión, y, en realidad, todo este libro, es un testimonio de ello. Pero quiero recoger, por su finura y sutileza, este párrafo de Goffredo Parise, quien señala la *Falta de vulgaridad* como la nota inicial de estas gentes, cuyas «características —dice— son: su timidez casi morbosa; sus rubores; ligereza flexible y tierna de sus gestos que hace que las mujeres, aunque vestidas de soldado y de hombre, parezcan canarios u otros pajarillos pequeños y felices; su seriedad espontánea, atenta y serena; el candor infantil de los rasgos faciales y de los ojos que, a veces, la sorpresa dilata hasta el punto de hacerlos un poco estrábicos. Finalmente, en una palabra, la pureza de su vida» (2).

(2) *Vivir en China*, Ed. Kairós, pág. 21.

# SOBRE LA REVOLUCIÓN CULTURAL

En mi viaje a China me ha preocupado lógicamente conocer los periplos de la famosa Revolución Cultural. Los datos que he conseguido coinciden en ofrecer unos límites cronológicos precisos y una línea general de actuación. Y como entiendo que ésta es una de las cuestiones-clave, voy a intentar esquematizarla con la mayor claridad posible.

He aquí los datos: el 25 de mayo de 1966, en la Universidad Peita de Pekín, fue colocado en el *Tatzipao* o periódico mural, un texto del propio Mao Tsé Tung —acaso caligrafiado por él— convocando a una acción revolucionaria en el campo cultural.

El lugar del ataque estaba bien elegido. La Universidad Peita de Pekín era el punto clave del pensamiento cultural chino. A su claustro pertenecían sabios de inmaculado prestigio intelectual; pero no menos ciertamente, figuras cuya talla de valores estaba influida por los índices de la cultura tradicional con las inevitables presencias de la cultura moderna occidentalizada.

En este momento el poder maoísta llevaba actuando casi veinte años. Y Mao, con su sagacidad de revolucionario nato, había llegado a una conclusión importante: la de que los intelectuales universitarios constituían un mandarinato, una aristocracia que prolongaba, bajo la capa del prestigio cultural, una indiscutible estratificación por clases. Provocar una rebelión contra este estado de cosas en la mente de los estudiantes fue la estrategia que Mao bautizó con el nombre de «Revolución Cultural».

Si quisiéramos apostillar este importante suceso a la

luz del devenir histórico hablaríamos que esta realidad detectada por Mao en 1966 tiene sus claros precedentes que no he visto aducidos en los libros que se ocupan del tema. Vale la pena estudiarlos en rápida síntesis.

Cuando en 1789 asume el poder la Asamblea Nacional que formula la Declaración de los Derechos del Hombre, traza un signo histórico llamado Revolución Francesa, cuyo signo destructor contra el «Ancien Régime» se orienta claramente contra una jerarquización social cuyo esquema sociológico se denomina, en el fondo, feudalismo, y cuyo signo de poder se integra en el Absolutismo Monárquico. En realidad, lo que aflora en 1789 es una concepción basada en el orgullo de los primeros humanistas y fortificada por el racionalismo cartesiano: uno y otro tienden a la exaltación del individuo, ser pensante y rebelde a cualquier disciplina o fe trascendente. De ahí que la Revolución Francesa exalta, frente al mundo colectivista y gremial —iglesia, rey, gremios— el valor del número de los individuos, que al alcanzar la mitad más uno pasan a asumir el poder.

De ahí que la Revolución Francesa sea el triunfo del Individuo, uno de cuyos derechos, el de la propiedad, aparece categóricamente formulado en los artículos de la Declaración de los Derechos del Hombre. En este sentido, la legislación de 1789 es una legislación burguesa. Y si analizamos las grandes figuras que acaudillan el nuevo estilo político —como Danton o Robespierre— veremos que no se trata en modo alguno de «pueblo», sino de gentes cultivadas, de ambientes próximos a la alta burguesía. Reduciendo las cosas a esquemas muy sumarios podría decirse que, a través de su elocuencia revolucionaria la burguesía adquiere su derecho a subsistir, utilizando la sutil dialéctica del Príncipe Lampedusa en *El Gatopardo* ante la presión «popular» de los garibaldinos.

El hecho es tan evidente, que al día siguiente de la Revolución Francesa, ya hay grupos que han detectado el engaño.

Lo mismo podríamos decir de la propaganda democrática en los Estados Unidos, cuyos postulados de «un hombre,

un voto» se quiebran cuando ese hombre es un negro, buscándose un modo de voto cualitativo —que el que vote sepa leer y escribir—, con lo cual ya se abre el camino de procurar que el negro tenga una cultura inferior o de que los oportunos exámenes previos decreten que «ese» negro no pueda votar.

Téngase en cuenta, además, que en China el «mandarín» no adquiere su condición de tal por la fuerza de la estirpe sino de unos complicados «exámenes imperiales» a los que, en teoría, están admitidos todos los aspirantes, aun cuando en la realidad el noventa por ciento fueran hijos de mandarines.

Por otro lado, si se analiza el precedente de la revolución soviética, se advierte la importancia de la «inteligencia» de la época zarista, lo que conduce al poder, lógicamente a los elementos más preparados de la clase intelectual. Y en la propaganda de la Revolución China, en las películas que he visto aquí, se reconoce que sin la ayuda de estos intelectuales la victoria del pueblo hubiera sido imposible. De ahí el valor simbólico de la figura de Chu En Lai, hijo de mandarines, universitario, con estudios en Europa frente al «pobre campesino» Mao Tsé-Tung.

Nuestra experiencia española es, en este aspecto, interesante. Durante la Segunda República se produjo una doble presencia en el campo socialista: por un lado, los viejos luchadores, procedentes del pueblo, como Pablo Iglesias o Francisco Largo Caballero; por otro, los intelectuales del tipo de Julián Besteiro y Fernando de los Ríos. Al estallar la Guerra Civil, el dualismo continuaba, y así aparecían indistintamente en los puestos de mando republicanos líderes populares como Líster, o *el Campesino*, frente a «señoritos» de izquierda, como Rafael Alberti o Juan Modesto Guilloto, para citar dos militantes comunistas procedentes de la burguesía acomodada andaluza, y, los dos, discípulos del Colegio de los Jesuítas del Puerto de Santa María. En la actual evolución política este dualismo es evidente, y en las filas del PSOE y del PC pueden verse muchos líderes cuya situación política procede de una superioridad marcada por su educación burguesa y universitaria. Aun cuando el concepto de «igualdad de oportunidades» se haya abierto paso incluso

La bandera portuguesa flamea un poco simbólicamente sobre la vieja fortaleza de Macao...

...y por las calles de la ciudad antigua todavía se ven rótulos en portugués.

A dos pasos de la China comunista y atea, los creyentes de Macao siguen en su costumbre religiosa...

...aun cuando, en realidad, la máxima atracción de este minúsculo territorio sean ahora los casinos a donde los dólares de Hong Kong acuden incesantemente.

durante el franquismo, no cabe duda que los jóvenes de familias burguesas, los hijos de figuras profesionales importantes asumen unas posibilidades, incluso biológicas y ambientales que no poseen los hijos de los obreros. Basta repasar las listas de los apellidos que hoy figuran en el primer plano de la actual política española.

Por poco que se conozca la tradición histórica china puede comprenderse bien este papel diferenciador de la cultura. Como muy bien ha señalado Arnold J. Toynbee: «Los letrados confucitas que administraron el Estado universal único bajo la dinastía Han (2002 a. J.C. 221 d. J.C.) adquirieron un *esprit de corps* que los coloca sobre el mismo plano moral que los funcionarios públicos romanos que eran sus contemporáneos al otro lado del mundo durante la última mitad de su período de actividad» (1). Esta aristocracia no era precisamente una aristocracia de sangre, ya que su acceso estaba abierto a todos los que acreditasen los conocimientos caligráficos, jurídicos y culturales que entonces se exigían en los famosos exámenes *imperiales*, primero en cada provincia y, una vez superada la prueba, en Pekín (2).

Hemos dicho que no era una aristocracia de sangre, y a su modo era una prueba abierta a todos o a casi todos. Pero es evidente que además de las prohibiciones legales (3), los que aspiraban al mandarinato procedían de la clase letrada. Dicho está, con ello, que para un hombre de extracción campesina tan humilde, como la de Mao, la aristocracia intelectual tenía una continuidad irritante y prolongaba las diferencias entre los hombres.

Ésta podría ser, a mi juicio, la razón más profunda para decidirle a realizar la más tremenda acción de ruptura cultural que conoce la historia.

(1) *Estudio de la historia. Compendio.* Buenos Aires. Emecé, página 379.

(2) Marcela de Juan, en su delicioso libro *La China que ayer viví y la China que hoy entreví* (Barcelona, Ed. Luis de Caralt, 1977), ha contado los recuerdos de su infancia cuando su padre aspiró al mandarinato, realizando las primeras pruebas en Hang-Chow junto a diez mil candidatos, y las últimas en Pekín, permaneciendo tres días y tres noches en una celda. Tras esta dura prueba obtuvo el grado de «Talento Magnífico», y con él la borla de Mandarín.

(3) Se exceptuaban los campesinos, los músicos, los actores, los esclavos, los verdugos, los mendigos, los jueces (Marcela de Juan, *ob. cit.*, pág. 11).



16 — 3722

En efecto, y como es sabido, el máximo dirigente, el Gran Timonel cerró de golpe y durante cinco años —exactamente cincuenta y un meses— todas las universidades. Cuando en 1971 se abren de nuevo las clases de la Universidad Peita se admite una cifra mínima de alumnos, unos 2.600 sobre los 10.000 que integraban la anterior población escolar. La clase profesoral ha desaparecido: dos terceras partes han sido enviados a centros de reeducación, y sólo se reintegrarán cuando demuestren haber asimilado el espíritu de la Revolución Cultural.

¿Y cuál es este espíritu? Las materias, especialmente las técnicas y las científicas son las mismas. Pero la intención pedagógica es otra: hay que crear trabajadores de una cultura socialista; no sabios que se consideren superiores a los demás. Incluso el número de cursos se reduce a la mitad. Lo importante es insertarse en el pueblo, integrándose en las fábricas o en las comunas agrícolas, a las que se accederá antes, durante y después de los estudios.

Está claro que Mao Tsé-Tung está realizando un ataque frontal contra un mundo que él había de considerar, desde su infancia, como un vestigio de las viejas formas feudales, el único que permanecía con apariencias de legalidad en el contexto de la República Popular China fundada por él en 1949.

Había que buscar fórmulas distintas para el reclutamiento de los nuevos universitarios, porque las pruebas de suficiencia intelectual no bastaban, como era evidente, a suprimir una irritante desigualdad en los status.

De ahí que, a partir de este momento, las condiciones de admisión en los medios universitarios van a ser:

1.° Poseer una ideología política de servicio al proletariado.
2.° Poseer, después de los estudios secundarios, una experiencia de tres años en el campo, en la fábrica o en el Ejército. *Los que ya proceden de estos medios pueden ingresar como alumnos de formación permanente.*
3.° Una fuerte constitución física apoyada en una sólida instrucción gimnástica y deportiva.

¿Quiénes realizan la selección y cuál es el orden de preferencias? En el primer aspecto, los comités revolucionarios de las unidades de base (fábricas, comunas, Ejército) proponen a los mejores. En el segundo —a lo que parece— los datos políticos son los que prevalecen.

Los resultados fueron fulminantes. En el primer curso de la Revolución Cultural, el 100 % de los estudiantes admitidos procedían, sin excepción, de los medios fabriles, agrícolas e industriales.

Está claro, pues, que se trata de erradicar una clase social que, a pesar de la revolución de Mao, no sólo estaba instalada en el poder, sino que procuraba colocar a sus hijos o sobrinos en los puestos universitarios. Aquí la reforma ha sido radical. *Basta ser hijo o sobrino de universitario para tener cerrados los accesos a los estudios superiores.* El nepotismo se convierte en pecado mortal (4). En teoría, sólo un nieto de universitario podrá seguir este camino.

Por lo demás, la imagen de la Universidad ha cambiado. Son los talleres y las granjas agrícolas las que se instalan en el campus. Los hijos de proletarios siguen haciendo, pues, vida de proletario. Y al revés de lo que sucedía antes, no es el intelectual el que se proletariza sino el proletario el que se integra en la tarea intelectual, a través de lo que pasan a llamarse «centros de educación aplicada». La Universidad, pues, es un foco de creación de trabajadores. Todo lo que no conduzca a esto es peligroso. Y todo lo que no contribuya a crear una conciencia política —es decir, el estudio de los textos clásicos de Marx, Engels, Lenin, Stalin (los cuatro grandes retratos de la plaza de Tien An Men)— y del pensamiento Mao Tsé-Tung, es perjudicial. Tecnología y formación revolucionaria parecen ser las clases de la formación universitaria a partir del famoso texto de Mao de 22 de julio de 1968.

La claridad de la intención y lo drástico del sistema no

(4) ¿Existe el nepotismo de las nuevas clases dirigentes? En las semanas de mi estancia en China se hablaba del escándalo de que un jefe político había intentado que un hijo suyo ingresara en la Universidad sin méritos suficientes. La denuncia había aparecido en un *Tadzipao* o periódico mural, pero había pasado rápidamente al «Diario del pueblo» y a conocimiento general.

ofrecen dudas, como una política de urgencia hacia las masas. Pero, ¿qué pasa entonces con la otra cultura, desplazada por esta primacía del trabajo manual y de la propaganda política? ¿No se corre el riesgo de que la ciencia pura, la investigación desinteresada, queden en segundo término? Y si esto fuera así, ¿cómo explicarse que China siga en primera línea en la investigación del átomo, en progresos espaciales, en bioquímica, en cirugía, en acupuntura? ¿La primacía del trabajo manual vale también para los especialistas más notorios de la investigación pura?

Aquí, el observador se queda, una vez más, perplejo.

Pero la cuestión ofrece, todavía, una mayor complejidad. ¿Cuál es la función del intelectual puro en el proceso revolucionario?

En la película *Tempestad sobre Mongolia,* que comento en otro capítulo, un joven pastor rebelde, Urichi, huye de sus tiranos feudales y llega a Pekín, donde observa atónito una manifestación de obreros. Con ellos marcha un caballero de traje oscuro, un profesor de universidad. *No es posible una revolución,* me dice en seguida la intérprete, *sin el apoyo de los intelectuales.* Es, pues, evidente, que esta presencia es admitida como necesaria. Y en el proceso revolucionario de China, es fácil descubrir, junto a Mao Tsé-Tung, hijo de campesinos humildes, que no pudo pasar de la escuela primaria (5), a Chu En Lai, de familia de mandarines que, huído a Europa, pudo realizar estudios universitarios, durante cuatro años, en Francia, Inglaterra y Alemania. ¿Es Chu En Lai, que ya intervino en la revuelta de los estudiantes de 1919, el personaje de la película? Podría serlo. Lo cierto es que, su carrera revolucionaria, al lado de Mao Tsé-Tung toma un relieve sólo comparable al del Gran Timonel, a cuyo lado asciende como Jefe de Gobierno.

¿Cuál fue la relación real e íntima entre ambos personajes?

«El observador —escribe Alain Peyrefitte en su tan citado libro— es inducido frecuentemente a engaño por el juego

(5) «Abandoné la escuela primaria —ha contado Mao— cuando cumplí los trece años. Comencé entonces a trabajar largas horas en la granja, ayudando al obrero, realizando durante el día toda la tarea de un hombre y llevándole las cuentas a mi padre, por la noche. Sin embargo, conseguí continuar mis lecturas, devorando todo lo que podía encontrar...»

de protecciones y caídas en desgracia en las altas esferas. Algunos —especialmente en Moscú— habían creído que Chu En Lai tenía sus días contados: el hombre demasiado hábil y demasiado pacificador que había sabido apagar el incendio de la Revolución Cultural. Pero otros indicios dicen que el Primer Ministro prosigue imperturbablemente su política de apaciguamiento interior y de apertura a Occidente. El primero, en agosto de 1973, cuando Chu En Lai —que había pronunciado el único gran discurso del Congreso, con Wang Hong-Wen— advirtió que la Revolución Cultural iba a ser puesta en marcha nuevamente» (págs. 125-126).

En cualquier caso, ¿no podría pensarse en una conducta por parte de Mao que, dirigida contra la clase intelectual —y so pretexto de una revolución más igualitaria— traducía una subconsciente rivalidad entre el mundo de Mao y el mundo de Chu En Lai?

Para prevenir los riesgos de un «aburguesamiento», Mao Tsé-Tung decide cortar por lo sano. Se apoya en los Guardias Rojos y en una radicalización de su doctrina. Muy atrás queda su mano tendida hacia los intelectuales, en el período ecléctico de las «Cien Flores», porque ha llegado a la conclusión de que, por un lado, no llegan a las masas y, por otro, cultivan una forma clasista de pensamiento. Para ello hay que aplastar su orgullo, empezando por no permitirles considerarse como un grupo aparte, de ahí el trasiego universidad-comuna agrícola y viceversa, y la creciente presencia del Ejército como fundente de todas las antiguas clases sociales, así como las interrelaciones entre las aulas-laboratorios y los talleres de aplicación. Asimismo, se tiende a erradicar la noción del salario, fundiéndola a la idea de colectividad. No se trabaja para ganar más, sino para servir mejor. Recuerdo la indignación de uno de nuestros guías cuando oyó preguntar quién controlaba el trabajo de los obreros de una comuna agrícola, recordando que, para una conciencia socialista, la calidad del trabajo era una exigencia que procede de la conciencia socialista de cada obrero.

¿Es posible este «consenso» multitudinario? No estoy en condición de comprobarlo. Lo que sí parece claro es que nuestros interlocutores —nuestros guías-intérpretes y las personas con las que conectamos por su conducto— contestan

como «robots» a nuestras inquisiciones.

El castellano con que se expresan abunda en «frases hechas», en fórmulas dialécticas levemente retóricas. Así se nos habla siempre de las «figuras de alto rango» que dirigen el Partido «con solícita atención»; se nos hace alusión constante a la «interpretación correcta de la doctrina de Mao»; se habla de los viejos enemigos de la Revolución «los malvados terratenientes», «los intelectuales revisionistas» o «los burgueses imperialistas», «monjes superticiosos», o de los nuevos «la perversa cuadrilla de los cuatro» (algunos dicen la «cuadringa» que tiene la culpa de todo lo malo que acontece o puede acontecer en el país).

Esta ingenua concepción maniquea del mundo y de la política encuentra, por supuesto, su apoyatura en los textos del «pensamiento-Mao Tsé-Tung», incluidas sus propias «contradicciones». ¿Cómo es posible compaginar las consignas de «las Cien Flores» cuya formulación vamos a recordar?

«Que cien flores se abran —dice el presidente Mao—; que cien escuelas compitan; que lo antiguo sirva a lo presente; que lo extranjero sirva a China: escardar lo viejo para producir lo nuevo y que las artes sean creadas por las manos de obreros, campesinos y soldados y usadas por ellos.»

De este eclecticismo a la «Revolución Cultural» hay un abismo. ¿Cuál debe ser la situación «correcta» de un intelectual; de un escritor en el ámbito de la República Popular China? ¿Se justifican estas ambivalencias en la teoría de las contradicciones tan cara a Mao Tsé-Tung? ¿Cabe estudiar su ingente obra a través de los distintos «niveles» que van del abstruso trabajo filosófico al poema lírico? ¿En qué medida el hombre de letras influye en el hombre de Partido?

La preocupación por la función del intelectual, por el rol de la cultura, aparece desde su joven trabajo de 1927 sobre la clase campesina del Hirvan (6), hasta las «*Intervenciones en el foro de Yenan sobre arte y literatura* de 1942 (7), el problema capital me parece que es el siguiente: ¿Debe el lector humilde —campesino o proletario— ascender a la cultura que, especialmente en China, tiene una connotación abstrusa o metafísica, o es la literatura la que debe descender, sim-

(6) *Sulla letteratura a l'arte,* Milano, Edicioni Oriente.
(7) *Cuadernos Anagrama,* Barcelona.

plificarse, ponerse a nivel de las masas? La tesis de Mao es, en este aspecto, radical. «Nuestros especialistas no sólo trabajan para los cuadros, sino también y principalmente, para las masas. Nuestros especialistas en literatura tienen que prestar atención a los periódicos murales de las masas y a los reportajes escritos en las fuerzas armadas y en las aldeas. Nuestros especialistas en música deben prestar atención a las canciones de las masas. Nuestros especialistas en artes plásticas tienen que prestar atención a las artes plásticas de las masas» (8).

Pero, ¿es el propio Mao un escritor de masas? La lectura de los poemas del Gran Timonel acusa muchas veces un gusto hacia lo refinado o lo exquisito, y nada digamos de sus meditaciones filosóficas.

Por otro lado, el tema de la necesidad de un nuevo estilo entre los escritores es anterior al tiempo de las tesis maoístas (9), ya que desde 1917 aparecen consignas como «¡Muera la literatura rebuscada, inauténtica y aristocrática! ¡Cread una literatura popular sencilla, natural y lírica!»

Basta con hojear los relatos de Lu Sin (1881-1936), tan exaltados en la República Popular China para comprender que la literatura aspira a un simple valor testimonial (10) sin implicaciones esotéricas. Mi personal experiencia como espectador de teatro y cine en China me ofrece nuevos ejemplos de una expresión primaria, al servicio de una propaganda superficial e ingenua.

(8) «Intervenciones...», ed. cit., págs. 34-35.
(9) Ver por ejemplo, Joachim Schickel, *China: revolución en la literatura*, Barral, Libros de Enlace.
(10) «Todo lo que precede es prueba bastante de que mis relatos están muy lejos de ser obras de arte. El hecho de que mis historias sean calificadas de novelas y que se me dé hoy oportunidad de reunirlas en volumen, es de todos modos una suerte inaudita que me confunde.» *Novelas Escogidas*, Lu Sin, Pekín, Ediciones en Lengua Extranjera, 1972, prefacio, pág. 7.

# LA SACRALIZACIÓN DE MAO

La sacralización de la figura de Mao Tsé-Tung exigía comenzar por la propia adoración de sus restos mortales. Como ya se había hecho con Lenin, en Moscú, pero ahora con una grandiosidad arquitectónica tal que los techos del mausoleo están sostenidos por columnas decoradas de oro y de laca roja, exacta reproducción de las que sostienen las más altas pagodas de la «Ciudad Prohibida», que se extiende a las mismas puertas del edificio funerario. En el capítulo correspondiente a Pekín he explicado la emoción fervorosa de las muchedumbres silenciosas que visitan diariamente el mausoleo, cumpliendo la decisión adoptada por todos los organismos revolucionarios el 8 de octubre de 1976.

«Con la finalidad de conmemorar siempre al Presidente Mao Tsé-Tung, el gran líder de nuestro Partido, nuestro Ejército y el pueblo de las diversas nacionalidades de nuestro país, el gran maestro del proletariado internacional y de las naciones y pueblos oprimidos, y con el fin de educar y alentar a los obreros, campesinos y soldados así como a los demás trabajadores para que cumplan el legado del Presidente Mao, se adhieran al marxismo-leninismo-pensamiento-Mao Tsé-Tung, y lleven hasta el final la causa revolucionaria proletaria, se ha decidido lo siguiente:

»1. — Se construirá en la capital, Pekín, un palacio conmemorativo del gran líder y maestro el Presidente Mao Tsé-Tung.

»2. — Después de construido el palacio conmemorativo, será trasladado allí el féretro de cristal en que reposan los restos mortales del Presidente Mao Tsé-Tung para que las

amplias masas populares puedan rendirle homenaje.»

A este acuerdo se une la «Decisión sobre la publicación de las *Obras Escogidas de Mao Tsé-Tung*, y sobre los preparativos para la publicación de las Obras Completas» publicada dos días después, el 10 de octubre de 1976, en el que se advierte la importancia de la obra escrita; el poder mágico y textual de sus palabras; la utilización de su filosofía como base doctrinal y «religiosa».

Para comprender la altura de esta fiebre de devoción política reproducimos algunos párrafos del *Discurso fúnebre pronunciado por el camarada Hua Kuo Feng, primer vicepresidente del Comité Central del Partido Comunista de China*, pronunciado el 18 de setiembre de 1976:

«El Presidente Mao Tsé-Tung fue el fundador y sabio líder del Partido Comunista de China, del Ejército Popular de Liberación de China y de la República Popular de China.»

«El Presidente Mao aceró y cultivó a nuestro Partido al dirigirlo en el combate contra los enemigos de la clase de dentro y fuera del país y de dentro y fuera del Partido, y en la prolongada, ardua, aguda y complicada lucha de clases y lucha entre las dos líneas. La historia del Partido Comunista de China es la historia de lucha de la línea marxista-leninista del Presidente Mao contra las líneas oportunistas tanto de derecha como de "izquierda" surgidas en el seno del Partido. Bajo la conducción del Presidente Mao, nuestro Partido venció las líneas oportunistas de Chen Tu-siu, Chü Chiu-pai, Li Li-san, Luo Chang-lung, Wang Ming, Chang Kuo-tao, Kao Kang-Yao, Shu-Shi y Peng Te-juai, y luego, durante la Gran Revolución Cultural Proletaria, triunfó sobre la línea revisionista contrarrevolucionaria de Liu Chao-chi y Lin Piao. Guiado por la línea marxista-leninista del Presidente Mao, nuestro Partido se ha desarrollado y robustecido sin cesar, convirtiéndose de varios grupos comunistas con decenas de miembros en un partido que hoy cuenta con más de 30 millones de militantes y dirige a la República Popular China; un partido disciplinado, armado con la teoría marxista-leninista y que practica la autocrítica y se mantiene estrechamente ligado con las masas populares; un grande, glorioso y correcto partido marxista-leninista.»

«El Presidente Mao aceró y cultivó a nuestro Ejército en las prolongadas guerras revolucionarias. El Presidente Mao formuló, hace ya tiempo, la famosa tesis de que "el poder nace del fusil", dirigió personalmente el levantamiento de la Cosecha de Otoño, estableció el primer destacamento del Ejército Rojo de Obreros y Campesinos y creó en las montañas Chingkang la primera base de apoyo revolucionario rural. En los últimos 50 años, gracias a la dirección del Presidente Mao, nuestro Ejército aplastó las campañas contrarrevolucionarias de "cerco y aniquilamiento" desatadas por el Kuomintang contra las bases de apoyo revolucionarias; realizó con éxito la mundialmente célebre Gran Marcha de 25.000 *li*; derrotó al imperialismo japonés; aniquiló a ocho millones de efectivos del ejército de la pandilla chiangkaishekista armado por el imperialismo norteamericano, y, después de la fundación de la República, sostuvo victoriosamente la Guerra de Resistencia a la Agresión Norteamericana y de Ayuda a Corea, y rechazó triunfalmente las provocaciones militares perpetradas por el socialimperialismo revisionista soviético y la reacción contra nuestro país, salvaguardando así la seguridad de la patria. Durante la Gran Revolución Cultural Proletaria, siguiendo la enseñanza del Presidente Mao, nuestro Ejército ha llevado a cabo el trabajo de apoyar a las grandes masas de la izquierda, ayudar a la industria y la agricultura, ejercer control militar y dar instrucción política y militar, y ha prestado nuevos servicios meritorios al pueblo.»

«Ante las fuerzas armadas populares, pertrechadas con el pensamiento de Mao, todo enemigo que se atreva a agredirnos será hundido en el vasto océano de la guerra popular.»

Al final del *Discurso fúnebre,* el orador lanzó estas consignas:

«En el plano interior debemos estudiar concienzudamente el marxismo-leninismo-pensamiento-Mao Tsé-Tung, tomar la lucha de clases como clave, atenernos con firmeza a la línea fundamental y la política del Partido para toda la etapa histórica del socialismo, perseverar en la continuación de la revolución bajo la dictadura del proletariado, afianzar la gran unión del pueblo de las diversas nacionalidades dirigida por la clase obrera y basada en la alianza obrero-campe-

sina, consolidar y desarrollar los victoriosos frutos de la Gran Revolución Cultural Proletaria, combatir y prevenir el revisionismo, fortalecer la dictadura del proletariado, adherirnos a los principios de independencia, autodecisión y autosostenimiento, realizar esfuerzos para convertir el nuestro en un poderoso país socialista y hacer contribuciones comparativamente grandes para la humanidad. Debemos cumplir la sagrada causa de la liberación de Taiwán y la unificación de la patria.»

«En el plano internacional, debemos continuar aplicando resueltamente la línea y política revolucionarias del Presidente Mao en los asuntos exteriores y atenernos con firmeza al internacionalismo proletario, y jamás procuraremos la hegemonía. Debemos robustecer nuestra unidad con el proletariado internacional y las naciones y pueblos oprimidos del mundo entero, con los pueblos del Tercer Mundo y con todos los países víctimas de la agresión, subversión, intervención, control y atropello del imperialismo y del social-imperialismo y formar el más amplio frente único en contra del imperialismo, y particularmente del hegemonismo de las dos superpotencias, la Unión Soviética y los Estados Unidos. Debemos unirnos con todos los auténticos partidos y organizaciones marxista-leninistas del mundo y luchar junto con ellos por abolir el sistema de explotación del hombre por el hombre en todo el orbe, hacer realidad el comunismo y asegurar la emancipación de toda la humanidad.»

«¡El Presidente Mao Tsé-Tung vivirá siempre en nuestro corazón!

»¡Viva el invencible marxismo-leninismo-pensamiento Mao Tsé-Tung!

»¡Viva el grande, glorioso y correcto Partido Comunista de China!

»¡Gloria eterna al gran líder y maestro, el Presidente Mao Tsé-Tung!»

Luis Calvo, en el artículo que publicó en *ABC*, con motivo del viaje de los Reyes de España a China, recuerda que los principios del *yin* y del *yang* sirven de base a una historia milenaria, fabulosa y confusa, pero perfectamente enlazada con la realidad eterna de este increíble país:

«Es la única explicación que pueden darnos de los tres fenómenos ocurridos con anterioridad al advenimiento de los «sabios»: primero, que invirtieran los cielos diez mil años en esparcirse y en crear el «yang», o «principio superior»; luego, los otros diez mil años que tardó en producirse la Tierra, o «yin», «principio inferior», principio secundario; luego los diez mil años que transcurrieron mientras el «yang» y el «yin», los cielos y la Tierra, se entendían, se juntaban, se amigaban para crear «existencias materiales»; luego, los treinta mil o cuarenta mil años que duró la convivencia de estos dos principios, que acabaron por divorciarse y dar entrada a los «sabios»: los «sabios» Yaou y Shun, que nacieron en los años 2356 y 2254 antes de Jesucristo, y reinaron ciento cinco y cincuenta años, respectivamente. Y ya vino la dinastía Hea, con sus diecisiete emperadores de 2204 a 1765 (a. de J. C.). Y vino, por fin, Mao Tsé-Tung en octubre de 1949, con Chu Teh y Chu En Lai, y en lugar de presentarse en el Altar del Cielo, como había hecho en 1914 el presidente republicano Yuan Shinh-k'ai, para cumplir el rito confuciano de «adorar al Cielo», rito que solamente podía desempeñar un emperador, Mao, desmitiendo al filósofo Mencio, que decía: «He sabido de "bárbaros" ("bárbaro", en la China de todos los tiempos, como en la antigua Grecia, es el extranjero), pero nunca he sabido de chinos mejorados por "bárbaros"; Mao impone al país, desde Pekín, un régimen político y social aprendido en los libros de Marx, Engels y Lenin. Como ya había ocurrido con un monje que levantó una revolución agraria, y dio la tierra a los desvalidos, y se hizo emperador de una dinastía, Mao convierte la revolución industrial marxista de Rusia en una revolución agraria, y al desenfreno moral de las últimas dinastías tártaras, sucede en la China de Mao una rigurosidad, una austeridad, una disciplina y vasallaje al nuevo Estado como no habían podido alcanzar los viejos "sabios" confucianos. Crea, frente al Estado "bárbaro", extranjero, la misma actitud de reverencia que el confucionismo venía predican-

do desde que Confucio muere y Mencio nace (quinientos años antes de Jesucristo).»

Es mucha China esta China y la de hace cuatro mil años. Cuatro mil años de vida histórica y continua,

# MEDITACIÓN FINAL

## 1

En el mes de junio de 1978, en el aeropuerto de Pekín (RPCh), tuve ocasión de recoger un folleto de propaganda titulado: «El imperialismo neozarista: una amenaza para la paz.» En el mes de setiempre del mismo año, en el aeropuerto de Moscú, se me ha ofrecido un folleto titulado: «La política de Pekín es una amenaza para la paz.» El contenido polémico de ambos textos oficiales —publicados por los respectivos Estados—, se trasluce desde la dramática coincidencia de su título. En conversaciones privadas, en uno y otro país, y con la proximidad cronológica que señalo, he observado que este paralelismo es, a la vez, total y distinto. En las mentes chinas, anoto una sensación de crispación. Si se recorren otras publicaciones de propaganda impresas en Pekín, podemos hallar larga y puntual noticia, acompañada de gráficos, de las violaciones fronterizas que el ejército soviético perpetra a lo largo de la interminable —y por ello frágil— línea divisoria entre ambos inmensos países. La cólera de los intérpretes que nos acompañan, al referirse a «la alevosa traición» de Nikita Kruschev, cuando, en 1960, dejó a sus aliados chinos en la estacada, es unánime y sin tapujos.

En mis conversaciones en la URSS, dos meses después, la animosidad popular hacia la actitud china, si no tiene el tono de la crispación, adquiere el temblor de una preocupación profunda. No olvidemos que el pueblo soviético pasó una prueba terrible con la «guerra patria» —con sus cuarenta millones de muertos como soldadura nacional— y que en este momento, las gentes soviéticas, mientras los chinos se encuentran en pleno sarampión estalinista, están acercándose a una cierta relajación que les acerca a un modo de vida pre-burgués, con el logro de satisfacciones físicas que no habían sido posibles a lo largo de medio siglo de régimen



17 — 3722

soviético. Una nueva «guerra patria» —nos dicen— sería un estremecedor regreso a la miseria, al dolor y a la muerte.

Pero el fenómeno está ahí, con la fuerza de su evidencia, a los ojos de un viajero que, como yo, acaba de recorrer ambos países. Fenómeno sin duda sorprendente. Pues, ¿cómo habría de producirse un choque entre unas fuerzas cuya ideología tiene el mismo sello de origen? Cuando nosotros, en Pekín, recorremos la impresionante plaza de Tien-An-Men, a las puertas de «La Ciudad Prohibida», ¿no vemos las cuatro grandes efigies de Marx, Engels, Lenin y Stalin? ¿No podríamos verlas, exactamente, fijadas a lo largo de la Muralla Roja que cerca el campamento de piedra que es el Kremlin? ¿No podríamos comparar la mitificación de Lenin con la sacralización de Mao, perceptible en las dos inmensas hileras de devotos que esperan pacientemente entrar en sus respectivos mausoleos?

El hecho es tan evidente que todo el mundo occidental había echado sus cuentas. ¿Qué coeficiente de peligro supondría la fusión de la potencia militar de la URSS —doscientos sesenta millones de habitantes— con el poderío bélico de la República Popular China y sus novecientos millones de súbditos? El mundo no comunista sentía correr por su espinazo el escalofrío del terror.

Ahora bien, las cosas no se produjeron en este sentido, sino que la distancia entre ambas tendencias se acentúa de una manera espectacular. No sólo las fuerzas no se aproximan, de acuerdo con su originaria identidad ideológica, sino que, por parte de China, especialmente, se producen los más estupefacientes cambios de frente, en cuanto a su política de alianzas: contacto con los Estados Unidos, con la Alemania Federal (préstamo fiduciario), con Italia (fábricas de automóviles), con Suecia (instalaciones industriales) e incluso con el Chile de Pinochet. Como culminación el asombroso abrazo del Presidente Hua y el primer ministro japonés Takeo Fukuda. El Japón, «el país de los enanos de las islas orientales», el depredador de China en tantas guerras; el responsable del Estado títere en Manchuria; el país que obligó a Mao a unirse con Chiang Kai Shek en una guerra patriótica frente al enemigo común, ¿en tratado de paz y amistad con la República Popular China?

## China en su laberinto

Confieso que este tema me ha obsesionado, especialmente, en mis dos últimos viajes a Extremo Oriente. Y no sólo a mí: la bibliografía en torno al tema es abrumadora. Basta recorrer los índices que publica en torno al tema Klaus Mehnezt en su excelente y voluminoso libro *Pekín y Moscú* (Ed. Noguer, 1957, 560 páginas). Si es evidente la raíz común marxista-leninista de las ideologías oficiales de la URSS y de la China, ¿dónde estarían las razones subterráneas que explican el distanciamiento primero y el enfriamiento después?

A juicio del autor de este interesantísimo libro, habría en el inicio una posición fundamental: «los rusos son europeos». Rusia, hija de Bizancio, se considera una «tercera Roma», que extiende con sus dominios materiales una concepción occidental, resistiendo las presiones de los tártaros, mongoles y otomanos. «Ocioso sería describir la europeización consciente de Rusia, obra de Pedro el Grande. Produjo, en lo esencial, felices resultados, y continuó después de él. A partir del siglo XVIII, es inconcebible la vida intelectual rusa sin Leibniz y Voltaire, sin Byron, sin la influencia báltica, sueca y alemana» (pág. 15). «Las ciencias en Rusia no han conocido sino un modelo occidental. Los eslavófilos del siglo XIX no luchan contra Europa en sí, sino contra lo que les parecía corrompido, y su periódico programático se titulaba *El Europeo*. ¿Habrá todavía que señalar que el comunismo se introdujo en Rusia como un hijo legítimo de la historia social e intelectual de Occidente?» (pág. 16).

Estamos frente a una primera clave, que nos será válida para enfrentar a la mentalidad china, en cuanto a fidelidad radical al mundo asiático.

## 2

El análisis del cambio de sentido en las relaciones chino-soviéticas puede hacerse partiendo de esa condición «europea» que la tradición rusa no puede desmentir, en la medida en que la «Santa Rusia» desde un principio se sintió vinculada a la tradición cristiana de Bizancio que, a través de Kiev, llegó a Moscú y finalmente a San Pertersburgo. Una «tercera Roma» podía proclamarse, pues, al borde mismo de las estepas rusas como una defensora obstinada ante las invasiones tártaras o mongoles, y basta conocer lo que queda en pie de la Iglesia ortodoxa, y lo que esa Iglesia hizo alineándose junto al gobierno soviético, cuando se produjo la invasión hitleriana —esta vez los «bárbaros» venían del Oeste— para comprender que el substrato religioso del alma eslava se vinculaba a la tradición del cristianismo europeo.

Y no es menos cierto que paralelamente, el movimiento histórico-cultural de Rusia aparece vinculado también a la tradición europea. Cuando se recorre la espléndida «Galería Tretiakov» de Moscú, se advierte que, en pintura, la tradición de los «iconos orientales» queda petrificada, mientras vamos descubriendo una espléndida continuidad que reflejan todas las escuelas pictóricas occidentales. Y basta recorrer las calles de Leningrado (o las de Kiev, o las de Varsovia) para comprender cuanto puede percibirse en sus mejores edificios, de la obra de Rastrelli y de otros arquitectos italianos.

Rusia era, pues, en 1917, una gran fuerza europea, una gran potencia industrial, cuyo proletariado sirvió de base a la revolución marxista-leninista. Y observé —cuestión capital— que China no pudo apoyarse en la misma circunstancia demográfica (sólo posible en Shanghai y en Cantón), por lo que la revolución de Mao Tsé-Tung fue, fundamentalmente, una revolución de campesinos. Anótese este factor para comprender el fenómeno de distanciamiento que habrá de producirse más tarde.

Claro que, en un principio, nadie hubiera podido pronosticarlo. La ideología común —para la URSS y para China—

era el materialismo histórico, como se encargan de proclamarlo sus pontífices máximos Lenin y Mao, cuyos textos sirven de base rigurosa para la educación de la clase política en uno y en otro país. Lo lógico es que existiese un trasvase de sentimientos y que se entonasen himnos como el titulado Moscú-Pekín que empezaba: «*Los pueblos de la Unión Soviética y de China son hermanos para siempre / Su amistad y su unidad son indestructibles / Los pueblos se han alzado hombro contra hombro / cantando alegremente / marchando hacia delante. / Stalin y Mao reinan en nuestros corazones* (tres veces) / *¡Moscú-Pekín! ¡Moscú-Pekín!*»

Sin embargo, la realidad fue muy otra. El trasvase de técnicos soviéticos (más de doce mil) a China, acabó siendo un pesado dogal para los chinos, que debían albergarlos y mantenerlos aun cuando la URSS concedía cuantiosos créditos a la República Popular. Hacia 1954, Kruschev empezó a dudar si era sensato el apoyo soviético al antiguo Imperio del Centro. Los soviéticos son buenos contables, incluso cuando hacen favores, como bien recuerdan los españoles cuando, al reclamar el oro del Banco de España depositado en Moscú se les contestó con una cumplida y detallada factura del material bélico enviado al bando republicano, justificando hasta el último céntimo del numerario recibido. El Kremlin empezó a advertir que su aliado chino invertía los préstamos soviéticos en aventuras arriesgadas —como la organización de las comunas—, en créditos a otros países asiáticos o en preparar bombas atómicas, cuya prohibición se había pactado con Inglaterra y los Estados Unidos en 1953. La interayuda a nivel técnico quedó reducida a unos intercambios científicos, a unas vagas sociedades de cooperación intelectual, que registraron, entre otras cosas, que, en la enseñanza de los idiomas los chinos preferían cada vez más el inglés al ruso. El estilo soviético estaliniano, tan visible en los rascacielos de la Universidad de Moscú, no podía gustar a los chinos. Por su parte, la conciencia cultural rusa no exige reconocer un puesto capital a la cultura china, por la sencilla razón de que Rusia se siente occidente y el oriente asiático sugiere sobre todo el recuerdo de las invasiones tártaras y mongolas. Los periódicos soviéticos dejan de interesarse, pues, por el tremendo vecino del Asia Central.

Todos estos pequeños fenómenos se van agravando a lo largo del tiempo. La evolución de la economía china es muy lenta, y hoy, a treinta años del triunfo de la República Popular, no se halla en franquía. La ayuda soviética no fue, en su momento, capaz de asegurar el avance de «el gran salto hacia delante» y los chinos no olvidan el ataque de Kruschev a sus comunes proyectos económicos. Ni la euforia con que explicó su visita a los Estados Unidos (1958) a la que Mao opuso a todo ello un silencio helado. A la antigua política de cohesión con todos los pueblos socialistas, empezó a oponer el programa de unión con otros pueblos asiáticos y africanos, política que luego ha seguido la URSS con sus convocatorias a las reuniones periódicas como la de intelectuales en Tachkent (setiembre de 1978). En suma, mientras Kruschev iniciaba una rectificación del estalinismo, Chu En Lai proclamaba abiertamente su adhesión a las formas más intransigentes del absolutismo marxista. La ayuda soviética desapareció.

En los alrededores de Nanking, he visto brillar la cólera en los ojos de mis acompañantes chinos, cuando me explicaron que el gran puente sobre el Yangtsé, iniciado con la colaboración de los técnicos y del acero especial soviético, corrió el riesgo de no haberse terminado, lo que sirvió, de paso, para que los chinos hicieran cuestión de honor remediar el desaguisado con su propio esfuerzo. China quedó abandonada. Se había abierto el abismo.

## 3

Al agudizarse el distanciamiento entre la República Popular China y la URSS aparece en los escritos de Mao la frase «nosotros los asiáticos», que es enormemente significativa. En 1962, desde Pekín surgió el eslogan «Razas de color de todo el mundo, uníos contra el predominio de los blancos». Entre estos blancos estaban, claro está, los rusos.

Es evidente, pues, que la aproximación del mundo comunista soviético al mundo comunista chino, que parecía fácil, por razones de la identidad ideológica marxista, había tropezado a partir de 1960 con dificultades muy profundas. ¿Por qué motivos? Hemos intentado una explicación basada en que el «modo de ser asiático» no puede ser comprensible desde el ángulo occidental. Los métodos de conocimiento son distintos, y la lógica es diversa. ¿Cómo hermanar un mundo razonante apoyado en los principios de causalidad y de contradicción, con el flotante cosmos taoísta, donde pueden convivir las más extrañas diversidades, dentro de un extraño mundo mágico más cerca de la moral práctica que de la mística?

Así pues, la misma «lectura» de Marx o de Engels puede dar lugar a doctrinas distintas, a la luz de una mente asiática que anda oscilando a la busca de lo que Mao llama la «interpretación correcta». En fin de cuentas, ¿no hubo de realizar el mismo cristianismo esfuerzos de aproximación a la mentalidad extremo-oriental? ¿Y no significa, en el fondo, una ausencia de dogmatismo la tolerancia de la doctrina maoísta de las «cien flores»? ¿Y no sucede que, dentro de la mentalidad china, un logro estético de armonía y de belleza acaba justificando todas las contradicciones?

Toda intransigencia acaba siendo inquisitorial, y de esto los chinos saben mucho, pues ya el año 213 antes de Jesucristo el emperador Che-Huang-Ti hizo quemar las obras de Confucio. Lo que ha sucedido recientemente con la «Banda de los Cuatro» es la última consecuencia de la propia «revolución cultural», que llevó a propugnar la eliminación de todos los libros que pudieran contener doctrinas no suficien-

temente revolucionarias. Pues bien: la reacción contra este puritanismo —la que corresponde a la actual situación que personifica al presidente Hua— argumentó diciendo que el doctrinarismo intransigente, al excluir tantos libros del acervo cultural chino y europeo, mutilaba la personalidad de las gentes y era, sólo por ello, contrarrevolucionario. Importaba, por tanto, caminar hacia una zona de convivencia, de tolerancia y ello es lo que permite barruntar a los observadores que el período de exigencia dogmática en la República Popular China va a desplazar su rigidez ordenadora, utilizando el pensamiento «sinuoso» de Mao Tsé-Tung, ecléctico al considerar que «cien flores» pueden convivir en nuestro jardín, y que la mejor táctica es «dos pasos adelante y un paso atrás». Acaso porque la mente oriental, la mente china, en especial, más que una mística hacia lo absoluto, como la que es capaz de sentir el eslavo, siente una necesidad de acomodación al medio y al instante, que se traduce, a lo más, por unas reglas de conducta. Por eso el confucianismo, con su moral práctica, dominó en China al Taoísmo y al Budismo.

Ciertamente, en mi viaje a China, no he llegado a advertir demasiado estos signos, aunque no me ha sido imposible detectar algunos «salones de belleza» y otras frivolidades cosméticas imposibles de concebir hace unos pocos años. Pero lo que me importa es relacionar esta actitud con la indiferencia asiática por cualquier dogmatismo, que el chino contempla irónicamente con sus ojos oblicuos.

Todavía diría más: en la religiosidad del alma eslava, en el trasfondo del cristianismo (dulzón en Tolstoy; patético en Dostoiewski) hay acaso más mesianismo que en el alma china, que está un poco de vuelta de todos los decálogos dogmáticos para acercarse a una contemplación lejana y circunspecta.

Recordemos, por otra parte, que la conciencia china funciona a la defensiva cuando se le menciona el mundo occidental. Orgullosa de su Imperio dos veces milenario, al que denomina expresivamente Imperio de «En medio» o del «Centro», Occidente desde hace más de cien años (desde la guerra del opio) hasta la actual presión soviética es una forma constante de amenaza, y no deja de ser sarcástico que nosotros hablemos de «peligro amarillo», cuando ellos sienten en su epidermis las llagas que supusieron las «concesiones» a

las potencias europeas y otras depredaciones, verdadero ejemplo de «peligro blanco». De ahí que no haga falta llegar al maoísmo para hallar el gesto defensivo de una «China para los chinos», visible, tanto en la República de Sun Yat Sen (1911) como en las expresiones nacionalistas de 1919, o si se apura, las actitudes antijaponesas que llegaron a formar un solo Ejército a las tropas de Mao y a las de Chiang Kai Shek.

Por eso, cuanto más advertimos que Rusia se siente más occidental que eslava, y más eslava que asiática, comprendemos las razones últimas de un «distanciamiento» que hoy cristaliza en la tensión chino-soviética.

Pero hay otra razón: Mientras Lenin se apoya en una base de proletarios industriales, Mao Tsé-Tung dibuja una China de campesinos pegados a una tradición casi analfabeta y, por ello, hostil a la fracción de intelectuales universitarios que personifica Chu En Lai. Por eso el concepto de «estudio» en el sentido de adquirir técnica, tan caro a Lenin, para Mao significaba planteamientos de conducta moral. Uno y otro hablaban un idioma distinto.

Y lo alucinante es que todas estas contradicciones puedan ser asumidas por la zigzagueante dialéctica del gran timonel, del Presidente Mao, que ha escrito estas palabras estremecedoras: «Un gran desorden bajo los cielos conduce a un gran orden bajo los cielos. Y otro tanto vuelve a suceder cada siete u ocho años. Los monstruos y demonios saldrán por sí solos a la palestra. Como lo determina su propia naturaleza de clase, no pueden actuar de otra manera... ¿Dentro de cien años todavía habrá que hacer la revolución? ¿Y dentro de mil años? Siempre habrá que hacer la revolución. Siempre habrá una parte de la gente que se siente oprimida. A los pequeños funcionarios, a los estudiantes, a los obreros, a los campesinos y a los soldados no les gusta que los grandes personajes los opriman. Por eso ellos querrán hacer la revolución. ¿Dentro de diez mil años ya no aparecerán contradicciones? ¿Cómo no van a aparecer contradicciones? Seguro que sí aparecen.»

Estas palabras son —tenían que ser— premonitorias. En lo meses que han transcurrido desde la fecha de mi viaje —junio de 1978— el proceso político de la República Popular

China ha realizado los más sorprendentes virajes. Hasta el punto de que el autor de estas páginas deba calificarlas de documento fidedigno y testimonio de lo que ha sido el momento máximo de la revolución maoísta; de su exaltación más radical. La China de Hua Kuo Feng, ¿es la continuación de la que perfiló el Gran Timonel?

En lo que se refiere a la política de alianzas, ¿quién hubiera podido predecir, hace un año, que el distanciamiento chino de la URSS, que ya hemos reseñado, llevaría a Pekín a los dirigentes americanos en mayo; al rey de España en julio; a los japoneses a firmar un tratado de paz y de amistad, en agosto y a los franceses ( Monsieur Barre a visitarles en setiembre)?

¿Quién podía imaginar los viajes del presidente Huan Kuo Feng a la corte del Sha de Persia o a la Yugoslavia de Tito?

¿Quién hubiera podido predecir, en los días de nuestro viaje, hace un año, que aparecerían mensajes públicos de crítica a Mao Tsé-Tung, acusándole de haberse dejado manejar por «la banda de los cuatro» y que desfilarían por la plaza de Tien An Men mesnadas de campesinos gritando «hambre» y «libertad»?

¿Cómo no sorprenderse, frente a la mística revolucionaria que registramos en nuestro viaje de la rápida extensión de los signos de «frivolidad» occidental que, según las noticias de la prensa, van desde el maquillaje femenino al baile americanizado, desde las exhibiciones de modelos (masculino y femenino) a la adopción fulminante de la «Coca-cola»?

¿Qué interpretación dar a los nuevos signos políticos de libre discusión en los periódicos, en los «datzibaos» y en cámara abierta de temas fundamentades?

¿Qué pensar de las nuevas locuciones políticas en uso por la Asamblea Popular China, que habla de una «democracia socialista» de corte «liberal» tan distante del «pensamiento anárquico» como del «conservadurismo»?

El autor de este libro ha iniciado sus páginas con un «acto de humildad». Con este mismo gesto sencillo y atónito cerrará su emocionada y febril escritura. Sí: «China en su laberinto.»

*Barcelona, junio de 1979*

# POST-SCRIPTUM EN TOKIO

*Salgo de mis cuatro semanas de permanencia en China, como si emergiera de un largo túnel, a cuyo término recobro la noción habitual de mi vivir. He abrazado en el aeropuerto de Pekín, a mis dos intérpretes, que ya son mis amigos, a Ku y a Liu, que nos ofrecen su mejor sonrisa. Ahí les dejamos con su fe y con su esperanza. Con sus sobrios indumentos; con su espartano vivir. Decimos adiós a ese mundo igualitario cuyo lujo es la bicicleta; a esa realidad tensa apoyada en una mística de combate. «Adiós, amigos», les decíamos mientras una cierta congoja nos oprime el corazón.*

*El avión nos va a conducir, tras unas horas de vuelo, a Tokio. Si, al iniciarse el periplo, en Hong Kong, tomábamos conciencia de que abandonábamos el mundo colonialista, ahora tenemos la sensación de que, en contraste con la moral del socialismo, vamos a entrar en la mística de la industrialización.*

*Tokio es, además —junto a México—, la ciudad más populosa del globo: 9.000.000 de habitantes. Frente al mundo silencioso, un cosmos trepidante. Ya el aeropuerto —acaso el más importante de los que hoy existen— nos anticipa el mundo de ciencia-ficción en que estamos entrando. Y debo decir que, desde mi última estancia en la capital del Japón —hace diez años— el vértigo de la ciudad se ha decuplicado. Como se ha decuplicado el coste de la existencia. Pagar trescientas pesetas por una «Coca-cola» (aquí hay, naturalmente «Coca-cola», porque para eso sirven las guerras) o diez mil pesetas por un «Tokyo-la-nuit», pueden ser puntos de referencia. Estos precios exigen un dispendio publicitario —en China, claro está, no hay anuncios— que despliega un índice de seducciones ante el presunto cliente. Después de cuatro semanas de abstinencia, he aquí los rostros de las artistas*

*de teatro y de cine, los maniquíes de las revistas de moda —«la mujer objeto» en suma— prodigiosamente maquillados. En los carteles callejeros, en la ventanita de la televisión, la mujer japonesa es un repertorio aparente de delicias.*

*La ciudad es inmensa. Nuestro guía, que se llama Masajito (mis padres, bromea él, no sabían que trataría a muchos españoles), vive a sesenta quilómetros de su oficina de trabajo e invierte dos horas en cada recorrido. El tráfico es agobiante, de tal suerte, que muchas de las arterias circulatorias poseen dos y aun tres niveles superpuestos. Es alucinante, en efecto, recorrer la ciudad en un automóvil que pasa frente a los rascacielos a nivel de su séptima o de su decimoquinta planta. En cualquier caso, el espectáculo es el mismo: Cada una de las alturas de los edificios está literalmente atestada de miles y miles de empleados que, en mangas de camisa, de blancura restallante, se inclinan sobre sus mesas de trabajo, sus ábacos, sus calculadoras, como en una zumbadora columna que ordena gigantescos negocios multinacionales. Esto es una inmensa máquina trituradora, un émbolo a presión sobre las existencias individuales. Un mundo paroxístico e implacable.*

*No voy a apurar su análisis. Pero sí me interesa anotar algunas reflexiones en relación con el mundo que acabo de recorrer. ¿En qué medida este mundo japonés es paralelo y en qué medida la antítesis del universo que acabo de recorrer?*

*Señalar que la cultura japonesa —a través de la expresión religiosa del confucianismo y del budismo— es una consecuencia de la cultura china, es escribir una obviedad. Recordar que, cuando el Imperio Chino cayó en manos de dinastías mongoles o manchúes, las esencias de la civilización china se refugiaron en Japón, es otra sencilla verdad que puede aprenderse, por ejemplo, en* El libro del té, *de Okakura Kakuro. Pero no es menos cierto que hay, también, diferencias abismales, que ya percibieron los que anotaron en Europa las primeras noticias de Extremo Oriente, los jesuitas españoles, como hemos visto en la página correspondiente.*

*Acaso sorprenda saber que el padre Baltasar Gracián llamaba a los «japoneses» «los españoles de Asia», y leyendo*

*el admirable libro de Ruth Benedet* El crisantemo y la espada *(ed. Alianza Editorial) descubrimos un espíritu militar, basado en el respeto a las clases feudales y a las obligaciones de conducta que comportan y que limitan a unas cuantas estirpes los niveles del poder, mientras los emperadores chinos permitían el acceso al mandarinato a todos cuantos superasen los «exámenes imperiales» en donde se demostraba el primor caligráfico y la sabiduría religiosa de cada aspirante. Del mismo modo, el código del honor japonés —el giri— se parece un poco a las difíciles características del honor español, cuya blancura era inatacable. De ahí la diferencia entre unos y otros en cuanto al paladeo de la vida: la mayor categoría de la cocina china frente a la japonesa, etcétera.*

*Pienso todo esto, en las breves horas japonesas que epilogan un viaje a China. A la manera como los pintores europeos del siglo XVII inventaron el «repoussoir», pieza en primer término que enriqueció las perspectivas del fondo del cuadro, así también estas pinceladas me sirven de fiel contraste para entender un poco más el cosmos que acabo de recorrer.*

# APÉNDICE DOCUMENTAL 1:

## LA CONSPIRACIÓN DE LOS CUATRO (1)

El tema de la «Banda de los Cuatro» surge obsesivamente ante el viajero, que se sorprende del martilleo dialéctico de quienes, venga o no a cuento, aprovechan la menor oportunidad, para atribuir a la mencionada «cuadrilla» todos los problemas por que atraviesa la China actual. Por razones de objetividad, voy a ofrecer primero la versión oficial del tema, y, más adelante, las contraposiciones que, en este momento, y, por razones obvias, sólo aparecen fuera del territorio de la República Popular. Tomo estos primeros textos de la revista *China reconstruye,* abril de 1978:

PREGUNTA: Después del aplastamiento de la «Banda de los Cuatro» se han emprendido muchos cambios en el trabajo educacional de China, ¿significa esto un cambio del principio que guió siempre la revolución educacional en China?

RESPUESTA: No. Precisamente es todo lo contrario. «*Hacer una revolución en la educación*», es el gran llamamiento del Presidente Mao y el principio que guía el trabajo educacional de nuestro país; bajo su orientación se han logrado notables éxitos en este frente. Empero, la banda de Wang, Chang, Chiang (2) y Yao, tras una careta de «izquierdistas» se apropió de esta consigna revolucionaria para tergiversarla y adulterarla, y aprovechándose de la dirección usurpada en la educación y en la propaganda ejerció nefasta influencia y causó daños muy serios a la causa educacional de China. El

(1) Por considerarlo conveniente, añadimos este apéndice documental.

(2) Recuérdese que Chiang es la esposa de Mao Tsé-Tung.



18 — 3722

Presidente Mao formuló el principio de que «la educación debe servir a la política proletaria, debe combinarse con el trabajo productivo» y que nuestra política educacional «debe permitir a todos aquellos que reciben educación desarrollarse moral, intelectual y físicamente y convertirse en trabajadores cultos y con conciencia socialista». La banda, envenenó la mente de la gente con la consigna «son preferibles los trabajadores sin cultura», consigna completamente contrapuesta a la del Presidente Mao, según la cual son necesarios «trabajadores cultos y con conciencia socialista». Calificó a Chang Tie-sheng como «héroe que actúa en contra de la corriente» por haber entregado su hoja de examen en blanco (3). Por lo tanto, la ideología errónea de «es inútil el estudio» cundió entre los alumnos. Además, hizo una gran alharaca acerca del diario de una alumna de primaria en que criticó a su maestro, con el objeto de iniciar a los estudiantes a oponerse a los maestros, lo que influyó gravemente en las relaciones entre los estudiantes y profesores, y destruyó el orden en la enseñanza escolar. Si hubiéramos dejado a la banda continuar con sus disturbios, habríamos retrocedido a la vieja China oscura e ignorante, es más, habríamos regresado a la vida primitiva de la sociedad cavernaria.

Actualmente, la rectificación del trabajo educacional realizado por el Comité Central encabezado por el Presidente Hua tiene por objeto precisamente poner al desnudo la catadura de «izquierdista» pero en verdad derechista de la banda y aplicar completa y correctamente el principio de la revolución educacional establecido por el Presidente Mao. Por ejemplo, conferirle el rango justo a la elevación del nivel de la ciencia y la cultura constituye parte importante de

(3) ¿Cuál fue el incidente de Chan Tie-sheng? En el verano de 1973, un tal Chang Tie-sheng, de la provincia de Liaoning, *ignorante hasta del abecé*, se presentó a un examen de admisión en los centros docentes superiores, violando las estipulaciones del Estado, a la universidad. Como no podía ser de otra forma, el hecho trajo gravísimas repercusiones: confundió la mente de la joven generación, saboteó el sistema de matrícula en las universidades e incentivó las condiciones para que proliferasen hechos dolosos como el de la admisión de estudiantes universitarios aprovechando el poder detentado o manipulando las relaciones personales con los cuadros de los departamentos de enseñanza. En ese tiempo, un sinnúmero de muchachos de gran capacidad intelectual y de estudio que mediante una adecuada formación hubieran podido convertirse en buenos especialistas fueron impedidos de ingresar a la universidad.» (Rev. cit., págs. 11-12.)

los contenidos del pensamiento educacional del Presidente Mao. Como es fácil comprobar, ya en el período de la revolución democrática el Presidente Mao había subrayado la importancia de elevar el nivel cultural de las masas en la revolución, y en los años 50 cuando nuestro país entró en la etapa de la revolución socialista, dijo: «Hemos entrado en un nuevo período histórico, un período tal que los asuntos que comprometen nuestros esfuerzos, que ocupan nuestra mente y en los que tratamos de penetrar son la industrialización socialista, las tranformaciones socialistas, la modernización de la defensa nacional e incluso la investigación de la energía atómica, ya iniciado», y, asimismo, «el proletariado no puede construir el socialismo a menos que cuente con un inmenso contingente técnico y teórico propio».

Para materializar hacia fines del presente siglo el gran plan proyectado por el Presidente Mao de modernizar la industria, la agricultura, la defensa nacional y la ciencia y tecnología, necesitamos apremiantemente adoptar medidas efectivas con el fin de elevar la calidad de la enseñanza de los centros docentes de todos los niveles, de fortalecer el estudio de los conocimientos y teorías básicos, de reformar materiales de enseñanza con contenidos modernos de la ciencia avanzada, de efectuar activamente investigaciones científicas en los centros docentes superiores y de reformar el sistema de admisión de estudiantes universitarios con miras a preparar a ritmo acelerado la mayor cantidad posible de personal calificado. Todo esto tiene por objeto borrar el daño causado por la banda y hacer bien la revolución proletaria en la educación.

PREGUNTA: ¿Qué significa la crítica de las «dos evaluaciones» abierta en el sector educativo de China?

RESPUESTA: En 1971, la «Banda de los Cuatro» cocinó las «dos evaluaciones», sosteniendo que durante los 17 años posteriores a la liberación del país en 1949 y anteriores a la Gran Revolución Cultural Proletaria en 1966, la línea proletaria del Presidente Mao sobre la educación «no fue aplicada en lo fundamental», que «la burguesía ejerció la dictadura sobre el proletariado» en el terreno educativo y que, por otro lado, «la mayoría de los profesores y de los estudiantes preparados en este período eran intelectuales burgueses». En la

nueva China de la dictadura del proletariado, estas evaluaciones significan llamar negro a lo blanco y borrar de un plumazo los logros de los 17 años en el trabajo educacional. Aprovechando el poder en su mano y blandiendo estos dos garrotes, la banda atacó a su gusto a las personas que no estaban de acuerdo con sus evaluaciones. Aquellos que estaban en contra de las «dos evaluaciones» serían infamados con la etiqueta de «oponerse a la revolución educacional» y víctimas de la persecución.

Efectivamente, en 1971, para refutar sus falacias, el Presidente Mao dio instrucciones al respecto: No debían hablar en demasía de los defectos de los 17 años. Bajo la dictadura del proletariado los que siguen una línea errónea no son la mayoría, sino una minoría, y la mayoría de los intelectuales se pronuncian por el sistema socialista. Pero, la «Banda de los Cuatro» ocultó estas instrucciones.

Éstos exageraron absurda y unilateralmente las críticas del Presidente Mao según las cuales, debido a la interferencia de la línea revisionista de Liu Shao-chi, existían las siguientes tendencias en la educación: por un lado, la de alejarse de la realidad y del trabajo manual y el menosprecio de la política, y, por otro, el período de estudios era demasiado largo, las asignaturas excesivamente pesadas, mientras que en los exámenes los estudiantes eran tratados como enemigos. Era parcial, por ejemplo, el fenómeno señalado por el Presidente Mao en el sentido de que los intelectuales burgueses continuaban dominando nuestras escuelas. Con segunda intención, la banda lo exageró como la situación general reinante en todas las escuelas y afirmó que la burguesía ejercía la dictadura sobre el proletariado en el sector educativo, e incluso cocinó la consigna reaccionaria de «actuar en contra de los 17 años» con el obvio objetivo de negar cabalmente la línea revolucionaria educativa del Presidente Mao y el sistema educativo socialista. Esto es inadmisible para el pueblo de todo el país.

PREGUNTA: ¿Cómo deben evaluar el trabajo educacional de los 17 años anteriores a la Revolución Cultural?

RESPUESTA: La realidad es la mejor respuesta. Desde la fundación de la nueva China, el trabajo educativo marchó siempre bajo la solícita atención del Presidente Mao quien

dio instrucciones concretas en casi todas las etapas de la revolución. Especialmente, en 1958, año del Gran Salto Adelante en la economía nacional, siguiendo el principio trazado por el Presidente Mao de que «la educación debe servir a la política proletaria, debe combinarse con el trabajo productivo», se desplegó una vigorosa revolución en la educación de China. Antes de la Revolución Cultural, el número de los centros docentes superiores subió a más de 400 frente a los algo más de 200 existentes en los primeros días de la Liberación.

La defensa de «los Cuatro» no puede hallarse, como hemos dicho, en ninguna publicación de la China actual. Pero su réplica dialéctica puede recogerse en la *Carta Abierta* a la Asociación de Amistad Franco-China, firmada por Charles Bettelheim, y publicada en la revista *Monthly Review*, junio de 1978:

«La forma en que ha sido, y es, llevada la "crítica" de los "Cuatro" no tiene nada en común con las enseñanzas del Presidente Mao. No se encuentra, en lo que se ha publicado, ningún análisis marxista, sino sólo calumnias y difamaciones, cuyo bajo nivel expresa la incapacidad de la dirección actual del PCCh para enunciar una crítica seria de lo que habría podido ser la línea política de los "Cuatro".»

En el curso de la campaña llevada contra estos últimos se encuentran acusaciones que se vuelven directamente en contra de las prácticas de la dirección actual. Así, puede leerse que los «trucajes» de las fotos de prensa a los que recurrieron los «Cuatro» demuestran que éstos «eran a la vez viles conspiradores y arribistas que se entendían como bribones para apoderarse del poder del Partido y del Estado» (despacho de Hsinhua del 27 de marzo de 1977). La condena de los «trucajes» de fotos y de toda distorsión de la verdad histórica es ciertamente justa; desgraciadamente, estas prácticas predominan también actualmente, como lo demuestra, por ejemplo, el número doble de noviembre-diciembre de 1976 de *China reconstruye*, en el que figuran fotos visiblemente trucadas.

Otras acusaciones formuladas contra los «Cuatro» niegan incluso las exigencias del marxismo. Éste es el caso, por ejemplo, del reproche hecho a Chang Chung-chiao de haber

querido proceder a un análisis de clase de la sociedad china actual, o incluso, de haber pretendido desarrollar el marxismo. ¡Lo que es calificado de negación del socialismo científico y de revisionismo contrarrevolucionario!

Otras acusaciones son tan inverosímiles, que si fueran aceptadas plantearían graves interrogantes en cuanto al estilo de vida de los cuatro dirigentes del partido comunista chino. Éste es el caso de la acusación formulada contra los «Cuatro» de haberse hecho servir comidas en restaurantes sin quererlas pagar, o de la dirigida contra Chiang Ching de haberse encargado un «vestido de emperatriz».

Por último, otras acusaciones corresponden bien a exageraciones que, visiblemente, deforman los hechos, bien a groseras mentiras. Así, en los periódicos de estos últimos meses, puede leerse que los «Cuatro» han llevado una vida decandente y corrupta de burgueses. Se afirma que Wang Hong-wen es un representante típico de la nueva burguesía. Se afirma igualmente, que los «Cuatro» se aferran obstinadamente a las posiciones de los terratenientes y de la burguesía, que son responsables seguidores al 100 por 100 de la vía capitalista. Se les presenta como enemigos jurados del PCCh, de la clase obrera, de todo el pueblo y de la nación china; se afirma que son culpables de connivencias con el extranjero, de servilismo ante lo extranjero, de importaciones de instrumentos destinados a las actividades de sus agentes secretos y de la importación de artículos de lujo. Se declara, igualmente, que han dilapidado intencionadamente fondos estatales a fin de perjudicar la acumulación socialista y que han exaltado los incentivos materiales. Se les presenta, también, como agentes del Kuomintang.

Si tales acusaciones correspondieran a la realidad, recaerían las más graves sospechas sobre la composición de la dirección del PCCh y sobre la vigilancia del propio Mao Tsé-Tung. En estas condiciones, podría también pensarse que todos, o parte, de los actuales dirigentes resultarán ser un día igualmente agentes del Kuomintang, capaces de «connivencia con el enemigo».

Si —como yo pienso— estas acusaciones no corresponden a la realidad, es imposible otorgar confianza a unos dirigentes que engañan al pueblo procediendo a la eliminación de

aquellos con los que están en desacuerdo, no enunciando claramente las bases de estos desacuerdos sino recurriendo a la calumnia.

En estas condiciones, se ve uno necesariamente obligado a pensar que la proclamada fidelidad a la línea política formulada por Mao Tsé-Tung no es más que una cortina de humo destinada a camuflar una línea muy diferente. De hecho, el examen de los textos publicados en China en el curso de estos últimos meses y lo que se sabe del desarrollo de las prácticas reales me conducen a considerar que triunfa actualmente una línea revisionista. La crítica de Teng ha sido abandonada mientras que predominan los llamamientos que dan prioridad a la producción sobre la revolución. La disciplina y el orden son exaltados, mientras que no se dice nada del derecho a reservar la opinión propia, sin hablar del derecho y del deber de rebelarse contra una política burguesa. Las cuestiones que plantea la situación de las mujeres durante la transición socialista son negadas. La lucha contra el derecho burgués se menciona ya sólo ocasionalmente. El problema de la existencia de la burguesía en el seno del partido es escamoteado. El llamamiento a la lucha de clases es remplazado por el llamamiento a la «lucha contra los Cuatro».

En general, la necesaria crítica de los «Cuatro» está hecha desde un punto de vista revisionista y no desde un punto de vista revolucionario. No se hace distinción entre aquello que hayan podido decir o hacer de erróneo, y, lo que, por su parte, podía ser justo. Más exactamente, sus errores son utilizados para rechazar también los análisis que fueron hechos, lo que está en contradicción con las exigencias del materialismo dialéctico y viene a reforzar las «concepciones burguesas».

El observador occidental se queda perplejo. A la luz de la voluntad de «revolución permanente» que se deduce de las consignas de la «Revolución Cultural», ¿no son los «Cuatro» los mantenedores de una moral de lucha más rigurosa y exigente? ¿No son ejemplo, al mismo tiempo, de un radicalismo que les llevaba a suprimir todos aquellos elementos de la tradición cultural china que no se ajustasen plenamente a la norma revolucionaria, y a rechazar lo que pudiera deno-

minarse actitud revisionista? A la luz de estos criterios, la prohibición de libros, de obras de teatro, y de cine, sacrificando y destruyendo obras y tendencias, quemando bibliotecas, estaba justificada como, a criterio de los inquisidores, se condenaban al fuego los libros sospechosos, como los quemaba Hitler, o el tirano de la película *Fahrenheit 451,* como los mandó quemar, hace muchos siglos, uno de los emperadores chinos de las primeras dinastías.

Pero esta posición intransigente, en defensa de una supuesta rigidez revolucionaria, ¿no incluía una paralización cultural y bajo la capa de la exigencia política no traía consigo una consecuencia paralizadora mucho más reaccionaria? Ésta fue la actitud que llevó a una parte importante del Partido a aplastar la «Banda de los Cuatro» (4).

(4) No es nuestro propósito, ni poseemos datos suficientes para abordarlo, el estudio de este polémico tema. Véase P. Cavendish y J. Gray, *La Revolución Cultural y la crisis china,* Ed. Ariel, 1970; Harry Hayn, *El imperio de los 700 millones,* Ed. Juventud, Págs. 217 y ss.; Alain Peyrefitte, *Cuando China despierte,* Ed. Plaza y Janés, págs. 390 y ss. Para un estudio más correcto de la cuestión puede verse el trabajo de Chien Cheng, *The «gang» of Fow's Attack on progressive Literature and Art,* en «Chinese Literature», n.° 6, 1978, published by Foreign Languages Press, Pekín.

# APÉNDICE DOCUMENTAL 2:

## SOBRE LA SELECTIVIDAD ESCOLAR

Uno de los tópicos mortales que falsifican la noción verdadera de la democracia es la de considerar que el movimiento hacia la libertad presupone una falta de exigencia cultural. La aplicación de esta creencia ha producido entre nosotros una avalancha escolar que ha producido en la masificación, cuyo primer defecto es el descenso alarmante de los niveles intelectuales. He aquí el estado de la cuestión de China:

«Una de las noticias más importantes aparecidas en los periódicos de China durante 1977 es la reforma del sistema de admisión en los centros universitarios (1). La publicación en octubre del año pasado de la decisión del Gobierno sobre el sistema de matrícula unificada y la oportunidad de ingreso a los centros superiores también a los estudiantes excelentes graduados o postgraduados de la enseñanza secundaria, dio lugar a entusiastas discusiones entre las gentes, incluso desconocidas, ya sea en el tranvía, en los centros comerciales o en los restaurantes, sobre este asunto que preocupa e interesa a todos. En poco tiempo, desaparecieron de las librerías los textos de primera o segunda mano que servían para el repaso de las diversas asignaturas de la secundaria. La dirección de muchas fábricas, comunas populares e instituciones apoyaron fervorosamente a los postulantes...

Las aulas generalmente con una capacidad de cincuenta alumnos, en esos días, se hallaban atestadas con más de cien oyentes; entre los cuales, algunos eran jóvenes trabajadores

(1) *El reciente examen de admisión en la Universidad,* «China reconstruye», Vol. XIX, n.º 4, abril de 1978.

de los centros fabriles o instituciones cercanos. He aquí un ejemplo: una profesora de matemáticas acababa de volver a su casa después de todo un día de intenso trabajo que supone el dictado de 8 horas de clase en la escuela, cuando entró en su casa un alumno para pedirle una consulta. Ella, sin mostrar ningún tipo de cansancio, ni disgusto, se puso inmediatamente a resolver sus dudas mientras cenaba. Después, alguien le preguntó: «¿Acaso no sentía cansancio?» Ella respondió: «Los alumnos quieren ingresar en la universidad con el objeto de contribuir en algo a la materialización de la modernización de la patria. Por eso el cansancio para mí no es nada.»

El examen de admisión en Pekín se realizó entre el 10 y 12 de diciembre del año pasado. Durante los dos días y medio de exámenes en Pekín, por todas partes reinaba un jubiloso y armonioso ambiente. Todos querían tender una mano a estos jóvenes aspirantes. En las paradas de autobuses, la gente dejaba a estos muchachos subir primeramente al vehículo para que pudieran acudir lo más rápido posible a los diversos lugares de examen. Asimismo, en los restaurantes, los mozos les ofrecían una atención preferencial. Y, por último, en los cerca de 200 lugares de examen se habían instalado puestos de venta y dispensarios...

¿Qué pensaban los postulantes de la oportunidad que se les ofrecía de estudiar en centros de enseñanza superior? Al respecto, muchos de ellos expresaron: «Es el Presidente Jua que nos ha dado esta oportunidad.» Estas palabras eran, sin duda, sinceras. ¿Por qué? Sencillamente porque la reforma del sistema de admisión hecha por el Comité Central del Partido con el Presidente Jua a la cabeza ha permitido que todos los jóvenes que amen el socialismo y el trabajo y quieran estudiar con ahinco, y que tengan menos de 25 años de edad, buena salud y una educación secundaria o la equivalente a la misma, puedan tener la misma oportunidad de ser admitidos en universidades. El límite de edad para aquellos que posean alguna capacidad profesional y experiencias prácticas se extienden a los 30 años. Esto ofrece especialmente oportunidad a los estudiantes graduados en 1966 y 1967, años en que los centros de enseñanza superior estuvieron cerrados. Nunca ha habido un número tan grande de

postulantes de entre los obreros, campesinos, soldados, médicos descalzos, profesores rurales, graduados secundarios que trabajaban en el campo así como nuevos graduados secundarios. Mediante la selección de los mejores de acuerdo con normas en las que se integran las cualidades políticas, intelectuales, y físicas, incluidas las apreciaciones del centro de trabajo de los postulantes, un gran número de jóvenes promisorios serán admitidos (2).

¿Es cierta esta posibilidad mayoritaria? Acabamos de ver, en la nota a pie de página, la tremenda dificultad del ingreso en algunas escuelas especializadas. ¿Cómo compaginar esto con la consigna de Mao en 1958 de «administrar las escuelas a puertas abiertas»? En el mismo número de la revista *China reconstruye*, de la que hemos tomado la información anterior, se insiste en el poder destructor de la banda:

«El nuevo sistema de admisión ha sido acogido favorablemente por las grandes masas. Miles y miles de familias siguieron atentos los examenes de ingreso. En todo el país, 5.700.000 jóvenes se inscribieron. En la última admisión de estudiantes a la enseñanza superior, se descubrió a muchos jóvenes sobresalientes, hecho que garantiza la calidad de los nuevos matriculados y estimula la actividad de los restantes alumnos en su estudio. Como consecuencia se ha acelerado efectivamente la revolución educacional en las escuelas primarias y secundarias, de manera que se vienen adoptando medidas para elevar la calidad de la enseñanza.

»Un 20-30 por 100 de los estudiantes universitarios ma-

(2) Sin embargo, la cifra no podía ser alta, en proporción con los aspirantes y en razón de la dureza de las pruebas. En este mismo reportaje se cita el ejemplo del Conservatorio Central de Música, que anunció la provisión de 130 estudiantes, frente a 17.000 peticiones de admisión. La cifra de admisiones fue elevada, por una vez a 300 plazas. También aquí se hace referencia al poder malvado de la Banda de los Cuatro, bajo el despotismo cultural de Chiang Ching y sus paniaguados. «... En aquella época al conservatorio sólo le era permitido matricular a estudiantes de ciertas regiones específicas y los postulantes debían proceder de las familias que habían padecido inenarrables sufrimientos y abrigado un inveterado odio en la vieja sociedad. Los estudiantes de otros lugares fueron totalmente excluidos. Incluso a los aspirantes de las regiones determinadas se les sometía a pruebas irrazonables tales como la "investigación de los antecedentes familiares de tres generaciones atrás". De este modo, privaron a muchos estudiantes prometedores de la oportunidad de ingresar a un conservatorio.»

triculados eran graduados de las escuelas secundarias superiores, promoción de 1977. Ya en 1972, conforme a las instrucciones del Presidente Mao, el Primer Ministro Chou, planteó que la superior debía incluir, además de obreros y campesinos, a una parte de los agregados sobresalientes del segundo ciclo de la enseñanza secundaria para mantener la continuidad de su estudio y favorecer la preparación del personal idóneo. Pero esta propuesta fue calumniada desenfrenadamente por la banda y sólo ha podido realizarse después de su aplastamiento. En la actualidad, la mayoría de los graduados de las escuelas secundarias necesitan establecerse en el campo para recibir la reeducación por parte de los campesinos pobres y campesinos medios de la capa inferior y para participar en la construcción del agro socialista. Entre ellos, una parte tendrá oportunidad de ingresar a las universidades o trabajar en las fábricas y otras unidades.

»En la admisión de los nuevos estudiantes universitarios, si los postulantes tienen reunidos los mismos requisitos de educación moral, intelectual y física, se admitió con prioridad a los obreros, campesinos y sus hijos, a los jóvenes instruidos rurales y a jóvenes establecidos en el campo. Se atendió la admisión de alumnos de minorías nacionales aunque no tuvieron el nivel de instrucción requerido. Los centros de enseñanza agronómica, médica y pedagógica admitieron, con prioridad, respectivamente, a jóvenes activistas en la investigación agrícola, a médicos descalzos y a maestros de las escuelas manejadas por los comuneros. Asimismo, se tuvo en cuenta en la admisión a los jóvenes nativos de la provincia de Taiwán, Hong Kong y Macao y a los jóvenes chinos de ultramar vueltos al país. Además, para preparar directamente personal calificado dedicado a la modernización de la agricultura, algunos institutos y universidades agronómicos admitieron a los jóvenes provenientes de las comunas rurales quienes regresarán a las mismas después de graduarse.»

# INDICE

ACTO DE HUMILDAD ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... 7

EL DESCUBRIMIENTO DE CHINA POR EUROPA. 12

HOJAS DE RUTA ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... 38
Prólogo en Hong Kong ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... 38

TAPETES DE ENCAJE BLANCO ... ... ... ... ... ... ... 41
El arte de recibir a los amigos ... ... ... ... ... ... ... ... 41

LAS CIUDADES ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... 54
Cantón ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... 58
Shanghai ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... 61
Cuadernillo lírico ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... 70
Nanking ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... 72
Cuadernillo lírico ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... 77
Hang-Chow ... ..... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... 85
Cuadernillo lírico ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... 82
Hang-Chow ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... 79
Pekín ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... 90
Cuadernillo lírico ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... 111
La Gran Muralla y las tumbas de los Ming ... ... ... ... 117
Cuadernillo lírico ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... 119
Epílogo en Macao ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... 121

LA SINGULARIDAD CHINA ... ... ... ... ... ... ... ... 126
Siete signos diferenciales ... ... ... ... ... ... ... ... ... 126
La civilización China ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... 131

La raíz campesina ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... 147
Cuadernillo lírico ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... 165
La lengua y la escritura ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... 170
Poemas a la manera de... ... ... ... ... ... ... ... ... ... 182
Las incógnitas demográficas ... ... ... ... ... ... ... ... 188
El Ejército ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... 196
La economía vista por un profano ... ... ... ... ... ... 200

POLÍTICA Y MÍSTICA ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... 205
Mao, o el pensamiento sinuoso ... ... ... ... ... ... ... 205

PROGRAMACIÓN Y MÍSTICA ... ... ... ... ... ... ... ... 220

SOBRE LA REVOLUCIÓN CULTURAL ... ... ... ... 238

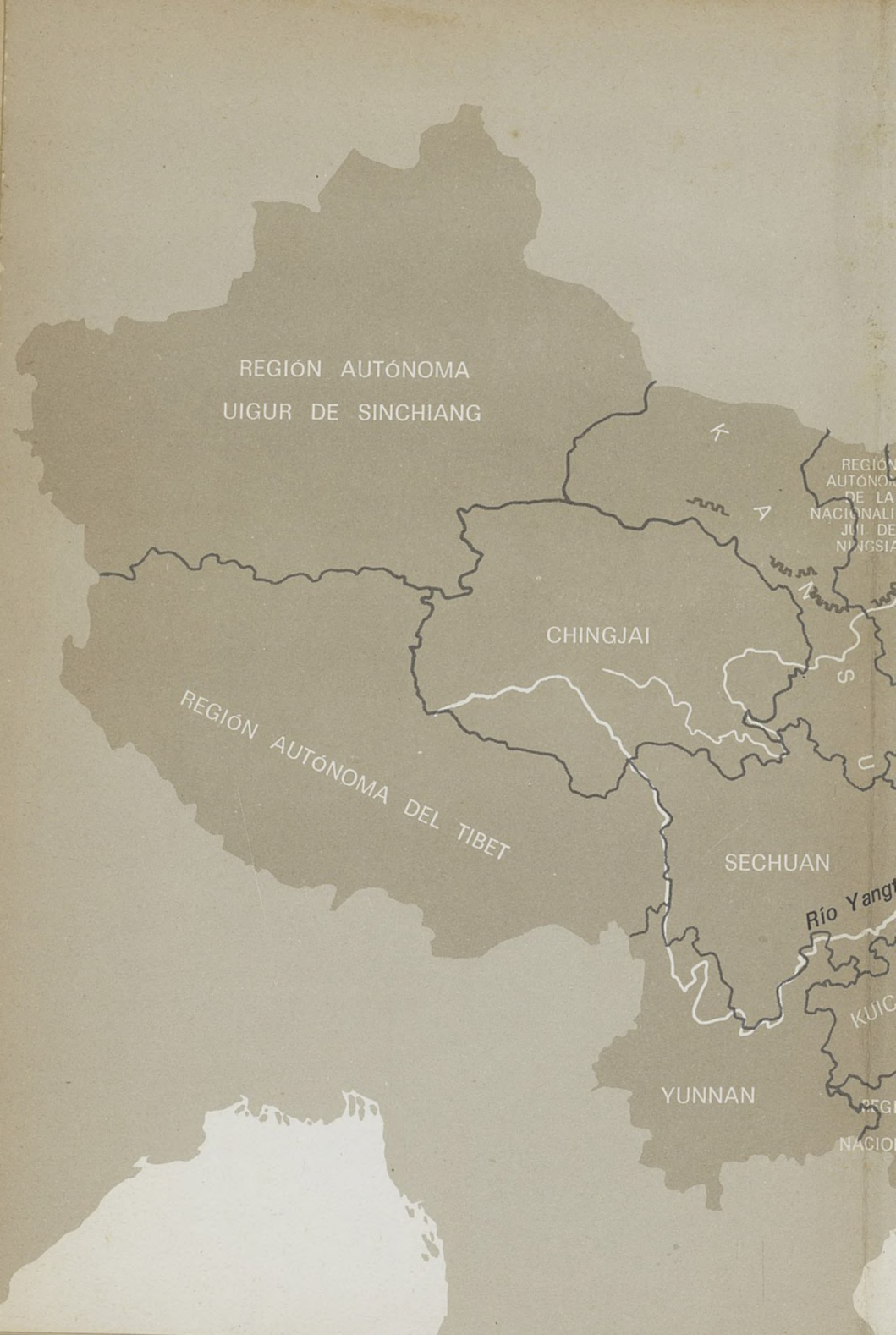
LA SACRALIZACIÓN DE MAO ... ... ... ... ... ... ... 248

MEDITACIÓN FINAL ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... 255

POST-SCRIPTUM EN TOKIO ... ... ... ... ... ... ... ... 267

APÉNDICE DOCUMENTAL 1 ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... 273
La conspiración de los cuatro ... ... ... ... ... ... 275

APÉNDICE DOCUMENTAL 2 ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... 283
Sobre la selectividad escolar ... ... ... ... ... ... 283


REGIÓN AUTÓNOMA
UIGUR DE SINCHIANG
CHINGJAI
REGIÓN AUTÓNOMA DEL TIBET
SECHUAN
YUNNAN

este aspecto aparece patente la alta personalidad de Guillermo Díaz-Plaja como ensayista, como pensador que enjuicia unas realidades culturales desde el plano filosófico al de la poesía. ¿Qué significa China para el mundo occidental y cuáles fueron las etapas de su descubrimiento por Europa? ¿Cuáles son las vinculaciones religiosas del maoísmo con la filosofía tradicional china y cuáles aportan una ruptura revolucionaria? ¿Qué sentido tiene la mitificación religiosa del Gran Timonel? Y, en suma, ¿cuáles son los datos de la cota máxima de fanatismo político que, sorprendente, HA EMPEZADO A TOMAR OTRO RUMBO?

En este momento crucial para China, y probablemente para la Historia universal, el libro de Guillermo Díaz-Plaja nos ofrece los datos para entender el punto de partida de una realidad cambiante de incalculables consecuencias.

En esta misma colección:

**LAS ÍNSULAS EXTRAÑAS**
por Guillermo Díaz-Plaja

**LOS BRASILES**
por Fernando Díaz-Plaja

**EL GRAN BAZAR DEL FERROCARRIL**
por Paul Theroux

**DE PRETORIA A MOSCÚ**
por Enrique Rubio

**ALLÍ, EL DÍA DURA UN AÑO**
por A. E. Maxwell e Ivar Ruud

China es, hoy, el más incitante panorama del mundo. Además de un inmenso despliegue de hermosura, en el que la Naturaleza está complementada por un refinamiento increíble de la mente humana, el «Imperio del Centro», para llamarlo con su nombre ancestral, es, también, el más apasionante laboratorio sociopolítico de nuestro tiempo. Lo que en ese territorio «enorme y delicado» se está construyendo ahora habrá de ser decisivo para la Historia universal.

Un escenario así no podía dejar indiferente a nuestro Guillermo Díaz-Plaja, bachiller en panoramas y doctor en horizontes, como alguien le ha llamado. Cuantos conocen la obra múltiple de nuestro insigne académico saben bien de su vocación de trotamundos, su condición de eterno aprendiz de mirar y de escrutador agudo y definidor de lo que observa. Este libro suyo ha colmado todas sus ansias de conocer, y nos ofrece una visión de la China a la vez poética y filosófica, política y social. Un libro que marcará época.